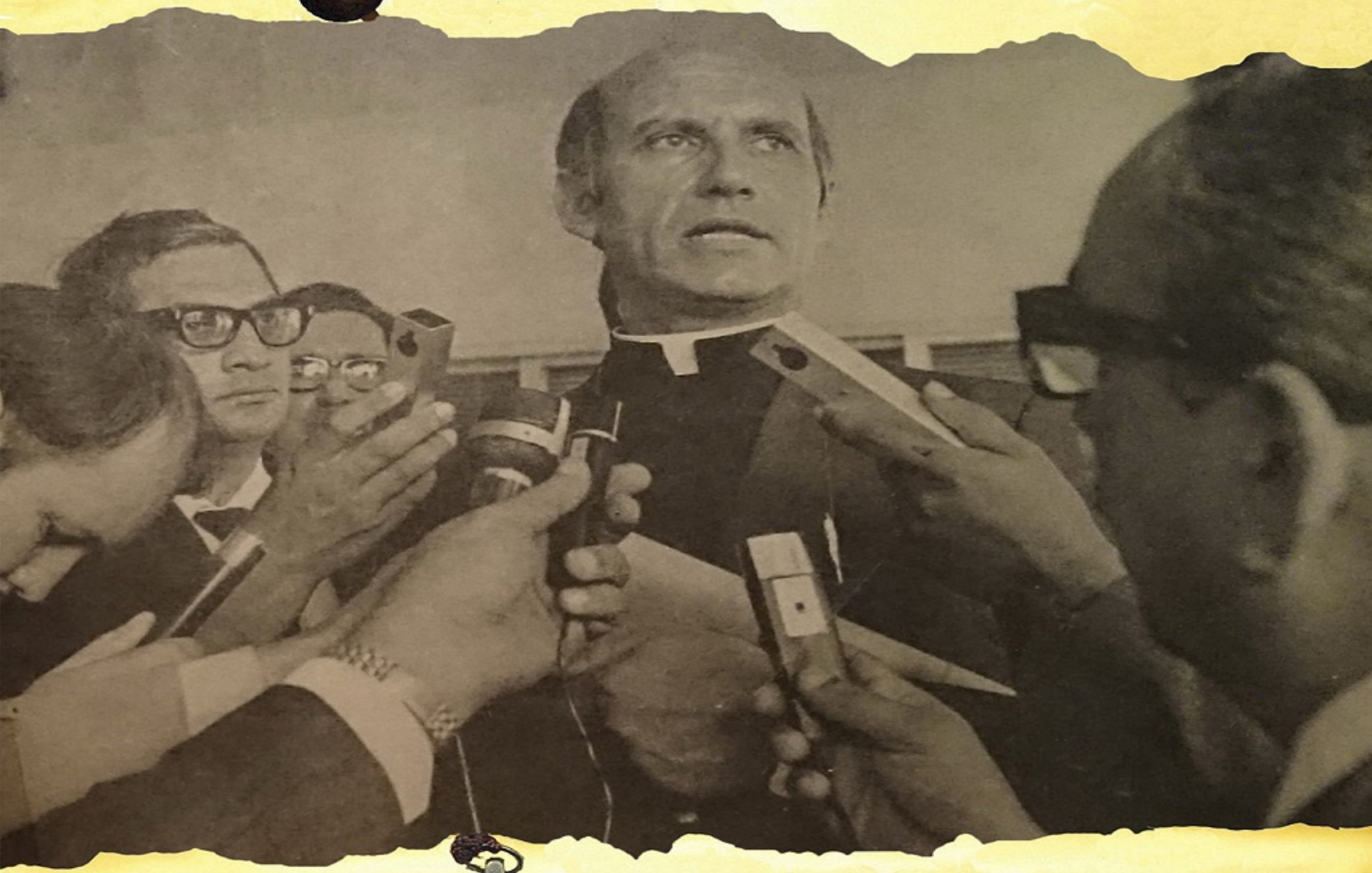
Salvador Freixedo

IGLESIA, ¡DESPIERTA!

El Dios cristiano frente al Dios cósmico



Como "Mi Iglesia duerme" un libro no apto para católicos satisfechos

IGLESIA, ¡DESPIERTA!

El Dios cristiano frente al Dios cósmico

Salvador Freixedo

IGLESIA, ¡DESPIERTA!

El Dios cristiano frente al Dios cósmico

La Regla de Oro

Ediciones y producciones
Carretera de Boadilla, 9 -1 B
28220 Madrid
Telf. 669 30 24 23 – 665 37 00 53
www.lareglade oroediciones.com
publicaciones@lareglade oroediciones.com

Gabinete de comunicación:
gcomunicacion@lareglade oroediciones.com

Correo de Salvador Freixedo:
freixedo.autor@lareglade oroediciones.com

© A la edición: La Regla de Oro

© A los textos: Salvador Freixedo

Primera edición eBook: enero 2017

Maquetación eBook: ePubOnline

ISBN: 978-84-945312-8-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo permiso y por escrito de los titulares del «copyright».

Todos los derechos reservados.

A Magdalena,
por treinta años de recorrido juntos.

Índice de contenido

PRÓLOGO
I.- LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO
II.- LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO
III.- LOS PECADOS DEL CRISTIANISMO
IV.- LAS VIRTUDES DEL CRISTIANISMO
V.- EL CRISTIANISMO HOY
VI.- CATOLICISMO
VII.- VATICANO
VIII.- LA HORA DE LOS LAICOS
IX.- AGGIORNAMENTO
X.- DOGMA Y REENCARNACIÓN
XI.- UNA VISIÓN KARDECIANA DEL MUNDO ACTUAL
XII.- CIELO E INFIERNO
XIII.- LA BIBLIA: ¿PALABRA DE DIOS?
XIV.- EL CELIBATO SACERDOTAL
XV.- EL SEXO EN EL CRISTIANISMO
XVI.- EL CRISTIANISMO ANTE LA HOMOSEXUALIDAD
XVII.- LA MUJER EN LA IGLESIA
XVIII.- EL «PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO»
XIX.- JESUCRISTO
XX.- DIOS
XXI.- CONCLUSIÓN

PRÓLOGO

Antes de nada quiero dejar bien claro que este no es un libro de teología, ni de ascética, ni en defensa de la Teología de la Liberación, ni un instrumento de la Nueva Evangelización, y que ni siquiera pretende ser tomado en serio por los profesionales de la religión.

Y mucho menos es un libro contra la Iglesia. Es un escrito en el que yo, considerándome un cristiano algo heterodoxo, pero cristiano al fin, trato de decir, con una mente totalmente libre, cómo veo el cristianismo hoy; y al decir cristianismo me estoy refiriendo de una manera general al conjunto de los seguidores de las doctrinas de Jesús de Nazaret en el mundo entero.

Y visto desde otro punto de vista, este libro es un ensayo en el que un hombre libre usa con toda libertad su cabeza para enjuiciar ese tremendo fenómeno sociológico que es la religión.

Jesucristo nos ha dejado varias frases muy crípticas en los Evangelios. Una de ellas es aquella en la que según san Mateo, nos dijo que Él no había venido a la tierra a poner paz sino la espada, y que, según san Lucas, pondría a pelear a los miembros de una misma familia.

En este libro también quiero intranquilizar a muchos cristianos apoltronados que viven demasiado en paz a pesar de que el mundo está sufriendo una profunda y rápida transformación e hirviendo en guerras: las de las armas, las de las ideas, las de las finanzas y las del espíritu, que, aunque no se ven, son aún más violentas que las visibles.

Pero al mismo tiempo quiero quitarles a muchos buenos cristianos el miedo soterrado con el que viven ante las tremendas exigencias y amenazas de un Dios demasiado riguroso y muy poco padre, inventadas por fanáticos con autoridad que han abundado no poco entre los jerarcas y teólogos a lo largo de los dos mil años de existencia de la Iglesia.

Quiero llevar la espada contra muchas falsas verdades. Y el primer espadazo me lo quiero dar a mí mismo, porque hace años, comentando esa misma enigmática frase de Cristo, escribí algo de lo que ahora deseo pedir perdón.

En aquel escrito yo acusaba a Jesucristo de haber cumplido perfectamente su palabra, pues sus seguidores habían seguido al pie de la letra sus enseñanzas, y con la espada, muchas veces teñida de sangre, habían extendido la fe cristiana por todo el mundo. Es muy cierto que muchos de los jerarcas del cristianismo han cometido en este particular muchos pecados, porque interpretaron tan erróneamente como yo las palabras de su Maestro. Creo que el cristianismo de hoy en día se ha corregido de aquel gran pecado y yo quiero con estas páginas subsanar también mi gran error.

Cristo vino a traer la espada contra los poderosos del mundo que abusan de los más débiles desde sus posiciones privilegiadas, y sobre todo vino a usarla contra la gran mentira en la que vivimos instalados. Cristo se atrevió a enfrentarse a los poderes oficiales y a declararles la guerra con sus nuevos preceptos. Y los poderes de aquellos tiempos, tan prepotentes como los de los nuestros, lo sacaron del medio de una manera cruenta. En nuestra «civilizada» sociedad occidental, hoy no se crucifica a nadie; hoy se suben los impuestos, se ahoga con hipotecas, se declara un ERE, se atonta con la televisión, se roba desde los puestos políticos o desde los bancos y, sobre todo, se miente sin parar desde los medios de

comunicación, haciendo creer que vivimos en una democracia y que nos ampara un orden jurídico, cuando lo que tenemos es una farsa legal con una juridicidad necia en la que los delincuentes, a los diez minutos, salen «libres con cargos» —listos para volver a los dos días—, y en donde los políticos y los banqueros roban muy legalmente con total impunidad. Pero eso sí, en los tribunales se usan mucetas y puñetas, lo cual no es obstáculo para que prevariquen, y los políticos se tratan muy finamente de «señoría» antes de mandarse al cuerno.

La espada y la guerra que Cristo vino a traer al mundo son contra este fariseísmo y contra este estado de cosas. Y esta es la guerra y la espada que los cristianos, desobedeciendo a nuestro fundador, no hemos usado para cambiar el mundo. En este libro me propongo darle al lector una visión general pero real del estado actual del cristianismo en el mundo y en particular del catolicismo. No del que nos presentan los medios oficiales de la jerarquía ni de lo que leemos en los medios de comunicación, normalmente prejuiciados contra todo lo cristiano. Lo haré con un espíritu libre, sin sentirme atado por ningún compromiso mental, limitándome a dejar constancia de lo que mi conciencia me dicta y a dar testimonio de lo que observo.

Esta rebeldía contra el fariseísmo oficial y contra el *establishment* imperante, tanto en la esfera civil como en la eclesiástica, me viene desde muy atrás. Hace 57 años escribí en Cuba un libro que llevaba por subtítulo *Examen de conciencia para cristianos distraídos*. Con motivo de su publicación, el dictador Batista me expulsó del país. Y hace 46 años escribí otro libro titulado *Mi Iglesia duerme*. Era un libro escrito desde dentro y con amor a la Iglesia, pero fue demasiado para la entonces pujante y ortodoxa Orden ignaciana, a la que yo pertenecía desde hacía treinta años. Me dieron licencia para que defendiese libremente mis ideas, pero, eso sí, desde fuera de la Orden. Mi gran pecado consistía en no estar de acuerdo con ciertos aspectos de la encíclica «*Humanae Vitae*» España, comandada por Manuel Fraga —alumno como yo del colegio Apóstol Santiago de Vigo, aunque él en un curso anterior al mío—, no autorizó su publicación, por lo que me vi obligado a publicarlo en México, donde se han impreso unas cuantas ediciones. Varios años después escribí *Por qué agoniza el cristianismo*, donde era mucho más crítico con algunas creencias trasnochadas, pero siempre con un talante respetuoso. Quienes ahora me acusen de fanático religioso deberían saber que tengo más de rebelde que de beato.

Pero ¿agoniza en realidad el cristianismo? Yo no creo que su diagnóstico sea exactamente el de agonizante, pero de muy buena salud no goza, dividido como está en mil sectas que no se profesan demasiado amor entre ellas. Este es otro aspecto en el que los cristianos han traicionado a Cristo, que según leemos en el Evangelio de San Juan, le pedía fervientemente al Padre «que todos sean uno».

Hasta hace poco, el catolicismo parecía gozar de mayor unidad y salud, pero últimamente se están notando en él ciertas brechas que para los jerarcas deberían ser motivo de gran preocupación. Y no me refiero a los chismes que se filtran del Vaticano, que tanto juego dan a los plumillas ligeritos que escriben en unos medios siempre proclives a ventilar cualquier asunto que pueda perjudicar al cristianismo y especialmente a la Iglesia católica. Me refiero a fisuras profundas tanto en la ortodoxia como en la disciplina. Hay mucho clero contestatario y muchas monjas que también están mostrando abiertamente su disconformidad con tradiciones y creencias hasta ahora consideradas intocables.

Repito que este no es un libro de teología, en primer lugar porque, a pesar de haber estudiado cuatro años de esta materia en mi carrera jesuítica, yo no soy un teólogo profesional ni lo quiero ser, porque pienso que en algunos aspectos a la Sagrada Teología le pasa lo que al orden jurídico: le sobran papeles, le falta sentido común y se regodea demasiado contemplando su propio ombligo. Y el sentido común es la sal y la salsa de todas las ciencias. Si falta el sentido común se pierde el contacto con la realidad, el cerebro puede patinar y se corre el peligro de desbarrar. Y eso es lo que les ha ocurrido a los teólogos en

todas las religiones: se han convertido en los grandes mitólogos. Se han dejado llevar por su piedad, por su devoción, por su buen deseo y también por su imaginación; y con toda buena voluntad han inventado creencias, ritos, pecados, cánones, ceremonias, vestimentas y prohibiciones que han convertido la religión en un jeroglífico que mucha gente no acierta a descifrar. Algunos de ellos, en tiempos pasados y todavía hoy, se han dedicado a infundir miedo con excomuniones y condenaciones eternas que durante siglos tuvieron encogidas las almas de muchos buenos creyentes.

Y también ha sucedido lo contrario: otros han reducido la religión a la asistencia el domingo a un «servicio religioso», a contribuir con la limosna a los gastos de la Iglesia y a olvidarse de Dios el resto de la semana hasta el domingo siguiente.

Los cristianos de hoy, muy desconocedores de su religión, ya no saben lo que es una excomunión, pero en tiempos pasados estar excomulgado era casi estar asomándose a las puertas del infierno. Los papas y los obispos sabían muy bien esto y lo usaban como arma para defender sus derechos y privilegios. Yo he visto en Roma, a la entrada de una vieja finca que antaño perteneció a un cardenal, una desgastada losa en la que se amenazaba con la excomunión a todo aquel que entrase en aquella propiedad con ánimo de hacer algún mal. Y hasta los reyes y emperadores se rendían ante las amenazas papales de una excomunión.

La sociedad actual es una sociedad que se cree libre pero que, por el contrario, no solo es esclava sino además suicida. Aunque en las tecnologías de la comunicación está enormemente avanzada y aunque muchos repitan la gran falsedad de que nuestros jóvenes son los más preparados de la historia, la realidad es que caminamos a paso ligero hacia el abismo. Un abismo de indiferencia, de irresponsabilidad y de delincuencia debido a la falta de respeto a la autoridad, porque lo triste es que la autoridad está ya tan desprestigiada y tan corrupta que no merece respeto y es totalmente lógico que la sociedad se rebele contra ella.

Me he lanzado a escribir este libro porque aunque critico en él no pocas cosas del cristianismo y el catolicismo, soy muy consciente de que a pesar de sus defectos, el cristianismo es lo que mejor conserva los valores que Cristo nos enseñó, que son los únicos que nos pueden salvar del abismo y del caos hacia los que la necia progresía y la ciega mentalidad laicista nos llevan.

El haber sido cocinero antes que fraile me capacita bastante para esta tarea nada fácil. En mi larga etapa jesuítica, y habiendo tenido cargos eclesiásticos de alguna relevancia, viví en primera persona muchos de los problemas de los que hablo en este libro, algunos de los cuales tuve que padecer en carne propia.

Debido al libro *Mi Iglesia duerme*, al que me he referido anteriormente, fui sometido en San Juan de Puerto Rico a una especie de auto de fe —gracias a Dios sin hoguera—, del que resultó una suspensión *a divinis*. Pero, si he de ser franco, nunca pensé que Dios me suspendiese. Eran siete obispos, todos en contra mía excepto uno[1].

Recordando ahora, después de más de cuarenta años, aquella tormentosa reunión, veo que aquellos obispos, buenas personas indudablemente, estaban prisioneros de una idea de Iglesia que ya se había quedado vieja. De hecho podían verlo en la velocidad a la que por aquellos días los católicos de sus diócesis se iban pasando a las filas de los protestantes pentecostales. Pero a ellos la inercia ritual y sus ocupaciones tradicionales les impedían darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Soy muy consciente de que lo que me espera en cuanto este libro salga a la luz no es precisamente una cruz de Isabel la Católica; será, si acaso, una cruz a secas, porque estoy seguro de que voy a recibir mandobles por parte de los dos bandos: de los tridentinos que creen que saben perfectamente cuál es la

voluntad de Dios y de los progres de la izquierda que pensarán que me he pasado descaradamente al bando de la ultraderecha «rancia y casposa», como a ellos les gusta definirla, porque mis críticas a la Iglesia no son virulentas y porque además en muchos aspectos me muestro demasiado conservador y beatón, y hasta me atrevo a meterme con la intocable masonería. Los primeros tienen una idea de una Iglesia momificada y esclerótica y prefieren conservar los santos ritos y venerables tradiciones aunque vean que los templos están vacíos, mientras que los segundos opinan que la religión es algo de tiempos pasados y que la fe y las creencias son más bien una rémora en la sociedad.

Pero la vida sigue y a los conservadores les esperan tiempos difíciles porque esta sociedad iconoclasta no respeta tradiciones y menos aún las que son solo fruto de la rutina o de la imaginación de alguien; y por otro lado a los progres no les va a ir mucho mejor, pues corren el riesgo de ser devorados por la monstruosa sociedad sin alma que ellos están construyendo y de perecer bajo sus escombros.

Yo, a mis 92 años, tengo la suerte de tener una salud buena y una mujer mejor, que me quiere y me cuida. Es decir, que me ha tocado la lotería, pero por mucho que mi estancia en este desventurado planeta se estire, no creo que vaya a ser eterna.

---

[1] El obispo que estaba a mi favor era monseñor Antulio Parrilla, obispo auxiliar de Caguas, que años más tarde sería también sometido a un sutil auto de fe encubierto y prolongado por haber defendido abiertamente la independencia de Puerto Rico contra el estado de semicolonia al que lleva sometido por parte de Estados Unidos desde hace más de un siglo.

I

LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO

La esencia del cristianismo es la persona de Jesucristo. El cristianismo no es su historia, ni sus dogmas, ni sus pomposas ceremonias, ni sus grandes logros, ni sus templos, ni sus santos o sus pontífices. Y menos aún lo componen sus errores, sus guerras, sus discrepancias doctrinales, sus divisiones o sus obispos y sacerdotes pecadores. Esto es en lo que sus detractores se suelen fijar y lo que los grandes medios de comunicación, en manos de los enemigos de la Iglesia, nos suelen presentar.

La pura esencia del cristianismo es la persona y las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Todo lo demás es hojarasca que más que ayudar al mensaje cristiano lo ha entorpecido. Y al decir enseñanzas me refiero únicamente a las enseñanzas auténticas, porque por desgracia hay muchas ideas y doctrinas que se presentan como enseñanzas de Cristo pero que son solo fabricaciones de mentes enfermizas o calenturientas.

La gente acostumbra a identificar el cristianismo con «la Iglesia», entendida esta como un ente, en cierta manera abstracto, pero, por otra parte, compuesto por sacerdotes, monjas, conventos, doctrinas, liturgias y, de una manera especial, lo identifica con el Vaticano, del que se tiene una idea más confusa todavía. Pero el Vaticano no es la Iglesia y tampoco la parte más importante de ella.

En la misteriosa y trascendente persona de Jesucristo y en sus doctrinas es donde se resume la esencia del cristianismo. Es muy corriente oír y leer que el verdadero fundador del cristianismo es san Pablo. En esta afirmación, que muchas veces encierra la malévola intención de minusvalorar la persona de Jesús de Nazaret, hay algo de verdad en cuanto a que san Pablo, con sus viajes y epístolas, fue el gran divulgador y de alguna manera «inventor» de la teología cristiana o de lo que en el futuro sería considerado como la doctrina ortodoxa del cristianismo.

Decimos que san Pablo inventó la ortodoxia porque, como más tarde veremos, Paulo de Tarso, llevado por su fervor de converso, sobrepasó en unas cuantas cosas las doctrinas de Cristo y elaboró una teología con la que muy probablemente Él no habría estado de acuerdo. Pero lo cierto es que el verdadero fundamento del cristianismo no son los escritos de san Pablo sino las enseñanzas de Cristo que leemos en los Evangelios, desprovistas de algunos añadidos espurios de los que hablaremos posteriormente.

Si Jesucristo es la esencia del cristianismo, ¿cuál es la esencia de Jesucristo? Estoy seguro de que los profesionales de la teología y quienes han tenido la audacia de describirnos las interioridades de Dios, estarán en guardia para ver qué es lo que nos atreveremos a decir. Pero que tengan por seguro que no nos vamos a poner a hablar de uniones hipostáticas, ni de generaciones ab eterno, ni de si fue engendrado y no creado, ni a entrar en absurdas discusiones como las del filio que o cosas por el estilo. Somos muy respetuosos con la esencia del Creador y no tendremos la pedantería de ponernos a describir las interioridades de Dios como ha hecho la teología oficial. Sencillamente diremos que la esencia del pensamiento de Cristo era la fraternidad de todos los seres humanos bajo la protección de nuestro Padre

Dios, y sobre todo, el amor: amor al prójimo, amor al desvalido y hasta amor a los enemigos. Esta era la gran novedad y la gran originalidad de la doctrina cristiana con la que contradecía frontalmente las ideologías que hasta entonces habían prevalecido en las sociedades humanas que eran el seguimiento de los instintos animalescos, la esclavitud de muchos y el dominio brutal de los fuertes sobre los débiles.

Lo más llamativo del cristianismo, como sus templos, sus autoridades con exuberantes vestimentas, sus ritos y ceremonias solemnes y sus enormes multitudes reunidas con motivo de algunas celebraciones, no son más que elementos epidérmicos, y en muchas ocasiones excrecencias nacidas con el paso de los siglos o callosidades debidas a la vanidad de algún jerarca o a la repetición de ritos carentes de espíritu.

Leyendo los Evangelios, a veces parece que Jesucristo menospreciaba el aspecto teológico de su propia doctrina y lo reducía todo al amor al prójimo y al servicio a los demás. Da la impresión de que estaba más atento a la ayuda a viudas y huérfanos y a la búsqueda de las ovejas perdidas que a la adoración a Dios. Lo del «olor a oveja» del papa Francisco tiene algo que ver con esto. Y por supuesto, nada de ofrendas sangrientas que el falso dios del Antiguo Testamento pedía tan insistentemente a Abraham y a Moisés y de las que estaba tan pendiente. La esencia del cristianismo es la predicación, la práctica de la fraternidad universal y el deseo de vernos a todos bajo un Dios que tiene mucho más de Padre que de legislador o justiciero.

Me he pasado muchas horas viendo y oyendo a los famosos telepredicadores de Estados Unidos. Los escenarios, a veces muy ostentosos, en los que difunden sus doctrinas, sus gritos, sus llantos, sus éxtasis, su hablar en lenguas y sus «milagros», me han hecho reflexionar mucho sobre la esencia del cristianismo. Porque el cristianismo que los Oral Roberts, Jimmy Swaggart, Billy Graham o Pat Robertson predicaban por horas y horas en la televisión era, en lo exterior, diferente por completo al que yo había vivido desde niño en España; además, sus invocaciones a Jesucristo eran más ardientes y más vivas que las que yo había visto en los sacerdotes que conocía. Y aunque en muchas cuestiones externas yo no estaba de acuerdo con aquel tipo de cristianismo exhibicionista, sin embargo admiraba en ellos la proclamación de una fe mucho más viva y sin complejos que la de los sacerdotes católicos. En lo exterior, su religión era del todo diferente a la mía, pero en lo profundo era la misma, porque allí estaba presente Jesucristo, que era la esencia del mensaje. Lástima que luego todo se quedaba en exterioridades, y los cristianos a los que ellos predicaban tenían un comportamiento con su prójimo muy similar al de la mayoría de los paganos, si no peor.

Hoy, más de dos mil años después de la muerte del fundador del cristianismo, hay que reconocer con tristeza que no hemos sido capaces de llevar a cabo la esencia de su mensaje y de que lo hemos traicionado, porque este planeta azul sigue siendo un lugar en el que la injusticia, las discordias y el odio reinan por todas partes.

II

LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO

El cristianismo tiene una historia larga, pero no es mi intención hacer un análisis, ni siquiera somero, de los pormenores de su recorrido bimilenario. Mi objetivo es que el lector caiga en la cuenta de que es completamente natural que en una institución de tantos siglos, con tantos millones de seguidores, se hayan dado toda suerte de hechos, desde los más heroicos y ejemplares hasta los más viles y deprimentes.

A lo largo de los siglos, los líderes del cristianismo, a pesar de decir que actuaban inspirados por la voluntad de Dios y obrando de acuerdo a sus mandatos, nunca dejaron de ser hombres imperfectos sujetos a todas las tentaciones y pasiones, como el resto de los mortales.

Cuando a partir del siglo IV el emperador Constantino declaró el cristianismo como religión oficial del imperio y los jerarcas de la Iglesia comenzaron a gozar de grandes poderes y privilegios, empezaron al mismo tiempo a sufrir las tentaciones que todo ser humano tiene cuando se ve investido de un gran poder. A partir de ese momento se verificó en la Iglesia una gran división, que se ha venido manteniendo a lo largo de los siglos. Por un lado estaban los jerarcas (pontífices, obispos, sacerdotes, abades y el clero en general), o los «pastores» si usamos el término evangélico y eclesiástico; a estos habría que añadir los cristianos con poder político o económico. Por otro lado estaban las «ovejas», el pueblo sencillo que trataba de cumplir con exactitud y humildad las enseñanzas de Cristo. Los primeros frecuentaron enseguida el trato con los corruptos gobernantes (los gobernantes casi siempre son corruptos porque corromper es una cualidad natural del poder), y muchos de ellos imitaron no solo sus estilos de vida sino sus sucias políticas.

Los emperadores cristianos de los siglos IV y V vieron en la incipiente y pujante Iglesia cristiana un excelente instrumento para sus intereses políticos, y por eso fueron muy generosos con ella. Esto propició que los jerarcas se desentendiesen de su labor espiritual y se dedicasen a defender y a aumentar su influencia y sus privilegios.

Un primer ejemplo escandaloso de esta dejación de su misión evangelizadora fueron las hostilidades entre Dámaso y Ursino en el siglo IV, para dilucidar quién de los dos accedía al solio pontificio. Los bandos de los partidarios de uno y de otro se agredían abiertamente en las calles de Roma. Cierto día, los partidarios de Ursino, acosados por los del hispano Dámaso, que eran más numerosos y gozaban de una mayor simpatía entre las autoridades civiles, se refugiaron en la basílica liberiana, actualmente Santa MariaMaggiore. Los damasianos rodearon primero la basílica y, dispuestos a acabar con los ursinos, se encaramaron en el tejado, abrieron boquetes en el techo y desde lo alto comenzaron a bombardearlos con las tejas. El resultado de aquella batalla, perfectamente documentada por tres o cuatro cronistas de la época, fue de 137 muertos, todos de la facción de Ursino. Dámaso fue absuelto de aquel hecho por su amigo el emperador Valentiniano y obtuvo, finalmente, la cátedra de Pedro, y en cambio Ursino fue desterrado.

Hechos similares a este los encontramos con cierta abundancia en la historia de la Iglesia, pero, como ya apuntamos, no hay que extrañarse debido a los muchos años de la institución y la tosca madera del ser humano.

A partir del siglo VII el cristianismo comenzó a sentir la fuerte competencia de otra religión que había nacido en la península arábiga y que prendió como la pólvora por toda la costa mediterránea de África: el islam, fundado a principios del siglo VII por Mahoma. En pocos años, las iglesias cristianas de aquella región desde Egipto hasta Marruecos, que eran muchas, fueron barridas como por un vendaval por las fanatizadas huestes del Profeta que, con el Corán en una mano y el alfanje en la otra, obligaban a todo el mundo a rendir culto a Alá. Su avance fue tan rápido que hacia el año 1000 ya habían cruzado el estrecho de Gibraltar, dominaban buena parte de la Península Ibérica y se extendían por el este hasta más al norte de las montañas de los Pirineos. El año 997 el gran caudillo Almanzor atacaba y desolaba Santiago de Compostela, llevándose a Córdoba a hombros de cristianos, según la tradición, las campanas de la iglesia prerrománica del templo del apóstol, que según nos cuenta Alfonso X fueron devueltas posteriormente a Compostela por su padre Fernando III a hombros de mahometanos.

Los cristianos españoles no se rindieron, y desde Asturias, comandados por Pelayo, primer rey asturiano, comenzaron en el siglo VIII la llamada Reconquista para expulsar a los moros de España. Después de infinitas batallas en las que colaboraron los diferentes reyes y reinos en los que entonces estaba dividida la Península Ibérica, la Reconquista se finalizó con la conquista de Granada en 1492 por los Reyes Católicos.

En toda la Edad Media, los países del centro y norte de Europa —que para los romanos eran «los bárbaros»— hacía ya tiempo que habían suavizado su barbarie y estaban muy ajenos a la fuerte presión que los pueblos latinos y del sur de Europa sufrían por parte de un islam pujante y arrollador.

Hay un hecho muy importante en la historia de Europa y de la Iglesia que aunque no sea precisamente algo muy de acuerdo con los preceptos evangélicos no se puede ignorar, debido a la gran repercusión que tuvo en la expansión del cristianismo en toda Europa. Me refiero a la gran batalla de Lepanto, en la que la escuadra de la Liga Santa paró definitivamente el dominio y la penetración de los mahometanos en el Mediterráneo.

El día 7 de octubre de 1571, alrededor de 200 galeras y todo tipo de barcos, en los que había 1.250 cañones y 91.000 soldados, se enfrentaron en el golfo de Lepanto de la actual Grecia; la escuadra de la Liga Santa con la gran armada de los turcos. En la Liga Santa participaban el reino de España, las repúblicas de Venecia y Génova, los Estados Pontificios y la Orden de Malta bajo las órdenes de don Juan de Austria —medio hermano de Felipe II— y de Álvaro de Bazán, almirante español. La armada turca era ligeramente superior en barcos y hombres a la de los cristianos. Fue una batalla espantosa según la describen los cronistas que estuvieron presentes en ella, uno de los cuales fue Miguel de Cervantes, llamado «el manco de Lepanto» por haber sido herido allí gravemente en un brazo y que la describe como «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros».

El resultado fueron 10.000 muertos del bando cristiano y 14.000 heridos, por 25.000 muertos del lado turco y alrededor de 10.000 prisioneros; 170 galeras turcas cayeron en poder de la Liga Santa[2] y se liberaron 12.000 galeotes cristianos que remaban cautivos en los barcos de los otomanos.

Tanto por la gesta de la Reconquista como por la batalla de Lepanto, el cristianismo europeo tiene que estar muy agradecido a los cristianos latinos y especialmente a los españoles porque ambos hechos contribuyeron grandemente a que toda Europa se viese libre de la amenaza de los mahometanos procedentes, de África a partir del siglo VIII y del poderío del imperio turco otomano en el siglo XVI.

El mismo año de 1492, cuando los árabes fueron definitivamente expulsados de España, tuvo lugar el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, abriéndose para el cristianismo un enorme campo de evangelización y de expansión que la Iglesia española llevó a cabo de una manera que hoy nos asombra, representada sobre todo por dos órdenes religiosas, franciscanos y dominicos, a los que a los pocos años se unieron los recién fundados jesuitas.

El cristianismo que llegó a la América del Norte más de un siglo después fue mayormente el protestante. Es cierto que mientras el oeste de los Estados Unidos estuvo bajo el dominio de España, los misioneros franciscanos hicieron una gran labor evangelizadora en aquellas regiones y de ella son una buena muestra las famosas «misiones» de fray Junípero Serra, que los californianos conservan con tanto esmero. Pero cuando la naciente nación norteamericana llegó hasta la costa del Pacífico, el protestantismo pasó a ser la religión predominante en todas aquellas tierras, si bien la inmensa mayoría de los mexicanos que allí estaban antes de que llegaran las gentes del este y los que ahora siguen llegando masivamente se declaraban y se declaran católicos.

El año 1620 había zarpado del puerto inglés de Plymouth el barco Mayflower con los puritanos que querían practicar libremente su religión sin intromisión ninguna de las autoridades del Estado. En los años siguientes llegaron nuevas oleadas de inmigrantes, la mayoría de Inglaterra, que fueron quienes con el tiempo convirtieron las siglas WASP (White, AngloSaxon, Protestant; blanco anglosajón, protestante) en la idea del perfecto norteamericano. (Paradójicamente «wasp» significa «avispa» en inglés).

Después llegaron muchos católicos irlandeses e italianos y de otros países europeos y últimamente han logrado cruzar las fronteras del sur verdaderas oleadas de mexicanos y sudamericanos, en gran mayoría católicos, por lo menos de nombre. Hoy en día hay en Estados Unidos y Canadá una jerarquía católica que cuida eficientemente de la grey católica de aquellos dos países.

Volviendo a sus inicios, a medida que la Iglesia fue implantándose y fortaleciéndose en los pueblos de Europa, esta tendencia a dominar y a agrandar su poder tanto con los bienes materiales como con su dominio sobre las conciencias se fue haciendo más fuerte. Se vio enseguida cuando, hacia el año 320, Ambrosio, el obispo de Milán, se atrevió a excomulgar nada menos que al emperador cristiano Teodosio, del que había recibido tantos favores.

El múltiple documento del siglo xi denominado *DictatusPapae*, atribuido a Gregorio VII, afirmaba que el Sumo Pontífice era el soberano absoluto entre todos los soberanos del mundo y tenía el derecho de deponer a cualquiera de ellos que no quisiese someterse a su autoridad, que venía directamente de Dios. Como vemos, el ego de los jerarcas se había ya inflado enfermizamente. En el año 1077, el gesto de Enrique IV, todo un emperador del Sacro Romano Imperio, arrodillado humildemente ante el papa Gregorio VII en el castillo de Canossa para que lo liberase de la excomunión que le había lanzado con motivo de las investiduras, es todo un símbolo del poder omnímodo que la Iglesia había conseguido al cabo de los siglos.

Poco a poco, a fuerza de donativos reales y también a causa de las guerras, aliándose con príncipes amigos, la Iglesia fue haciéndose dueña de territorios hasta llegar a considerarse como un Estado más. El Papa era el rey de los Estados Pontificios y los defendía con sus ejércitos, al igual que hacían los soberanos del resto de las naciones. Los Estados Pontificios, que mayormente estaban en el centro de la península italiana, existieron con muchos altibajos desde el año 752 hasta 1870, y el Papa era su soberano absoluto.

Felipe II, aconsejado por los teólogos dominicos del convento de San Esteban de Salamanca, no tuvo escrúpulos en hacerle una guerra al papa Paulo IV para reclamarle unos territorios en Italia de los que

tanto el rey español como la Santa Sede juzgaban ser los dueños.

En el siglo XIX, tras los esfuerzos de Cavour y Garibaldi, se logró la reunificación de los varios reinos de la península italiana, siendo los Estados Pontificios los últimos en incorporarse, en el año 1870. El moderno Estado Vaticano, tal como ahora lo conocemos, se debe al tratado de Letrán firmado entre Pío XI y Mussolini el año 1929, en el que se fijaron los límites del Vaticano, constituyéndose como un Estado independiente dentro de la ciudad de Roma.

Grandes errores de la Iglesia, como este de haber pretendido ser también poseedora de tierras como los demás reyes de este mundo, son los que suelen estar siempre presentes en las mentes de los críticos del cristianismo. Son hechos condenables a todas luces, y los dos últimos papas han pedido perdón en varias ocasiones por los errores del pasado. Es triste que esta sea la tónica general que prevalece cuando se contempla la historia de la Iglesia con una mirada general —aunque superficial—, porque los hechos —y los errores— de sus jerarcas son mucho más visibles que las acciones, muchas veces heroicas, de los auténticos cristianos, que siguiendo las consignas de su maestro, procuran que cuando hacen el bien su mano derecha no se entere de lo que hace la izquierda. Sus obras no suelen salir en los periódicos, pero en cambio sí se publican los hechos desedificantes de los malos cristianos, sobre todo si son escandalosos o muy criticables, y más aún si son de obispos o de sacerdotes. Y como sean de cardenales o de alguna oficina del Vaticano entonces copan automáticamente portadas y titulares en todos los medios de comunicación y se mantienen por semanas.

Entre las personas dedicadas a las artes y las ciencias, la medicina, la ingeniería o la abogacía, también hay sujetos indeseables; pero no se incrimina a la profesión médica de ser descuidada o a la abogacía de ser tramposa, se acusa a tal o cual médico o abogado en particular. En cambio, cuando el protagonista de una mala acción es un eclesiástico, enseguida se generaliza acusando a la Iglesia. (Aunque tengo que confesar que yo también generalizo cuando oigo hablar de trampas en políticos y banqueros. Hay sobradas razones para ello).

Uno de los hechos que más notables y que más empaña la historia del cristianismo es su división. Superadas, tras el primer milenio, las iniciales y no pocas diferencias en bastantes puntos de la doctrina —entre los que se hallaba nada menos que la divinidad de Jesucristo—, el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, culmina una rebelión contra Roma que había estado larvada desde los primeros años y se había agudizado en los dos últimos siglos.

El año 1054 se rebela abiertamente contra el Papa de Roma, y a partir de entonces los cristianos del Rito Oriental se declaran independientes, sin que ellos sean capaces de erigir un jefe que los una a todos. Han preferido dividirse en patriarcados que muchas veces tampoco han dado gran ejemplo de unidad y caridad fraterna tal como le hubiese gustado a Jesucristo.

Si la división de los cristianos del este de Europa en el siglo xi es algo que empaña, y no poco, la historia general del cristianismo, lo sucedido cuatro siglos más tarde con Lutero y los protestantes es, si cabe, mucho peor. Porque la ruptura del siglo xi dio lugar a unas iglesias que, si bien es cierto que eran rebeldes a la autoridad de Roma, eran sin embargo serias y conservaban intactas las doctrinas fundamentales del cristianismo. Sin embargo, a pesar de que historiadores parcializados como César Vidal nos presentan la rebelión de Lutero como una gran Reforma de la Iglesia, la verdad es que produjo un auténtico descalabro y, para ser más precisos, una espantada en las filas de la cristiandad.

Lutero, con sus 95 tesis colgadas el 31 de octubre de 1517 en las puertas de la iglesia del castillo de Wittemberg, trató de presentar una réplica seria a lo que él juzgaba grandes errores de Roma, pero a los pocos años, espíritus desequilibrados como Calvino y toda una serie de «reformadores», mediante su

libre interpretación de la Biblia, dieron rienda suelta a sus fantasías y propiciaron el nacimiento de toda una infinita serie de iglesias locales. El resultado final de toda esta disparatada gritería de pastores y pastoras —a quienes algún espíritu no santo les hace hablar en lenguas ininteligibles— es la multitud de grupos que han convertido las doctrinas del cristianismo en mercancía televisiva con la que algunos logran abundantes dividendos, cobrando las rentas de la fe entre pobres gentes angustiadas por una política laboral esclavizante y por una civilización desnortada.

El fenómeno del pentecostalismo cristiano en países como Brasil y en buena parte de Sudamérica es digno de un estudio a fondo por parte de los sociólogos, porque tiene unas raíces que van mucho más allá de la aparente devoción religiosa, y aunque esto extrañe a muchos, está muy relacionado con el «Príncipe de este mundo», del que hablaremos más adelante.

Parece que últimamente esta división y hasta animadversión entre las diferentes ramas del cristianismo y sobre todo contra el catolicismo que se ha venido dando durante tantos siglos se está suavizando, en especial recientemente con los pasos de acercamiento que está dando el papa Francisco, no solo entre quienes creen en Jesucristo sino entre todos aquellos seres humanos de buena voluntad que tienen otras creencias. Una prueba de este acercamiento es la protesta que en la India protagonizaron en el mes de diciembre de 2013 todos los grupos de cristianos unidos contra la injusta política del gobierno para con los parias. La policía arremetió con palos y con mangueras de agua sucia contra los manifestantes, entre los que también había musulmanes, y se llevó detenidos a los dirigentes de la manifestación, entre ellos el arzobispo de Delhi y bastantes sacerdotes, monjas y pastores protestantes.

Otro de los errores grandes que se cometen al enjuiciar globalmente la historia del cristianismo es juzgar sus hechos, acaecidos hace siglos, con la psicología de nuestro tiempo. Cosas que en la actualidad consideramos como malas o negativas en épocas pasadas eran perfectamente normales y tenidas por justas por las autoridades. Y no solo eso, sino que cabe también la posibilidad de que seamos nosotros los equivocados porque hemos afinado demasiado en ciertos valores secundarios y les hemos dado mucha importancia, a costa de abandonar otros quizá mucho más fundamentales y necesarios para la sociedad. Pongamos por caso un cachete que un padre o una madre le dan a un hijo díscolo. Hoy en día, con alguna ley surrealista e injusta, tal padre o tal madre pueden ir a la cárcel, cosa que en siglos pasados no sucedería de ninguna manera. Una galleta dada a tiempo puede ser de un gran valor educativo. Y que se escandalicen los progres.

Con esto de ninguna manera quiero santificar todo lo que la Iglesia ha hecho en siglos pasados, y reconozco que muchas de las acciones de los cristianos no fueron nada ejemplares. No se pueden juzgar hechos de hace siglos con los parámetros actuales. Y no podemos admitir como válidos y equilibrados los juicios generales derogatorios de los enemigos de la Iglesia y de quienes, sin conocer la historia, se convierten en altavoces y repiten como loros lo que aquellos dicen. Entre tantos siglos, tantos hechos y tantos malos cristianos es muy fácil encontrar siempre algo negativo. Y aparte de esto, se da también el hecho de la generalización, y más cuando no son pocos los casos negativos que en la historia del cristianismo podemos encontrar. Pero por muchos que sean, no hay derecho a dar la impresión de que todo o casi todo es malo. Es un engaño y una traición presentar solo lo negativo, cuando las luces, como más adelante veremos, son muy superiores a las sombras.

---

[2] Muchas de aquellas galeras y barcos apresados a los turcos formaron parte, unos años más tarde, de la famosa Armada Invencible enviada por Felipe II contra Inglaterra, y que fue derrotada por una tempestad más que por los barcos de Isabel I.

III

LOS PECADOS DEL CRISTIANISMO

No pretendo hacer un inventario de los errores del cristianismo porque en cualquier organismo o institución de dos mil años de historia se pueden encontrar muchos defectos y muchas virtudes. Tampoco es mi intención hacer de este capítulo un compendio de acusaciones, sino más bien un sincero examen de conciencia y un reconocimiento humilde de errores pasados de los que la Iglesia actual, o por lo menos el catolicismo, está sinceramente arrepentido y con propósito de enmienda.

He seleccionado los que más comúnmente suelen airear y esgrimir los enemigos de la Iglesia, y si bien es cierto que no voy a negar la maldad o negatividad de estos hechos, no voy a caer en la simpleza de creer todo lo que sobre ellos afirman quienes ven en la Iglesia la encarnación del mal y el enemigo mayor del progreso de la humanidad.

Uno de los errores en los que se hace más hincapié es el uso de la fuerza e incluso de las guerras para imponer la fe en los pueblos paganos. El ejemplo que podría resumir mejor este proceder son las diferentes Cruzadas para conquistar y reconquistar los Santos Lugares. Es totalmente ilógico y contra todo sentido querer conseguir mediante la violencia un territorio únicamente porque es la tierra natal del líder de una ideología, y más ilógico aún cuando ese líder se había dedicado toda su vida a predicar la paz y el amor fraterno. Si Jesús hubiese estado vivo, seguramente no habría estado de acuerdo con ninguna de las Cruzadas que los cristianos organizaron para conquistar Jerusalén. Es cierto que aquellas acciones estaban, en el fondo, motivadas por el amor a su fundador, pero claramente eran contrarias a lo que Él había predicado. Una contradicción que se ve en muchas de las acciones de la Iglesia oficial: predicar algo que en teoría es justo y bello pero hacer en la práctica lo contrario.

Jesús había dicho: «Las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». Pero contradiciendo estas palabras del Maestro, muy pronto, muchos jerarcas cristianos tuvieron buenas residencias palaciegas y no solo buenos lechos donde reclinar sus cabezas sino también buenas cabezas para coronarlas con mitras y tiaras. «Bienaventurados los pobres» es una de las frases claves del Evangelio, que aunque muy frecuentemente mal interpretada, nos dice lo presentes que estaban en la mente de Jesús los pobres y los desvalidos. Cuando uno contempla en la basílica vaticana las fastuosas tumbas de algunos pontífices del Renacimiento y las compara con las guaridas y los nidos de los que habla su Maestro, no puede menos que extrañarse del contraste entre tales sepulcros y las palabras de Cristo, y percatarse de la gran traición a su doctrina.

Y puestos a señalar otros detalles que demuestran lo mucho que con el paso de los años la mentalidad de los jerarcas del cristianismo se ha ido olvidando de la esencia del Evangelio, tenemos que volver sobre la tiara, esa triple corona que aunque en la actualidad ya no se usa, por muchos años los pontífices romanos la usaron para coronar sus cabezas con ese triple símbolo de realeza con el que se quiere constatar el dominio que creen que tienen sobre lo material y lo espiritual. ¡Qué lejos está ese símbolo de estas palabras de Jesús a sus discípulos!: «Cuando os inviten a una boda, no os sentéis en los primeros

puestos [...] más bien sentaos en los últimos [...] porque todo aquel que se ensalce será humillado, mientras que aquel que se humille será ensalzado». Y ¡qué lejos está esta triple corona engarzada de piedras preciosas de aquella otra corona de espinas con la que fue coronado el día de su pasión!

Y paralelas al asunto de las Cruzadas y a las anticristianas «guerras pontificias» están la violencia y en muchos casos la crueldad ejercida contra las personas y los pueblos que no aceptaban voluntariamente la doctrina cristiana que se les pretendía imponer.

El cristianismo también pasó por la etapa fanática y violenta en la que está actualmente el islam, con sus mártires suicidas, sus atentados contra el pecador mundo occidental y sus quemas de iglesias cristianas. En este particular hay que reconocer que el cristianismo, en general, también cometió enormes errores y fue tremendamente traidor a las enseñanzas de su fundador.

Sería demasiado largo enumerar las incontables y enconadas batallas y guerras religiosas que ocupan muchas páginas de la historia del mundo occidental cristiano. Las matanzas de cátaros o albigenses en los siglos XII y XIII son bien conocidas, pero hay muchas otras a lo largo de toda la Edad Media, como la de los bogomilos, paulicianos o patarinos, que aunque no alcanzaron las proporciones de las de los cátaros por no haber sido tan bien organizadas por la propia Santa Sede fueron sin embargo igualmente crueles e injustas.

Y menos conocidas aún son las de los siglos IV y V, perpetradas por los primeros emperadores cristianos, Constantino y sus tres hijos, Constantino II, Constancio y Constante, y por Valente, los tres Valentinianos, Teodosio y Flavio Rómulo Augústulo, el último emperador romano, depuesto por el hérulo Odoacro el año 476. Y aunque los historiadores, basados en los escritos de los obispos Eusebio y Teodoreto, suelen hacer hincapié en la abundancia de mártires cristianos bajo emperadores paganos como Diocleciano o Juliano, la realidad es que los emperadores cristianos, apoyados casi incondicionalmente por los obispos —en aquella época muy abundantes y dotados de un gran poder—, causaron verdaderas masacres entre los paganos que rehusaban someterse a su dominio.

En lo referente a Sudamérica, no vamos a caer en el tópico tan repetido de que los españoles, y en concreto la Iglesia española, acabaron con todas las culturas autóctonas de aquel continente. Es cierto que hubo muchos abusos, a decir verdad mucho menos abundantes que los que en África cometieron ingleses, franceses, holandeses y alemanes, y menos que los que en la actualidad están perpetrando las grandes multinacionales norteamericanas y chinas con sus industrias, sus bancos y sus gobiernos al frente.

La actual tragedia de Lampedusa y de los cientos de ahogados de las pateras y la huida masiva de hambrientos africanos de sus arruinados países hay que atribuírsela sobre todo a Inglaterra, a Francia y a Bélgica, que desde mediados del siglo XIX y durante todo el siglo XX se han dedicado a saquear concienzudamente a estos pobres países, evitando que progresasen manteniendo en ellos a gobernantes corruptos que al mismo tiempo que esclavizaban a sus compatriotas colaboraban con la rapiña y los intereses de las grandes industrias de aquellos países.

Hecha esta salvedad, en efecto hay que reconocer que el cristianismo impuso sus creencias, si no tan violentamente como los historiadores antiespañoles y los patriotas de aquellas naciones suelen afirmar, sí con mucha frecuencia, forzando de alguna manera las conciencias de los pueblos autóctonos. Pero se estuvo muy lejos de tener como norma el matar o maltratar de alguna manera a aquellos que no quisieran convertirse, tal como con frecuencia nos quieren hacer ver ciertos autores.

Los líderes criollos que tras las respectivas independencias de aquellos países tomaron el poder han sido bastante más crueles y más despreciadores de su propia gente de lo que lo fueron los españoles.

Enjuiciando el hecho con una visión general y teniendo en cuenta los usos y costumbres de aquella época, en la cristianización de América abunda más lo positivo que lo negativo. Porque si es verdad que acabó con ciertos rasgos culturales, cuando los estudiamos más de cerca no solo no hay que lamentar su erradicación sino que habría que agradecerle a la Iglesia el hecho de haberlos hecho desaparecer.

Dejando al lado otros aspectos, algunos de ellos bastante siniestros —como por ejemplo el canibalismo que se practicaba todavía en algunas regiones de Sudamérica a la llegada de los españoles, los ritos que incluían el sacrificio de seres humanos y que tan comunes eran en civilizaciones tan alabadas como la azteca, la maya o la inca—, efectivamente el gobierno de la metrópoli, siguiendo la doctrina cristiana, acabó con semejantes prácticas bárbaras, y de eso, lejos de avergonzarse, tiene que sentirse muy orgulloso. Los historiadores locales no acostumbran a hablar de ello, y cuando lo hacen suelen dulcificarlo, cuando no disculparlo, con interpretaciones rebuscadas; pero hay sobrados documentos para probarlo, escritos por los propios cronistas de aquellas civilizaciones. Sin embargo, de lo que la jerarquía eclesiástica no debe estar tan orgullosa es de la quema de ídolos y, sobre todo, de escritos y códices que documentaban la historia de sus antepasados. El más famoso de estos actos atentatorios contra las culturas de aquellos pueblos fue el famoso auto de Maní, llevado a cabo en Yucatán en 1562 por el franciscano Diego de Landa.

Sin embargo, los hechos hay que enjuiciarlos en su contexto histórico y analizar sus posibles causas. Aparte de otros motivos, el detonante en este caso habla por sí solo. Un fraile descubrió en una cueva los restos de un niño recién sacrificado según los ritos mayas; se los llevó a fray Diego, provincial de los franciscanos, y este, de acuerdo con el gobernador, organizó en medio de la plaza una quema de todos los ídolos, libros y documentos que pudieron encontrar, y obligaron a asistir a ella a muchos caciques que habían sido detenidos por practicar la idolatría. Pero lejos de pasarlos por la espada, como hacían los emperadores cristianos de Roma y Bizancio, o de cortarles las manos, como hacía el muy católico y salvaje rey de Bélgica Leopoldo II con los congoleños que no le traían la ración de caucho que él les exigía[3], el castigo que fray Diego de Landa les impuso fue pelar a algunos al rape y obligarles a llevar durante varias semanas unos sambenitos sobre la cabeza. Y si presentamos esta acción como un atentado contra la cultura, también es de justicia decir que fray Diego se desvivió por defender los derechos de los indios contra los encomenderos, y tan en serio lo tomó que estos, en dos ocasiones, quemaron el convento y la iglesia de los franciscanos. Y años más tarde, cuando al regresar de España, a donde había ido para defenderse delante de Felipe II de las acusaciones de los encomenderos, descubrió que los nuevos frailes que habían llegado en su ausencia no sabían hablar la lengua de los indios, montó en cólera y les obligó a todos a aprenderla lo antes posible.

La Inquisición es otra de las lacras del cristianismo. Y al decir Inquisición no me estoy refiriendo específicamente a la española, porque la Santa Inquisición funcionó en toda Europa y en algunos lugares fue mucho más inhumana y despiadada que en España. Este es otro tema en el que la Iglesia, por un exceso de celo o más claramente por puro fanatismo y por seguir las directrices de iluminados desquiciados, cometió graves injusticias. La quema de herejes es algo que no se puede borrar y que tiene que llenar de vergüenza a los auténticos cristianos. Quemar vivo a un ser humano, cualquiera que haya sido su delito, es ya de por sí algo que solo cabe en la mente de un sádico desequilibrado, pero quemar vivo a un ser humano sencillamente por pensar diferente es un acto de tal sevicia y salvajismo que uno se siente inclinado a pensar directamente que en él hay algo diabólico.

La escena de Juan Hus en lo alto de una pira en llamas, macilento por los ayunos de su vida austera y predicando hasta que el fuego ahogó su voz, es un acto que desde hace años llevo gravado en mi memoria. ¿Y a quién le predicaba? Nada menos que a los padres del Concilio de Constanza, reunidos en

aquella ciudad alemana en 1414. Les predicaba instándoles a que imitasen más a Jesucristo en la pobreza, en la austeridad de vida, en la práctica de las virtudes evangélicas y en el desprecio de los bienes de este mundo. En este concilio abundaban los obispos que no se distinguían precisamente por la austeridad de sus vidas. Se trataba de un concilio en el que los supremos jerarcas de la Iglesia, dando un pésimo ejemplo, se hallaban divididos en tres bandos, pues tres eran los papas que en aquel momento había en la Iglesia; un concilio en el que a uno de los tres papas que allí estaban, y que había acudido con la esperanza de ser elegido como único Sumo Pontífice, en lugar de elegirlo le hicieron un juicio y lo encerraron en una mazmorra por prevaricador, blasfemo, simoníaco y lujurioso. Aquella santa tropa conciliar, en nada evangélica, se sintió muy satisfecha por haber quemado a un hereje. Pero el concilio duró todavía tres años más y al poco tiempo apareció por allí un discípulo de Juan de Hus llamado Jerónimo de Praga predicando las mismas «herejías» que su maestro, y los santos padres del concilio le repitieron la dosis de fuego y humo. ¡Qué santa salvajada!

Otro de los personajes que resumen en su vida estos desmanes antievangélicos de intolerancia y crueldad del cristianismo es Giordano Bruno. Siempre lo había tenido yo en gran estima porque veía que sus inquietudes y las herejías por las que había sido condenado eran bastante parecidas a las que bullían en mi mente, hasta que un día me encontré con él. Fue tras un largo paseo sin rumbo fijo por las calles de Roma. Entré en una pequeña y desangelada plazuela y en una casa de la esquina vi un viejo letrero con el nombre de aquel sitio: *Campo dei Fiori*. En aquel momento algo se encendió dentro de mí, porque medio escondido en mi memoria estaba el recuerdo de que al fraile dominico Giordano Bruno lo habían quemado vivo en febrero del año 1600 en el *Campo dei Fiori*. Unos muchachitos jugaban al fútbol con una pelota desinflada en torno a un grueso y alto pedestal pétreo. Levanté los ojos y ¡allí estaba! Una gran estatua en bronce negro de un frailazo con una gran capa y capucha. En aquel momento un latigazo eléctrico me recorrió toda la columna vertebral, que todavía siento cuando lo recuerdo. En el pedestal había una leyenda que desde que la leí aquel día siempre he recordado: *A BRUNO IL SECOLO A LUI DEVINATO QUI DOVE IL ROGO ARSE* («A Bruno, el mundo que él soñó aquí donde ardió la hoguera»). Creo que estuve un cuarto de hora inmóvil, con mi mirada fija en aquella estatua, corriéndome las lágrimas por las mejillas, mientras los chiquillos pasaban a mi lado una y otra vez persiguiendo su pelota desinflada y yo estaba en una especie de trance imaginando aquella bárbara escena.

León XIII protestó enérgicamente contra la colocación de aquella estatua, pero el gobierno desoyó la protesta, y lo mismo sucedió muchos años después cuando, con motivo del tratado de Letrán, Pío XI le exigió a Mussolini que la estatua fuese retirada. Afortunadamente, y con toda razón, Mussolini tampoco tuvo en cuenta las exigencias del pontífice y la estatua continuó en su sitio.

Pero para quienes piensen que estos ejemplos de intolerancia son propios y exclusivos de la Iglesia tengo malas noticias, porque en el campo protestante hay ejemplos tan vergonzosos y brutales como los que acabo de presentar. Miguel Servet era un médico y científico aragonés de principios del siglo XVI que, harto de verse amenazado por la Inquisición por sus ideas teológicas y científicas, buscando un clima de mayor libertad para su libre interpretación de las Escrituras y su original explicación de la Santísima Trinidad, se fue a los países protestantes. Desconocía el médico español que el fanatismo de Calvino no le envidiaba nada al de los torquemadas españoles. Miguel Servet escribió bastantes libros sobre diversas ciencias pero, sobre todo, de medicina y teología. Su obra principal es *Christianismi Restitutio*, y como era amigo personal de Calvino y se carteaba con él, tuvo la ingenuidad de enviarle una copia del libro antes de su publicación. A Calvino no le gustó nada y le envió a su vez un ejemplar del suyo, titulado *Christianae Religionis Institutio*. Servet tampoco estuvo de acuerdo con él y cometió la imprudencia de devolvérselo lleno de anotaciones y correcciones al margen, cosa que enfureció a

Calvino, que dijo que si Servet ponía un pie en Ginebra no saldría vivo de ella. Profético: poco tiempo después, cuando con motivo de un viaje Servet hizo escala en Ginebra, fue descubierto, juzgado y llevado a la hoguera. Tenía solo 43 años. Una de las ideas de Servet que más disgustaba a Calvino era precisamente una genialidad con la que Servet se adelantó a los conocimientos de la medicina de aquel tiempo: la circulación de la sangre.

¡Qué lejos están todas estas intolerancias y todas estas sacras bestialidades de escenas como las que vemos en el Evangelio! Estaba aquella mujer en el suelo acosada por una turba vociferante que la acusaba de prostituta. Jesús la miró con compasión y levantó la vista hacia los acusadores. Sin decir nada, se puso a escribir en el suelo con el dedo unas palabras que se han quedado en el misterio. No sabemos qué escribió, pero lo que sí sabemos es lo que le dijo a aquella tropa farisaica cuando levantó la vista: «El que de vosotros esté sin pecado, que le tire la primera piedra». Nadie se movió. Dice el Evangelio que poco a poco se fueron retirando. Jesús levantó entonces la mirada y dijo: «Mujer, ¿quién te acusa?». «Nadie, Señor, todos se fueron», contestó ella. Entonces Jesús le dijo: «Pues yo tampoco te acuso. Vete y no peques más».

Los santos padres conciliares de Constanza y todos los Calvinos que tampoco han escaseado en el mundo protestante, si hubiesen estado allí no solo habrían condenado a la mujer sino que con mayor razón hubiesen mandado traer leña para quemar a aquel hereje que tan permisivo era con el vicio.

Otro de los errores que se le achacan a la Iglesia, y muy especialmente al catolicismo, es su riqueza. Hace ya muchos años, en *Mi Iglesia duerme*, el libro que me costó la salida de la orden jesuítica, escribí que «a veces hay demasiado ruido de dinero alrededor del altar». Esto en otro tiempo fue una gran verdad, sobre todo durante los muchos años que duró la construcción de la basílica de San Pedro. Sin embargo, no es así en la actualidad, y quiero desmarcarme de quienes, repitiendo las muchas inexactitudes que sobre eso se dicen, critican las riquezas de la Iglesia y en especial las del Vaticano. Es cierto que si se valorasen todas las posesiones de la Iglesia, y ella quisiese venderlas, serían muchos los millones que resultarían de tal transacción. Pero, por un lado, ¿cómo se tasa una joya prerrománica o un templo cuyo primer rayo de sol del solsticio de verano ilumina el capitel de la Anunciación a través de un bellísimo vitral multicolor? Y, por otro, ¿quiénes serían los clientes de tantos templos, imágenes, tumbos, ornamentos de culto y reliquias de viejos tiempos? ¿Hay que vender los templos a los seguidores de Mahoma para que los transformen en mezquitas?

Toda esa riqueza no es fruto de conquistas o de imposiciones por la fuerza; en su mayor parte es el resultado de la generosidad de los fieles de muchas generaciones. Los edificios y los tesoros de muchos museos catedralicios, lejos de producir dividendos, son una fuente de gastos, y las parroquias y las diócesis tienen que buscar maneras para conservarlos.

A la Iglesia, y sobre todo a la Iglesia jerárquica, más que acusarla directamente de poseedora de riquezas se le puede achacar haber sido demasiado amiga de los ricos y haberse olvidado bastante de los pobres. No así, en cambio, a la Iglesia de base, al humilde pueblo de Dios, a los laicos sin títulos eclesiásticos entre los que a lo largo de los siglos ha habido siempre miles de héroes anónimos que han renunciado a los bienes de este mundo y han hecho voto de pobreza y dedicado sus vidas al servicio de los más necesitados. Acusar a la Iglesia de riqueza es repetir los eslóganes de sus eternos enemigos y es hacerles el juego a quienes desde sus logias tienen declarada, desde hace siglos, una guerra callada pero feroz contra el cristianismo.

Otro error del que se podría acusar al cristianismo del último siglo es el de haber estado demasiado cerrado o desinteresado del enorme cambio que ha habido en la mentalidad de la sociedad y especialmente en la de los jóvenes. Extremos como la libertad de movimientos de las personas y la

facilidad de las comunicaciones mediante los enormes avances de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías han hecho que las masas hayan despertado de una especie de letargo, lo cual ha tenido como consecuencia un drástico cambio en las costumbres y en los valores por los que aquellas se regían. Es cierto que muchos de estos cambios han sido distintos e incluso contrarios a lo que la cristiandad había venido practicando durante siglos, pero no por ser distintos son necesariamente negativos.

Un ejemplo de esto es la mayor libertad que comenzó a respirarse hace unas décadas en las reuniones entre jóvenes de distinto sexo. En muchas partes la Iglesia lo recibió mal, y en lugar de aceptarlo como algo natural y educar a los jóvenes para el cambio, adoptó la postura de criticarlas a priori y ganarse así la antipatía y el alejamiento de la juventud.

La Iglesia debería haber puesto más interés en preparar a los jóvenes para esta nueva manera de relacionarse y para estas reuniones, viéndolas con mucha más naturalidad, quitándoles importancia y maldad a actos que no la tienen. Si hubiese sido así, todos habríamos ganado. Por un lado los jóvenes, que hubiesen estado más preparados para no sucumbir, como lo han hecho, a la tentación de los botellones, de la promiscuidad y demás reuniones multitudinarias y monstruosas de rockeros en las que la cocaína, el sexo y el alcohol los convierten en tristes rebaños de seres semirracionales. Y por otro la sociedad, porque enderezar la dinámica suicida que acabo de enunciar, de una gran parte de la juventud, es uno de los retos del siglo XXI, no solo de la Iglesia sino de los propios estados.

Tuve ocasión de asistir en Woodstock al macro concierto rockero que abrió la era de los grandes festivales. Estuve el día inmediatamente después de la conclusión del festival, y pude caer en la cuenta de su monstruosidad y hasta qué punto de degeneración se puede llegar en estas reuniones. Todavía merodeaban por allí como zombis muchos individuos e individuas que, aparte de estar sucios y enfangados por haber pasado muchas horas tirados en el barro, demostraban que tenían perdidas sus facultades por el alcohol y las drogas que habían ingerido a lo largo de tres días. Todavía tenían en sus manos las botellas de licor y nos exigían casi amenazantes que les diésemos algo de «powder». Un poco tardíamente la Iglesia reaccionó a estas concentraciones con sus Jornadas Mundiales de la Juventud.

En contraste con este despertar de la sociedad, la Iglesia católica, en la mayoría de los países, continuaba funcionando impulsada por una especie de inercia que le impedía ajustar sus liturgias y ritos —e incluso algunas creencias— a la psicología de las nuevas generaciones para hacer frente a la gran amenaza que suponían para ella las nuevas tecnologías y medios de comunicación, que calladamente estaban y siguen estando en manos de sus seculares enemigos: los masones[4].

La corrupción de los partidos llamados conservadores, la llegada de Internet a finales del siglo XX y la falta de laicos católicos activos y de una jerarquía valiente y preparada, hizo que entrásemos en el siglo XXI con un catolicismo bastante antipático, encogido y en retirada ante las diversas y poderosas corrientes sociales que afloraban en todas las naciones. De los pecados de pederastia y abuso de menores de los que tanto se ha acusado últimamente a muchos eclesiásticos hablaré más adelante, en el capítulo dedicado al celibato sacerdotal.

---

[3] Según los historiadores, durante el dominio de Bélgica sobre el Congo en la segunda mitad del siglo XIX murieron de manera violenta no menos de un millón de congoleños prácticamente esclavizados.

[4] En España, entusiasmados y obcecados por el triunfo de la derecha después dela Guerra Civil, buena parte de los jerarcas tardaron años en reaccionar y se dejaron envolver por la fuerza de la ola de triunfalismo que emanaba del régimen, y rutinariamente continuaron con su pastoral tradicional y anticuada, sin caer en la cuenta del gran cambio que en la sociedad se estaba produciendo, mayormente debido a la televisión.

IV

LAS VIRTUDES DEL CRISTIANISMO

Cuando uno oye hablar a ciertas personas de la izquierda de lo que ha sido el cristianismo a lo largo de la historia, se queda con la impresión de que la ideología cristiana es una lacra que ha frenado la evolución de la humanidad y que todavía en la actualidad supone una rémora para el avance de las ciencias y el progreso. Sin embargo, la verdad es que la humanidad, y sobre todo el mundo occidental, le deben a la filosofía y a las doctrinas del cristianismo el haber sido entre todos los continentes el pionero de los avances no solo sociales sino también en el campo de la tecnología, por haber implementado unas reglas de convivencia social superiores a las de otras culturas.

Superadas ya por la Iglesia sus extralimitaciones en los primeros años y durante buena parte de la Edad Media para imponer su fe, estas reglas de convivencia social, basadas en la fraternidad universal y en la igualdad de todos los hombres ante Dios predicadas por el cristianismo, ayudaron a que cada individuo tuviese oportunidad para desarrollar sus ideas libremente, haciendo que la sociedad entera progresase en las artes y las ciencias, mientras que otras culturas imbuidas de filosofías que amparan la existencia de clases marginadas o donde el dominio de la religión era asfixiante, permanecieron mucho más atrasadas.

Y esta es precisamente la primera gran virtud del cristianismo que quiero señalar, que al mismo tiempo fue un enorme favor que les hizo a los pueblos de Occidente: la idea fundamental que establece que todos los seres humanos, cualquiera que sea su raza o condición social, somos hermanos y todos somos igualmente hijos de Dios.

Este concepto radical acabó con la idea que durante siglos había imperado en gran parte de las grandes civilizaciones y que todavía sigue vigente en muchas de ellas: que no todos los seres humanos son iguales, que hay unos superiores a otros, que hay castas y que ciertas personas tienen derecho total sobre la vida de otras. El cristianismo acabó, por lo menos teóricamente y a la larga en gran medida, con esta lacra terrible e injusta que durante muchos siglos había imperado en las sociedades antiguas.

Es cierto que en algunas ocasiones y épocas el cristianismo se mostró tímido en defender este principio fundamental y permitió que los señores abusasen de sus vasallos o de las clases pobres. Y es cierto que san Pablo les dice a los esclavos en su Carta a los Efesios: «Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor [...] como a Cristo»; y, peor todavía, en la Carta a los Romanos cuando dice aquella frase: «Non est potestas nisi a Deo», que algunos han traducido como «Todo poder viene de Dios», traducción con la que, por supuesto, no estamos de acuerdo.

El cristianismo poco a poco fue dulcificando las costumbres de los pueblos bárbaros, rebajando por ejemplo la severidad de las condenas. La doctrina fundamental del amor al prójimo como a uno mismo fue haciendo que la facilidad con que antiguamente se condenaba a muerte fuese aminorándose. Sin embargo, hay que confesar que por un exceso de celo o por seguir a visionarios fanáticos, las autoridades

eclesiásticas, como vimos en páginas anteriores, en no pocas ocasiones con la disculpa de defender la fe, traicionaron inicuamente este mandamiento sagrado del respeto de la vida ajena.

Otra de las grandes virtudes del cristianismo, que se deriva directamente de nuestra común filiación divina, es haber proclamado que todos somos iguales ante la ley. No vemos este principio en el derecho romano ni en la cultura islámica y mucho menos en la de la India, con sus vergonzosas castas, con millones de *dalits* (parias o «intocables»). Los progresistas de la *new age* que con tanto entusiasmo predican las filosofías orientales y pretenden con el zen, el *reiki* o el yoga desplazar a la filosofía cristiana no nos explican cómo en un país donde se dan unas filosofías tan avanzadas y según ellos tan perfectas ha podido desarrollarse y perdurar durante tantos siglos una doctrina tan injusta, tan bárbara y tan inhumana como la de las castas. Es una vergüenza que en un país como la India, que se dice democrático, que es capaz de poner satélites en el espacio y fabricar bombas atómicas, haya millones de ciudadanos carentes de los derechos fundamentales y a quienes solo se les permite trabajar en las tareas más humillantes.

Las personas que critican la conquista española en Sudamérica seguramente desconocen lo cuidadosa que fue la reina Isabel la Católica en la defensa de los derechos de los indios y cómo en repetidas ocasiones advirtió a las autoridades que iban a las Indias que no permitiesen que los encomenderos abusasen de los aborígenes que trabajaban en sus tierras. En líneas anteriores hablamos muy ligeramente del obispo Landa. Si es cierto que el fraile franciscano cometió el error imperdonable de la quema de tantos documentos, no es menos cierto que se desvivió por educar a los yucatecos. El sumario de sus actividades que expusimos en beneficio de los indios es apenas una pequeña parte de lo que de él se podría decir.

En la colonización de Sudamérica, frailes como el obispo Landa pero sin su gran error podemos encontrarlos por docenas. Quien esté interesado en este tema puede teclear en Internet los nombres de dos franciscanos: el gallego Vasco de Quiroga, al que los indios llamaban *Tata Vasco*, que por haber estudiado leyes antes de hacerse religioso ocupó importantes puestos en la Audiencia de Nuevo México y contribuyó en gran medida a promulgar leyes muy beneficiosas para los nativos; y el de fray Toribio de Benavente, al que los indios llamaban *Motolinia* («humilde» o «pobre» en náhuatl).

Motolinia le escribió al rey de España Carlos I pidiéndole que hiciese caso omiso a las mentiras del dominico Bartolomé de las Casas, porque era «un arrebatado y un perturbador del orden de la colonia». Pero el mismo fray Toribio de Benavente fue años más tarde acusado y perseguido por las autoridades españolas porque en su celo por defender los derechos de los indios los animó a que no pagaran las exageradas contribuciones que les exigían, y no solo eso, sino que en la misma carta al rey le sugería audazmente que en el futuro podría hacerse de la Nueva España (México) «una nación independiente regida por un rey católico».

No estaría de más comparar estos comportamientos con la conducta de los alemanes en el poco tiempo que estuvieron en Namibia; con el inmundo apartheid de los holandeses en Sudáfrica; con los despojos y las barrabasadas que los ingleses perpetraron por todo el mundo, o con los expolios que cometieron contra la riqueza cultural de todos los países en los que dominaron. El Museo Británico es testigo de todos estos latrocinios.

Y ya que estamos hablando del aspecto cultural, a pesar de que el ámbito de acción del cristianismo se extiende solo a lo referente a la religión, es muy visible la influencia que la Iglesia ha tenido en la civilización y la culturización de muchos pueblos.

Sin pecar de exagerados, podemos decir que la Iglesia fue quien enseñó a leer a la Europa de la Edad Media. Los romanos, en los muchos países que conquistaron, hicieron calzadas para comunicarse, construyeron anfiteatros y acueductos, explotaron minas para obtener metales, dotaron a los pueblos de baños públicos y alcantarillado y promulgaron leyes, pero no se distinguieron por haber hecho escuelas. A los romanos les interesaban más los nativos como simples trabajadores, cuando no como esclavos.

Cuando debido a la presión de los «bárbaros del norte» los romanos se retiraron a principios del siglo V a su península de origen, los monjes cristianos, que ya por entonces estaban diseminados por toda Europa, empezaron a enseñar a leer a los pueblos desde sus monasterios convertidos en escuelas. A pesar de los cuatro siglos de dominación, los romanos no se distinguieron por dejar en España ni universidades ni otros centros de estudios.

Establecidos ya en la Edad Media los gobiernos autóctonos, en los diversos países europeos comienzan a aparecer las universidades como grandes centros de estudios superiores. Para desdicha de los ateos y los anticlericales, es siempre el cristianismo, representado por las Iglesias locales, quien no solo está presente en las fundaciones de estos centros sino que directamente los crea y los sustenta.

En España, la primera institución de enseñanza superior, y una de las primeras de Europa que merece el calificativo de universidad, es el Studium Generale de Palencia, fundado oficialmente por Alfonso VIII, el año 1214, pero que ya venía funcionando desde mediados del siglo anterior. En él se enseñaba el *trivium* y el *cuatrivium* que en cierta manera corresponde a nuestras «Letras y Ciencias». Aparte se estudiaba de manera muy especial la teología. El derecho canónico, el derecho civil y, curiosamente, la medicina, se estudiaban fuera del *cuatrivium.*

Un poco más tarde, pero en el mismo siglo XIII, sucedió lo mismo con el Estudio General de Salamanca, convertido en universidad. Y en los siglos siguientes, especialmente en el XV y en el XVI, la Universidad de Salamanca se convirtió en el epítome de toda la ciencia superior de la península. Este predominio lo resumía el célebre dicho «*Quod natura non dat, Salmántica non prestar*», cuya traducción libre podría ser: «Si naciste burro, ni Salamanca te desasna».

Una prueba de que la Iglesia está por completo involucrada en la educación de Europa es que durante muchos años los libros más importantes que se publicaban, y no solo los de teología, filosofía o historia sino los de ciencias naturales e incluso de matemáticas y medicina, estaban en latín, la lengua oficial del cristianismo y que durante toda la Edad Media fue el lenguaje franco de los europeos.

Todo lo dicho de Europa se le puede aplicar, con mayor razón, a América, donde mucho antes de que varias naciones se independizasen, la Iglesia ya había sembrado el continente de centros de estudio en los que franciscanos, dominicos y jesuitas no se limitaban a enseñar a los indios la doctrina cristiana sino que los instruían en todo lo que fuese útil para sus vidas.

La primera universidad que se fundó en América fue la que hoy se conoce como Universidad Mayor de San Marcos, en Lima, y tuvo sus orígenes en 1548 en los Estudios Generales que se impartían en los claustros del convento del Rosario de la orden de Santo Domingo. El año 1551 fue refrendada por el emperador Carlos I, y en 1571 el papa san Pío V le otorgó el título de Real y Pontificia Universidad de la Ciudad de los Reyes de Lima.

Un ejemplo eminente de esta labor educativa de la Iglesia en América lo tenemos en las famosas reducciones del Paraguay, misiones en las que los jesuitas trataron de educar de una manera integral a los guaraníes de aquella región. Contando con el beneplácito y la colaboración de los indios, planificaron y construyeron ciudades totalmente nuevas en las que instauraron unas leyes, costumbres y métodos de vida como por entonces podían verse en alguna población modélica española. Había iglesias que ocupaban un

lugar céntrico en el pueblo, pero también montaron talleres donde se aprendían oficios y tiendas donde se vendía lo que fabricaban los talleres. También fundaron hospitales. Los habitantes de la ciudad tenían asignadas parcelas que ellos cultivaban, a veces comunitariamente. Había edificios para las autoridades, que por supuesto eran indios; cárceles para quienes incumplían la ley; escuelas de primera enseñanza para niños y adultos, e incluso tenían un embrión de universidad, donde trataban de enseñar a los más inteligentes las artes y las ciencias superiores. De hecho, durante el siglo largo que estuvieron en funcionamiento estas reducciones se notaron grandes avances en la civilización y culturización de los indios que habían pasado por ellas.

Toda aquella maravillosa experiencia se acabó repentinamente cuando Carlos III, amedrentado y engañado por sus ministros Moñino y Floridablanca —ambos eminentes masones, una vez más—, suprimió de un plumazo toda aquella grandiosa obra basándose en que socavaba la autoridad de la metrópoli y era un foco de rebelión contra las autoridades gubernamentales de la región. Se trata de un ejemplo más de la guerra sorda que la masonería de los altos grados, desde la sombra, ha ejercido siempre contra la Iglesia. Los «hermanos» de grados bajos, engañados por las buenas palabras con las que la masonería se presenta ante la sociedad, desconocen que la principal finalidad de la Orden es hacerle la guerra al cristianismo.

Antes de abandonar Sudamérica, y yendo contra la necia corriente de denostar radicalmente la conquista española, sería conveniente reconocer otra gran virtud que, aunque no se trató de un logro principal y específicamente buscado por el cristianismo, fue una gran realidad por la que todos los sudamericanos deberían estarles agradecidos a España y muy en particular a los religiosos de todas las órdenes que allá acudieron. Me refiero al rotundo castellano en el que hoy pueden entenderse y comunicarse todos ellos. No faltarán algunos superpatriotas que sostengan lo contrario y que sigan diciendo que esa fue parte de la destrucción de las culturas autóctonas. Para ellos hubiese sido mejor que cada pueblo o cada raza hubiese seguido hablando su propio idioma, pero el catastrófico resultado hubiese sido una Sudamérica con cerca de cien idiomas diferentes. Si con uno solo no se pueden entender, podemos imaginarnos lo que sucedería con cuarenta o cincuenta naciones hablando en cien idiomas distintos.

No tenemos que imaginar nada, porque eso es lo que ha sucedido en la India o en Filipinas, donde los gobiernos gastan buena parte de su presupuesto en la simple tarea de hacerse entender por unos súbditos que hablan centenares de lenguas diferentes. Hoy en día, si no hubiese sido por el recio castellano, a estas horas los cien idiomas de los trescientos millones de hispanohablantes habrían sido ya devorados por la lengua yanqui que tanto les gusta a los progres. Estaríamos todos borreguilmente repitiendo palabras tan feas como «*ipod*», «*wifi*», «*pendrive*», «*hashtag*» o «*trendingtopic*», y se habría cumplido al pie de la letra la profecía que hace cien años hizo el nicaragüense Rubén Darío:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Se acabará la raza de bravos caballeros?
¿Reiremos ahora para llorar después?

No negamos que la desaparición de una lengua tiene algo de tragedia cultural y que en la medida de lo posible hay que tratar de que no muera. Pero el cambio de una lengua por otra, al igual que su evolución y enriquecimiento, es algo inevitable y connatural con la evolución de las sociedades y de la propia mente

humana. Efectivamente el aymará, el quechua, el maya, el guaraní o el náhuatl son una parte integrante y fundamental de sus respectivos pueblos. Pero esas lenguas son fruto de la evolución. Los antepasados remotos de los mayas, guaraníes o taínos no hablaron ni maya ni guaraní ni taíno, porque las lenguas se van transformando a lo largo de los siglos.

A los superpatriotas gallegos que embadurnan los letreros escritos en castellano porque quieren que, a la fuerza, en Galicia todos hablen gallego, yo les preguntaría qué lengua hablaba Viriato, a quien ellos consideran como uno de sus héroes históricos, y seguramente no sabrían decírmelo, pero pueden estar seguros de que no hablaba gallego. Hablaría, al igual que todos los habitantes de la Gallaecia de entonces, un desconocido castrexo del que apenas quedan restos. Y con esto no intento decir que quiero que desaparezca el gallego, cuando a mí me gusta hablarlo y, de hecho, he escrito algún libro en esta lengua. Pero no podemos cegarnos ante las realidades que la evolución de los tiempos y la propia vida nos van marcando.

Aunque no se lo hubiese propuesto ex profeso, la Iglesia, usando su latín como lengua franca a lo largo de mil seiscientos años, influyó enormemente en las lenguas de toda Europa, lo que, sumando su influencia al trabajo previo de los romanos, dio nacimiento a una docena de nuevos idiomas.

En cuestión de caridad y hospitalidad, el cristianismo se merece un sobresaliente, ya que han sido miles y miles los cristianos y sobre todo las cristianas que, cumpliendo al pie de la letra el mandato de Cristo, han dedicado o más bien sacrificado su vida entera al cuidado de los enfermos, de los pobres, de los desamparados y de las personas de las que las autoridades y el resto de la sociedad no quieren saber nada porque, además de costar dinero, son molestos.

Actualmente, en este mundo en el que tanto abundan las sociedades desgarradas y desarraigadas de sus patrias y pobres que no tienen donde vivir, hay cientos de miles de cristianos que han dedicado su vida, de manera voluntaria y gratuita, a su cuidado.

Y una vez más vemos en el campo de la hospitalidad y de la ayuda a los más necesitados esa triste y grande brecha que hay en el cristianismo: la que existe entre los creyentes anónimos que son fieles al Evangelio y los cristianos encumbrados o acaudalados que no ponen su dinero o su influencia para saciar el hambre de pan, de hogar o de amor que tienen los desheredados de la tierra.

En el catolicismo ha habido a lo largo de los siglos miles de Teresas de Calcuta y es indudable que las sigue habiendo aunque no tengan la publicidad de la monja albanesa. En la televisión no vemos las historias de estas heroicas mujeres que han sacrificado sus vidas al servicio de los pobres y de los ancianos. La televisión prefiere emitir día tras día los shows de famosas degeneradas que, lejos de ser verdaderas artistas, son prostitutas «de alto standing».

Y aunque la tarea de ayudar a los enfermos y personas desvalidas está más de acuerdo con la psicología femenina, hay órdenes religiosas de varones que fueron fundadas específicamente para ayudar a los pobres, enfermos y desvalidos, y sus conventos son prácticamente hospitales. Los hermanos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, con sus hospitales, son un ejemplo de ello. Y ya que hablamos de ellos aprovecharemos la ocasión para decir que en la Guerra Civil española, que duró de 1936 a 1939, los milicianos de la «democrática» Segunda República, en la que gobernaban socialistas y comunistas, entraron por la fuerza en la casa que estos religiosos tenían en Calafell (Tarragona), y en la que atendían a 250 niños enfermos, huérfanos o abandonados por sus padres; los hicieron salir y, en medio de ultrajes y escarnios, los montaron en un camión y los fusilaron en las afueras del pueblo sin dejar a ninguno vivo. El total de los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios asesinados en la contienda española fue de 97, y el de monjas, muchas de las cuales fueron sacadas de sus conventos-

hospitales, donde atendían a enfermos, 470. Y 7.350 los sacerdotes y religiosos asesinados por los milicianos del Frente Popular (socialistas y comunistas) únicamente por ser católicos, muchos de ellos dedicados a labores caritativas en beneficio de los más desfavorecidos de la sociedad. Estas son las pruebas que tienen quienes acusan al cristianismo de inhumano y de oscurantista.

En las fechas en las que escribo este libro se pueden ver todos los días en todas las ciudades de España unas largas colas de gente con caras muy serias y tristes. Las colas son de dos tipos: las de los que buscan empleo y las de los que buscan comida. Las primeras son atendidas por empleados a sueldo del Estado que normalmente no dan lo que se les pide, sencillamente porque no lo tienen. La mayor parte de las segundas son atendidas por la Iglesia. Pero no son socorridos por una Iglesia virtual, mística, medieval y abstracta, como se la imaginan muchos progres de la izquierda; son atendidos por cristianos auténticos, de carne y hueso, que hacen su tarea con sacrificio pero con gusto, sin cobrar nada y además dan comida real y caliente para saciar el hambre.

He aquí unas cifras generales de la labor de instituciones cristianas tanto católicas como protestantes, dispersas por el mundo entero: 5.167 hospitales, 17.322 dispensarios, 15.699 residencias para ancianos, enfermos crónicos y minusválidos y 10.312 orfanatos, además de innumerables pequeños centros de beneficencia y asistencia. En todos los países pobres, y aun en los no tan pobres, donde las corruptas autoridades permiten grandes bolsas de pobreza, las instituciones cristianas están presentes con sus voluntarios y voluntarias que, dentro o fuera de órdenes religiosas, quieren seguir fielmente las enseñanzas de Cristo.

Otra de las grandes virtudes del cristianismo por la que la mitad del género humano le tiene que estar enormemente agradecido es la defensa de los derechos de la mujer. Paradójicamente, mucha gente de la izquierda acusa a la Iglesia de no defender los derechos de la mujer, cuando si comparamos lo que sucede en otras culturas en las que el cristianismo es minoritario, los derechos de las mujeres son muy escasos y, en muchos aspectos, inexistentes.

De nuevo, los derechos que en el cristianismo se le reconocen a la mujer provienen de la idea fundamental de que todos los seres humanos somos iguales ante Dios. Y la Iglesia mantiene tan en serio esta idea que defiende incluso los derechos de los seres humanos antes de nacer, cuando aún están dentro del seno materno, y los defiende sabiendo que se echa de enemiga a la izquierda, que, en un alarde de cinismo, de incongruencia, de irresponsabilidad y de barbarie, les concede a las mujeres el derecho de eliminar a su propio hijo arrancándolo de sus entrañas y convirtiendo un crimen en un derecho.

Cuando uno compara los extremos increíbles a los que algunas culturas han llegado en la infravaloración y el desprecio de la mujer con los países en los que con más o menos fuerza han penetrado las ideas cristianas, uno no puede menos que reconocer el gran beneficio que estas han supuesto para el respeto y el bienestar de la mujer.

El hecho ancestral —de un origen bastante misterioso— de que las mujeres en las ceremonias religiosas deben cubrirse la cabeza, en otras culturas y religiones se ha exagerado, llevándolo hasta extremos ridículos, cuando no esclavizantes. En el cristianismo, basado en un muy extraño texto de san Pablo, las mujeres, hasta el Concilio Vaticano II, acudían a los actos litúrgicos con la cabeza cubierta. Pero lo hacían de una manera discreta e incluso bonita, con un velo de tul o tela semitransparente. Y tal costumbre servía en muchos casos para que algunas damas distinguidas pero vanidosas presumiesen ante sus amigas de llevar un sombrero elegante o «de marca», como se diría hoy. En cambio, el humillante *burka* o la prohibición de que las mujeres muestren el rostro o la cabellera en público que tanto gusta a muchos fanáticos del islam es un incalificable insulto a la dignidad y a la libertad de la mujer; una vil humillación contra la que las feministas de la ONU apenas han hecho nada. En el mundo de los

seguidores de Mahoma las injurias contra la mujer son muchas y a cuál más denigrante: desde la criminal ablación del clítoris hasta los latigazos en público a la mujer infiel. En Afganistán se ha llegado a dar muerte a más de una mujer por ir en público con la cabeza descubierta.

Y este menosprecio de la mujer se extiende mucho más allá de la indumentaria. En las legislaciones de los países que se rigen por los mandatos del Corán, los derechos de la mujer son muy infravalorados, hasta el punto de reconocer descaradamente que ante un tribunal el testimonio de una mujer vale la mitad que el de un hombre.

Si nos asomásemos a otras culturas como la de China o la India nos encontraríamos con ejemplos que en otros aspectos son tan escandalosos como los que vemos en el islam y que no dejan a la mujer en muy buen lugar. En China, la frase clásica con la que un marido presentaba su familia a un visitante era: «Y aquí están mis hijos y la tonta de mi mujer». No sé si Mao, además de sus veinte millones de muertos, habrá matado también esta costumbre. No son pocos los sociólogos de la izquierda reacios a admitir la verdad de que la posición que en el mundo occidental goza la mujer se deba al cristianismo. Más bien la achacan a la natural evolución de los tiempos, al pensamiento avanzado de algunos pensadores que lo mismo que hicieron despertar al pueblo en la Revolución Francesa propiciaron que muchas mujeres fuesen poco a poco rebelándose contra su nivel secundario en la sociedad. Y remachan sus razonamientos acusando a la Iglesia católica de tener reprimida a la mujer, totalmente excluida de los puestos de jerarquía estrictamente eclesiásticos y relegada en ocupaciones muy secundarias.

Estas afirmaciones tienen su parte de razón y en cierta manera, aunque lo hagan sin saberlo, son como el recordatorio de muchas recomendaciones incumplidas del Concilio Vaticano II. En él se decía que a los laicos había que involucrarlos más en la labor de la evangelización de las masas. Y al decir laicos se refiere también a las mujeres, a las que, incluso hoy, la jerarquía y los sacerdotes les asignan casi exclusivamente la tarea de tener el templo limpio y el altar con flores y, cuando mucho, la labor de catequistas.

El argumento mayor que suelen esgrimir cuando se acusa a la Iglesia de discriminar a la mujer es su exclusión radical al Sacramento del Orden. Es totalmente cierto que nunca ninguna mujer ha sido ordenada sacerdote y que por lo que nos ha dicho recientemente el papa Francisco tampoco lo será en el futuro, por lo menos mientras él sea Papa. Este es un argumento válido que tienen los y las feministas y anticlericales, y lo trataremos en profundidad en el capítulo dedicado al papel de la mujer en la Iglesia.

En lo que se refiere a la aceptación de los homosexuales, aunque a muchos pueda parecerles contrario a la verdad, también el cristianismo se puede poner alguna medalla. Es cierto que la medalla no será de oro y ni siquiera de plata, porque cuando se lee la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, lo que allí se dice de los homosexuales no es muy consolador para ellos ni para ellas. Es cierto que, en los últimos tiempos, en el cristianismo en general, sobre todo en el campo protestante, se ha dulcificado mucho la postura hacia los homosexuales. En el seno del catolicismo hay también teólogos que, forzando, a mi manera de ver, los textos, hacen filigranas para interpretarlos mucho más benévolamente.

Y nada menos que el propio papa Francisco, en una conversación con periodistas a su vuelta de la JMJ (Jornada Mundial de la Juventud) de Brasil, cuando, preguntado sobre cuál era su juicio sobre la homosexualidad, respondió de una manera que ha hecho estremecerse a los ultracatólicos, a los que ya tenía un poco nerviosos. Con toda naturalidad dijo: «¿Quién soy yo para juzgar a los gays?».

Si hemos de ser sinceros, la realidad es que durante siglos la mentalidad que ha prevalecido no solo entre los cristianos de a pie sino entre la jerarquía de todas las ramas del cristianismo es que la

homosexualidad estaba específicamente prohibida, primero y de una manera rotunda en el libro del Levítico por el propio Yahvé y posteriormente por san Pablo en su Carta a los Romanos. Modernamente, esta prohibición ya no es tan homogénea porque algunas ramas del protestantismo han ido moderando su posición con respecto a los homosexuales.

¿Por qué digo entonces que el cristianismo tiene que colgarse alguna medalla en el asunto de la homosexualidad, aunque la medalla sea solo de plomo? Porque si comparamos cómo se trata a los homosexuales en países donde el cristianismo ha tenido influencia y cómo se los trata en aquellos en los que no la ha tenido, veremos una abismal diferencia. En muchos de aquellos países, todavía hoy están sujetos a pena de muerte y no es raro que leamos en los periódicos que en Irán, por poner un ejemplo, se ahorcó a varios individuos por el único «delito» de ser homosexuales.

Las recientes leyes que Putin ha promulgado en Rusia contra los homosexuales y las bárbaras escenas de gays apaleados hasta la muerte, aparte de causarnos horror, no tienen que extrañarnos demasiado en un país que sufrió durante casi un siglo la más inhumana de las tiranías. Lo malo es que aquí en España aún hay líderes políticos y ciudadanos que desconocen la verdadera historia del comunismo y parece que añoran aquellas ideologías infernales. En un capítulo posterior hablaremos más sobre la homosexualidad.

V

EL CRISTIANISMO HOY

Entendido como el conjunto de los seguidores de Cristo, el cristianismo es la religión con el mayor número de adeptos, aunque los fieles de Mahoma amenazan con quitarle esta mayoría debido a que las mujeres musulmanas son mucho más fecundas que las cristianas. Además, el cristianismo también supera al islam en extensión territorial, pues tiene presencia activa en todos los continentes, mientras que en bastantes regiones del planeta la presencia de seguidores de Mahoma es muy escasa.

En Norteamérica, hasta hace poco los seguidores del islam eran una minoría exigua, pero en muy pocos años, obedeciendo a la facilidad que hoy existe para moverse por todo el planeta y a una estrategia solapada y en gran parte costeada por las cínicas y en muchos sentidos corruptas autoridades de Arabia Saudita, los norteamericanos se han dado cuenta, casi repentinamente, de que los seguidores de Mahoma en Estados Unidos son muchos más de los que ellos pensaban. Mientras el ingenuo pueblo norteamericano está perpetuamente distraído con los deportes y la televisión, y manipulado además por los medios de comunicación, los islamistas se les han ido colando poco a poco y hasta han tenido el descaro de tumbarles las torres gemelas. (Aunque en esta tarea, como todo el mundo sabe, la parte principal la han tenido las propias autoridades yanquis y sobre todo las suprayanquis, que quieren imponer el Nuevo Orden Mundial).

En Sudamérica, la presencia de mahometanos era y sigue siendo casi imperceptible, pero últimamente llegan noticias de que en algún país como Venezuela están desarrollando una gran actividad proselitista. Entre los muchos disparates que hizo aquel orate llamado Chávez —que creía que con oponerse al imperialismo de Estados Unidos ya era suficiente para gobernar bien un país—, está el de importar ulemas islámicos para que prediquen la fe de Alá entre algunos indios, y ya hemos visto publicada por la prensa la fotografía de un numeroso grupo de indios que se han hecho seguidores del profeta y, como no podía ser menos, sus mujeres aparecen ya con sus cabezas cubiertas como estipula el Corán.

En este particular de la presencia de ambas religiones en las diferentes regiones del planeta hay una gran diferencia, y es que mientras en los países de mayoría cristiana se tolera ampliamente la presencia de mahometanos, en los países de mayoría islámica se tolera muy poco a los cristianos, se los persigue con saña fanática y hasta se los mata por el simple hecho de ser cristianos, sin que las autoridades del país concedan demasiada importancia a los hechos y además sin que la prensa del mundo occidental apenas se haga eco de ello. El islam está padeciendo en la actualidad la misma enfermedad que sufrió el cristianismo en sus comienzos con respecto a los paganos y más tarde en la Edad Media, cuando unos cristianos mataban a otros por diferencias en la interpretación de las Escrituras. Los islamistas no solo atacan a los no creyentes, sino que chiítas y sunnitas se tienen un odio fraterno con el que seguramente Alá no está nada satisfecho.

Hoy, la religión cristiana, considerada como un todo, da la impresión de estar en descomposición. Es cierto que dentro de los creyentes que se dicen cristianos hay pequeños grupos con una mayor cohesión y

un gran grupo, el católico, que hasta ahora se ha conservado más unido en cuanto a creencias y disciplina. Pero es indudable que el cristianismo, como cuerpo de doctrina, presenta un aspecto enfermizo, y no solo por la división de sus miembros sino por la tibieza en obedecer y practicar las creencias de su fundador y por la gran ignorancia que muchos tienen de ellas.

Aparte de la persecución que los cristianos sufren en los países musulmanes, a la que aludimos en líneas anteriores, hay otra persecución mucho más solapada pero no menos insidiosa que proviene de los llamados «intelectuales» de las naciones teóricamente cristianas. La llamada «izquierda» en política —un marxismo aguado y más o menos civilizado— está generalmente posicionada contra las ideas fundamentales del cristianismo. En algunos individuos esta oposición se sustancia en un odio irracional de raíces mucho más profundas, que provienen de circunstancias o ideas no de tipo social sino de niveles y ámbitos inherentes al reino del espíritu. Son controles e influencias de algún «espíritu maligno» muy relacionado con la trágica historia del género humano. Abordaremos este tema más adelante. En este genérico cristianismo en descomposición se pueden ver doctrinas y posiciones tan contrarias como las de los monjes griegos del monte Athos, donde no pueden acercarse mujeres ni animales domésticos de sexo femenino —excepto gatas y gallinas—, o los presbiterianos de Estados Unidos, que tienen obispos homosexuales —tanto hombres como mujeres— que viven maritalmente con su pareja. Esto es solo un ejemplo de la diversidad y de la laxitud de creencias y costumbres que hoy existen en el mundo cristiano.

Es cierto que el mensaje de Cristo sigue siendo la esencia fundamental, pero aun en esta creencia existen brechas. Por ejemplo, algunos, influenciados por las filosofías orientales, tienen una empanada mental en la que, olvidados de la presencia real e histórica de Jesús de Nazaret entre nosotros, mezclan a Cristo con lo crístico, sin entender bien los conceptos. Leemos en uno de esos manuales de misticismo progresista: «El Cristo es una energía de puro amor divino. Fue creado para hacer un Puente, y de esta forma asistimos a llegar a Nuestra Divina Presencia Yo Soy». Y en otro manual: «La conciencia crística es saberse uno libre por el autoconocimiento y a la vez contemplarse como parte activa de la voluntad creadora de la unidad universal». Pura jerga.

Cuando se contempla al cristianismo con una mirada general y como un todo, lo más llamativo es su división en tantas, tan diversas y a veces tan opuestas facciones. Solo un siglo después de la muerte de Jesucristo ya había, según algunos autores, más de trescientas sectas cristianas que a veces batallaban entre sí con unos métodos nada evangélicos. Es cierto que la mayor parte de estas sectas duraban solo mientras el visionario que las había fundado estaba vivo. Pero como ya indicamos anteriormente, en el siglo xi se produjo la gran escisión de los cristianos de Bizancio —también conocida como Constantinopla y actualmente como Estambul—, que dio lugar a la Iglesia Oriental Ortodoxa griega y eslava, seguida varios siglos después por la ruptura protestante.

De la Iglesia de rito oriental (Rusia, varias naciones de la ex Unión Soviética, Grecia, Serbia, Bulgaria y algunos grupos menores en otras naciones), el catolicismo difiere fundamentalmente en el rasgo al que ya nos referimos anteriormente: obedecer a la autoridad del pontífice romano. En tiempos pasados, el distanciamiento entre la Iglesia romana y la ortodoxa oriental fue mucho mayor que el de hoy; era una distancia basada más bien en defectos humanos: celos, amor propio herido, resquemor por ciertas faltas de cortesía o por el recuerdo de viejas ofensas.

Los orientales se sintieron heridos por la preponderancia que poco a poco fue adquiriendo Roma en detrimento de Bizancio. Aunque san Pedro fue ejecutado en Roma y san Pablo también estuvo preso allí, en los primeros siglos del cristianismo, por el hecho de residir en Bizancio más tiempo los emperadores herederos de Constantino y por ser más fuertes las iglesias de toda aquella región, Bizancio había adquirido cierta preponderancia sobre Roma. De hecho, los ocho primeros concilios ecuménicos se

celebraron en aquellas tierras, en concreto cuatro de ellos en Constantinopla. Roma tuvo que esperar hasta el año 1123 para celebrar su primer concilio ecuménico, el Concilio de Letrán. Modernamente los jerarcas de ambas iglesias han hecho muchos esfuerzos por restablecer la unidad, y de hecho ya ha habido entre ellos reuniones que en tiempos pasados hubiesen sido completamente imposibles.

Esta separación de los cristianos del rito oriental es doblemente triste, porque sus creencias fundamentales no difieren de las del catolicismo romano. No ocurre así en las del mundo protestante, donde al carecer por completo de alguna autoridad que vele por la rectitud de lo que se predica, o al menos por una cordura elemental de las creencias, han caído en aberraciones groseras y de todo tipo, como en el caso del anglicanismo, cuya líder suprema es la reina de Inglaterra, que no da demasiadas muestras de ser una seguidora del mensaje de Cristo.

VI

CATOLICISMO

Hasta ahora hemos hablado del cristianismo en general, prescindiendo de la gran división que en él se da desde poco tiempo después de su fundación. Ahora le echaremos un vistazo específicamente al catolicismo tal como hoy en día se encuentra a lo largo y ancho del mundo.

Es indudable que de todas las ramas del cristianismo la más numerosa, la más organizada y la que da una mayor impresión de unidad es la rama católica. Pero al mismo tiempo también es cierto que en el último siglo el catolicismo ha sufrido fuertes embates, tanto internos como externos.

La primera fuerte sacudida que recibió fue interna y procedería de la propia jerarquía de la Iglesia. Se trata del Concilio Vaticano II, convocado por el papa Juan XXIII y llevado a cabo por Paulo VI. En él, la Iglesia trató de ponerse al día y estar a la altura de los nuevos tiempos, porque a partir de finales del siglo XVII, el mundo occidental, debido en buena parte a la Reforma protestante, había empezado a despertar de la modorra religiosa en la que había vivido durante siglos. El catolicismo ya no tenía el control de las conciencias que había tenido y ni siquiera el nuevo cristianismo, predicado por los protestantes, era capaz de contentar ni de contestar las inquietudes mentales de mucha gente. En el Concilio Vaticano II la jerarquía católica trató de actualizarse con nuevos catecismos y nuevos métodos de evangelización. Pero aquel esfuerzo tuvo diversas consecuencias que no en todos los casos fueron positivas. Por un lado, muchos obispos y sacerdotes lo recibieron con frialdad y no llevaron a cabo las recomendaciones que en el concilio se daban; otros, de mente más estrecha, se escandalizaron de algunas de las declaraciones y recomendaciones del concilio porque les parecía que iban contra las tradiciones de la Iglesia; y otros, por el contrario, las entendieron y las aplicaron mal, juzgando que la modernización del cristianismo se arreglaba eliminando imágenes de santos en los templos, acercando las guitarras rockeras al altar y con una visión *light* de algunos dogmas y sacramentos. Pero pasados los años y visto con una mirada general, indudablemente el Concilio Vaticano II fue una sacudida para la Iglesia, aunque si bien es cierto que tuvo su parte negativa, puso en movimiento las conciencias de muchos cristianos adormilados, y entre ellos a no pocos eclesiásticos.

El concilio trataba de atajar una cierta rutina fría y mortecina que se veía en muchas parroquias y comunidades católicas. Sin confesarlo, la jerarquía veía que ciertos grupos de protestantes atraían mucho más al público porque usaban un tipo de evangelización más viva y moderna y más cercana al pueblo. Fruto de este nuevo estilo de evangelizar que ellos tenían y de la modorra que aquejaba a muchas parroquias, la realidad era que en muchos lugares donde el catolicismo había sido durante siglos la religión dominante, los católicos y muchas personas que hasta entonces no habían practicado religión alguna engrosaban las filas de los seguidores de Lutero o de cualquiera de los muchos líderes que habían surgido tras la Reforma protestante.

Este fenómeno se dio en grandes proporciones en Sudamérica, donde las filas católicas, que antes eran abrumadoramente mayoritarias, se han visto y se están viendo grandemente mermadas por la fuga de

muchos de sus fieles a todo tipo de denominaciones protestantes y a grupos que practican filosofías procedentes de Oriente.

Muchas de estas sectas y grupos son solo el fruto de la viveza de algún listo que se dio cuenta de que a través de la buena fe de los ingenuos podía enriquecerse rápidamente, pero otras, en cambio, se deben al recalentamiento de la mente de algún fanático que sinceramente se cree inspirado por el Espíritu Santo. Lo cierto es que, en pocos años, en casi todos los países sudamericanos aparecieron por todas partes, sobre todo en los suburbios de las grandes ciudades, innumerables capillitas «evangélicas» que en su humildad contrastaban con los grandes templos católicos emplazados en los centros de las ciudades.

Otra gran diferencia era que mientras los grandes templos estaban casi vacíos y silenciosos, las capillas evangélicas de cualquier Iglesia bautista, presbiteriana, metodista o pentecostal —que muchas veces era tan solo un garaje acondicionado— rebosaban de gente y en muchas de ellas se oían los entusiastas «¡aleluya!» con los que los hermanos participaban activamente en las ceremonias.

Esta participación de los laicos en la liturgia, en la evangelización y en toda la vida de la Iglesia fue uno de los puntos en que más hincapié hizo el Concilio Vaticano II, pero buena parte de la jerarquía y del clero o no supo o no quiso aplicar aquellas directrices. La realidad es que en el catolicismo los laicos siguieron muy marginados. La casta sacerdotal continuó teniendo sobre sus espaldas toda la tarea de evangelizar y de mantener viva la fe en Dios en el pueblo, y el resultado ha sido que los laicos, al ver que no se contaba con ellos, se han ido desentendiendo poco a poco de la tarea evangelizadora y los sacerdotes o no han podido o no han sabido hacer todo el trabajo que en estos tiempos se requiere ante tantos enemigos.

Aparte de esto, en el catolicismo en general se nota un enfriamiento en la fe, tanto en los fieles como en los jerarcas y en el clero. Las iglesias se ven muy vacías los días en que, según lo mandado, hay obligación de asistir al acto litúrgico, y es muy notoria la escasez de jóvenes en tales actos. El contraste es muy llamativo cuando esta escasez se compara con las multitudes de musulmanes arrodillados, con la cabeza en el suelo, en las mezquitas de todo el mundo.

Por pura inercia, en muchas parroquias el clero había reducido su tarea de evangelizar a la celebración de la misa, y si acaso a la visita de algún enfermo o a oír alguna confesión de los pocos fieles que todavía frecuentan este sacramento. Como alguien dijo, «la Iglesia se ha convertido en una sociedad de bautizos, bodas y entierros». Pero así no se evangeliza. Según la definición más ortodoxa, evangelizar es hacer que la gente conozca la persona de Cristo y lo instale en su vida, no solo como su salvador sino como su gran amigo.

En estos tiempos, para un buen cristiano que viva en un pueblo pequeño tiene que ser desolador ver cómo el sábado o el domingo llega un sacerdote que viene de otro pueblo, abre a toda prisa las puertas de la iglesia, toca las campanas —si todavía las hay o el ayuntamiento no ha prohibido tocarlas porque molestan a los vecinos—, celebra misa con el templo casi vacío y sale corriendo para celebrar misa en otro pueblo en el que se repetirá la misma escena. Pero eso no es evangelizar, eso es mantener artificialmente con vida a un agonizante. Y el catolicismo no tiene por qué estar agonizante porque posee dentro de sí unos valores tanto humanos como sobrehumanos que son los que lo han mantenido con vida durante 2.000 años.

Una de las pruebas más palmarias de esta inercia y de esta fe enferma son las primeras comuniones que todavía siguen celebrándose con gran parafernalia de invitaciones, vestidos, regalos y banquetes. Para muchos niños, la primera comunión es casi la última comunión, porque toda la ceremonia tiene mucho más de acto social que de religioso. Se practica porque se vería mal que el niño o niña fuese el único que

no lo celebra. Y en cuanto a la parafernalia de vestidos, se vería mal si la hiciese con un vestido que no estuviese a la altura de los de los demás niños o niñas.

De las bodas podría decirse lo mismo, o incluso peor. En primer lugar porque la mayoría de quienes se dicen católicos no se casan por la Iglesia, con lo que su matrimonio, según los cánones, es un concubinato; y en segundo lugar porque el porcentaje de las parejas que se separan es enorme. Aparte de que cada vez es más común, incluso entre quienes se dicen católicos, que unos novios se pongan a convivir sin matrimonio de ninguna clase y que, con la misma naturalidad, se separen en cuanto «se les acabe el amor». Por eso ahora ya hay cierto rubor en decir «mi esposa» o «mi marido ». Ahora se estila decir «mi pareja». Las leyes muy tendentes al laicismo —que no laicidad— y al apoyo de las nuevas tendencias marcadas por la dictadura del «género» han contribuido a la implementación de estos términos. Del Código Civil han desaparecido las voces «esposo» y «esposa». En su lugar aparecen los términos «cónyuge 1» y «cónyuge 2». De igual manera, las palabras «padre» y «madre» han sido sustituidas por «progenitor A» y «progenitor B». Esto fue un regalo al colectivo gay —minoritario a todas luces— para evitar que se sintiesen discriminados al tener que estampar en el libro de familia los nombres de los contrayentes. ¡Progresamos!

Esta fe triste y sin vitalidad que se ve en la mayoría de los laicos católicos y en el clero tiene como consecuencia directa que no incita a los jóvenes ni a nadie a participar en algo tan falto de entusiasmo. Esta es una de las principales causas de la falta de vocaciones para el sacerdocio que tan acusada es en estos últimos tiempos. Si a esto se añade lo que expresamos anteriormente sobre la marginación de los laicos, nos encontramos con el enorme problema que en la actualidad tienen muchos países en los que antaño hubo probablemente un exceso de sacerdotes. Si no se encuentra remedio a este problema de la falta de vocaciones sacerdotales, en muy pocos años apenas quedarán algunos. ¿Quién celebrará entonces la eucaristía, que es el sacramento íntimo de la Iglesia reservado a los sacerdotes?

Más adelante hablaremos específicamente del tema de las vocaciones al sacerdocio y las órdenes religiosas, pero en estos párrafos en los que estamos examinando el estado de salud del catolicismo no podemos dejar de señalar la auténtica desbandada de sacerdotes producida en el último medio siglo. Miles de ellos han solicitado la secularización y otros tantos han abandonado el sacerdocio sin detenerse a pedir ninguna dispensa. La razón de esta estampida se debe más que nada a la falta de una auténtica vocación por parte de muchos sacerdotes. En España, durante muchos años estuvieron abiertos los seminarios menores, donde niños a partir de los 10 años e incluso antes eran educados en un ambiente religioso por las respectivas diócesis con el objeto de que cuando terminasen allí sus estudios pasasen al seminario mayor, donde recibían la formación final para ser sacerdotes.

Muchos de esos niños provenían de hogares muy humildes y eran enviados por sus padres a estos seminarios menores porque allí impartían una buena educación y, además, al estar en régimen de internado tenían comida gratis. Con este sistema nos encontramos de nuevo con el problema de la inercia del que ya hablamos y que tanto se da en la Iglesia, que lleva muchos años haciendo lo mismo. Estas vocaciones no eran genuinas, y cuando aquellos niños, ya ordenados de sacerdotes y con un escasísimo conocimiento de lo que es la vida —porque habían vivido siempre en régimen de internado—, se encontraban con las muchas tentaciones de todo género que padecen los sacerdotes, lo más natural era que sucumbiesen a la tentación. Un sacerdote amigo mío, director de uno de estos seminarios menores, le enseñaba a un obispo muy experimentado la fotografía de los ochenta y siete seminaristas menores, de entre 10 y 15 años, que estaban a su cargo. Ante la sonrisa maliciosa del obispo mientras miraba la foto, mi amigo le preguntó:

—¿Por qué se sonríe, monseñor?

—Por los excelentes ochenta padres de familia que está usted educando.

Efectivamente, de aquellos ochenta y siete muchachitos seguramente muy pocos llegaron a ordenarse, y me temo que de los que lo hicieron más de uno y de dos debió haberse arrepentido de haberlo hecho; ¡y ojalá que no hubiese cometido acciones nada acordes con un pastor de almas!

Yo tengo muchas dudas sobre las ideas que suelen circular acerca de la vocación. Se la presenta, tal como la misma palabra dice, como un llamamiento (*vocatio* en latín), es decir, una llamada especial de Dios a determinada persona. Pero en muchos de los casos que acabo de presentar, la tal vocación habría que escribirla más bien con «b», porque se relacionaba sobre todo con la boca, que era alimentada gratuitamente en el seminario menor.

Sé de lo que hablo porque aunque yo no estudié en ningún seminario menor, se supone que debí sentir esa vocación, puesto que ingresé en el noviciado de los jesuitas de Salamanca a la edad de 16 años. Recuerdo perfectamente el momento en que tomé aquella decisión tan importante que iba a marcar toda mi vida. Estaba sentado en el cuarto del director espiritual del colegio del Apóstol Santiago de Vigo, que, a la sazón, debido a la Guerra Civil, estaba en Guitiriz (Lugo). El director espiritual, abundando en otras conversaciones que habíamos tenido previamente, me animaba a que diese el paso y acompañase a mi hermano, que había ingresado en el noviciado el año anterior. Yo estuve pensativo durante unos bre73 ves momentos e imaginé que, contrario a lo que pasaría en otras familias, les daría una alegría a mis padres y que aquello, además de ser un acto de generosidad, era darle un rumbo bueno a mi vida. Recuerdo que me di una palmada en el muslo y le dije:

—Está bien. Iré al noviciado.

Esa fue toda mi vocación. No tengo idea de haber tenido ni entonces ni antes ninguna visión especial ni voz interior ni llamamiento. Aunque suene a vanidad, me pareció que fue un acto de generosidad por mi parte.

Estoy seguro de que al leer esto más de uno dirá que soy un soberbio y un ingrato, atribuyéndome a mí algo que, aunque yo no me diese cuenta, provenía seguramente de Dios, que fue quien puso en mi mente y en mi voluntad el sí. Es posible, pero yo siempre le he pedido a Dios que si me habla o quiere algo de mí que me hable claro, porque siempre he sido muy negado para entender los sueños, los símbolos y los jeroglíficos. Las siglas y la simbología no van conmigo.

Pasando a otra faceta del catolicismo de nuestros días, nos encontramos con un problema nada pequeño: la rebelión de muchos teólogos y jerarcas en cuestiones doctrinales. No quiero entrar en el meollo de estas cuestiones porque, aparte de que no me interesan, la razón fundamental es que no creo en ellas. Me parece que, por un lado, son parte de la mitología teológica, y, por otro, pertenecen a un juridicismo y ritualismo alambicado que no tiene nada que ver con el «amaos los unos a los otros» e incluso lo contradicen en buena parte.

Este enfrentamiento en cuanto a la doctrina y a la manera de entender la Iglesia se da mayormente entre la jerarquía de habla germana. Cuando Benedicto XVI fue a Alemania, según leímos en los periódicos, algunos obispos de la zona le hicieron varios feos e incluso alguno evitó darle la mano en una de las reuniones que mantuvo con ellos. Esto, más que discrepancias en la doctrina, es mala educación. Además, suena a celos y a cierta envidia al ver que su paisano había llegado a un puesto al que a más de uno de ellos le hubiese gustado llegar. Obispos, arzobispos y cardenales de este pelo son lo que el papa Francisco ha bautizado como «carreristas», es decir, ansiosos por hacer carrera dentro de la Iglesia.

Otro enfrentamiento que ha estado bastante vivo durante los dos últimos pontificados, y que parece que el papa Francisco quiere solucionar, es el de la teología de la liberación, liderada por el teólogo peruano

Gustavo Gutiérrez, el brasileño Leonardo Boff y el jesuita español Jon Sobrino. Uno de los inspiradores de este movimiento fue el colombiano Camilo Torres, convertido hoy en un mártir de esta teología a raíz de su muerte a manos de soldados del ejército colombiano. No fui amigo personal de Camilo Torres, pero a través de un amigo común le envié una carta aconsejándole que dejase las armas e hiciese uso del púlpito o la prensa, porque las armas no eran un instrumento evangélico y eran tan malas como el capitalismo salvaje que él combatía. Por supuesto, él siguió con su idea, y al poco tiempo el ejército lo abatió tras un violento tiroteo.

La teología de la liberación se rebela contra el encorsetamiento de la Iglesia oficial, a la que acusa de estar demasiado alejada del pueblo y en particular de los pobres. Este movimiento, si lo liberamos de alguna exacerbación y aspereza en la presentación de sus ideas y en su aproximación a métodos guerrilleros, a la ideología marxista y a personajes nada democráticos, tiene sobradas razones en muchos de los puntos que defiende. Casi podríamos decir que el leitmotiv de esta teología son las palabras que leemos en el capítulo 4 de San Lucas: «Me envió para evangelizar a los pobres».

En líneas anteriores ya hablamos de que este aspecto había sido bastante abandonado por la jerarquía oficial, y aún hoy, en su apariencia general, da la impresión de ser una grande y pomposa institución dedicada más a asuntos de la alta política eclesiástica y teológica. Por eso es muy de alabar que el papa Francisco esté haciendo tanto hincapié en la atención concreta a los pobres y a los desheredados de la tierra, y que en sus homilías haga uso de un lenguaje evangélico y comprensible por todo el mundo, lejos de la jerga teológica, como demuestra por ejemplo en estas palabras suyas: «¿Qué significa hoy ser un verdadero discípulo de Cristo? Significa que en vez de fuerza hay que mostrar amor, en vez de malicia, inocencia, en vez de soberbia, humildad y en vez de prestigio, servicio».

La teología de la liberación se rebela con toda razón contra una «estructura social pecaminosa» en la que lo que prima es el dinero y las grandes instituciones económicas y culturales; y por el contrario, exige una jerarquía y un clero que practiquen una pastoral dirigida a la sociedad marginada. Y esta atención debe extenderse también a sus necesidades materiales. Los portavoces de esta teología se quejan de que los jerarcas están en muy buenas relaciones con los católicos pudientes y no les exigen que ayuden a sus hermanos más desfavorecidos. En los momentos en que escribo esto, el mundo católico está muy pendiente de la posición que adoptará el papa Francisco con relación a esta teología.

Visto con imparcialidad, y lejos de una posición a favor o en contra, si excluimos a la corrupta ONU, el catolicismo es en la actualidad la institución más internacional, con seguidores en todos los países del mundo, con unos principios, una estructura jerárquica y una filosofía muy definidas, dirigidas desde un gran centro neurálgico, que goza de la categoría y de todos los honores de un Estado independiente.

La ideología del catolicismo en algunos aspectos relativos a la ética, tanto personal como social, es muy estricta y ello es en buena parte la causa de que en la actualidad esté sufriendo un fuerte antagonismo en bastantes puntos del planeta. En algunos lugares, este antagonismo es muy visible y violento, como por ejemplo el que se padece en unas cuantas naciones de mayoría musulmana, donde es frecuente la quema de edificios de la Iglesia católica y el asesinato de sus fieles. Solo en el año 2012, según algunos medios de comunicación, fueron asesinados 100.000cristianos en diversos países, únicamente por sus creencias religiosas. En otros sitios, en cambio, esta hostilidad no es violenta sino silenciosa, y es ejercida calladamente por instituciones de ideología laicista que, aunque se presentan como grandes defensoras de las causas cívicas y de la libertad religiosa, uno de sus fines principales es hacerles guerra a las doctrinas cristianas y especialmente al catolicismo. En esta tarea de guerra sorda pero continuada, se lleva la palma la masonería; aunque está muy dividida en logias independientes, el sentimiento anticristiano es el colágeno que los nutre de forma perfectamente coordinada desde su fundación.

Como me he propuesto dar una visión general pero imparcial del catolicismo en la actualidad, no puedo dejar pasar un hecho vergonzoso del que últimamente se ha hecho eco toda la prensa mundial. Me refiero a todos los casos de pederastia que se han descubierto en unas cuantas instituciones católicas dedicadas a la enseñanza. Los hechos son triplemente bochornosos: por abusar de niños, por ser perpetrados por las personas que supuestamente tenían que educarlos y ser un ejemplo para ellos y porque esas personas tenían un específico voto de castidad y se suponía que deberían ser especialmente espirituales. Esta es una triste realidad que tiene que llenar de pesadumbre a los católicos sinceros, no solo por el hecho en sí, sino porque además da, con razón, muchas armas a los enemigos de la Iglesia.

Si hubiese sido únicamente algún hecho aislado, esta tremenda lacra se hubiese comprendido más fácilmente, dada la debilidad humana ante las tentaciones de la carne. Pero es que han sido muchos, muy continuados y frecuentemente practicados por muchas personas en una misma institución, lo cual prueba que aquel grave desorden era muy común y gozaba de una gran permisividad por parte de las autoridades eclesiásticas.

La causa de este grave desorden hay que buscarla, por una parte, en un voto de castidad hecho de una manera bastante a la ligera, y por otra, en una falta de espiritualidad, sin la cual no es posible ser fiel al compromiso. Además, fue una política muy corriente que a los transgresores en este tipo de delitos sus superiores se limitasen a trasladarlos de lugar. En más de una ocasión he intervenido en casos de este tipo, con obispos, para oponerme a semejante política.

Ciertamente, la finalidad de estos traslados no era para pasar por alto el delito ni para proteger a los transgresores, sino para evitar el escándalo. Sin embargo, esta era una política muy equivocada y actualmente, con toda justicia, se está acusando no solo a los transgresores sino a sus superiores, porque aunque esa no fuese su intención, en realidad los encubrieron y no los denunciaron, y aunque muchas veces fuese por amistad o por una caridad mal entendida, no los apartaron drásticamente de sus puestos. En páginas posteriores trataremos más a fondo el tema del celibato eclesiástico, porque es algo que en la actualidad tiene gran importancia, ya que está relacionado con la supervivencia de la Iglesia tal como hoy la conocemos.

Creo que el mayor defecto que hoy en día se le puede achacar al catolicismo es la debilidad de la fe de sus supuestos fieles, una debilidad que se traduce en la escasa práctica de los sacramentos y en la casi nula diferencia de sus actos con los de aquellos que no son creyentes. Esta diferencia es palmaria cuando la comparamos con la conducta y los métodos de vida de quienes profesan la fe musulmana. Ellos no solo practican masiva y públicamente los preceptos del Corán, adecuando la legislación civil a los suras, sino que en cuanto en una sociedad hay una mayoría de musulmanes —e incluso antes de que la haya—, a menudo imponen la *sharia*, obligando a los no creyentes a atenerse a los mandatos de su libro sagrado, y no es raro que los fanáticos procedan con extrema violencia contra los disidentes.

Si hacemos examen de conciencia, tenemos que reconocer que en otros tiempos también los cristianos actuábamos así y obligábamos a los no creyentes a aceptar nuestras doctrinas, y tampoco teníamos inconveniente en matarlos si persistían en sus herejías. Gracias a Dios, el catolicismo de hoy está muy lejos de aquellas bárbaras y anticristianas costumbres, pero esto tiene que hacernos reflexionar sobre la fragilidad de la mente humana y la facilidad con que se deja influenciar por ideas extravagantes disfrazadas de beneficiosas y hasta defensoras de la «ley de Dios».

La influencia de los medios de comunicación, y sobre todo de la televisión, en los últimos cincuenta años ha ido aguando la fe de los cristianos hasta convertirla en una insípida agua chirle que no sacia la sed que todo ser humano pensante tiene de respuestas trascendentes. Y no es que se rebelen o abandonen ciertos dogmas o creencias más difíciles de comprender o de admitir —como puede ser la existencia de

un infierno eterno—; es que lo abandonan todo, las creencias y las prácticas. No solo las prácticas devocionales o rituales, por ejemplo, el rezo del rosario o la asistencia obligatoria a la misa dominical, sino el cumplimiento de los fundamentales mandamientos del cristianismo que su fundador ponía como señal de autenticidad: «Conocerán que sois de los míos si os amáis los unos a los otros». Los católicos, en general, no muestran entre ellos este amor especial que les pide su maestro.

Otro rasgo en el que los católicos dueños de grandes industrias o dotados de abundantes medios económicos traicionan por completo esta norma fundamental es lo poco que les importa ayudar a causas contrarias por completo a los mandamientos de Cristo, o votar a partidos en cuyos programas hay puntos que se oponen a mandamientos de la Iglesia, como son la gran permisividad hacia todo lo que se refiere al aborto. Las empresas periodísticas y canales o programas de televisión en los que se ridiculiza a la Iglesia y a todo lo que huela a religión son con mucha frecuencia propiedad de estos pseudocatólicos. Su meta en la vida es exactamente la misma que la de los no creyentes: ganar dinero. La tarea de evangelizar es totalmente ignorada por ellos. Puede ser que hagan algún donativo para alguna buena causa patrocinada por la Iglesia, y es muy posible que estén en muy buenas relaciones con algún eclesiástico, pero están completamente ajenos a todo el mal que producen los espectáculos, publicaciones o programas de televisión pagados por ellos. Agrandar sus cuentas bancarias es su única aspiración. Gestos como el del millonario Amancio Ortega, dueño de Zara, que donó veinte millones de euros a Cáritas, no son nada frecuentes.

La gran masa de católicos pobres o de clase media que escuchan, leen o ven lo que los católicos ricos patrocinan son sus víctimas inconscientes, y por la irresponsabilidad de ellos se han ido apartando poco a poco de los valores fundamentales que el cristianismo predica. Entre unos y otros constituyen esa ingente multitud de católicos que ni conocen ni practican su fe y que en casi nada se diferencian de los no creyentes. Acudirán a la Iglesia únicamente cuando tengan la desgracia de perder a un familiar, para encargar el funeral o asistir al de algún pariente, porque se vería muy mal si la gente se enterase de que han dejado sin misa a sus padres o que no han asistido al funeral de un amigo. Por pura inercia, y casi por las mismas razones, en muchas parejas aún persiste la costumbre de bautizar a sus hijos, aunque, a decir verdad, muchos optan por los llamados bautismos laicos, es decir, fiesta con amigos para presentar al niño en sociedad.

Sin embargo, en la mayoría de las parroquias prescindir del matrimonio por la Iglesia es casi lo normal, y si nos atenemos a las estadísticas, el número de matrimonios civiles es mayor que el de eclesiásticos. Aunque la triste realidad, no ya desde el punto de vista religioso sino desde el sociológico, es que mucha gente teóricamente católica ya ni siquiera se casa por lo civil. Se conocen en el botellón, tienen un calentón, empiezan a convivir a la semana siguiente y al cabo de un tiempito prudencial —cuando se les «acaba la pasión», como ellos dicen— se van cada uno por su parte. Y si aparece un embarazo inesperado, lo más probable es que la joven católica, ayudada por sus padres católicos, no tenga inconveniente en abortar en alguna clínica abortista autorizada, e incluso subvencionada por políticos católicos.

Este es el catolicismo chirle de las naciones que se dicen católicas. Por supuesto, y por suerte, no todos los católicos son así, pero no se puede negar que una buena proporción de ellos han llegado a este grado de enfriamiento de su fe. Si a este tipo de católicos se les pregunta si creen en Dios, lo más probable es que digan que sí. Pero si se tratase de indagar un poco más y se les preguntase por cuál es la mayor relación o comunicación que Dios ha tenido con el mundo, probablemente no sabrían decir que la idea fundamental del cristianismo es que Dios envió a su Hijo a convivir entre nosotros. Por supuesto han oído hablar mucho de Jesucristo y tienen una idea general de Él. Pero tenemos la impresión de que en el

seno de muchas denominaciones protestantes se ha desarrollado hacia la persona de Jesús un respeto y un afecto personal superior al que se da en el catolicismo.

VII

VATICANO

No se puede dar una visión general del catolicismo sin hablar del Vaticano, que es como el cuartel general donde se imparten las órdenes para las iglesias de todo el mundo. El Vaticano ha estado últimamente en todos los noticieros del planeta debido a ciertos escándalos que la gran prensa mundial ha dado a conocer muy gustosamente con todo aquello que pueda perjudicar al catolicismo. En las redacciones de los más importantes periódicos del mundo occidental están colocados muy estratégicamente ciertos individuos que se encargan de tamizar las noticias; y las que son beneficiosas al cristianismo no suelen pasar la criba o se colocan en páginas pares interiores, mientras que las que lo perjudican son sacadas del tamiz, abrillantadas y, si es posible, convertidas en titulares. Estos muchas veces no reflejan la realidad de los hechos o tergiversan las palabras de las autoridades eclesiásticas. Un ejemplo: «El papa Francisco dice que los niños que viven en hogares de parejas homosexuales también tienen que ser evangelizados porque son tan hijos de Dios como los demás niños». Estas palabras del Sumo Pontífice fueron cocinadas para dar la impresión de que el Papa admitía, como cosa natural, el hecho de los hogares formados por parejas del mismo sexo.

Uno de los temas que más se oyen contra la Iglesia es el referente a «las riquezas del Vaticano», y en los últimos diez años las cosas que se han ido sabiendo acerca de sus tramas financieras han acrecentado esta mala fama. Desde hace años era vox pópuli que las finanzas vaticanas estaban en manos no muy santas, y no solo por parte de los banqueros seglares que las gestionaban sino también por algunos eclesiásticos muy relacionados con el dinero, el principal de los cuales era el arzobispo norteamericano Paul Marcinkus, al frente del IOR, que era prácticamente el banco del Vaticano. En cuanto a otros laicos financieros como Michele Sindona y Roberto Calvi, relacionados también con los dineros del Vaticano y acusados de relaciones con la logia P2[5] y con personajes de la mafia, su final desastroso nos dice que sus andanzas no eran limpias. A todo esto habría que añadir la quiebra del Banco Ambrosiano, con el que todos estos personajes tenían también relaciones. Muchos de estos fiascos, nada apropiados para la sede central de una religión, parece que se debieron al exceso de bondad o de ingenuidad del papa Paulo VI, que por lo que parece fue víctima de las múltiples y elaboradas maquinaciones de Marcinkus, que por fin acabó siendo poco menos que deportado de vuelta a Estados Unidos.

Aparte de estas sombras en el ámbito financiero, hay otras que en cierta manera afectan aún más a la buena fama de la que debería gozar la institución rectora del catolicismo. Me refiero a líos y graves intrigas internas de las que la más sonada fue la sospecha de asesinato del papa Juan Pablo I. ¿Realmente lo mataron? Hay serios defensores del sí y del no, y a la vista de lo que hemos ido sabiendo después sobre fuertes desobediencias y discordias internas dentro de las oficinas vaticanas e incluso sobre la intromisión en ellas del humo de Satanás —tal como repetidamente dijo el propio papa Paulo VI—, la idea del asesinato está muy lejos de ser del todo descartable.

Muy recientemente han salido a la luz pública otros tipos de delitos que uno no debería esperar en el Vaticano: traiciones de algún secretario o mayordomo particular del pontífice, documentos secretos filtrados al exterior, bandos antagónicos entre el personal, amenazas internas, dinero usado de una manera dudosa y hasta una conducta moral totalmente reprobable de algún eclesiástico. La renuncia al papado de su santidad Benedicto XVI y las misteriosas razones para una acción tan inusitada entre los doscientos sesenta y seis papas que le precedieron son temas que añaden todavía más morbo a unos hechos ya de por sí nada edificantes.

Como suele suceder, los medios de comunicación se encargan siempre de informar y de deformar los sucesos. Pero no se puede ocultar la realidad de que es algo inexplicable que en una institución de tan alto nivel y oficialmente defensora de los más puros ideales hayan sucedido tales hechos.

Olvidemos por ahora esta parte negativa de alguna de las muchas oficinas vaticanas y echémosle una ojeada global a la sede central de los más de mil millones de católicos que hay en el mundo. Las otras ramas del cristianismo, sobre todo la protestante, suelen criticar mucho al Vaticano, pero en el fondo hay en esas murmuraciones bastante parte de envidia, pues son muy conscientes del desmadre que reina entre ellas por la falta de alguna autoridad que aúne en lo posible y dirija, aunque solo sea de una manera general, a todos los creyentes en Jesucristo y hasta que reprima o por lo menos desapruebe las ocurrencias «evangélicas» y disparates que se les ocurren a muchos fanáticos desquiciados o aprovechados. Si en el catolicismo no son pocas las excrecencias que le han salido al Evangelio, en el protestantismo esas excrecencias han alcanzado el tamaño de tumores. Si la Biblia ya es en sí un hueso muy difícil de roer, si se deja al libre arbitrio de la interpretación de cuanto fanático hay dentro de las huestes de los creyentes se convierte en un jeroglífico capaz de volver loco al más cuerdo.

Los varios fines del mundo, profetizados con fecha y hora, que algún imaginado «espíritu santo» les dictó a diversos fundadores de sectas, la anuencia en grupos presbiterianos para tener pastores o pastoras homosexuales viviendo maritalmente con sus parejas o la comunión dada a un perrito mascota por una obispa anglicana son solo tres ejemplos de estas extrañas creencias de algunos grupos que todavía se consideran cristianos. A estas mismas autoridades, algún «paráclito» les había inspirado años atrás que si el o la homosexual que se iba a ordenar de sacerdote u obispo vivía como célibe, Dios lo veía bien. Pero posteriormente las supremas autoridades presbiterianas de Filadelfia recibieron la inspiración de que Dios ya no exigía la soltería del ordenando u ordenanda, porque también permitía la ordenación de un o una homosexual que viviese maritalmente con su pareja. Parece que el Dios presbiteriano se está haciendo más tolerante. Lo malo es que varios millares de fieles presbiterianos no se han mostrado tan liberales y se han dado de baja en la Iglesia. En cuanto a la comunión del perrito, la obispa anglicana le dio la hostia «porque los animales también son hijos de Dios».

Me he extendido en la exposición de esos disparates porque los veo como una contraposición al papel moderador del Vaticano entre los católicos y una muestra de la falta, en el campo protestante, de alguna autoridad para evitar que los fieles sean víctimas de los delirios de falsos videntes y profetas.

Dejando a un lado a muchas personas cultas y valiosas que hay en el Vaticano, nos fijaremos en la que desde ese lugar y en ese puesto está al frente de toda la Iglesia católica mundial. Si le echamos un vistazo a la lista de los doscientos sesenta y seis sumos pontífices que han dirigido la Iglesia, podemos encontrar ejemplos de todo tipo; desde hombres eminentes en sabiduría y santidad hasta bribones indignos de tan ilustre puesto. Es cierto que el número de estos es muy reducido, pero los ha habido, y no porque lo diga yo sino porque así lo aseguran los propios historiadores de la Iglesia. Uno de los que sin ser historiador nos refuerza en esta idea de que ha habido papas que fueron unos truhanes fue el propio Juan XXIII.

A muchos nos sorprendió el nombre escogido por Juan XXIII al ser elegido Papa el 28 de octubre de 1958 tras la muerte de Pío XII. Juan era el más abundante entre los nombres de papas y por eso era extraño que sin una causa especial lo hubiese escogido. Pero había una causa que la inmensa mayoría de los católicos desconocía y sigue desconociendo. El secreto motivo era que quería hacer desaparecer de la lista de papas a uno que normalmente solía aparecer como auténtico Papa y en realidad había sido uno de esos truhanes a los que me refería en líneas anteriores, que habían llegado al papado usando toda suerte de trampas.

El primer Juan XXIII, cuyo nombre original era Baldassare Cossa, vivió desde 1370 hasta 1419 y fue Papa en Roma desde 1410 hasta 1414, cuando fue depuesto en el Concilio de Constanza. Este libro no tiene por fin describir la vida de ningún Papa, porque para ello ya está la monumental *Historia de los papas desde finales de la Edad Media*, en 40 tomos, de Ludwig von Pastor (1854-1928), y por eso me limitaré a presentar el resumen de la sentencia que sobre él emitieron los padres conciliares. Llegó a Constanza con la idea de que allí iban a destituir a los otros dos papas —que vivían uno en Avignon y el otro en Pisa—, Gregorio XII y Benedicto XIII, que discutían con él la autenticidad del solio pontificio, y que lo iban a elegir a él. Pero le salió el tiro por la culata, porque los padres conciliares, ante el escándalo que estaba suponiendo para la cristiandad la existencia de tres papas simultáneos que mutuamente se excomulgaban, no solo no lo eligieron a él sino que le hicieron un juicio en el que lo acusaron nada menos que de asesinato, violación, sodomía e incesto. Por consiguiente, lo encerraron en una mazmorra, de la que gracias a su mucho dinero logró huir disfrazado de fraile, aunque fue detenido y devuelto a la cárcel. Como detalle de cómo estaba entonces el nivel moral de las altas autoridades eclesiásticas, Martín V, el Papa recién elegido en el concilio, lo perdonó dos años después, le devolvió todos sus honores ¡y lo nombró cardenal!

Pues bien, para sacar a este elemento de la lista de los auténticos papas en la que aparecía, en 1958 el buen Juan XXIII que los viejos hemos conocido escogió su nombre. Y no quiero caer en la tentación de describir a algún otro Papa, también de nombre Juan, de finales del siglo x, porque no es mi intención escandalizar al lector. En aquel siglo, llamado el Siglo de Hierro, fueron tales los despropósitos del papado que, en cierta manera, los creyentes pueden usarlos como una prueba de la asistencia de Dios a su Iglesia, porque semejantes atrocidades son capaces de acabar con cualquier institución. Aunque, por otro lado, es muy lógico que se pregunten cómo es posible que Dios permitiese tales disparates. Pero no vamos a ponernos a pedirle cuentas a Dios.

Sería una gran injusticia si en nuestro paso por el Vaticano nos fijásemos únicamente en los papas negativos, porque, como dijimos, por la sede de Pedro han pasado muchos hombres extraordinarios. Uno de ellos fue León I, más conocido como León Magno, elegido Papa a mediados del siglo v, cuando el imperio romano se desmoronaba ante el empuje de los pueblos bárbaros llegados del Norte. Entre sus muchos logros como Sumo Pontífice de la Iglesia y como gobernante civil destaca su conversación en el año 452 con Atila, el rey de los hunos, al que convenció de que no atacase Roma, logrando que se retirase sin apenas causar daño alguno; y cuatro años más tarde, cuando los vándalos de Genserico se acercaban a la ciudad eterna después de haber incendiado todas las ciudades por las que habían pasado, el papa León salió a su encuentro, habló pacíficamente con él y de nuevo logró que el rey reprimiese sus deseos de saquear la ciudad y se contentase con unos tributos que le serían pagados.

A medida que han ido pasando los años, la elección de los papas ha ido perfilándose más y haciéndose cada vez más limpia, de modo que la persona que es elegida es la más valiosa y tiene mayores posibilidades de gobernar la Iglesia con libertad, porque en su elección no intervienen de una manera tan descarada, como antaño, los intereses políticos de los reyes y grandes señores feudales. De hecho, entre

la docena de papas de los últimos ciento cincuenta años, cinco de ellos han sido canonizados, lo cual nos dice que eran unos auténticos hombres de Dios. Y hay que tener en cuenta que en nuestros días las canonizaciones no se hacen tan a la ligera como en tiempos pasados. Hoy, las pruebas exigidas para la canonización son mucho más estrictas.

El Vaticano, tal como hoy está constituido, es un estado equiparable a cualquier otro de los ciento y pico que componen la ONU, con sus embajadores, sus fronteras, su ciudadanía específica, su independencia total del Estado italiano y hasta con su ejército propio; un ejército casi virtual con un uniforme muy vistoso y elegante, rediseñado, según dicen, nada menos que por Miguel Ángel. Repetimos que aunque no lo quieran admitir, el Vaticano suscita la envidia de otras denominaciones y sectas religiosas, incluso cristianas, que se unen enseguida a los enemigos de la Iglesia para atacarlo.

Otro de los puntos flacos que tiene el Vaticano es su fastuosidad, la pompa de sus ceremonias y la magnificencia de sus edificios. Pero ¿qué se puede hacer ahora con todo eso? ¿Vender la columnata de Bernini? ¿Suprimir o democratizar sus ceremonias? ¿Abandonar sus edificios o alquilar sus templos para palacios de ópera? Los espíritus simples, que lo único que hacen es repetir lo que oyen, suelen poner estas generalidades como gran ejemplo de lo rica que es y de lo corrupta que está la Iglesia, y no se dan cuenta de que la verdadera corrupción humana no está en los edificios ni en los ropajes. Esa apariencia externa la ha heredado la Iglesia de otros tiempos, y si es cierto que puede y debe desprenderse de algunos de esos aspectos materiales, también es cierto que de otras cosas ya no se puede liberar, aparte de que sería una estupidez deshacerse de templos bellos o de ceremonias muy dignas que simbolizan actitudes y sentimientos del espíritu.

Es cierto que uno, por ejemplo, no puede estar de acuerdo con la mentalidad de los cardenales del Renacimiento que se hacían construir los espléndidos mausoleos que vemos en la propia basílica vaticana, y de eso ni tiene culpa el buen pueblo cristiano ni el Papa o los cardenales. Algunos de estos símbolos de grandeza que representaban a una Iglesia prepotente y que se usaron durante siglos ya han sido eliminados en tiempos modernos, tal como ya vimos en el caso de la triple corona. Otro detalle podría ser la silla gestatoria, en la que hasta hace poco los papas se movían entre las multitudes. Los críticos de la Iglesia dirán que se ha convertido en algo peor: el papamóvil. Pero la razón que hay detrás de estos dos extraños vehículos es totalmente diferente. La silla gestatoria era un símbolo de superioridad, de distinción y de diferencia, y en ella, a hombros de empleados vaticanos, el pontífice en cierta manera se exhibía ante los «simples fieles», como se les llama en el Derecho Canónico. La vida del pontífice no corría entonces el inminente peligro que ahora corre con la enorme cantidad de psicópatas y fanáticos que andan sueltos. Esta es la única razón del papamóvil.

Otro aspecto muy importante del Vaticano es que en realidad es el altavoz internacional más importante —y prácticamente el único— de lo que es y ha sido el pensamiento cristiano durante muchos siglos. Las demás ramas del cristianismo, aparte de que difieren en muchos temas importantes, no tienen un órgano central de sus iglesias para defender las creencias cristianas. El catolicismo, como el Vaticano en muchas cosas, tiene la categoría de estado, está representado en muchas comisiones y organismos de las Naciones Unidas y en realidad es prácticamente la única institución cristiana que defiende abiertamente los valores del Evangelio en las asambleas importantes de la Organización. De hecho, cuando en las reuniones de la ONU se han defendido filosofías tan perniciosas y antihumanas como son las que promueven el aborto o las de la ideología de género, el representante del Vaticano fue prácticamente el único que defendió con fuerza la posición contraria. Los cristianos ortodoxos o protestantes, aunque lo hubiesen querido, no tenían voz para hacerse oír.

En las tan cacareadas redes sociales (Twitter, Facebook y toda la infinita “pantallería”), con las que en la actualidad se divierte o pierde el tiempo mucha gente, es muy frecuente encontrarse con usuarios que piensan que los aliados de los *illuminati* y de las fuerzas secretas que gobiernan el mundo desde las sombras son una pareja infernal compuesta por los jesuitas y el Vaticano. Y una señal inequívoca de que estamos próximos a algún cataclismo mundial o al final de alguna era es que estas dos fuerzas malignas, jesuitismo y Vaticano, están ahora reunidas en la persona del jesuita papa Francisco. Yo que he sido jesuita durante treinta años, que he convivido en muchas partes del mundo con jesuitas de todo tipo y que hasta presumo de haber sido amigo del Papa Negro (el padre Arrupe, general de los jesuitas), tengo que confesar que debo de ser muy ciego, porque nunca he visto a nadie conspirando.

Como resultado de este antijesuitismo y antivaticanismo, tan enraizado entre los progres, en algún ambiente semicientífico en que me he movido se pensaba de mí que era un topo de los jesuitas y durante una temporada se trataba de no hablar de ciertos temas si yo estaba presente. Sí, es cierto que los jesuitas son eficaces en conseguir lo que quieren, y en ello tuvieron un buen maestro en su fundador, que decía que cuando había que ir a visitar a algún cardenal para solicitar algo, convenía ir después de comer cuando él estaba tranquilo y satisfecho, y además solía repetir la frase: “Hay que entrar con la de ellos para salir con la nuestra”.

---

[5] La P2 fue una logia masónica italiana dirigida por Lucio Gelli, un turbio personaje relacionado con la mafia, con Mussolini y con la CIA. El banquero Michelle Sindona fue acusado de estafa, perjurio y asesinato y condenado a veinticinco años de cárcel. Roberto Calvi, muy responsable de las inversiones del Vaticano, apareció ahorcado debajo de un puente en Londres, y aunque las autoridades dijeron que se había suicidado, la voz común es que fue asesinado.

VIII

LA HORA DE LOS LAICOS

En el Concilio Vaticano II se instó, como dijimos, a la mayor presencia de los laicos en la evangelización, porque esa tarea no es exclusiva del clero o de los religiosos masculinos y femeninos sino que pertenece a todo el pueblo de Dios. Hoy en día, esta colaboración que los laicos deben tener en la evangelización es una absoluta y urgente necesidad que, de no cumplirse, será funesta para el catolicismo.

Cuando se habla de evangelización, en teoría se está hablando de la evangelización de los «paganos», es decir, de los que no se sienten católicos y ni siquiera cristianos. Pero la cosa es más grave, porque la realidad es que esa evangelización tiene que ser propiamente una autoevangelización, porque la mayoría de quienes se dicen cristianos la necesitan urgentemente debido a que apenas conocen las creencias de su religión y menos aún practican sus mandamientos y sacramentos. Y si ellos necesitan ser evangelizados, aparte de que mal pueden evangelizar a otros, uno tiene lógicamente que preguntarse quién es el que los va a evangelizar a ellos, dada la cada día mayor escasez de sacerdotes y religiosos. Y eso es lo que ha estado pasando desde hace tiempo, que el clero y los religiosos son los que se han echado sobre sus hombros esa tarea, con el agravante de que han descuidado bastante la labor de preparar a los laicos para que cooperen en algo a lo que también ellos están obligados. Este descuido tiene sus raíces en la equivocada idea de que los eclesiásticos son los únicos que deben hacer esa tarea y en la creencia de no pocos sacerdotes y jerarcas que sospechan que los laicos no lo van a hacer bien.

Es cierto que la administración de los sacramentos, excepto en dos de ellos, solo la pueden ejercer personas ordenadas *in sacris*, pero extrañamente uno de estos dos es un sacramento tan fundamental como el bautismo y a pesar de ello lo puede administrar un laico cuando se dan ciertas condiciones. El otro sacramento cuyo ministro no es un sacerdote y que, por el contrario, es siempre un laico, es el sacramento del matrimonio, en el que según la opinión de teólogos y canonistas los ministros son los propios contrayentes y el sacerdote es un mero testigo del acto sagrado que se está realizando.

En los dos casos arriba expuestos, la Iglesia da por válida la acción de estos laicos. Y aunque no llegaba a tener el rango de un sacramento, es curiosa la práctica poco conocida de los soldados de los Tercios de Flandes y de otras guerras españolas que, antes de entrar en algunas batallas más peligrosas, se confesaban unos con otros en la creencia de que Dios, viendo su arrepentimiento, también les perdonaba los pecados como si la confesión hubiese sido hecha por un sacerdote. Eso sí era tener una fe viva en el poder de los sacramentos, pues no solo creían en ellos sino en sus imitaciones.

En el caso de los matrimonios civiles, por supuesto que los contrayentes no son ministros de ningún sacramento.

Es cierto que los sacramentos son muy importantes en la práctica de los mandamientos y de las virtudes cristianas, pero a ellos no se puede llegar si no ha habido previamente un conocimiento y aceptación de

la fe y de las creencias. Por lo tanto, la labor de la evangelización es algo de suma importancia, y por desgracia se ha descuidado bastante, reduciéndola a catequesis parroquiales para los niños. La evangelización es algo mucho más amplio y hay que hacerla no solo con los niños sino también con los adultos y de muchas maneras: por medio de la prensa, de la radio, de la televisión, de instituciones culturales y de caridad y sobre todo con el ejemplo de una vida intachable. Y todas estas tareas pueden hacerlas de la misma manera un laico que un ordenado *in sacris*, y si el laico tiene una fe más viva y es más inteligente, con toda seguridad evangelizará mejor que el ordenado.

Dejamos de lado la posible y real labor que puede hacer la mujer en esta tarea de evangelización porque lo trataremos en el capítulo de la mujer en la Iglesia.

Se está hablando mucho ahora de la nueva evangelización, y es triste que sea nueva porque es la que deberían haber estado practicando los cristianos desde siempre; sin embargo, parece que ahora, ante el descalabro presente de millones de católicos que han perdido la fe o la tienen casi olvidada, la jerarquía y los laicos conscientes se están tomando el tema más en serio de lo que se lo tomaron a raíz del Concilio Vaticano II. Parece que el papa Francisco lo tiene muy claro, a juzgar por sus palabras: «La Iglesia, por venir de una época donde el modelo cultural la favorecía, se acostumbró a que sus instancias fueran ofrecidas y abiertas para el que viniera, para el que nos buscara. Eso funcionaba en una comunidad evangelizada. Pero en la actual situación, la Iglesia necesita transformar sus estructuras y modos pastorales, orientándolos de modo que sean misioneros. No podemos permanecer en el estilo “clientelar” que, pasivamente, espera que venga el cliente, el feligrés, sino que debemos tener estructuras para ir hacia donde nos necesitan, hacia donde está la gente, hacia quienes deseándolo no van a acercarse».

Había dicho Cristo: «Lo que os he dicho al oído, predicadlo desde las azoteas». Pero tal como nos dice el papa Francisco, por mucho tiempo los sacerdotes se acostumbraron a predicarlo desde los púlpitos porque la gente iba a escuchar, hasta que por fin se dieron cuenta de que la gente ya no acudía, porque las iglesias están muy vacías; y hasta tal punto han cambiado las cosas, que en los templos modernos ya no hay aquellos púlpitos elevados y solemnes que antes eran una parte esencial en iglesias y catedrales. La predicación oral hoy en día hay que hacerla de una manera diferente, utilizando los medios modernos y, sobre todo, estando presentes en las redes sociales, que por desgracia, más que para instruir y ayudar están convirtiéndose en un instrumento para entontecer y para hacer perder el tiempo a las personas desocupadas y muy sutilmente también para descristianizar con estrategias muy disimuladas pero muy bien organizadas.

Además de la predicación oral, que muchas veces puede quedarse solo en ruido de palabras, hay otro tipo de evangelización más convincente: la que se practica con el ejemplo. A propósito de la evangelización que se puede hacer con la mera presencia, el papa Francisco ha hablado de «hacer lío», es decir, de hacerse oír y de dejarse ver, venciendo esa vergüenza o ese miedo que muchos cristianos tienen a declarar en público su fe. Últimamente en algunos lugares de varias naciones ha empezado a notarse una presencia visible de católicos en las calles, rezando el rosario en grupo, desfilando o protestando con motivo de alguna ley antirreligiosa. Algún sacerdote más impulsivo ha tenido la idea de salir a la calle vestido con roquete y estola, y se ha parado con la custodia en alto en un lugar público como invitando a quienes por allí pasaban a que adorasen al Santísimo presente en la custodia. Mi modesta opinión es que eso es extralimitarse. No se puede pasar de la nada al todo tan de repente. Y además a un todo tan poco prudente. En estos tiempos en que la mala educación y la «libertad de opinión» son tan frecuentes, se expone, cuando menos, a oír alguna grosería de algún fanático anticlerical. Es cierto que algunos creyentes se inclinaron e incluso se arrodillaron por unos instantes ante la

presencia del sacerdote con la custodia, pero la mayoría de los transeúntes, carentes de una previa evangelización, lo interpretaron como un acto de provocación o de puro fanatismo religioso.

A raíz del Concilio Vaticano II muchos sacerdotes que vivían auténticamente su vocación cristiana quisieron practicar la evangelización con el ejemplo y se fueron a las fábricas e incluso a las minas a trabajar, mezclados con los obreros. Fue una generosa experiencia por parte de muchos sacerdotes, pero en general no dio resultado. Y no lo hizo porque si bien es cierto que los sacerdotes tienen también que evangelizar con el ejemplo, su tarea específica trasciende la labor de dar buen ejemplo que se presupone en un representante de Dios. A los que tenían a su cargo una parroquia, es natural que después de una jornada de ocho horas de un trabajo penoso en una fábrica o en una mina no les quedasen muchas fuerzas ni ganas para cumplir cabalmente con las tareas que sus feligreses esperaban de ellos, como la administración de los sacramentos, la visita a los enfermos en sus casas y la ayuda a todos los pobres y marginados de su parroquia.

Y los que no eran párrocos y su única tarea era trabajar en una fábrica, acabaron muchas veces amargados por las injusticias y abusos que veían en sus lugares de trabajo, perpetrados a conciencia por los dueños que con mucha frecuencia se decían católicos, y por las mismas leyes promulgadas y defendidas por políticos. No digo políticos corruptos, porque eso en nuestros tiempos —y creo que en todos— se presupone. La política, como en más de una ocasión insinúa Max Weber, es incompatible con la honestidad. Si no se tiene un espíritu muy evolucionado, casi indefectiblemente se sucumbe ante las muchas tentaciones que brinda el poder que va anexo a la política. Siento que los políticos que lean esto se ofendan, pero más nos han ofendido ellos a nosotros con todos los abusos que calladamente han estado cometiendo durante tantos años.

Buena parte de la rápida implantación que en su tiempo tuvieron muchas de las denominaciones protestantes más clásicas (baptistas, presbiterianos, etc.) se debió a que, al haber prescindido de los sacerdotes, los laicos tomaron como suya la tarea de la evangelización y se involucraron en ella, de modo que sus actos litúrgicos no se limitaban a presenciar pasivamente lo que una persona hacía, y peor todavía si muchos de ellos no comprendían el hondo significado de lo que aquella persona hacía. Y este involucrarse de los laicos en la evangelización que tuvo lugar en los inicios del protestantismo en Europa hay que multiplicarlo por diez si lo comparamos con lo que en la actualidad está sucediendo en el mundo entero y especialmente en Sudamérica, con el avance de ciertas sectas más populacheras, en las que los fieles tienen un papel muy importante. Los Testigos de Jehová o los mismos mormones, tan serios y ritualistas, involucran a sus fieles de una manera directa en la evangelización. Es casi enternecedor ver en nuestras ciudades a esas parejas de muchachitos norteamericanos, mormoncitos de caramelo, con un cutis lácteo, que con su Biblia del profeta Smith caminan en animada conversación por nuestras aceras aparentemente sin rumbo fijo. De vez en cuando se paran para conversar con algún viandante que les ha sonreído. Pero tienen una tarea casi imposible, porque tendrían que convencer a un pueblo que ya está de vuelta de muchas creencias de más fuste. Es lo que le decía un tipo al evangélico que intentaba convencerle: «Si yo no creo en la religión católica, que es la verdadera, ¿cómo voy a creer en lo que tú me predicas?». Aristotélico. Y ¿quién no ha sido testigo, en su propia casa, de la insistencia con la que algún testigo de Jehová trata de convencernos de que leamos su *Atalaya*, al mismo tiempo que adelanta el pie sobre el umbral para evitar que le cerremos la puerta?

Aunque también hay que reconocer que si esta manera de participar más activa y directa en la evangelización tiene sus ventajas, también tiene el grave inconveniente de que a muchas personas llenas de buena voluntad, animadas por los éxitos de sus actuaciones, se les infle un poco el ego y se sientan inspiradas por Dios o por algún Espíritu Santo privado y prediquen por su cuenta doctrinas que no tienen

mucho que ver con la que entre sus hermanos de fe se considera la auténtica. Y como resultado de estas inspiraciones tenemos una secta más. Esto es por desgracia lo que ha ocurrido cientos de veces a lo largo de la historia de la Iglesia. La superabundancia de grupos entre los protestantes y los disparates que se creen y predican en no pocos de ellos tienen este origen.

Si bien es cierto que gran parte de los laicos católicos desconocen bastante las creencias de su Iglesia y participan poco en sus sacramentos, también lo es que hay un buen puñado de ellos que en estos últimos cincuenta años han despertado de esta modorra y han caído en la cuenta de la tarea que a ellos les corresponde en la Iglesia. Su respuesta ha sido fundar una serie de movimientos laicos pujantes y llenos de entusiasmo que, contrariamente a la liturgia de las ceremonias tradicionales, tienen un fuerte atractivo para muchos jóvenes. Las jerarquías locales en todo el mundo están bastante atentas a la fuerza de estos nuevos movimientos y especialmente el Vaticano ha creado una oficina para ellos. En la actualidad, entre todas ellas agrupan a cientos de miles de creyentes de los que una buena proporción son jóvenes que viven con decisión y alegría su cristianismo.

La mayoría de estos movimientos se han internacionalizado y tienen filiales o representaciones en muchas otras naciones, e incluso envían a sus miembros —con frecuencia parejas de matrimonios— a la evangelización de países en donde el cristianismo es muy minoritario o inexistente.

El principal de estos movimientos por el número de sus miembros es el de la Renovación Carismática Católica, fundado en 1967 en Estados Unidos por Patti Mansfield, y que en la actualidad cuenta con grupos y miembros en muchas naciones. También es muy conocido el de los llamados Focolares, fundado en Italia en 1943 por Chiara Lubich y aprobado por la Santa Sede en 1965, que aparte de una vivencia auténtica de la ascesis cristiana entre sus miembros, tiene como tarea importante el establecer lazos con otras religiones. Además de estos hay otros como Comunión y Liberación, fundado por Luigi Giussani, Comunidad Emmanuel y el alemán Movimiento Apostólico de Schoenstatt.

En España tenemos el Camino Neocatecumenal, más conocido como «los Kikos», debido al nombre de su fundador, el madrileño Kiko Argüello. En 1964, ante la tentación de suicidarse al no encontrar sentido alguno a la vida que estaba llevando, pidió ayuda a Dios e inmediatamente se sintió inundado por una alegría y un sentimiento que nunca antes había sentido. A raíz de esta experiencia, abandonó todo aquello en lo que hasta entonces había estado ocupado y se fue a vivir a un barrio pobre a las afueras de Madrid donde comenzó lo que en el futuro sería el Camino Neocatecumenal, basado en tres ideas: palabra, eucaristía y comunidad. A pesar de que es criticado por algunos, no se puede negar que han hecho y están haciendo entre la juventud una gran labor evangelizadora, no solo en España sino en ciento cinco países de los cinco continentes en los que tienen grupos en nada menos que cinco mil parroquias.

IX

AGGIORNAMENTO

La palabra italiana *aggiornamento* comenzó a oírse en los últimos años del buen papa Juan XXIII. Se sentía ya una necesidad de *aggiornare*, es decir, de poner al día a la Iglesia, porque claramente se veía que en muchas cosas se estaba quedando atrás, sobre todo en ciertos aspectos que tenían que ver con la sensibilidad de las masas. Aparte, debía ponerse también al día en los nuevos métodos de comunicación, mayormente en manos de los enemigos del cristianismo. Pero el *aggiornamento* no era una tarea fácil y se corría el peligro de modernizar cosas que no había que modernizar y, por el contrario, dejar como estaban cosas que sí necesitaban ser modernizadas.

Me permito citar aquí a Luis G. Betes, que tan acertadamente ha escrito sobre este tema: «Hay que volver a la raíz para recuperar toda la savia del Evangelio, sin quedarse en el tiempo, ni en aquel tiempo ni en ningún tiempo pasado, pues por ahí andan acechando los demonios del fundamentalismo. No se puede retroceder hasta la cristiandad, ni siquiera a la primitiva Iglesia; en todo caso, hay que volver a Jesús. Pero tampoco se puede echar por la borda todo el pasado, como si nada hubiera pasado. Porque han ocurrido muchas cosas. Lo importante es recuperar la memoria, para conservar toda la fragancia de la tradición, desprendiéndose de los malos olores del tradicionalismo, que no es más que apego desordenado al pasado y miedo a seguir adelante». Muy acertadamente expresado.

Hay que poner al día a la Iglesia, efectivamente, pero nuestros días actualmente son muy variados y hay muchas cosas en la actualidad que de ninguna manera tienen que ser puestas en la Iglesia: algunas cosas materiales de las que ya hemos hablado, como son las guitarras, los estilos rockeros de algunos cantos, la «democratización » chabacana e irrespetuosa de algunos sacramentos, el desprecio de todo tipo de vestimentas litúrgicas, la iconoclastia llevada a extremos inadmisibles y, por supuesto, todo tipo de lujo en jerarcas y ministros.

Es cierto que hoy ya no podemos derribar las catedrales ni todas las obras de arte que hay en ellas y que son un mudo y maravilloso testimonio de la fe de nuestros antepasados. Antes de escandalizarnos ante tales obras, deberíamos reflexionar sobre el enorme esfuerzo que supuso su construcción en aquellos tiempos en los que había muchos menos medios para llevar a cabo semejantes trabajos. Yo tengo que confesar que las pétreas filigranas de las puertas de las iglesias románicas, hechas con tanto mimo, así como las increíbles torres de nuestras catedrales, me hacen pensar en el gran sacrificio y en la gran fe con que fueron hechas. En la actualidad, nosotros, con nuestra fe raquítica, apenas haríamos unos galpones y además lo razonaríamos falazmente diciendo que no queremos una Iglesia rica ni lujosa.

Las catedrales y los grandes templos no estorban nada a nuestra fe, y por el contrario, en medio del bullicio de la ciudad, nos brindan un muy apropiado espacio para orar y para aislarnos durante un rato del estruendo del tráfico y de las preocupaciones de nuestro trabajo. Por desgracia, apenas hacemos uso de nuestros templos y ni siquiera para hacer un paréntesis en nuestras ocupaciones y aprovechar su paz y silencio para levantar el corazón a Dios. Por el contrario, a muchos cristianos no les gustaría nada que

los viesen entrar a deshora en el templo, por miedo a que los puedan tildar de beatos. En muchas ocasiones, durante el tiempo en que viví en Nueva York, entré en algunas de las muchas y bellas iglesias protestantes que hay en la ciudad para tener un rato de paz en medio del bullicio ciudadano y también para levantar un poco la mente hacia ese gran misterio que llamamos «Dios».

Algo en lo que en vez de «*aggiornarnos*» tendríamos que «*desaggiornarnos*» es en este relativismo que los medios de comunicación nos han ido infiltrando poco a poco. La bondad o maldad propiamente no existen, todo depende del momento, de la circunstancia o de la conveniencia. Si hace solo unos años a un padre de familia le hubiesen preguntado si a él le agradaría que su hija apareciese casi desnuda en una televisión o en la portada de una revista, seguramente hubiese dicho que no. Pero con este relativismo moral que nos ha invadido, la respuesta ya no es tan segura, y de hecho ya hemos oído más de una vez a un padre declarar que a él, si a ella le apetecía, no le parecería mal. Al fin y al cabo no es políticamente incorrecto y es muy progre decir que la prostitución es un trabajo como cualquier otro.

Por desgracia, este relativismo se extiende a muchos otros aspectos de la vida, y lo vemos practicado de una manera muy normal en los negocios por gente que se autodenomina cristiana. Y lo mismo podemos decir, pero ya de una manera eminente, en la política. Nuestros políticos, teóricamente cristianos, mienten más que hablan, incumplen sus promesas, prevarican, traicionan a sus camaradas y, por supuesto, a sus votantes. Servir al pueblo o defender las propias creencias está supeditado a la conveniencia del partido, porque el bien del pueblo y hasta las propias creencias entran también dentro de lo relativo.

Una de las cosas que más se echan de menos entre los cristianos y que según Jesucristo deberían ser un rasgo característico de sus discípulos es el de sentirse hermanos. «Conocerán que sois de los míos si os amáis los unos a los otros». La primera gran traición a este mandamiento fundamental fueron las grandes divisiones de la Iglesia Oriental Ortodoxa y la escisión protestante de las que ya hablamos. Pero dejando esto a un lado, si consideramos en la actualidad lo que sucede en el seno de las diversas ramas en que el cristianismo está dividido, y específicamente en el catolicismo, vemos que el tal amor fraterno no existe por ninguna parte. Desde el Concilio Vaticano II se practica la costumbre de darse la paz en la misa, pero es solo un gesto frío. Uno se vuelve de lado, y pocas veces hacia atrás, para darle un frío apretón de manos al desconocido que tiene a su lado y que en el futuro seguirá siendo igual de desconocido. En las ciudades, los católicos de una misma parroquia apenas se conocen entre sí, o si se conocen, con mucha frecuencia no se tratan o no se llevan bien.

Y ya que estamos hablando de la misa, que es el corazón de toda la liturgia del catolicismo, no podemos dejar de señalar que esta ceremonia eucarística es de las cosas que necesitan un mayor y urgente *aggiornamento*. De la cena inicial que fue, al frío acto en que últimamente se ha convertido, hay una distancia de doscientos siglos, distancia proporcionalmente equiparable a aquella desde la que los asistentes a la misa ven al sacerdote que la celebra. De la forma de aquella cena inicial no queda nada y del sacrificio que ella significa tampoco queda mucho en la mente de los cristianos. Pocos son los fieles que asisten llevados por su fe y con verdadera devoción, porque si así fuese, debería traducirse en la recepción del cuerpo de Cristo que, según su fe, está realmente presente en aquella hostia que consagra el sacerdote. La mayoría de los asistentes no se acercan a comulgar porque es muy frecuente que acudan a la misa forzados por las circunstancias familiares o porque alguien podría molestarse o escandalizarse si no asistiesen. O simplemente lo hacen por pura rutina. Pero no tienen una idea clara de qué es lo que realmente significa aquel extraño y frío ritual al que están asistiendo. Muy pocos de los asistentes, incluso de los más fervorosos y devotos, podrían explicar que aquel acto es a la vez una cena fraternal y un sacrificio.

Es cierto que hoy no se puede celebrar una cena fraternal simultánea con toda la parroquia, pero, aparte de la celebración de la misa dominical abierta a todos en el templo parroquial, podrían celebrarse pequeñas reuniones eucarísticas a lo largo de la semana o del mes en las que los fieles, de una manera mucho más cercana y fraternal en torno a una mesa real de comer, tuviesen una reunión eucarística en la que todos participasen, aunque sin caer en las chabacanerías en las que han caído algunos párrocos en su equivocado afán por democratizar el acto sagrado.

La transubstanciación que se da en esta cena, es decir, el acto de convertirse el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, es algo que a los jerarcas de la Iglesia debería decirles que la fe de los fieles y el amor que tienen a su redentor es muy débil, a juzgar por lo poco que lo visitan en los templos en los que está permanentemente, y porque a la hora del sacrificio de la misa no se acercan a comulgar. En torno a cómo hay que *aggiornar* la misa, hay actualmente una gran polémica entre los que quieren celebrarla más parecida a como fue la original y los que creen que el hecho de no seguir celebrándola según el rito establecido por san Pío V, vigente hasta el Concilio Vaticano II, es una profanación y casi un sacrilegio.

Uno de los puntos que está pidiendo a gritos un «*aggiornamento*» es el tema del divorcio, con todas sus implicaciones y complicaciones. En el Evangelio leemos una frase de Cristo que es para reflexionar, y de hecho los escrituristas han tenido que dedicarle muchas páginas. Es aquella en la que Cristo, hablando del matrimonio, dice «yo os digo que cualquiera que se divorcia y se casa con otra, salvo en caso de fornicación, comete adulterio». El fragmento «salvo en caso de fornicación», o «en caso de adulterio», como dice otro evangelista, es aducido por muchas personas divorciadas como prueba de que Cristo no estaba tan cerrado a la idea del divorcio como están las autoridades católicas en la actualidad. Las estadísticas nos dicen que un buen número de personas católicas no se casan por la Iglesia y que el número de las parejas que se divorcian después de haberse casado ante el altar no varía mucho de los otros e incluso es superior a él. Y otra cosa que nos dicen las estadísticas es que la mayor parte de quienes se divorcian, habiéndose casado por la Iglesia o no, se vuelven a casar. Lo cierto es que hay miles de parejas católicas divorciadas que según la Iglesia están viviendo en pecado debido a un segundo matrimonio. Esta es la realidad que las autoridades eclesiásticas deberían encarar, porque aunque para muchos de los divorciados y divorciadas no suponga problema alguno porque viven por completo al margen de su fe, para otros es una fuente profunda de preocupación, y sintiéndose unos verdaderos seguidores de los mandamientos fundamentales de Cristo, se ven privados de acercarse a la eucaristía.

Lo cierto es que hay miles de hombres y mujeres en esta situación y a muchos de ellos les gustaría que las autoridades eclesiásticas aflojasen un poco la rigidez de la postura actual.

Entre los cristianos de la Iglesia ortodoxa existe la posibilidad de volver a casarse en segundas y hasta en terceras nupcias, y sus teólogos dicen que aunque la Iglesia oficialmente ve con desagrado el divorcio, reconoce que, como somos débiles e imperfectos, no se ciega al imponer la ley porque muy sabiamente dicen que «es madre y no tirana». Y si la Iglesia es realmente madre, podría hacer lo que hacen las madres de carne y hueso. Cuando a una mujer muy católica, un hijo casado se le divorcia, a ella seguramente le da mucha pena y hasta puede llorar mucho por ello, pero la realidad es que lo seguirá queriendo. Si no es una fanática, ni le cerrará su casa ni lo sacará de su corazón; lo que hará será rezar por él para que Dios lo ilumine. A lo mejor, al catolicismo le hace falta reflexionar algo sobre esto y no sentirse tan aprisionado por cánones y tradiciones posiblemente autoimpuestas.

En la Iglesia católica comienza a sentirse ya algún movimiento en ese sentido. La solución parece ser declarar nulo el primer matrimonio basándose en la existencia de un vicio jurídicamente relevante en el momento de su constitución, por lo cual el matrimonio es nulo *ab origine*. Dada la superficialidad y

ligereza con la que se han celebrado muchas uniones, este vicio jurídico se da en bastantes de los matrimonios, con lo cual la persona divorciada podría volver a casarse. Ni quito ni pongo rey, únicamente repito lo que dicen algunos canonistas.

Otra cosa es lo ocurrido en la mayor diócesis de Alemania, la de Friburgo, donde una autoridad eclesiástica ha hecho circular entre los párrocos una carta en la que les dice que tienen que mostrarse más atentos y abiertos a las peticiones de muchos divorciados que se han vuelto a casar y que no ven justo que se les prohíba practicar sacramentos como la eucaristía y la confesión. Confieso que no sé hasta qué punto esta carta autoriza a los párrocos a romper la regla canónica, pero es indudable que es un paso audaz que hasta ahora no habíamos visto en otras diócesis. Por otro lado, no deja de ser preocupante que esta renovación no provenga de la máxima autoridad de la Iglesia. En este gesto se puede ver el resquebrajamiento que en el catolicismo se está produciendo en cuanto a unidad, y se corre el peligro de que suceda lo que ha sucedido con el protestantismo, que por falta de una autoridad se produjo la gran desbandada en sus creencias.

Pero como ya indicamos, el *aggiornamento* más importante y urgente, y al mismo tiempo el más difícil, es el *aggiornamento* no de las maneras de vivir la fe, sino de la propia fe, que tiene dos niveles: el primero consiste en limpiarla de excrecencias que le han ido creciendo a lo largo del tiempo (aunque de ello hablaremos más adelante), y el segundo en fortalecerla, porque en la actualidad es muy débil en la mayoría de quienes se dicen católicos.

Es triste tener que reconocer todas estas debilidades, pero para corregirlas lo primero que hay que hacer es reconocerlas. Son debilidades propias de la edad de la Iglesia, pero hay que reconocer también que en los últimos tiempos se han acrecentado muy rápidamente porque los enemigos del cristianismo han arreciado en sus ataques y cuentan con unos instrumentos tremendamente eficientes para debilitar el apego de los fieles a sus ideas y a sus jerarcas. Estos instrumentos, como ya hemos dicho, son los medios de comunicación: radio, televisión y, en los últimos tiempos, Internet y las variadas redes sociales. Desde algunos de estos medios, en los últimos cien años, día a día y de una manera sutil e indirecta —y a veces no tan indirecta— se han estado minando las ideas trascendentes que la Iglesia había venido predicando desde su fundación, y con ellas ciertos valores humanos fundamentales, como son el respeto a la vida humana desde antes del nacimiento hasta la muerte.

La familia, que es el nido natural donde nacen y crecen estos valores, ha sido bombardeada sin misericordia y desacreditada de mil maneras, haciéndola blanco de toda clase de chistes. El resultado son miles de divorcios, miles de parejas que nunca se casan y que normalmente acaban separándose, miles de seres humanos desengañados y deprimidos, miles de niños sin padre y cientos de miles de niños asesinados en el vientre de sus madres. Y a todos estos males, ahora tenemos que añadir los aberrantes hogares sin madre, formados por las familias de gays a los que la ley autoriza a adoptar niños o a contratar vientres de alquiler para gestarlos. El panorama actual de la familia en nuestra sociedad cristiana es desolador. Tal como vamos, el mundo occidental, durante siglos dominado por el cristianismo, se irá encogiendo rápidamente y será suplantado por inmigrantes de África y Asia, mayormente de religión islámica. En un siglo no sería extraño que buena parte de Europa estuviese regida por la *sharia*.

No recuerdo dónde leí la siguiente historia, pero me impresionó por la ingenuidad de aquellos padres de familia. La anoté en su día y se la traspaso al lector. Por el hogar de una familia en la que había tres niños, cierto día apareció una señora que vendía muchos productos; los niños se encariñaron tanto con ella y por otro lado les cayó tan bien a los padres que decidieron que se quedase a vivir con ellos. Como la casa era pequeña, ella dormía en el salón y todos la apreciaban mucho porque los entretenía con sus

cuentos y sus ocurrencias. A la niña le contaba historias y le daba muchos secretos de belleza y le enseñaba cómo atraer a los muchachos y hasta le cantaba. A los muchachitos los acompañaba a ver partidos de fútbol, cosa que a ellos les encantaba. Los padres apenas tenían tiempo para educar a sus hijos, pues los dos trabajaban fuera, pero sabían que estaban bien en compañía de ella. Una cosa curiosa era que, siendo que los padres no eran mal hablados ni hacían cosas de las que sus hijos se pudieran escandalizar, en cuestiones sexuales la señora era muy poco delicada, tanto en sus palabras como en las cosas que les enseñaba a los niños, y parecía no tener ningún valor moral. Su influencia en ellos fue tan fuerte que al poco tiempo los padres empezaron a notar grandes cambios, tanto en su lenguaje como en su conducta. A pesar de ello, no se decidieron a decirle a la señora que se fuera, porque también ellos se habían acostumbrado a sus cuentos y a sus chistes groseros.

Me interesó tanto el caso que me fui al barrio en el que vivía aquella familia y pregunté a los vecinos cómo se llamaba la extraña señora. Todo el mundo la conocía; se llamaba la Tele.

Espero que el lector me perdone este cuento, que no lo he puesto como un chiste sino como un resumen literario que retrata perfectamente lo que ha estado sucediendo en los últimos cincuenta años y que es una de las mayores causas de la descristianización tan rápida de la sociedad.

Y para terminar de destrozar y de desprestigiar a la familia tradicional, el irresponsable Zapatero, auténtica catástrofe nacional y epítome de la mentalidad masónica, dio paso al antinatural, enfermizo y ridículo matrimonio homosexual. Podía haberle llamado «unión civil homosexual» o algo por el estilo, tal como se ha hecho en otros países, y solo ciertos integristas se hubiesen opuesto. Los homosexuales, bajo esta denominación, hubiesen desfogado sus amores de la misma manera. Pero tuvo que llamarle específicamente «matrimonio», yendo contra la Constitución, contra la definición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, contra el sentido común y sobre todo contra el pensamiento de la Iglesia. Su afiliación masónica se lo pedía.

Es verdad que la institución familiar tradicional no pertenece a la esencia de la fe o del dogma y es simplemente un instrumento natural para la pervivencia de las sociedades, pero también es cierto que es el lugar ideal y natural para recibir y cobijar a los nuevos seres humanos que entran en el mundo e instruirlos acerca de las tradiciones familiares y ancestrales y sobre las creencias acerca del Más Allá y de lo trascendente. Pero como acabamos de ver, la familia tradicional está en descomposición, gracias a los enemigos del cristianismo que, aunque se presenten como muy progresistas y respetuosos de todas las creencias y tradiciones, a la larga son grandes y solapados enemigos de la sociedad. Ellos conocen muy bien este papel de la familia en la conservación de la fe cristiana y de los valores humanos fundamentales, y por eso en cuanto se adueñaron de los medios de comunicación dirigieron contra ella sus dardos hasta que consiguieron convertirla en lo que hoy es.

La descomposición de la familia tiene una doble consecuencia inmediata: la disminución de la población, y niños y jóvenes despistados y con posibles problemas psíquicos o de conducta en el futuro. La primera consecuencia ya la están señalando claramente las estadísticas; la segunda, aunque a algunos pueda parecerles exagerada o un simple invento de quien esto escribe, quienes tienen alguna sensibilidad social ya la están notando en la cantidad de niños con necesidad de asistencia psicológica y de jóvenes con serios problemas de conducta, por no citar los frecuentes casos que vemos en los telediarios de niños que agreden a sus padres y las inexplicables matanzas practicadas por adolescentes entre sus propios compañeros de colegio.

¿Cómo se puede *aggiornar* la fe? La fe se pone al día viviéndola, y mejor aún conviviéndola con otros. En esta convivencia se realiza una especie de ósmosis en la que los que la poseen en mayor abundancia la pasan inconscientemente a los más débiles. Por eso las parroquias o comunidades en las que no hay

actos en común en donde todos participen fraternalmente y no solo de una manera formal o ritual son parroquias enfermas o moribundas que no atraen a nuevos miembros y menos aún a la juventud. Esos actos comunitarios, aunque no sean precisamente en torno a algún sacramento o rito religioso, hacen que las personas se conozcan y se entablen entre ellos relaciones amistosas y fraternales. Este clima de fraternidad es esencial para poder vivir un cristianismo auténtico.

No es extraño que las Jornadas Mundiales de la Juventud tengan tantas críticas por parte de los enemigos de la Iglesia e incluso de «intelectuales» de la propia Iglesia que han contraído el virus de la falsa modernidad. Ellos saben muy bien que estas macro reuniones reavivan la fe no solo de quienes a ellas asisten sino de quienes las siguen casi en directo a través de los medios de comunicación. Se dan cuenta de que pertenecen a una Iglesia que es como una inmensa familia en la que reinan un espíritu y un amor fraternos que ellos en cierta manera se están perdiendo por no estar allí presentes. En las Jornadas Mundiales de la Juventud de nuestros días, al igual que en los Congresos Eucarísticos de antes, los asistentes sienten como una especie de alma común, o, tal como alguno ha escrito, «nos damos cuenta de que todos formamos el cuerpo místico de Cristo». No sé si esto será así exactamente, pero lo que sí sé es que algunos de los que a ellas han asistido han vuelto convertidos en unos auténticos cristianos conocedores y cumplidores de todo lo que conlleva ser un auténtico cristiano.

Parte del *aggiornamento* es la supresión de cosas que pugnan con el espíritu del Evangelio y con la psicología de estos tiempos. Esas cosas pueden ser materiales y pueden ser inmateriales. La supresión de objetos innecesarios, antievangélicos y hasta ridículos como la tiara papal es solo un pequeño detalle del *aggiornamento* que hace falta. La tiara es un perfecto ejemplo de cómo no solo en el cristianismo sino en todas las religiones los fanáticos han ido poco a poco introduciendo ritos, vestiduras, plegarias y ceremonias que eran simplemente fruto de su imaginación o ambición, o bien se trataba de meras imitaciones del paganismo. La triple corona (el Papa es el jefe supremo en lo doctrinal, en lo moral y en lo jerárquico) es algo que va contra la esencia de lo dicho por Jesucristo.

El gesto del papa Francisco de mandar traer de Buenos Aires los zapatos con los que había recorrido tantas calles, y su negación a usar los zapatos rojos de «príncipe del Renacimiento», es solo un pequeño gesto de los muchos que hay que hacer, aunque los fanáticos tridentinos y los lefebvrianos se escandalicen y digan que eso es traicionar a la Iglesia. Más se traiciona a la Iglesia no queriendo desprenderse de todas esas cosas que ni están de acuerdo con el Evangelio ni con la sensibilidad actual, y por tanto, es dar pábulo a los enemigos.

No estaría mal que se diese un repaso a las vestimentas tanto papales como de los grandes jerarcas, porque algunas de las que usan en ciertas ceremonias lucen ya demasiado exageradas para estos tiempos y muy poco en consonancia con aquel «que no tenía donde reclinar su cabeza». Creo que viene muy bien en este capítulo una cita del *ceremoniale* vaticano con la vestimenta del Sumo Pontífice cuando celebra misa solemne en la basílica de San Pedro, pues es algo de no creerse: «El Soberano Pontífice, cuando celebra en San Pedro, lleva, bajo la sotana con cola, la *falda*, especie de inmensa falda de seda crema, ajustada al talle por agujas de plata y que cuatro dignatarios sostienen a su alrededor. Si celebra él mismo —e inevitablemente en el altar del Bermino—, viste sobre la casulla el *fanon*, que es como una muceta de seda blanca adornada con hilos rojos y dorados. Este ornamento no tiene ninguna relación con los manípulos bordados con los que termina la mitra. La *falda* y el *fanon* son exclusivamente reservados al pontífice. Sobre el *fanon* lleva el *pallium*, delgada banda de lana adornada con cruces negras de seda y que se fija por medio de tres alfileres de oro, en los cuales hay engastadas piedras preciosas. El más rico de estos alfileres se lleva sobre el pecho, el menos rico en el dorso y el tercero sobre el hombro izquierdo. El *pallium* es el ornato más alto de la dignidad archiepiscopal; solamente algunos obispos

tienen el privilegio de usarlo. La mayor parte del tiempo se conserva en un cofrecillo de madera preciosa envuelto en telas de seda. Cuando su poseedor haya de ceñirlo en la misa pontifical, debe ser un subdiácono con túnica quien se lo presente, protegido con velo humeral. Los *pallium* son tejidos con la lana de los corderitos esquilados el día de Santa Inés; a continuación son bendecidos por el Papa en San Pedro, sobre la tumba del cual reposan toda la noche. El *fanon* y el *pallium* no se usan más que en la misa pontifical y nunca de réquiem. Además de estos atributos particulares, el Papa reviste para celebrar los hábitos normales de todos los obispos». Esta cita merece un aplauso.

Cosas como estas no hay que *aggiornarlas*, hay que sepultarlas, porque son un atentado contra el Evangelio, y además de ser ridículo es casi pecaminoso. Como dice Jean Jacques Thierry, autor del libro *Vaticano secreto*: «El Papa, así vestido, más bien parece un personaje de ópera».

Sin embargo, a pesar de todo esto, pienso que el jerarca tiene que conservar en la vestimenta alguna señal de su rango, porque la Iglesia no es una institución democrática. Para quienes tienen fe, los jerarcas y sacerdotes tienen unos poderes muy especiales que no tienen los simples fieles, y para la psicología del pueblo es muy conveniente que eso esté presente.

Este cambio en las vestiduras tiene que ver con el cambio en algunas ceremonias y en la liturgia en general. Ya hablamos antes de la misa y la comparamos con lo que en muchos credos protestantes se llama fríamente «servicios». Sin embargo, tal como vimos, aquellos servicios no tienen nada de fríos, pues en ellos los fieles intervienen de manera mucho más viva. Y no digamos nada de la gran cantidad de comunidades en las que prácticamente todos los asistentes son personas de color. En ellas, las voces de los fieles se entremezclan con las del predicador sin que este se sienta molesto por ello.

Uno de los temas que tras el Concilio Vaticano II ha sido causa de más discusiones es la vestimenta normal de los sacerdotes. En la mayor parte del mundo las largas sotanas —o cotonas, como se les llama en algunas partes de Sudamérica— desaparecieron como por ensalmo después del concilio. En algunos lugares fueron sustituidas por el *clergyman*, que ya usaban los eclesiásticos de algunos países, pero en otras los curas «*se botaron pal chapeao*», como diría un cubano, es decir, se olvidaron de sotanas y cotonas y se vistieron como todo el mundo. A algunos sacerdotes parece que les remordía algo la conciencia, y en la solapa del traje o la camisa se ponían una crucecita muy discreta pero sin ningún Cristo colgado de ella. En Cuba, ya desde antes del concilio, los jesuitas y muchos sacerdotes habíamos cambiado el color negro de las sotanas por el blanco, pero no por motivos litúrgicos sino por razones calóricas. Pero la vestidura talar seguía imponiendo respeto.

La controversia sigue todavía en pie y para muchos tridentinos el que un sacerdote vista un traje normal sin ningún distintivo eclesiástico es como una traición a su estado y a su vocación o como un acto de cobardía ante una sociedad bastante hostil. El tema es delicado, porque si bien es cierto que una sotana es algo que ya se ve un poco trasnochado en el mundo occidental, también es cierto que el tener visible alguna señal que lo identifique a uno como ministro de Dios ayuda mucho tanto al sacerdote como a quienes lo ven. Al sacerdote lo refrena de entrar en ambientes peligrosos para su buena fama o para su debilidad ante la tentación, y a quienes lo ven les recuerda de alguna vaga manera cómo andan sus relaciones con Dios o simplemente que Dios existe. Es cierto que en un sentido etimológico todos somos o debemos ser ministros (servidores) de Dios, pero los sacerdotes de cualquier religión son personas que han dedicado específicamente su vida a la tarea de recordar a los demás por lo menos que Dios está ahí.

X

DOGMA Y REENCARNACIÓN

Todas estas Reformas de las que hemos hablado son, a poca voluntad que se ponga, muy fáciles de llevar a cabo si las comparamos con las que se refieren a los cambios en las creencias y en el dogma. Quien quiera proceder al *aggiornamento* externo seguramente no encontrará muchos enemigos, pero si pretende discrepar del dogma se topará inmediata y rotundamente, igual que don Quijote, con la Santa Madre Iglesia representada por los teólogos y la jerarquía.

Reconozco que hay que ser audaz para atreverse a proponer algo en este terreno, pero el mayor don que Dios nos ha dado a los humanos es la inteligencia y yo estoy dispuesto a utilizarla. Es posible que en un tema tan profundo y tan extrahumano me equivoque, pero por una parte no quiero traicionar mi condición de ser pensante y por otra estoy seguro de que, si me equivoco, Dios sabrá perdonarme porque, aparte de que tengo muy buena idea de Él, verá que he utilizado de buena fe el instrumento que Él me dio.

Y aquí se impone hablar libremente del dogma y de la fe, porque los teólogos no tienen el monopolio de la inteligencia, aparte de que, para llegar a sus posiciones, entre ellos ha habido muchas controversias y contradicciones. Cuando en mis estudios de Teología comprobé cómo el máximo exponente de los teólogos jesuitas de su tiempo, el famoso padre Francisco Suárez, discrepaba abiertamente en temas importantes de santo Tomás de Aquino, el máximo exponente de los teólogos del cristianismo, deduje que en las verdades reveladas y en todo lo referente al Más Allá hay muchas dudas.

Cuando digo hablar libremente, me refiero a que si al hacerme preguntas tengo de antemano las respuestas en cuanto a lo que es cierto o no, o entre los temas de los que se puede discrepar y de los que no, mi discurrir no será libre. Estoy seguro de que alguien estará diciendo que en cuestión de verdades de fe mi discurrir no puede ser libre porque las verdades de fe no son producto de nuestra inteligencia o de nuestras deducciones, sino que las sabemos por fe, es decir, porque Dios directamente nos las ha inspirado, y por eso estamos obligados a admitirlas. Pero entonces yo me reservo el derecho de investigar libremente algo que no es una verdad de fe, y es clarificar si fue realmente el propio Dios el autor de esas revelaciones y de qué manera se han producido.

Las verdades de fe que el cristianismo presenta como intocables constituyen una dificultad insalvable, porque todo lo que se arguya en su contra será declarado herético, es decir, falso. Por ventura, ya estamos lejos de aquellos tiempos en que los herejes corrían el peligro constante de convertirse en humo o de por lo menos acabar en alguna santa mazmorra. (Tampoco estamos en ninguna república socialista en la que discrepar de la ideología del régimen es harto peligroso. Para un socialismo inculto, cerril, fascistoide y anticlerical como fue el socialismo español de la II República, defender abiertamente los valores cristianos es bastante opuesto a su ideología, y si en la actualidad no se atreven a asesinar a alguien solo por ser católico —como se hacía allá por los años 30—, tratan, mediante leyes, de asesinar la ideología cristiana.

Si hablamos con libertad, no tendremos más remedio que decir que hay «verdades de fe» que pugnan con la inteligencia, con la lógica y hasta con el sentido común. Yo no tengo en mente rebelarme contra nada, lo único que pretendo es usar mi razón y llegar hasta donde ella me lleve, admitiendo que me puedo equivocar, y que si así fuese, estoy dispuesto a reconocerlo. Si no lo hiciese de esta manera, correría el peligro de unirme a la infinita caterva de seres humanos que han pasado sus vidas creyendo ciegamente las ideas impuestas por otros. Obedecían porque se les decía que eran órdenes de Dios que alguien muy importante había recibido, pero nunca se preocuparon por investigar si esas órdenes provenían realmente de Dios o si habían sido simples elucubraciones de alguien.

Las pruebas de que estas órdenes eran de Dios se basaban principalmente en los milagros que esa persona importante realizaba y que a todas luces solo podían ser materializados con una ayuda divina. Ante esta afirmación no tengo más remedio que repetir lo que decían los viejos escolásticos: «*Nego suppositum*», es decir, no admito que los milagros sean una prueba de que las palabras de alguien provengan innegablemente de Dios. ¿Y por qué lo digo? Porque me he pasado media vida estudiando los llamados «hechos paranormales», que son lo mismo que la Iglesia llama «milagros». Me declaro un gran ignorante en muchas cosas, pero si algo conozco a fondo es la fenomenología paranormal, es decir, hechos para los que la ciencia oficial no tiene explicación. Y hace años que me di cuenta de que tales hechos no requieren necesariamente la presencia o la actuación directa del Dios Omnipotente y Universal. Hay muchos otros dioses humanos y extrahumanos capaces de este tipo de prodigios.

En parapsicología, cuando uno conoce y rechaza la palabrería, los trucos, las imaginaciones y las superficialidades que en tal materia abundan, no es raro encontrarse con hechos totalmente inexplicables que desafían toda investigación. A muchos de esos hechos, que a veces eran presentados como milagros, se les han encontrado explicaciones físicas o psíquicas, porque la psique humana —que también tiene mucho de física— es capaz de realizar acciones increíbles. Esta es la primera razón para no admitir a ciegas como procedente directamente de Dios una doctrina cuya única prueba sea que está basada en milagros. En mi libro titulado *Videntes, visionarios y vividores* hablo de toda esta extraña fenomenología y de los muchos engaños a que se halla expuesta.

Otra razón de peso para sospechar que los milagros no provienen indefectiblemente de Dios es que se producen en todas las religiones tradicionales, probablemente en mayor abundancia incluso que en el cristianismo. A poco que nos adentremos en el estudio del hinduismo, del budismo o del islam, nos encontraremos con toda suerte de milagros practicados por sus «santos»; y si hemos de creer lo que leemos, estos santos son tan taumaturgos como los del cristianismo. Los buenos cristianos no saben quiénes fueron Milarepa, Krishna o Algazel, por citar solamente a tres taumaturgos famosos de religiones diferentes. Y los buenos cristianos probablemente tampoco saben que ahora en la India hay estatuas de Buda que, ante el pasmo de sus fieles, mueven los labios y hablan.

La contestación que ante hechos de este cariz ha tenido siempre la teología cristiana es que esos milagros son realizados por Satanás, con la pretensión de engañar a los humanos. Según la teología, los únicos milagros auténticos son los que se dan en el cristianismo. Pero toda la lógica envuelta en esta explicación es una auténtica *petitio principii*, es decir, dar por probado lo que se quiere probar y apoyarse en ello para probar otra cosa. Porque quienes esgrimen los milagros como prueba, tanto en el cristianismo como en otras confesiones, presuponen pero no prueban que los milagros sean propiciados por Dios. Además, una vez admitida la existencia de estos hechos extraordinarios e inexplicables —llámense milagros o no—, se está admitiendo que no es Dios el único que puede hacerlos.

Fuera del ámbito de las religiones nos encontramos con otras corrientes de pensamiento y culturas en las que los milagros son contemplados casi como algo normal. Nos estamos refiriendo al mundo del

chamanismo, la brujería y la magia. En ellos, los hechos paranormales son casi los componentes ordinarios de sus prácticas y ritos, y normalmente no se invoca a Dios sino a entidades de la naturaleza, a cualidades y poderes ocultos de los seres humanos o a otros espíritus misteriosos que la Iglesia cristiana y los teólogos de otras religiones catalogan claramente como satánicos o malos espíritus.

Un ejemplo de estas religiones en las que lo paranormal es lo normal es el vudú haitiano, con sus *loas*, sus zombis, sus *hougans* y sus *mambós*. Para un teólogo católico, un *loa* es un ser totalmente satánico, pero cuando se estudia sin prejuicios nos encontramos con que él también hace milagros con los que tiene convencidos a sus fieles de que él es algo divino.

Descartemos por lo tanto los milagros como pruebas apodícticas de que quien los hace esté más o menos relacionado con Dios. Más bien tendríamos que estar atentos a las consecuencias de las doctrinas que nos sean propuestas o a los hechos concomitantes de tales milagros. Sathia Sai Baba, por ejemplo, el famosísimo santón hindú fallecido en 2011 y considerado casi como un dios por millones de personas, hacía auténticos milagros bien estudiados y corroborados. El famoso *vibhuti* producido por él de la nada, la aparición en su mano de joyas y piezas de oro, la predicción de su muerte y hasta la resurrección de más de una persona son algunos de sus milagros asombrosos y bien contrastados. Pues bien, un ser así, que por estar dotado de tales cualidades necesariamente tendría que estar muy conectado con Dios, fue acusado por muchas personas de pederastia con muchos de los niños y jóvenes que se educaban en los colegios que él mismo había fundado.

Para un católico, la tarea de purificar el dogma es algo totalmente inadmisible. En las creencias de un católico, y lo mismo podemos decir de muchos protestantes, hay cosas que se pueden cambiar porque no son esenciales y no pertenecen al dogma definido hace ya muchos siglos. Pero hay otras que son absolutamente incambiables y el mero hecho de decir que habría que revisarlas es incurrir en un pecado contra la fe. Las «verdades de fe» son intocables hasta tal punto que, la mente humana, aunque las viese absurdas, tendría a priori que declararse derrotada por ellas. Esto es así tan rotundamente que individuos tan inteligentes como Tertuliano llegaron a pronunciar aquella frase que es un compendio del fanatismo y del desprecio de la mente humana: «*Credo, quia absurdum*». Estas palabras se pueden traducir de dos maneras; una, muy benévola, que contiene solo una tímida protesta: «Lo creo a pesar de que es absurdo», y otra, peor aún: «Lo creo precisamente porque es absurdo».

Y esta manera de pensar ha llegado hasta nuestros tiempos. Mi ex santo padre Ignacio de Loyola nos decía en una de sus cartas que si lo que yo veo blanco, la Santa Madre Iglesia dice que es negro, yo deberé decir que es negro. (No se puede negar que esto sí es fidelidad y obediencia puras. Y suicidio mental).

Tal actitud, tan incomprensible, es la que han tenido millones de cristianos cuando en la lectura de «la palabra de Dios» se han encontrado con enseñanzas y pasajes como los que hay en ciertos libros del Antiguo Testamento. Pero como la Biblia es «la palabra de Dios», aunque lo que leemos en algunos pasajes no tiene nada de divino, tenemos que aceptarlo aunque pugne contra nuestra inteligencia. Esto un librepensador lo ha definido como pura castración mental. Si nuestra inteligencia es el instrumento que Dios nos ha dado para que nos guiemos en la vida, y cuando lo queremos usar nos prohíben hacerlo, ¿para qué nos lo ha dado?

Yo no renunciaré a usar mi mente para examinar el contenido de mi fe, y pienso que el que no lo hace —y buen número de cristianos no lo hace en toda su vida— tiene un acentuado reumatismo mental o no le importa mucho su fe. Las raras veces que he intentado hablar con algún católico culto sobre el tema de nuestra aceptación pasiva e incondicional de las verdades fundamentales de la fe me he encontrado con

dos reacciones: la del que dice que es un tema que nunca le había preocupado, pues siempre lo había admitido sin más, y la del que reacciona casi violentamente.

El primero es un ejemplo de los cristianos de fe débil, por no decir agonizante o ya muerta del todo, de los que hablé en el capítulo de los laicos y del cristianismo hoy; el segundo es otro ejemplo de los millones de seres humanos víctimas de una gigantesca estrategia de control mental —dirigida desde instancias muy elevadas— que hace que se acepten verdades fundamentales sin cuestionarlas, o de los millones de seres humanos que han usado su cabeza solo para ponerse el sombrero, y su inteligencia solo para encontrar con qué alimentarse.

Antes de entrar en la parte más «escabrosa» de este libro, donde trataremos de discutir con mente libre las indiscutibles verdades de fe que constituyen la esencia del credo cristiano, quiero dejar bien claro que yo no entro en este análisis con ningún ánimo iconoclasta ni hostil. Si la Iglesia o alguna gran autoridad me dice algo, sobre todo si es algo de gran trascendencia como lo es todo lo que se refiere al Más Allá, es lógico que yo lo analice con mi propia cabeza, y si lo encuentro inadmisible, también es lógico que lo rechace. Y si me dicen que estoy obligado a admitirlo porque viene de Dios, también es lógico que yo pida que me prueben esa procedencia, cosa que no han hecho. Los milagros de Jesucristo, aunque históricos y reales, no pueden presentarse, como hemos visto, como una prueba de que sus palabras estén absolutamente respaldadas por Dios. Paradójicamente, Cristo me ha convencido más con sus palabras revolucionarias y con su aparente derrota en la cruz que con sus milagros. Y si el lector cree que me voy a declarar un traidor a las enseñanzas de Cristo o que quiero tergiversar sus palabras, está muy equivocado. Más adelante hablaré con detenimiento sobre Jesús de Nazaret y diré por qué, después de haberle dado en mi cabeza muchas vueltas, lo tengo a Él como el guía de mi vida.

Las verdades de fe están basadas en las enseñanzas de Jesucristo, en la Biblia y en la tradición, y están refrendadas por concilios y por multitud de diferentes documentos pontificios. Uno de estos últimos documentos pontificios es el titulado *Dominus Iesus*, emitido bajo el pontificado de Juan Pablo II. En él, en ocho capítulos, se expone con una terminología nada sencilla lo que el catolicismo cree sobre Jesucristo. Pero, prescindiendo ahora de lo que en él se dice, que no espere nadie encontrar prueba alguna de lo que el documento afirma. Sencillamente se expresan unas ideas que hay que admitir sin discutir. Una de las aseveraciones tratadas de pasada es la famosa frase de san Cipriano de Cartago en el siglo III: «*Extra Ecclesiam nulla salus*» («fuera de la Iglesia no hay salvación»).

De esta rotunda frase —que ha sido comentada, parafraseada, explicada y suavizada por no menos de una decena de concilios y pontífices—, hasta lo que sobre el mismo tema leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado por Juan Pablo II después del Concilio Vaticano II, hay una gran distancia. He aquí lo que se lee en él, que es una muestra de lo que yo denomino jerga teológica: «Toda salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia que es su Cuerpo. El Santo Sínodo... enseña que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación. Cristo es el único Mediador y camino que se nos hace presente en su cuerpo en la Iglesia. Él, al inculcar con palabras bien explícitas la necesidad de la fe y el bautismo, confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia en la que entramos los hombres por el bautismo como por una puerta. Por eso no podrían salvarse los que, sabiendo que Dios fundó por medio de Jesucristo la Iglesia católica como necesaria para la salvación, sin embargo no hubiesen querido entrar o perseverar en ella».

Si escarbamos en estas palabras nos encontramos enseguida con varias cosas que nos llaman la atención. La primera es la exclusividad que la Iglesia se atribuye a sí misma para la salvación. La mera existencia hoy en día de mil trescientos millones de chinos, mil y pico millones de hindúes y budistas, más de mil millones de mahometanos y un total de alrededor de seis mil millones de personas fuera de la

Iglesia nos hace dudar de esa exclusividad. Con esta aseveración, los teólogos están inculpando a Dios de haber echado mal sus cálculos, porque después de tantos años de su aparición a Abraham y de la venida de Cristo, una gran mayoría del género humano está en peligro de no salvarse porque en realidad está fuera de la Iglesia.

Como esto es una «verdad de fe», la Iglesia católica ha tenido que despejar las muchas dudas que esta «verdad» plantea, y por eso, si seguimos leyendo el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nos encontraremos con esto: «Esta afirmación no se refiere a los que sin culpa suya no conocen a Cristo ni a su Iglesia. Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida con la ayuda de la gracia hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna».

Se ve que a estos les respetan el uso libre de su propia inteligencia. Si yo fuese italiano, seguramente al acabar de leer esto se me escaparía un estruendoso «*¡mamma mia!*». Porque, por lo que parece, la inmensa mayoría de la humanidad va a salvarse por los pelos. Y de nuevo algún irrespetuoso podría decirle a Dios que no ha planificado bien la evangelización del planeta en los últimos dos mil años porque la mayoría de la humanidad, sin culpa ninguna, no se ha enterado de la venida de Cristo. Menos mal que en el documento *Christus Dominus* les han entreabierto una gatera a los pobres asiáticos y africanos. (Los mahometanos tienen un paraíso aparte con muchas huríes).

La segunda de las cosas que nos llamaban la atención en las palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica* son las explicaciones que la Iglesia da y ha dado siempre a esta complicada «verdad de fe». Entre las cuatro rotundas palabras de san Cipriano afirmando que fuera de la Iglesia no hay salvación y las enroscadas explicaciones del concilio, hay una gran diferencia. Los padres de unos cuantos concilios, y por lo menos seis papas, se dieron cuenta de que había que dejar alguna puerta entreabierta para la mayoría de la humanidad que estaba fuera, y para ello hablaron de bautismos de deseo y de otras portezuelas por las que colarse en el cielo sin haber pertenecido formalmente a la Iglesia. Sin embargo, todavía queda una minoría de católicos tercos que dice que estas explicaciones son una vergonzosa apertura de boquetes para que los paganos se cuelen en el cielo sin bautismo y sin haber conocido la persona de Jesucristo. Su cerrilismo llega hasta el punto de no importarles que todas esas multitudes vayan a torrarse a las calderas de Satán.

Con estas alambicadas explicaciones, la Iglesia, compuesta de hombres, ha hecho lo mismo que los malos científicos cuando quieren disimular que desconocen la esencia del fenómeno que están estudiando; y han hecho lo mismo que los políticos cuando quieren embaucar a los ciudadanos para que les den su voto: usan un vocabulario ininteligible que suena muy científico o muy patriótico pero que en el fondo es pura palabrería. En el caso que estamos tratando, la explicación es bastante inteligible y suena más a rectificación que a jerga, pero en otros temas, como cuando los teólogos se ponen a desmenuzar la esencia de Dios, dividiéndolo en partes y hablando de generaciones *ab aeterno* y de que fue engendrado y no creado..., entonces el sonido sí es de pura jerga.

La tercera cosa que nos llamaba la atención del Catecismo de la Iglesia Católica es de mucho más calado que las dos precedentes. Se trata de la palabra «salvación». Salvarme ¿de qué? Durante muchos siglos, la contestación definitoria, rotunda, inmutable a esta pregunta, fue: «De la condenación eterna». Sin embargo, en la actualidad ya no se oye hablar con esa contundencia. Hablaremos en concreto de este tema más adelante. Sigamos ahora analizando de una manera general otros puntos en los que hay que depurar el dogma para que no choque frontalmente contra lo que nos dicen la ciencia sabia (otra que tal baila) y hasta el propio sentido común. Y digo con cierta sorna la ciencia sabia porque hay muchos científicos que distan mucho de ser sabios. Son seres con egos inflados que creen que porque saben

mucho de algo ya pueden opinar de todo, incluso de cosas fuera de su especialidad, de las que no saben nada. Tienen la gran ignorancia de desconocer que su ciencia es una ínfima parte de todo lo que existe en el universo en que viven.

Además, está muy lejos de mí el poner a la ciencia en una especie de pedestal de modo que los humanos estemos a la expectativa de lo que los científicos nos puedan decir. A lo largo de los dos últimos siglos que lleva despierta la ciencia moderna, los científicos nos han dicho muchas cosas muy interesantes que han ayudado a hacer más llevadera la vida, pero también nos han dicho y han hecho muchas tonterías que han tenido que ser desmentidas o corregidas por otros científicos que vinieron después. Una de las mayores tonterías e ignorancias ha sido su posición ante la dimensión espiritual del ser humano y ante el fenómeno religioso. La megaciencia se ha mostrado siempre muy despreciadora de todo lo que tiene que ver con el espíritu. Para muchos científicos solo existe la materia y desconocen por completo el mundo del espíritu. El materialismo y muchos de los otros males que hoy vemos en nuestra sociedad se deben en buena parte al clima de desprecio hacia lo espiritual que la ciencia oficial y los llamados intelectuales han ido sembrando poco a poco en las mentes de las fácilmente influenciables multitudes.

Anteriormente dijimos que el enorme número de seres humanos que teóricamente viven en peligro de condenarse porque viven fuera de la Iglesia era para nosotros una gran fuente de duda sobre algunas creencias de la Iglesia. Pues bien, la portentosa cantidad de diferentes astros que componen el universo y las infinitas distancias que los separan hacen que surjan también en nuestra mente dudas sobre la idea que el catolicismo se hace del creador de todo esto. Le asalta a uno la impresión de que el Dios que se nos predica es un Dios demasiado pequeño, un Dios fabricado por una mente infantil que traslada y proyecta al Creador del Cosmos la idea que tiene de un padre de familia o del alcalde de un pueblo. La tan conocida frase que dice que Dios nos creó a su imagen y semejanza se ha repetido siempre como un estribillo religioso o como un mantra rutinario, pero dista infinitamente de la realidad.

Hace años, con audacia a la vez que con toda sinceridad, escribí en la contraportada de mi libro *Por qué agoniza el cristianismo* la respuesta a la pregunta del título: «Porque adora a un Dios falso». Todos los títulos con los que la teología cristiana nos presenta a Dios dan la impresión de proceder de una mente infantil, bastante ignorante y víctima de influencias extrañas. Es lógico que se vea a Dios como padre, como bienhechor y como perdonador, pero no es lógico que al mismo tiempo se le vea como castigador, vengativo e intolerante. La mente humana rechaza estas cualidades negativas de un ser que se supone perfecto, y a pesar de ello, millones de personas durante siglos parecen haberlas aceptado y han callado por miedo a que su Dios fuese tal como se lo habían presentado y tal como ellos lo tenían en su mente, no fuera que en escarmiento por su incredulidad los fuese a castigar. Esa mala idea de Dios es una herencia envenenada que el cristianismo recibió del judaísmo, de aquel extraño dios tonante que se aparecía montado en una nube y que después de algunas batallas animaba a Moisés a que no dejase vivo andante, piante ni mamante.

Indudablemente, el Dios Verdadero tiene que ser completamente diferente del dios de Moisés y de la manera en que nuestro cerebro lo haya concebido. Si no entendemos bien qué es la luz, qué es el espacio y cómo es posible que el universo esté todavía expandiéndose a una enorme velocidad, y si nuestras matemáticas se ven desbordadas ante la casi infinita cantidad de astros gigantescos, ¿cómo vamos a poder comprender cómo es el Ser que está detrás y por encima de todo esto? ¿Y cómo es posible que los teólogos hayan tenido la audacia de adentrase en las entrañas de ese Ser y llegar a descubrir que es un Ser Trino pero Uno y hasta a conocer el tipo de unión que hay entre esas tres partes? Puras infantilidades del ser humano.

Cierto día, leyendo un periódico desplegado encima de la mesa, vi avanzar por la página a un diminuto animal que era apenas mayor que un punto. Cogí enseguida la lupa que siempre tengo a mano y me puse a observarlo con detenimiento. Era mucho menor que una hormiga y tenía muchas patas a ambos lados del cuerpo, que se movían como las de un ciempiés. De repente se paró. Me imagino que se le hacía demasiado extenso aquel extraño desierto de papel que estaba recorriendo. Yo estaba casi hipnotizado contemplándolo y tratando de imaginar qué era lo que en aquel momento pasaría por el cerebro de aquel microscópico animalito. ¿Tendría cerebro? Se había parado en medio del pequeño círculo que forma una «o» minúscula y allí estaba completamente inmóvil.

Y allí estaba yo, tan inmóvil como él, contemplándolo. En aquel momento creo que estuve a punto de tener algún tipo de iluminación, porque de repente me sentí como un dios con relación a aquel pequeño ser que estaba totalmente indefenso ante mí. Yo podía hacerlo desaparecer con la yema de mi dedo y podía resolverle con toda facilidad el gran problema en que estaba. Pero en ninguno de los dos casos aquel ser tendría idea de lo que había pasado y menos aún sabría que otro ser muy superior a él era el que había causado el drástico cambio de su vida. Un milagro para él. Mi mente saltó entonces de aquel minúsculo animal a Dios. Yo era, con relación al Creador, menos aún de lo que aquel animal era para mí. Pretender yo conocer a Dios era como si aquel animalito pretendiese conocer quién soy yo y lo que pienso. Y sin embargo los teólogos han tenido la ingenua audacia de conocer las interioridades del que está por encima de todo el infinito universo.

Por supuesto que la gran respuesta que los teólogos tienen a esto es que yo no soy omnipotente y que la gran diferencia que hay es que aunque yo me sintiese muy superior a aquel animal, para mí es tan imposible comunicarme con él como a él le es comunicarse conmigo. Sin embargo, un ser omnipotente como Dios sí puede comunicarse con todas sus criaturas por pequeñas que sean, y según la Iglesia, y en esto estoy totalmente de acuerdo con ella, eso es lo que Él hace a cada momento y con cada uno de los seres humanos a través de nuestra conciencia.

Pero la Iglesia dice algo mucho más importante: que eso fue lo que Dios hizo oficialmente y a lo grande por medio de la persona de su Hijo. ¿Debería la Iglesia esclarecer su dogma en este particular? No seré yo quien lo afirme ni lo niegue audazmente, pero tampoco tendré miedo a reflexionar sobre este punto, por mucho que los teólogos me excomulguen. Y no tendré miedo a pensar sobre ello, porque como ya he dicho varias veces, mi Dios es infinitamente bondadoso y tolerante y tengo una idea de Él bastante más benévola que la de los teólogos y que la que nos han enseñado a lo largo de los siglos. Al hablar de Jesucristo volveremos sobre este crucial tema.

En el dogma cristiano hay unas cuantas creencias secundarias muy sospechosas de originalidad que, colocadas al lado de las primarias, nos hacen tener dudas sobre la originalidad de todo el conjunto. Y esto se debe a que tales creencias —algunas de ellas bastante extrañas— las encontramos en otras religiones y con bastantes siglos de anticipación. Por ejemplo, en el credo que aprendimos en la infancia, que resume las principales creencias del cristianismo, aparece aquella extraña frase que dice que Cristo, después de resucitado, descendió a los infiernos. La pregunta inmediata es: ¿a qué infiernos? No a los infiernos adonde van los condenados, pues Cristo no tenía nada que hacer allí, porque según la teología, de esos no se puede salir. Según explican los que saben, se trata de los infiernos en los que estaban encerrados «los santos padres», sin que nos expliquen bien quiénes eran estos santos padres. Pero resulta que ese extraño descenso a los infiernos lo encontramos también en otras mitologías paganas, por ejemplo en la epopeya sumeria de Gilgamés, de las tablillas sumerias, tan relacionadas con el Génesis. Y curiosamente este no es, ni mucho menos, el único episodio en que las creencias judeocristianas son como un eco de las que vemos en las tablillas mesopotámicas.

Otro ejemplo de esta extraña coincidencia con mitologías paganas lo tenemos en el episodio de la infancia de Moisés, cuando su madre lo colocó en una cestilla y dejó que la corriente del río se lo llevara, con la esperanza de que alguien lo encontrase y se hiciese cargo de su crianza. Resulta que mucho antes de lo que la Biblia cuenta de Moisés, sucedió lo mismo con el rey Sargón de Acadia, según la misma cultura mesopotámica, precursora de la hebrea. Y los dos episodios tuvieron un resultado feliz muy parecido, además de muy poco verosímil.

Dejando de lado las muchas ceremonias y creencias de otras religiones y culturas que dan la impresión de haber sido antecesoras de algún sacramento cristiano, me fijaré en el sacramento que pertenece a las más profundas entrañas del catolicismo: la eucaristía. En este sacramento, los creyentes ven el increíble amor de Dios hacia los hombres al haber querido quedarse entre nosotros, teniendo para ello que pasar por la humillación de encerrarse en un trozo de materia. El sacramento de la eucaristía, por su audacia, tiene como un sello de ser algo divino, porque solo Dios puede tener el poder que se supone en la transubstanciación y solo Dios puede tener amor suficiente para quedarse preso en un planeta de bárbaros que apenas le hacen caso.

Pues bien, el sacramento de la eucaristía lo encontramos con unos rasgos asombrosamente parecidos en bastantes religiones anteriores al cristianismo. En los ritos de iniciación de Mithra y en los Misterios de Eleusis y de Adonis, que se celebraban en honor a Ceres y a Diónisos, vemos también aparecer el pan y el vino que eran comidos por los fieles que creían que al hacerlo ingerían a Ceres y a Diónisos. Y si de Grecia y Roma nos vamos a Egipto, nos encontramos con un viejo papiro en el que se halló esta frase: «Que este vino se convierta para mí en la sangre de Osiris».

Los parecidos en cuanto a las ceremonias y a las palabras de las que iban acompañados estos ritos son tales que algunos teólogos han tenido que discurrir mucho para explicárselo y han llegado a esta conclusión, que leemos en la magna obra publicada en 1590 *Historia natural y moral de las Indias* por el jesuita José Acosta:

Lo que es admirable en el odio y la altanería de Satanás es que no solo ha falsificado idolátricamente nuestros ritos y sacrificios, sino también nuestros sacramentos con ciertas ceremonias. Cristo Nuestro Señor los instituyó, y la santa Iglesia los usa, pero Satanás tiene especial interés en imitar de alguna manera el sacramento de la comunión, que es el más excelso y divino de todos.

Como vemos, los misioneros españoles también se encontraron entre los indios sudamericanos ritos que se parecían mucho a los cristianos, entre ellos el uso de la cruz, y «con un hombre clavado en ella», como dice un cronista. Y en cuanto a las religiones de Oriente, conocemos imágenes de Krishna, Indra y Osiris, crucificados. Y ya muchos siglos antes de que existiera el padre Acosta, Tertuliano había llamado al demonio «el mono de Dios».

No quisiera que el lector, después de haber leído estos párrafos, sacase como conclusión que yo, como otro Lutero, rechazo los sacramentos y en particular el sacramento de la eucaristía. Conociendo estos hechos de otras religiones —que por cierto, tardé demasiados años en conocer—, me pasó algo parecido a lo que sentí el día que supe que los místicos de otras creencias también experimentaban el fenómeno de los estigmas de sus respectivas deidades. Y no solo eso, sino que algunos individuos totalmente desinteresados de toda religión habían recibido contra su voluntad los estigmas de Cristo. Esto fue una sacudida mental para mí; sentí una especie de obligación de investigarlo, y de no hacerlo hubiese sido como una traición a la inteligencia que Dios nos ha dado y que no tiene que servirnos exclusivamente para buscarnos la vida y sobrevivir, sino para investigar las cosas que se relacionan con Él.

Los sacramentos, para quienes tienen fe en ellos, no solo poseen un gran valor sino que son una gran realidad, aunque las cosas del reino del espíritu tienen una realidad diferente a las cosas del mundo de la materia. El que tiene fe viva convierte su fe en algo real. Cristo increpó a los apóstoles: «¡Hombres de poca fe! [...] si tuvieseis fe como un grano de mostaza...». Lo triste es que muchos que dicen tener fe no la practican y no viven de acuerdo a esa débil fe que tienen, y por eso acaba apagándose o convirtiéndose en algo muerto e irreal.

En párrafos anteriores dejamos en el aire una tremenda pregunta que seguramente habrá hecho fruncir el ceño a los teólogos que se dignen a leer este libro —que no serán muchos— y a más de un amigo que se ha tomado el trabajo de conocer bien su fe. La cuestión era: ¿salvarme de qué? Y digo con toda razón que la pregunta es tremenda porque se relaciona con los temas más profundos del dogma cristiano: el problema de la salvación, el problema de la redención y el problema de la eternidad.

Se salva a alguien que está en gran peligro de perecer o de sufrir algún mal muy grande. Y yo cierro los ojos y con toda ingenuidad me pregunto: ¿estoy yo en realidad en ese gran peligro? Y mi mente me contesta que no está consciente de semejante peligro. Pero aquí hace su presencia el dogma —la fe— y me habla de un pecado original cometido por nuestros «primeros padres», y que debió ser de tal magnitud que ha extendido sus malignas consecuencias durante miles de años a todos sus descendientes.

Y con esto entramos en el terreno resbaladizo y semimitológico del Génesis, con su Edén, su iracundo Yahvé montado en una nube, su exigencia de sacrificios de animales, su árbol del bien y del mal, la fatídica manzana y la desobediencia de nuestra «primera madre», que parece que fue la causa de la perdición de todo el género humano y de la cual tenemos ahora la necesidad de que alguien nos salve.

No quiero aburrir al lector sobre las muchas y muy diferentes explicaciones que los escrituristas, teólogos y doctores de la Iglesia han dado sobre estos versículos del Pentateuco. Se han devanado los sesos a lo largo de los siglos para tratar de encontrarles alguna explicación, pero se han quedado muy lejos de averiguar lo que realmente sucedió en aquel Paraíso, que no fue tan mitológico como a primera vista parece. Las tablillas de Ugarit y de Ebla, en el Líbano, en Siria y en Irak, y muchos otros documentos pétreos como las estelas de Naram-Sin y Mesá, los obeliscos de Salmanasar y Senaquerib o la gran piedra basáltica de Hammurabi, nos han dado muchas pistas de lo que allí realmente sucedió. Pero los escrituristas de siglos pasados no las conocían y los de los tiempos modernos han preferido mirar para otro lado porque lo que sumerios y acadios dejaron escrito en sus tablillas, si bien por un lado da fuerza a la historicidad del Génesis, por otro echa por tierra todas las explicaciones de los exegetas.

Según ellos, la desobediencia de Eva y Adán fue el famoso «pecado original», y este inicial pecado es el que requiere un salvador que redima o reconcilie con Dios a toda la descendencia de aquellos dos atrevidos habitantes del Paraíso. En la actualidad, muchos teólogos ya no están de acuerdo con esta exégesis, pero esta fue la explicación oficial de la Iglesia sobre estos versículos durante siglos. Por supuesto que la manzana de la tradición hace ya años que se pudrió, porque aparte de desconocerse de qué fruta se trataba en realidad, a todas luces se veía que el detalle frutero era completamente mitológico. Lo esencial era que había habido una desobediencia. Pero desobediencia ¿a quién? ¿A aquel falso dios llamado Yahvé del que ya sabemos con certeza que era tan ofidio como la serpiente con la que discutía?

No quiero entrar en este interesantísimo tema de la maldad de Yahvé, el falso dios del Paraíso, que tan feamente ha traicionado a su «pueblo escogido» y que tan fundamental es para explicar la historia humana, porque nos llevaría demasiado lejos. A quien le interese, le recomiendo que lea mi anterior libro, *Teovnilogía*, subtitulado «El origen del mal en el mundo», publicado por Ushuaia Ediciones, donde trato más en particular este fascinante tema.

Pero sigue en pie la pregunta que hicimos antes: ¿salvarme de qué? ¿De la desobediencia de Eva? ¿No hay una enorme desproporción entre el pecado que haya podido cometer una pobre mujer y las consecuencias que ha tenido para sus millones de descendientes?

Líneas antes, al referirme al Paraíso, lo llamé «semimitológico», cuando a primera vista tiene toda la pinta de haber sido totalmente mitológico. Así lo creí durante muchos años hasta que las tablillas mesopotámicas —auténticos documentos escritos, tan válidos como cualquier palimpsesto, papiro, pergamino o documento moderno escrito en papel ante notario— me hicieron abrir los ojos y descubrir que si bien las cosas no sucedieron en aquel lugar exactamente como leemos en el Génesis, realmente sucedieron de alguna manera, porque aquel falso dios llamado Yahvé con el que se comunicaban Adán, Eva, Abraham y Moisés, además de otros dioses que vemos en los primeros libros de la Biblia, aparece también con los mismos nombres en los documentos pétreos de sumerios, acadios, asirios y babilonios más de mil años antes de Cristo. Más adelante abundaremos en este tema.

Junto a la palabra «salvación», de enorme contenido, suele aparecer otra de no menor calado: «redención». Según su etimología, significa «recompra»; es decir, alguien que es redimido es alguien que está en la necesidad de ser recomprado, bien para darle la libertad o bien para entrar bajo el dominio de otro amo. Los esclavos antiguamente se redimían porque alguien los compraba, o ellos mismos se redimían, pagando para conseguir la libertad. Si la humanidad tiene necesidad de un redentor, quiere decir que es esclava. Y en esto estoy totalmente de acuerdo con el dogma cristiano. La humanidad está y ha estado siempre esclavizada por ciertas fuerzas del mal, muy poderosas, causantes de la desastrosa historia humana, que son mucho más reales de lo que los humanos piensan. A ellas se refería Cristo muy claramente cuando en repetidas ocasiones hablaba del «Príncipe de este mundo, que no tiene nada que ver conmigo» (J 12, 31). Más adelante ahondaremos en esto.

Continuando con la misma reflexión sobre las verdades de fe del cristianismo sin miedos ni prejuicios, tenemos que fijarnos en otra palabra que también suele ir unida a la de «salvación»: «eterna ». Esta tremenda palabra es otra prueba de la infantilidad con la que en el cristianismo se juzgan las cosas del Más Allá. El tiempo es una de las muchas jaulas donde tanto el cuerpo como la mente de la humanidad están encerrados. Nuestro mundo tridimensional apenas puede captar la inmensa actividad que tiene lugar en otros niveles del universo, ni siquiera en los que están en nuestro entorno. Hablar de eternidad, cuando el tiempo constituye para nosotros un tremendo misterio, es una enorme ingenuidad, pero como veremos, a la Iglesia le ha sido muy útil para tener amedrentados y dominados a sus fieles. Y que no se interprete este dominio como una esclavitud impuesta a la fuerza, sino como un aliciente para que sus fieles no se desmandasen en el cumplimiento de los mandamientos. Siempre he pensado que una de las causas que más ayudó en la Edad Media a llenar los monasterios de monjes era el miedo a esta condenación eterna de los réprobos. En aquellos tiempos la fe era mucho más viva, y la predicación de la dureza y de la eternidad de las penas era mucho más explícita y descarnada.

Los que hemos hecho muchas veces los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y hemos dedicado todo un día a escuchar y a meditar sobre las penas eternas del infierno, recordamos perfectamente la tremenda impresión que aquello nos producía en un ambiente de silencio. Y pienso que una tal predicación hecha de una manera exagerada a mentes muy jóvenes o individuos algo desequilibrados puede causar un serio daño que tenga consecuencias para toda la vida. Conozco casos.

En la actualidad, la ciencia más avanzada está haciendo experiencias tratando de salirse de las jaulas del tiempo y del espacio y, por lo que se va sabiendo, está logrando resultados alentadores. Lo cierto es que la idea de una eternidad cerrada e interminable, tal como la ha predicado hasta hace poco la Iglesia, ha perdido mucha fuerza. Aparte de que no pocos autores cristianos como Giovanni Papini han tenido

serias dudas sobre este encarnizamiento eterno de Dios, es mucho lo que en contra de esta creencia han hecho el espiritismo de Allan Kardec y otros espíritas serios, y más aún si tenemos en cuenta lo mucho que en este campo ha trabajado y descubierto la paranormalogía. Las llamadas Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), que tanta divulgación han tenido en los últimos tiempos tras el famoso libro de Raymond Moody sobre el tema, también han contribuido a que la humanidad vaya cayendo en la cuenta de que la creencia en la eternidad de las penas infernales es solo la invención de algún exaltado.

Dejando de lado ortodoxias, exégesis, fanatismos, hermenéuticas y miedos, y ateniéndonos al santo sentido común, tenemos que estar seguros de que un Dios, que necesariamente tiene que ser bueno y justo, no puede tener eternamente castigado (¡y de qué manera!) a un pobre diablo como es el ser humano, que sin comerlo ni beberlo ha pasado por este mundo aguantando más infortunios y miserias que satisfacciones.

Algún teólogo listillo se inventó aquello de que como el pecado es contra un Dios eterno e infinito, la pena del que lo haya ofendido, para que sea proporcional, tiene también que ser eterna e infinita. Puro delirio. No solo hay telebasura; también se dan casos de *teolobasura*, y este es uno de ellos.

La creencia en la reencarnación, que está en las antípodas de ser un dogma puesto que la Iglesia la rechaza abiertamente, es algo que merece también consideración. Esta creencia, de una manera u otra, ha sido siempre admitida por gran parte de los humanos de todas las religiones y culturas. Y también entre los cristianos, a pesar de que oficialmente es rechazada, hay una buena parte de ellos que la admiten. El pensamiento cristiano tiene actualmente bastantes lagunas acerca de lo que nos sucede después de la muerte. Y digo actualmente porque en los primeros siglos no fue así, y muchos de los primeros cristianos, incluso teólogos como Orígenes, creían en la reencarnación. Uno se pregunta: ¿adónde van los millones de niños que mueren antes de tener uso de razón y muchos de ellos incluso antes de nacer?, ¿cuál era el propósito del envío de estos seres al mundo si no se les ha dado oportunidad alguna?, ¿no nos vemos obligados a admitir que Dios no sabía lo que a estos niños les iba a ocurrir? ¿Por qué los teólogos no quieren ni oír hablar de las infinitas (repito: infinitas) manifestaciones de muertos no solo a sus familiares sino a toda clase de personas, muchas de las cuales eran de una gran altura intelectual y moral? ¿No deberían estar ya en el cielo o en el infierno?

He conocido a personas de las que no puedo dudar que me han contado en detalle cómo fueron sus experiencias de este tipo. Pero de entre los mil ejemplos que podría poner de toda clase de apariciones de fallecidos, me limitaré a dejar constancia de la aparición de la madre de san Juan Bosco, muerta hacía varios meses, a su hijo, con quien tuvo una larga conversación.

Y relacionadas con esta misma temática, se nos ocurren varias preguntas. Si Dios crea el alma para cada uno de los seres humanos que viene al mundo, ¿por qué unos nacen inteligentes y sanos y otros en cambio nacen enfermos, en hogares pobres y con poca inteligencia? ¿No sería más justo que naciésemos todos con las mismas oportunidades? ¿No es lógico pensar que el hecho de haber nacido en un ambiente hostil se deba a alguna deuda pendiente en anteriores existencias? ¿No es natural que al que le haya ido mal en este mundo se le dé otra oportunidad? ¿Y no sería injusto si no se les diese?

Si nos hemos atrevido a analizar la originalidad nada menos que de los sacramentos, es natural que también osemos echarle un ligero vistazo a otros puntos mucho menos importantes, no ya de las creencias sino de las tradiciones de la Iglesia. Dicen que en esta etapa inicial de su pontificado, el papa Francisco está teniendo ciertas dificultades al encararse con algunas tradiciones vaticanas. Indudablemente, algunas tradiciones no son aquellas a las que los teólogos suelen referirse cuando las equiparan en importancia a la propia Biblia, pero son como un eco de ellas. Es decir, son costumbres que con los años han ido

convirtiéndose en rutinas y corruptelas que al mismo tiempo que adquieren una apariencia de sacralidad entorpecen calladamente la verdadera labor evangelizante de la Iglesia.

Estas «ceremonias-corruptelas» se han ido colando a lo largo de los años en la liturgia, llegando en ocasiones a convertirse en auténticas caricaturas de lo que Cristo dejó dicho en el Evangelio. Algunas aparecen ya en los primeros años de la Iglesia, heredadas de otras religiones y culturas, como podemos ver en estas inexplicables palabras de san Pablo en su carta a los corintios: «Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta afrenta a su cabeza, y toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta afrenta a su cabeza; es como si estuviera rapada. Por tanto, si una mujer no se cubre la cabeza, que se corte el pelo, y si es afrentoso para una mujer cortarse el pelo o raparse, que se cubra la cabeza». Genialidades paulinas. Y la razón que nos da para esto es que «el hombre es imagen y reflejo de Dios y la mujer es reflejo del hombre. [...] He aquí por qué debe llevar la mujer sobre la cabeza una señal de sujeción por razón de los ángeles». Si el lector ha logrado entender este jeroglífico, lo felicito. Yo no lo he conseguido.

En unos cuantos aspectos de la liturgia y especialmente en las vestimentas de algunos jerarcas se puede ver la subrepticia intromisión de ceremonias y tradiciones que no tienen nada que ver con la doctrina predicada por Cristo ni con el auténtico Reino de Dios.

En líneas anteriores dejamos constancia de la increíble vestimenta con la que una de estas «tradiciones» disfrazaba al Papa cuando decía misa en ciertas festividades. Este mismo defecto en las vestimentas y pompas litúrgicas se puede comprobar, y en buena parte aumentado, en la Iglesia Ortodoxa Oriental. En el protestantismo ha sucedido lo contrario, y lejos de caer en pompas pseudosacras, han democratizado las vestimentas y las ceremonias, reduciéndolas a poco más que actos sociales. En sectas como los cuáqueros, lejos de cualquier pompa, sus ceremonias parecen en ciertos momentos aquelarres, con individuos revolcándose por el suelo, como poseídos por algún extraño «espíritu santo».

XI

UNA VISIÓN *KARDECIANA* DEL MUNDO ACTUAL

Por si algún lector piensa que porque yo creo que la reencarnación es muy posible, me he hecho ya espiritista y que con este apéndice pretendo introducir solapadamente las ideas espiritistas, que sepa que no soy espiritista ni pretendo forzar a nadie para que lo sea. Hace muchos años, intrigado por cosas que leía, fui a Brasil a estudiar de cerca el espiritismo, porque Brasil es probablemente el lugar del mundo donde estas creencias se viven y practican con más intensidad y en donde hasta hace pocos años vivió como un santo Chico Xavier, que por muchos era considerado como el pontífice de esta doctrina. Pero después de haber visto allí muchas cosas muy interesantes, volví sin haberme hecho espiritista.

Para mucha gente, el espiritismo es una doctrina rara que defiende que los espíritus de los muertos pueden comunicarse con los vivos y que fue inventada hacia mediados del siglo XIX por el francés Hipólito León Denizard Rivail, más conocido como Allan Kardec. Como dijimos, muchos cristianos casi identifican espiritismo con satanismo y todos los progres piensan del espiritismo lo mismo que del catolicismo, que es una doctrina trasnochada que en estos tiempos de *iPods*, *pendrives* y *tablets* ya no tiene nada que hacer.

Craso error. Allan Kardec fue un ser humano excepcional que por haber ordenado ideas que ya tenían siglos, por tener una idea del Más Allá diferente a la de la Iglesia y discrepar también de ella en otras importantes cuestiones, fue muy marginado y sus libros fueron puestos en la oficial y famosa «Lista de libros prohibidos» de la Iglesia. Pero Kardec tenía también muy mala idea de los poderes públicos, a los que acusaba de estar llenos de materialismo, de antipatía hacia las cosas del espíritu y de desinterés por los verdaderos problemas de los ciudadanos. Todo esto contribuyó a su aislamiento y a la enemistad que le mostraron la ciencia oficial, los políticos y la propia Iglesia.

Sin embargo, a pesar de diferir en cosas importantes de las enseñanzas de la Iglesia, coincidía con ella en lo fundamental: en el seguimiento de cerca de las enseñanzas de Jesucristo en cuanto a que el amor, la misericordia y el servicio al prójimo son fundamentos de toda la convivencia humana. Todo ello lo dejó plasmado en sus libros, especialmente en *Evangelio según el espiritismo* (l864) y en *Cielo e infierno o la justicia divina según el espiritismo* (1865).

La idea equivocada y caricaturesca que mucha gente tiene del espiritismo es la de unas cuantas personas de escasa cultura que, previo pago y dirigidas por un o una médium, sentados todos alrededor de una mesa, tratan de entrar en comunicación con el espíritu de algún difunto. En los comienzos del espiritismo no era infrecuente que la mesa se levantase en el aire o se produjesen ruidos como contestación a las preguntas que se hacían a los espíritus. Hoy ya raramente se dan esos casos. Aparte de esto, los abundantes anuncios de «videntes» que vemos en ciertas revistas distan mucho de lo que es el verdadero espiritismo.

En los escritos de los grandes autores espíritas como Kardec, León Denis, Flammarion, Chico Xavier y muchos otros, se puede ver cuál es la profunda filosofía del genuino espiritismo. El apego de la doctrina espírita a las enseñanzas de Cristo, tal como las codificó Allan Kardec, es tal, que un autor lo sintetizó en la frase: «Jesús es la puerta y Kardec la llave». Según este autor, la doctrina que el espiritismo predica es la más pura moral que existe, la cristiana, en ese libro de la esperanza que es el *Evangelio según el espiritismo*.

Entre muchas de las acciones de los espíritus desencarnados que los autores nos cuentan en sus obras y las acciones de los tripulantes de los ovnis de nuestros días hay paralelismos muy interesantes, tanto que a muchos nos han llevado a creer que, en algunos casos, se trata de los mismos seres, que tienen el poder de adquirir diferentes formas o disfraces. Y lo mismo que hay ovninautas positivos y negativos, los autores espiritistas nos dicen que también hay espíritus de muertos buenos y perversos. Y ambos influyen o de alguna manera se relacionan con las vidas de los humanos. Aunque esto de ninguna manera quiere decir que todos los tripulantes de los ovnis sean espíritus de muertos ni que los espíritus de los muertos anden en ovnis. El mundo del Más Allá es demasiado complicado para que nuestra mente pueda comprender qué es lo que pasa por aquellas latitudes.

Para que se vea hasta qué punto las ideas de los verdaderos espiritistas se parecen a lo que yo he tratado de describir en este libro, con el permiso de su autor, Juan Luis Sánchez Martí, me permito transcribir unos párrafos de alguno de sus escritos:

> Tal vez sea un tema recurrente y hasta me haga repetitivo, pero nunca se insistirá lo suficiente en divulgar y alertar sobre el peligro de esta pandemia espiritual que sufre la humanidad debido a su enorme ignorancia y mal proceder. La obsesión y hasta la posesión que sufren un alarmante número de personas, grupos, instituciones y hasta países, es la explicación del caótico y desquiciado estado en que se encuentra la humanidad. Que en pleno siglo XXI aún estemos con tanta injusticia, desigualdad, conflictos y guerras numerosas, así como hechos y sucesos monstruosos, revela la dominación y posesión de mentes malignas sobre los dirigentes y mandatarios mundiales como sobre grandes masas humanas, convirtiéndose en obsesiones colectivas. Una señal muy reveladora es la total ausencia de sensibilidad, caridad y solidaridad con sus gobernados que vemos tanto en todos los gobiernos de los países desarrollados como en los del tercer mundo, pues estamos asistiendo a una destrucción y desmantelamiento de los derechos humanos más básicos y necesarios para la evolución y el progreso de las sociedades, como es la educación, la salud, el trabajo, etc. Con una total frialdad, los gobiernos, sirviendo a poderes siniestros, actúan sin que les importe lo más mínimo el sufrimiento, el dolor o la muerte de muchos de sus semejantes. Por supuesto que no vamos a echar toda la culpa a los espíritus tenebrosos, pues la actualidad demuestra que estamos regidos por auténticos psicópatas. Aunque me atrevo a decir que no existen psicópatas, ni esquizofrénicos, ni esquizoides; existen poseídos, obsesados, personas parasitadas por espíritus malos. Estas posesiones muchas veces acompañan a la víctima toda su vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Por supuesto que estos casos extremos y otros menos graves tienen una causa que viene del pasado de esos seres y que hasta que no sea conocida y tratada convenientemente no podrá solucionarse. Ocurre que una mente perturbada es a la vez terreno abonado para ser parasitado por estas entidades del mal. Otro síntoma de todo esto es la desespiritualización de tanta gente y la indiferencia, o lo que es peor, la beligerancia hacia todo aquello que tenga que ver con la religión o la espiritualidad. Claro que en esto, las religiones institucionalizadas, con sus dogmas infantiles y sus creencias inamovibles,

tienen mucha culpa, ya que hace tiempo que no son capaces de dar respuestas y explicaciones a tantas cosas, divinas y humanas, sobre la compleja problemática humana.

La causa o sinrazón de las guerras, los asesinatos, las perversiones sexuales, el extraordinario aumento de la homosexualidad, aberraciones y perversiones, los asesinatos de género, la violencia estúpida, los deportes de riesgo y otras muchas calamidades hay que buscarlas en las parasitosis espirituales o casos de posesión. Y aquí habría que hacer un alto en el camino para analizar «qué» o «quién» es el que posee. El cristianismo nos habla de entidades demoníacas, diablos, a los que llama «Satanás», «Lucifer», y otros nombres. Cree que estos seres fueron creados perfectos y los llama «ángeles». Los demonios, según las Iglesias, son ángeles caídos, convertidos en demonios y eternamente condenados por Dios. Sin entrar a rebatir todas estas cosas, que ponen en entredicho la justicia y el amor infinito de Dios, diré tan solo que la palabra «demonio» viene del griego daimon; ellos llamaban «demonios» tanto a los buenos como a los malos espíritus. Fue el cristianismo el que dedicó peyorativamente el término «demonio» a los espíritus malos. Mientras que las religiones creen en varias creaciones de Dios, la verdad es que solo existe una y todos los seres hemos tenido el mismo principio y hemos sido creados iguales, teniendo idéntico destino. Es la diferencia de edad espiritual la que nos diferencia a unos de otros. Entre un ángel y un hombre solo existen millones de años en evolución espiritual. El diablo de hoy será el arcángel de mañana, como el ángel actual pudo ser un diablo en los tiempos remotos. Por tanto, los exorcismos actuales, teniendo como seres diferentes y mitológicos a los espíritus obsesores, no tienen mucho éxito en los rituales exorcistas de expulsión de sus parasitados. Muchas veces solo se consigue irritarlos cuando ven que son tomados por demonios. Aunque quiero matizar que no estoy diciendo que el exorcismo de la Iglesia católica o de otras confesiones cristianas no pueda obrar algún resultado positivo y hasta la total liberación del «enfermo». Todo es posible cuando ponemos en marcha la caridad y el amor por los que sufren y lo hacemos en nombre del Maestro Jesús; pues la verdad es que son las entidades del bien y de la luz las que actúan para bien de todos.

Desgraciadamente, como ya he dicho, el rumbo de la humanidad es suicida, el auge del materialismo, el hedonismo y el egoísmo más incrustado en el ser humano no auguran nada bueno. Estamos viviendo en un mundo inferior de tinieblas, locura y falta de amor, viendo personas y grupos que no son más que títeres, monigotes movidos por una mano invisible. Mano que hace aumentar el odio entre pueblos y naciones, entre maridos y mujeres, entre padres e hijos, que provoca crímenes espantosos, las perversiones sexuales, la lujuria, la homosexualidad, el suicidio. El escalofriante aumento de los suicidios (escondidos y disimulados por gobiernos y autoridades, responsables indirectos de muchos de ellos debido a las políticas canallas e inhumanas legisladas por ellas) es un síntoma de hacia dónde nos dirigimos.

Pero todo esto ¿no será la tempestad que acontece antes de la calma? Son tiempos de cambio, de transición de un mundo de expiaciones y pruebas a otro de regeneración. La humanidad, como se nos ha dicho tantas veces a través de profetas y reveladores, unos más acertados que otros, alcanzará una Edad de Oro, y serán desterrados el egoísmo y la maldad que ahora imperan. Esto no lo digo yo, es el mismo Jesucristo el

que ya nos lo anunció hace más de dos mil años. Lo único que podemos hacer mientras todo se realiza es esperar, confiar en las Potencias del Bien y de la Luz, intentar ser mejores, luchar contra nuestras faltas y defectos y amar más a nuestros semejantes; cosa más difícil en estos tiempos de egoísmo e indiferencia, pero por eso, más meritoria. Haciéndolo así, nos protegeremos contra las entidades de las sombras y ayudaremos al arcángel Miguel en su lucha contra ellas. Estamos a las puertas de algo grandioso que intuimos aquellos con cierta sensibilidad espiritual, algo indescriptible y sublime que sentimos en el interior de nuestras almas. Algo que nos dice con voz muda que tengamos esperanza en el futuro, fe en Jesucristo, nuestro guía y Maestro, y amor y caridad para con todo y con todos. Y así, todo lo demás... se nos dará en añadidura. Estas son mis opiniones, reflexiones, deseos y esperanzas. Si tú amigo y hermano que me lees estás de acuerdo con estas ideas, me sentiré muy feliz; si no lo estás, también. A fin de cuentas, todos buscamos lo mismo, aunque sea por caminos separados.

XII

CIELO E INFIERNO

Existen dos palabras que tienen gran importancia en las creencias de un cristiano: «cielo» e «infierno». Aunque, según los autores ascéticos católicos, de los que ha habido gran abundancia, ganar el cielo no es una tarea fácil, a juzgar por las experiencias que vamos teniendo de personas que de alguna manera se han asomado al Más Allá, las cosas no parece que sean como nos las han pintado. Naturalmente, los creyentes más firmes dirán que tales Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), de las que hablamos en el capítulo anterior y de las que hace medio siglo se viene escribiendo e investigando bastante, no son de fiar y que en realidad no hay ningún asomarse al Más Allá sino una pura fabricación cerebral debida a un mal funcionamiento o a alguna circunstancia traumatizante. Y algún derecho tienen para pensar así, porque en lo que se refiere al Más Allá, es un axioma que nadie sabe con certeza cómo se bate el cobre por aquellos lares. Pero es que las experiencias de este tipo son muchas, muy diversas y provenientes de campos muy diferentes e incluso de grandes profesionales de la neurología que, tras haber estado muchas horas en coma sin ninguna actividad cerebral, han escrito informes interesantísimos tratando de convencer a sus colegas de la realidad de su experiencia. Y aunque estemos lejos de haber llegado a ninguna conclusión cierta, la verdad es que tantas experiencias vividas por personas serias nos han hecho desconfiar mucho de la «verdad de fe» relativa al Más Allá que nos habían predicado. Por otro lado, se nos ha alegrado el cuerpo, porque la mayoría de quienes vuelven de esas experiencias dicen que lo han pasado muy bien, que han tenido mucha paz, ningún miedo y que se han encontrado con personas que les han ayudado en aquel maravilloso mundo desconocido. Y hay que tener en cuenta que la mayoría de las personas que han vivido esas experiencias, sin ser grandes pecadores, no eran católicos ni precisamente un modelo de virtudes. Es cierto que también hay algún caso de gente que en ese viaje ultracorporal lo ha pasado muy mal y se ha asomado a alguna especie de infierno, pero son una minoría.

Con relación a lo que sucede por los pagos celestiales, personalmente tengo que decir que aunque desde niño conocía la creencia cristiana del ángel de la guarda, es decir, que todos y cada uno de los seres humanos tenemos un ángel o un espíritu bueno que desde que nacemos nos acompaña y que de alguna manera nos ayuda, sin embargo yo no me había acordado nunca de él ni le había pedido nada, porque en realidad para mí era como si no existiese. Pues bien, cuando cumplí 88 años, y de una manera interesada, al ver que mi carrocería empezaba a desatornillarse, se me ocurrió dirigirme a él y modestamente pedirle pequeños favores. ¡Bingo! Créanme o no me crean, pero comencé a sentir su ayuda de inmediato y con mucha frecuencia de una manera descarada. No es que se me apareciese o me hablase al oído, porque nunca he tenido visiones místicas de ningún tipo, pero las cosas, empezando por la salud, me han ido saliendo a pedir de boca. Y aquí me tienen a los 92 años, dándoles guerra a los teólogos y a los intelectuales que creen que lo saben todo.

Quiero aquí hacer un paréntesis necesario porque no sería justo si no dijese que además de este ángel invisible tengo también otro ángel visible que se llama Magdalena, y que me cuida de una manera

angelical.

Una de las cosas en que más noté la influencia de mi ángel de la guarda fue en el cambio que experimenté acerca de mi idea del Más Allá. El poco miedo que siempre le había tenido a la muerte me desapareció por completo y llegó un momento en que, sin que llegase a desearla, me hubiese ido tan tranquilo si en aquel instante me hubiese sorprendido. Y con el riesgo de que esto que voy a decir le quite seriedad a lo que estoy escribiendo, le haré al lector una confidencia. Todas las mañanas, al despertarme, saludo a mi amigo celestial y, como quien no quiere la cosa, casi sin buscarlo, se me ocurre enseguida la idea para el soneto que cuelgo en mi blog salvador.freixedo.es.

Los versos, de ordinario sátiras contra los fantoches de nuestra sociedad, a menudo son bastante ácidos, cosa que a veces me hace dudar de que sean una inspiración proveniente de un espíritu angélico. Pero he llegado a la conclusión de que mi ángel está tan indignado como yo contra los politicastros sinvergüenzas que nos han robado y engañado, y contra los irresponsables mentecatos que pervierten y atontan al pueblo en los medios de comunicación y sobre todo en la televisión y, por eso, con frecuencia, me inspira sonetos contra ellos.

Cerrado este paréntesis y supongo que perdonado por el lector, continuaré diciendo que el tener buena idea del Más Allá es algo que a mí me ha alegrado la vida, así como para muchas otras personas el miedo de lo que nos espera del otro lado pone una nota de temor o tristeza en sus vidas a medida que se acercan a la hora de la muerte.

La idea del Más Allá varía mucho de unas religiones a otras y nos presentan cielos e infiernos completamente diferentes. Desde los nirvanas budistas sin más samsaras ni reencarnaciones, hasta los serrallos celestiales de los mahometanos, hay una gran diferencia. Parece que cada fundador de religión proyecta sus pensamientos y deseos recónditos en el credo que les deja en herencia a sus creyentes. El infierno del Corán se parece mucho al cristiano, pero en cambio Mahoma, tras sus catorce mujeres en vida, se imagina el cielo casi como un putiferio de cariñosas doncellas. En el judaísmo, según el Talmud, la bienaventuranza de los buenos hijos de Abraham consistirá en la contemplación de Dios y ¡en el estudio de las Escrituras! (se ve que son tan complicadas que necesitan una eternidad para entenderlas). La idea que muchos cristianos tienen del cielo es también bastante aburrida, con abundancia de ángeles y arpas. La realidad es que no tenemos ni idea de cómo son las cosas por el Más Allá, pero yo estoy seguro de que al morir, por muy buenos que hayamos sido, no vamos a ver a Dios con nuestros ojos como si Dios fuese un señor visible. Curiosamente Yahvé, a pesar de ser solo un dios de trampa, le dijo a Moisés que quien viese a Dios moriría (y curiosamente también las tablillas sumerias nos ponen en la pista de la razón de esta extraña frase de Yahvé).

Si algo tiene que cambiar necesariamente la Iglesia en su dogma es la idea del infierno. Disimuladamente ya ha ido modificándola, pero todavía no se atreve a decir claramente que aquella idea clásica del infierno, con fuego real donde los réprobos se quemarían por toda la eternidad, es una creencia errónea. Y no lo dice claramente porque no lo puede decir, porque está atada de pies y manos debido a las veces que «infaliblemente» y con toda solemnidad ha afirmado que tal cosa pertenece a la esencia del dogma. Hace ya treinta años escribí en mi libro Por qué agoniza el cristianismo: «La Iglesia está presa en medio de un dilema cornuto; o cambia alguno de sus dogmas incambiables, y entonces perderá su credibilidad, o no los cambia, y entonces no le va a quedar un solo fiel pensante».

Este paulatino y disimulado cambio se nota en lo poco que ahora se habla del infierno y en las definiciones que de él se hacen en los medios católicos. He aquí cómo el *Catecismo de la Iglesia Católica* habla del infierno: «Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección.

Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se denomina como infierno». Es cierto que a continuación añade como de pasada: «Jesús habla de "*gehenna*" y de "fuego que nunca se apaga", reservado a los que hasta el fin de su vida rehúsan creer y convertirse, y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo». Pero no se explaya en descripciones terroríficas, como antes hacían los predicadores y los escritores ascéticos.

En el último siglo, al fuego parece que le han echado agua, porque está muy mortecino, y la eternidad se ha encogido y es solo una *eternicita* que se va contrayendo. Pero para rechazar la doctrina del infierno eterno nos encontramos con una dificultad, y es que tal doctrina aparece claramente señalada en varias ocasiones en los Evangelios. Le evitaré al lector las muchas citas que podría presentarle en las que claramente Cristo habla de un infierno eterno con fuego.

Por supuesto, los tradicionalistas se agarran a estas citas a cuatro manos como el mono a una reja y no ceden ni un ápice ni en cuanto a la eternidad ni en cuanto al tormento con fuego, mientras que los escrituristas más modernos —y con más sentido común— tratan de arreglar este estropicio bíblico como pueden. Como los textos sobre el «fuego que no se extingue» son claros y repetidos y como *littera scripta manet* y no hay manera de borrarlos, en la hermenéutica avanzada se lanzan a veces teorías desesperadas, cuando no jocosas, como la de que Jesús, cuando hablaba de la «*gehenna*» o del «*sheol*», se estaba refiriendo a una escombrera que había a las afueras de Jerusalén en la que había siempre algún fuego porque allí era donde se quemaba la basura de la ciudad.

¿Quiso realmente Cristo decir lo del fuego eterno? Yo, con el cerebrito que Dios me ha dado para guiar mi vida —y no con lo que otros me digan que tengo que creer—, pienso que no, y me baso en primer lugar en que lo que hoy leemos en los Evangelios ha sufrido muchas traducciones y se han hecho de ellas muchas copias que en no pocas ocasiones difieren bastante unas de otras, señal de que ha habido infinidad de intromisiones. Y, sobre todo, los textos han pasado por muchas manos. En segundo lugar porque castigar tan desproporcionadamente no está de acuerdo con la bondad y la tolerancia que el mismo Cristo muestra a lo largo de todos los Evangelios y porque ni el hombre más malvado, por muchas ofensas que le hubiesen hecho, sería capaz de tener prisionero eternamente a su peor enemigo, y mucho menos, quemándose. Seguramente que al cabo de mucho tiempo, por duro que tuviese el corazón, se daría por satisfecho y liberaría a su enemigo del tormento.

Además, basándome en las mismas citas del Evangelio, deduzco que lo que se lee no está de acuerdo con la realidad y parece que algún neura bastante sádico y más papista que el Papa metió las manos en los Evangelios y endureció los castigos hasta convertirlos en totalmente increíbles. Vea si no el lector lo que leemos en Marcos (Mc 9, 43-47), como dicho por Cristo: «Y si tu mano te crea ocasión de pecar, córtatela, porque más vale ser manco que ser enviado con dos manos al infierno de fuego. [...] Y si tu ojo te crea ocasión de pecar, arráncatelo, porque es mejor entrar en el cielo con un ojo que teniendo los dos ser arrojado al infierno». Al pobre san Marcos, o a algunos de sus copistas, le colaron un gol, porque nos luce un poco exageradillo. No me puedo imaginar a Jesucristo diciendo semejantes barbaridades. Como tampoco puedo imaginarlo diciendo lo que leemos en el capítulo 5 de san Mateo: «Pero yo os digo que cualquiera que se enojare incontroladamente con su hermano será culpado en el juicio, y cualquiera que llamare a su hermano "raca" será acusado en el consejo y el que le llame "idiota" será expuesto al infierno de fuego». Mateo, tanto de lo mismo. Estos disparates jurídicos —que no son los únicos ni mucho menos— me hacen sospechar mucho de las copias de los Evangelios que han llegado hasta nosotros. Y es lógico que hagan sospechar a cualquiera que tenga dos dedos de frente, porque son una contradicción absoluta del espíritu del Evangelio.

He señalado algunas de las razones en las que me baso para no creer que este exagerado rigorismo que vemos en los Evangelios sea el auténtico pensamiento de Jesucristo, pero he dejado la mayor de todas para exponerla en el capítulo titulado «El Príncipe de este mundo».

Y si nos hemos atrevido a meternos con el infierno, a pesar de los contundentes apoyos que tiene en los Evangelios, con mucha mayor razón nos atreveremos con el purgatorio, que carece de semejantes abogados, y cuyas raíces bíblicas son prácticamente nulas. No voy a repetir los razonamientos que he hecho sobre la ilógica y la injusticia de un castigo eterno en el infierno y me limitaré a citar algunos textos de eminentes teólogos sobre el purgatorio. Las citas son tomadas del libro que tiene el chusco título de *Léeme o laméntalo,* del padre Paul O'Sullivan, que el año 1936 recibió una aprobación y recomendación explícita del cardenal de Lisboa. Sobre el purgatorio dice: «Es una prisión de fuego en la cual casi todas las almas salvadas son sumergidas después de la muerte y en la cual sufren las más intensas penas. He aquí lo que los más grandes doctores de la Iglesia nos dicen acerca del purgatorio. Tan lastimoso es el sufrimiento de ellas, que un minuto de ese horrible fuego parece ser un siglo.

»Santo Tomás de Aquino, el príncipe de los teólogos, dice que el fuego del purgatorio es igual en intensidad al fuego del infierno, y que el mínimo contacto con él es más aterrador que todos los sufrimientos posibles de esta tierra.

»San Agustín, el más grande de todos los santos doctores, enseña que para ser purificadas de sus faltas, antes de ser aceptadas en el cielo, "las almas después de muertas son sujetas a un fuego más penetrante y más terrible que el que nadie pueda ver, sentir o concebir en esta vida. Aunque este fuego está destinado a limpiar y purificar al alma —dice el Santo Doctor—, aún es más agudo que cualquier cosa que podamos resistir en la Tierra".

»San Cirilo de Alejandría no duda en decir que "sería preferible sufrir todos los posibles tormentos en la Tierra hasta el día final que pasar un solo día en el purgatorio".

»Otro gran santo dice: "Nuestro fuego, en comparación con el fuego del purgatorio, es una brisa fresca". Otros santos escritores hablan en idénticos términos de ese horrible fuego».

Amigo lector, mira a ver cómo te portas, porque como no seas muy bueno ya sabes lo que te espera. Es cierto que estos santos y sabios doctores han escrito muchas cosas santas y sabias, pero me parece que en lo del purgatorio no han estado nada acertados y sospecho mucho de su sabiduría en este particular.

También hay que sospechar, y mucho, sobre la palabra «eterno», que los teólogos usan con tanta facilidad. El concepto de un Dios-Padre tan rencoroso, vengativo y cruel, aparte de ser un contrasentido absurdo, es prácticamente una insolente blasfemia.

Había dicho Jesús: «Si vosotros, siendo malos, les dais a vuestros hijos cosas buenas, ¿cómo vuestro padre celestial no va a conceder lo que se le pida?». Y yo pregunto: ¿qué condenado, después de estar en el infierno un largo tiempo, no le pedirá a Dios salir? Es decir, que la palabra «eterno» tan alegremente aplicada al infierno contradice lo que en muchas otras partes leemos de la bondad de Dios y lo que nos dice el más elemental sentido de la justicia.

Reitero que el miedo a este infierno eterno, predicado con tintes aterradores por predicadores fanáticos (y puede que un poco psicópatas), si bien es cierto que ha apartado a mucha gente de cometer malas acciones, también ha sido la causa de infinitos sufrimientos y angustias en el alma de millones de cristianos. Y aunque esto pueda acarrearme condenas y enemistades de amigos «ortodoxos», quiero dejar aquí bien claro que no creo en la existencia de tal infierno y de tal purgatorio llameante, sin que por supuesto esto signifique que ya podemos hacer lo que nos dé la gana porque ancha es Castilla, y que no habrá castigo alguno para nuestras malas obras. La milenaria creencia del karma, si no es tan exacta

como muchos «orientalistas» y «*new agers*» la exponen, tiene mucho de realidad en cuanto a que cada uno es totalmente responsable de sus actos y de alguna manera tendrá que dar cuenta de ellos.

El lector me perdonará si pongo aquí unos versitos que solía decir mi santa madre:

El que nace pobre y feo,
sin nadie que lo ha querío
y encima se va al infierno,
¡valiente juerga ha corrío!

Como resumen de mi pensamiento sobre el infierno eterno con fuego, repetiré que creo que tal cosa es una vil calumnia que los teólogos le han levantado a Dios.

En cuanto al limbo de los justos y al juicio final que a todos nos enseñaron en el catecismo, a la Iglesia se le hará más fácil prescindir de ellos, porque su presencia en la Biblia, si es que hay alguna, es mucho más débil. Lo del supermultitudinario juicio final tiene toda la pinta de proceder de algún profeta de ciencia ficción. ¡Y hasta nos decían dónde! En el valle de Josafat. ¡Menudo guión para Hollywood!

Otro de los dogmas que la Iglesia tendría que cambiar, pero que no puede porque lo ha definido «infaliblemente», es el de la resurrección de los muertos «con los mismos cuerpos y almas que tuvieron». El problema es que cada pocos años todas las células del cuerpo son repuestas por otras nuevas, de modo que el cuerpo de una persona de 60 años no tiene nada que ver con el que tenía en su infancia o juventud. Y he de confesar que yo siempre he tenido curiosidad por saber con qué cuerpo me iban a resucitar a mí, si con el que tenía a los 20 años, lleno de salud y hasta con pelo, o con este de ahora, ya en vías de desguace. Todo un acertijo.

Pero bromas aparte, esto de «la resurrección de la carne», como se dice en el credo, tiene muchos puntos débiles y aunque la ortodoxia se opone claramente a la creencia en la reencarnación, hay que confesar que la idea defendida por el espiritismo de Allan Kardec tiene muchas más probabilidades de ser cierta. Es la única manera lógica de explicar la existencia de los millones de seres humanos que no han llegado a tener una vida humana completa o desarrollada, debido a graves defectos físicos o mentales de nacimiento y a los millones de abortos que los laicistas defienden y que las bárbaras leyes de los países «civilizados» han convertido en un acto legal, permitiendo el asesinato de un ser humano dentro del vientre de su madre. Si es cierto lo de que resucitaremos «con el mismo cuerpo que tuvimos», ¿con qué cuerpo van a resucitar los cientos de millones de fetos abortados?

Hoy en día, para el que no tiene prejuicios y usa su inteligencia sin miedo a ser infiel a las creencias que ha heredado, hay miles de pruebas de que los muertos siguen muy vivos y de que se han comunicado en infinitas ocasiones no solo con sus parientes sino con muchas otras personas, muchas de las cuales han dado fe de ello. Por supuesto que no estoy hablando del espiritismo fingido que vemos en las televisiones y en las consultas de muchos vividores.

XIII

LA BIBLIA: ¿PALABRA DE DIOS?

La Biblia está tan identificada y tan metida en el corazón del cristianismo que los mahometanos, tanto a los judíos como a los cristianos, durante muchos siglos les han llamado —y aún lo siguen haciendo— «la gente del Libro». Se trata de un libro compuesto por muchos autores a lo largo de muchos años y que se divide en dos partes muy diferentes: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Para los católicos, la Biblia se compone de 73 libros, mientras que para los protestantes son solo 66, porque a Lutero y a otros les pareció que había algunos que no eran inspirados, lo mismo que le pareció que sobraban algunos sacramentos y prescindió de ellos. Lutero es mucho Lutero.

Para los judíos, el Nuevo Testamento no tiene valor, porque es una gran herejía. Para ellos, el único libro válido es el Antiguo Testamento, y también otros que lo comentan. Para los cristianos, en cambio, el Nuevo Testamento, compuesto de los cuatro Evangelios, las cartas y escritos de san Pablo y de algún otro apóstol, el libro llamado Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis —que los protestantes llaman de la Revelación—, tiene mucha más importancia, aunque no dejan de tener en cuenta lo que dicen los libros del Antiguo Testamento.

A mi manera ver, el Antiguo Testamento ha lastrado gravemente el pensamiento del cristianismo, porque le ha traspasado una falsa idea de Dios. El dios de los hebreos, es decir, el que se aparecía a Abraham y a Moisés escondido en una nube, no es el Dios al que invocaba Jesucristo y al que él llamaba Padre. El dios de los hebreos tenía más las características de un mal padrastro que de un padre. Aunque ya he hablado de esto anteriormente, insistiré en ello más adelante porque es de gran importancia.

En cuanto a la pregunta del título de este capítulo, en el mundo protestante tiene mucha más importancia que en el mundo católico, pues entre estos el fervor bíblico ha sido tradicionalmente bastante escaso; la mayoría de los católicos apenas se ha acercado a la Biblia, y lo más probable es que no la hayan leído nunca. Como mucho, conocen alguna cita de los Evangelios, pero el Antiguo Testamento es terreno virgen para la inmensa mayoría de ellos. Parece que entre nosotros este desamor al libro sagrado proviene de cuando su lectura estaba prácticamente vedada para los «simples fieles», entre otras cosas porque solo había escasas copias y además estaban en latín.

En 1523, William Tyndale, un sacerdote inglés devoto de la lectura de la Biblia, quiso que el pueblo conociese mejor la palabra de Dios, y como no había traducciones al inglés, se le ocurrió a él, que era un buen conocedor del latín y el griego, traducirla. Para ello hacía falta un permiso especial de la jerarquía. Él lo pidió, pero la jerarquía no le contestó y además lo amenazaron con que si lo hacía lo meterían preso. Entonces se fue de Inglaterra a Alemania y posteriormente a Países Bajos y a Bélgica, donde por fin logró su propósito. Consiguió meter en Inglaterra bastantes ejemplares de sus biblias traducidas, pero eso fue su perdición, porque las autoridades eclesiásticas de la isla avisaron a las del continente y Tyndale fue hecho preso en Lovaina, en 1536, acusado de herejía por haber traducido la Biblia con «errores doctrinales». Fue condenado a morir en la hoguera. Aunque piadosamente, para que no sufriese

con el fuego, primero lo mataron por estrangulación. Una re157 petición de la salvajada cometida con Juan Hus en el Concilio de Constanza. Mejor si lo dejamos sin comentario.

En contraste con este desdén de los católicos por la Biblia, al menos en España, en la mayoría de los hogares protestantes no falta un ejemplar del libro sagrado, que es leído con cierta frecuencia. Sus pastores citan por fas o por nefas lo que dijeron Esdras, Miqueas, Habacuc, Sofonías o cualquiera de los muchos autores sagrados, y lo aplican a circunstancias particularísimas de la vida diaria. Y se quedan tan panchos. Este amor proviene desde que Lutero animó a sus seguidores a que interpretasen libremente lo que Dios les había inspirado a sus profetas. Y de aquellos polvos vienen estos lodos. Las psiques de los creyentes desequilibrados se desbocaron dando como resultado más de setecientas sectas.

Pero ¿es realmente la Biblia la palabra de Dios? Es indudable que en la Biblia se encuentran muchas ideas, consejos y mandamientos que pueden provenir de Dios, porque nos incitan a hacer el bien, a obedecer a nuestra conciencia y a practicar una especie de ley natural. Pero de eso a afirmar de una manera general y sin explicación alguna que la Biblia es nada menos que la palabra de Dios, hay una gran distancia. Y no podemos admitirlo porque los sesenta y pico autores de la Biblia no solo han escrito cosas edificantes e incitadoras al bien, sino también muchos malos ejemplos, traiciones, crímenes y hasta blasfemias. Y no digamos nada de errores contra la ciencia.

Uno de los argumentos principales que suelen aducirse para demostrar que la Biblia es la palabra de Dios es sacado de la Biblia misma. Es decir, que la Biblia es palabra de Dios porque lo dice la Biblia. Naturalmente, esta prueba no vale y no merece la pena discutirla.

Otro prueba son las profecías que en ella hay. Pero cuando uno se pone a investigar estas profecías, se encuentra con una serie de vaguedades e imprecisiones que a todas luces provienen del deseo y de la buena voluntad del devoto metido a hermeneuta. Y sobre todo se nota cómo los exegetas y teólogos distorsionan y fuerzan los textos para hacerlos coincidir con sus prejuicios. Pero además nos encontramos con algo más grave, y es que muchas de las profecías claras y tajantes —incluso de Jesucristo y de san Pablo— no se han cumplido; y la explicación de ese incumplimiento es la misma que dimos para las palabras sobre el infierno o sobre la eternidad de las penas: la falta de fidelidad, tanto de los autores cuando recordaban las palabras originales como de los copistas a lo largo de los siglos, más las injerencias de los fanáticos que adornaron los textos con sus inspiradas fantasías.

A veces, algún científico creyente anuncia a bombo y platillos que ha encontrado en su campo de estudio algo que confirma sus creencias y lo propone con toda sinceridad; pero suele caer en las mismas generalidades. Un ejemplo de esto es lo que J. Pablo Hutchins nos dice sobre el telescopio Hubble, que orbita alrededor de la Tierra a unos 600 kilómetros de altura. Según él, los descubrimientos del Hubble son una prueba de la veracidad de la Biblia porque confirman nada menos que lo que dijo el profeta Isaías acerca de la grandiosidad del autor de la Creación. Hutchins se fija especialmente en la galaxia llamada El Sombrero, que tiene en su centro una fuente de energía asombrosa que supera en miles de millones la energía de nuestro sol. Yo estoy seguro de que Isaías se quedaría pasmado ante esta interpretación de sus palabras.

Y algo por el estilo podemos decir sobre lo que algunos bioquímicos católicos fervorosos han comenzado a decir cuando científicos de la universidad de Cornell, en Estados Unidos, han descubierto que los hidrogeles o ciertos tipos de arcilla facilitaron la formación de moléculas orgánicas que hicieron posible la formación de vida en el planeta. Su fidelidad bíblica se inflamó ante la palabra «arcilla» y vieron en este descubrimiento una confirmación de los versículos del Génesis en los que Yahvé formó el cuerpo de Adán de barro y de arcilla. Es una floja prueba de la autoría divina, pero por lo menos hay que

alegrarse de que haya algún científico piadoso que crea que la Biblia es la palabra de Dios (porque lo normal es que presuman de ateos), aunque se quede lejos de convencernos.

Paralelo a estas «pruebas» halladas por devotos cristianos llenos de buena voluntad pero faltos de rigor científico está el curiosísimo estudio que un grupo de científicos norteamericanos especializados en informática y computación hizo acerca de la posible existencia de los ángeles custodios, de los que hablamos en páginas anteriores. Pido perdón al lector por no decirle el nombre de los científicos ni de la universidad, sencillamente porque los he olvidado. Además, lo importante no es el nombre de ellos ni de su universidad, sino lo interesante de su método. Obtuvieron primero la ocupación media de miles de vuelos regulares de diversas compañías aéreas de todo el mundo durante muchos años. A continuación averiguaron cuántos de aquellos vuelos habían terminado catastróficamente. Sus ordenadores les arrojaron el increíble dato de que prácticamente en todas las compañías aéreas la ocupación de los vuelos terminados en catástrofe había sido siempre menor que la ocupación media de los vuelos regulares. El próximo paso fue calcular qué probabilidad había de que aquel hecho tan curioso se debiese a la casualidad. Hallaron que la probabilidad era remotísima. ¿Por qué en los vuelos terminados en catástrofe había habido siempre menos pasajeros que en los vuelos que terminaron felizmente? Si no era obra de la casualidad —y los ordenadores dijeron que no—, algo o alguien estaba detrás de un hecho tan inexplicable. Para explicarlo, unos se inclinaron por ciertas posibilidades desconocidas de nuestro cerebro capaces de conocer el futuro, mientras que los creyentes del grupo, tranquilamente echaron mano de la vieja creencia cristiana del ángel de la guarda. Los científicos me dirán que esto tampoco es una prueba, pero como dicen los italianos, «*se non é vero é ben trovato*». Tal como indiqué antes, yo, por mi experiencia personal, me inclino por la deducción de los creyentes y de nuevo desde estas líneas saludo a mi buen ángel.

Muchos de los autores que han escrito sobre la Biblia dicen que es «la palabra de Dios» no porque este les haya dictado directamente a los autores, sino porque «los inspiraba». Y a tal grado llegó esta idea que algunos se atrevieron a decir que también la traducción al latín hecha por san Jerónimo en el siglo v, llamada «Vulgata», estaba «inspirada». (Lo malo es que, siglos más tarde, otros traductores más conocedores que san Jerónimo del griego y el hebreo en que estaban escritos los originales descubrieron que al bueno de san Jerónimo se le habían escapado bastantes gazapos en la traducción).

Y algo por el estilo es lo que hay que decir de la famosa «inerrancia» bíblica, es decir, la imposibilidad de que la Biblia contenga ningún error. Pase que en la Edad Media, cuando las ciencias estaban aún en mantillas, tuviesen todavía alguna duda sobre esto, pero en la actualidad ya no podemos tener duda de que en la Biblia, si la examinamos con ojos científicos imparciales, podemos encontrar docenas de errores; pequeños errores si se quiere, pero que no están acuerdo con lo que hoy sabemos por las distintas ciencias. Tanto Copérnico como Galileo toparon con la Iglesia cuando expusieron sus nuevas ideas sobre el movimiento de los astros, que chocaban con las «infalibles» verdades que se encontraban en la Biblia. Tuvieron suerte de no ser chamuscados. Por lo tanto, podemos decir que la Biblia es la palabra de Dios en cuanto que en ella encontramos enseñanzas y buenos consejos que nos ayudan a ser mejores personas y a pensar en Dios, pero decir rotundamente que, a pesar de tantos defectos humanos como en ella vemos, es nada menos que la palabra de Dios, es ser demasiado optimistas. Mal ha cuidado Dios de su palabra cuando no conservamos ni un solo original de ninguno de los más de sesenta libros que la componen, y cuando las copias que tenemos son de traducciones tan extrañas y están tan manipuladas.

XIV

EL CELIBATO SACERDOTAL

Es indudable que el cristianismo está pasando por una seria crisis comparable a otras que ha tenido a lo largo de sus dos mil años de historia, y también es indudable que en el mundo Occidental los grandes medios de comunicación tienen una guerra silenciosa y tenaz contra todo lo que huela a cristianismo.

Aunque ya hemos hablado sobre esto, pondremos un ejemplo clamoroso que está sucediendo estos mismos días. En unos cuantos países con gobiernos islamistas están asesinando impunemente a cristianos por la única razón de serlo. Fernando de Haro, en su reciente libro *Cristianos y leones*, protesta por el silencio de la prensa mundial ante los 100 millones de cristianos perseguidos en el mundo y ante los 100.000 asesinados en el año 2012. (Y podría haber protestado también por el silencio de los medios españoles ante las tremendas denuncias de su libro). En cambio, si a un sacerdote y, mejor aún, si a un obispo, se le descubre alguna conducta impropia, eso tendrá gran repercusión, ocupará titulares en la gran prensa y dará contenido a las tertulias televisivas.

Cuando el papa Francisco dijo que él nunca había sido de derecha, el diario *El País*, altavoz de la masonería y siempre atento a cualquier noticia que pueda perjudicar a la Iglesia, enseguida lo convirtió en titular, sacándolo de contexto, al igual que otras frases del Papa. Últimamente las confusas noticias del Vaticano han tenido entretenidas y entusiasmadas a las masónicas agencias de noticias de todo el mundo.

Desgraciadamente, estas agencias han tenido mucha carne en la que hincar el diente, porque las noticias de sacerdotes que no han sido fieles a su vocación, sobre todo en lo referente a su voto de castidad, han sido abundantes y en un cierto sentido especialmente vergonzosas. Me refiero a los muchos casos de paidofilia[6] que últimamente han llenado páginas de periódicos y revistas.

A mi manera de ver, esta escandalosa manera de actuar en personas que por sus votos deberían ser un ejemplo de virtud tiene dos causas: los seminarios menores y el celibato exigido a todos los sacerdotes.

Sobre los seminarios menores, los pocos que aún quedan están cerrándose, porque ya no van quedando familias que los usen como un refugio a donde mandar a sus hijos pequeños que no pueden mantener debido a su pobreza; aparte de que, a causa de la debilidad de la fe de muchos católicos, no quieren someter a sus hijos pequeños a un ambiente tan claramente religioso. Es cierto que a los alumnos de los seminarios menores no se los admitía con la obligación de que tenían que hacerse sacerdotes, pero a lo largo de toda la educación había una sutil presión para que, terminados los estudios en el Seminario Menor, pasasen al Seminario Mayor, donde ya se preparaban claramente para el sacerdocio.

Pero este sutil engranaje eclesiástico hacía que, por inercia, los seminaristas menores se convirtiesen en seminaristas mayores y el resultado final era con frecuencia un tipo de sacerdote con poca fe, poco piadoso y muy atento al «carrerismo», como dice el papa Francisco, es decir, a hacer carrera dentro de la jerarquía eclesiástica, teniendo siempre subconscientemente el recuerdo de las estrecheces de su infancia

en el hogar de sus padres. Me imagino que habrá quien proteste por lo que aquí digo, pero he conocido no pocos curas de esta clase. No dejaban el sacerdocio, porque sabían que, privados de sus órdenes y reducidos al estado laical, no lo iban a pasar muy bien, y se resignaban a llevar una doble vida que ni los satisfacía a ellos ni a sus feligreses, que notaban la falta de fe de su pastor, si es que no veían en él otras cosas menos edificantes.

Este tipo de sacerdote cree en Jesucristo, pero no tiene un trato cercano con Él; no ama a Cristo como se supone que tiene que amarlo alguien que es su representante oficial ante el pueblo. Este tipo de sacerdote no hace oración ante el sagrario ni en su habitación; tampoco tiene a Cristo como un amigo personal para pedirle ayuda en las muchas dificultades que seguramente tendrá en su tarea evangelizadora y en las muchas tentaciones de todo tipo que se le van a presentar, la menor de las cuales no será la de romper su voto de castidad. Y el sacerdote que no hace oración, no puede guardar el voto de castidad, porque el instinto sexual es más fuerte que la voluntad humana. A pesar de que no es santo de mi devoción, considero sabia la frase de san Pablo en su Primera Carta a los Corintios: «Y si no tienen dominio de sí, cásense, porque más vale casarse que abrasarse».

Muchos de esos curas escandalosos que hemos visto en la prensa, con poca fe y escasa relación con su jefe Cristo, vivían los pobres «abrasados» y caían en la tentación. La tentación más común era la de mujeres que al parecer estaban «atrasadas» y por lo tanto estaban también «abrasadas». No creo que haya muchos rectores de seminarios que prevengan a los futuros sacerdotes sobre cierto tipo de mujeres para las cuales, por algún mecanismo o desequilibrio psíquico, el sacerdote tiene una atracción muy especial. Una mujer de estas, con un cura de los otros, es juntar el hambre con las ganas de comer.

Más difíciles de explicar son los casos de pederastia y paidofilia. Homosexuales y pederastas han existido siempre porque la madre natura no es perfecta y junto a las mil maravillas de todo tipo que nos rodean uno de vez en cuando ve errores, no sabemos por qué; errores de tipo material y errores de tipo psíquico.

En cuanto a la pederastia, la ONU, totalmente en manos de la masonería, ha lanzado últimamente una campaña mundial contra la Iglesia, acusándola poco menos que de ser una institución corrupta en la que la pederastia es practicada y encubierta por el clero y la jerarquía. Pero la descarada enemistad de la ONU contra el catolicismo, que cada vez se manifiesta de una manera más clara, en su informe acusatorio contra la Iglesia católica se cuida mucho de decir que en el mismo período de tiempo en que en Estados Unidos fueron acusados cien sacerdotes católicos, quinientos pastores de iglesias evangélicas fueron acusados del mismo delito; y que en ese mismo período de tiempo fueron acusados de lo mismo cinco mil profesores de gimnasia y entrenadores deportivos. Naturalmente, esto no es una excusa válida para la gran maldad de tales actos, realizados por las personas de las que menos podría esperarse. Aparte de que es muy llamativa la tendencia de achacarle a toda la Iglesia católica lo que es propio de personas particulares, que si las comparamos con la totalidad de los miembros de la institución son una ínfima minoría.

Tratando de encontrar una causa para este grave delito del que han sido acusados tantos sacerdotes, aparte de lo expresado en párrafos anteriores, pienso que hasta hace poco había un escaso control de los jóvenes que entraban en los seminarios; sus puertas estaban abiertas a todo el que quisiese entrar, sin apenas hacerles un estudio psicológico para la difícil tarea que les esperaba. Es decir, que los seminarios eran un centro de atracción para todos aquellos jóvenes de personalidad débil, poco atraídos por el otro sexo y que se sentían más a gusto viviendo en comunidad con otros jóvenes que además no los maltrataban. De este caldo de cultivo es de donde, años más tarde, salieron la mayoría de los pederastas que mancharon el buen nombre de tantos cientos y miles de sacerdotes ejemplares.

Por supuesto, estoy muy lejos de generalizar lo que acabo de decir de los seminarios. Al lado de la exigua minoría de los jóvenes con personalidades débiles o algo desviadas que acabo de describir, había muchos completamente normales que habían entrado en el seminario muy conscientes de lo que hacían.

Al principio de este capítulo dijimos que la segunda de las causas de las defecciones de los sacerdotes en materia de castidad era el celibato obligatorio. Este ha sido un caballo de batalla durante siglos por parte de las autoridades eclesiásticas. Siglo tras siglo y concilio tras concilio, vemos este tema repetido y desobedecido. Y es que aunque Cristo dijo «mi yugo es suave y mi carga ligera», hay que reconocer que el yugo del celibato no es ni nada suave ni nada ligero. Y si no lo fue en otros tiempos, cuando los monjes estaban en los monasterios apartados de las tentaciones del mundo, mucho menos lo es ahora, cuando el sacerdote frecuentemente vive solo sin la compañía de sus hermanos en el convento, y cuando todas las tentaciones se le meten en casa a través de los distintos medios de comunicación.

Los pros en favor del celibato son muchos, y los jerarcas vaticanos los han expuesto y defendido siempre muy claramente. Pero también hay contras que a medida que ha ido pasando el tiempo se han ido agrandando. Es indudable que un sacerdote libre de todas las ataduras y obligaciones familiares tiene mucho más tiempo que otro que tuviese que ocuparse de las necesidades de una familia. No solo tendrá más tiempo, sino que no habrá en su parroquia nada que emocional o afectivamente le atraiga más que el desinteresado servicio por igual a todos sus parroquianos. Sin embargo, un sacerdote con familia invertirá lógicamente buena parte de su tiempo en su mujer y en sus hijos. Y algo muy importante: tendrá mucho más tiempo para orar y para cargar las pilas del espíritu, cosa que difícilmente podría hacer si tuviese una familia que estará constantemente solicitando una atención que no le podrá negar.

Los contras al celibato están patentes en la cantidad de veces que la jerarquía ha tenido que recordárselo a los eclesiásticos y sobre todo en los muchos fallos que a lo largo de los siglos se han venido sucediendo, a veces de una manera tan palmaria que en algunos lugares casi llegó a ser normal. Podrían ponerse infinidad de ejemplos en todas las naciones y en todas las épocas. En tiempo de los Reyes Católicos, a pesar de ser la reina tan piadosa y tan cercana a los jerarcas de la Iglesia, uno de ellos, el cardenal Mendoza, gran amigo de los reyes hasta el punto de ser llamado «el tercer rey», tenía una amante. En Santiago de Compostela, el famoso arzobispo Fonseca tenía también una amante y fue sucedido en la sede arzobispal por su hijo Fonseca, que a su vez tuvo la suya.

He puesto solo tres ejemplos, pero la lista, incluyendo algún Papa, podría hacerse infinita. El pueblo sabía esto de sobra y hasta cierto punto era comprensivo con la debilidad humana de sus pastores, como lo atestigua el castizo refrán: «Al abad que no tiene hijos, es que le faltan armadijos».

Esto nos tiene que hacer sospechar que la imposición de la castidad a los sacerdotes de una manera tan general y sin excepciones es muy ejemplar y hasta devota, pero puede ser que sea desproporcionada y fruto del exagerado rigorismo de algún fanático psicópata primo hermano de aquel Tertuliano al que páginas atrás le oíamos decir: «Lo creo precisamente porque es absurdo».

Ni en la Iglesia cristiana ortodoxa ni entre los protestantes existe esta circunstancia del celibato de sus popes o pastores, porque ambos pueden tener familia. Desconozco cuál pueda ser en aquellas comunidades el juicio y el resultado general de esta medida después de muchos años de estar en práctica. Presumo que, lógicamente, las defecciones no habrán sido tan abundantes ni clamorosas como entre el clero católico. Pero lejos de tomar como modelo lo que en estas confesiones cristianas se haya hecho, la alta jerarquía católica, y en concreto el Vaticano, debería considerar si no ha llegado ya el momento de suprimir el celibato sacerdotal obligatorio e indiscriminado, porque hoy en día es claramente un serio problema por el escaso número de personas que están dispuestas a aceptar la ordenación sacerdotal con esa difícil condición.

La falta de sacerdotes es un muy serio problema para la conservación de la fe de los fieles. Es cierto que la tarea de la evangelización pueden y deben realizarla los propios fi eles, pero no así la tarea de la celebración de la eucaristía y de la administración del sacramento de la confesión, porque estos sacramentos están reservados en exclusividad a los sacerdotes. Y de seguir las cosas como van, dentro de poco los templos no tendrán sacerdotes para celebrar misa. Por lo tanto, reiteramos que es necesaria una remodelación urgente en cuanto al celibato de los sacerdotes, y si se hiciese una encuesta entre los fieles, es muy probable que la mayoría estuviesen de acuerdo en que tal práctica debería abolirse. Por supuesto, a los que quisieran recibir la ordenación sacerdotal prescindiendo del matrimonio habría que respetarles su deseo. Y sería bastante lógico que, puesto que tienen más libertad y tiempo para dedicarse al ministerio, tuviesen una mayor presencia en los cargos jerárquicos. Sería una manera que el pueblo de Dios tendría para recompensarles por el sacrificio de prescindir de una familia.

Por supuesto que una medida como la abolición del celibato traería muchas protestas por parte de las mentes conservadoras que tienen una idea equivocada de lo que debe ser el auténtico cristianismo. Estos defensores tradicionalistas de las formas externas de la Iglesia son sus grandes enemigos inconscientes. Es cierto que la Iglesia católica, como cualquier religión, tiene formas visibles, pero sus entrañas no están en esas formas externas (templos, ritos, vestiduras o costumbres), sino en lo que piensa del Más Allá y en lo que nos dice que debemos hacer para prepararnos mejor para la otra vida.

Es muy posible que tal medida cause no solo alboroto y rasgadura de vestiduras entre los tradicionalistas sino incluso alguna especie de escisión al estilo de la de monseñor Lefebvre en Francia a raíz del Concilio Vaticano II, y que todavía hoy perdura. Pero aunque esto sucediese, no sería nada comparado con otras escisiones más hondas relacionadas con el dogma, y que en la actualidad ya están amenazando al catolicismo y en cierta manera a todo el cristianismo. La humanidad, si es cierto que por un lado está acercándose a grandes pasos a su suicidio, por otro también es cierto que está despertando del sueño en que ha estado durante milenios en cuanto a su creencia en dioses falsos que la han estado engañado. El cambio en su idea de Dios es lo que está en el fondo de todas estas vertiginosas transformaciones que estamos viendo y en las que nos esperan.

A los defensores a ultranza del celibato sacerdotal se les puede tapar la boca diciendo que los apóstoles muy probablemente eran todos casados, y sin embargo Cristo los escogió como sus primeros ayudantes, y, que sepamos, no les exigió que abandonasen a sus mujeres. Además, sabemos muy bien que en los primerísimos tiempos de la Iglesia fueron ordenados sacerdotes muchos hombres que estaban casados, y no solo había sacerdotes casados sino también obispos, tal como nos dice san Pablo (1 Ti 3, 2): «Es preciso que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, cortés, hospitalario y capaz de enseñar». Se ordenaba sacerdotes y hasta obispos a conversos de religiones paganas que eran polígamos y, según vemos, san Pablo exigía entonces que se quedasen con una sola mujer. De eso al estricto celibato actual hay una gran distancia.

En el Evangelio de San Marcos, y abundando en esto de la no necesidad del celibato de los sacerdotes, nos encontramos con un detalle curioso que nos demuestra la naturalidad con que Jesús veía estos problemas familiares. La madre de la mujer de san Pedro estaba enferma y, según el evangelista, «al salir de la sinagoga, se dirigieron a la casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan. La suegra de Pedro estaba en cama con fiebre. Al punto le hablaron de ella y acercándose Él la tomó de la mano y la incorporó. La dejó la fiebre y ella se puso a servirles».

Una teóloga protestante, intoxicada con la ideología de género, vio en esta cita una prueba del machismo del cristianismo desde su fundación, porque, según ella, «la suegra de Pedro, una señora de edad y recién salida de una enfermedad, lo lógico es que se hubiera sentado con ellos a la mesa. Pero no;

tuvo que ponerse a servirles como si ese fuera el único papel que las mujeres tenemos que hacer en la Iglesia». Se enfadó la teóloga.

Según ha trascendido, el papa Francisco ya ha dicho que en lo referente a la posición de la Iglesia en el celibato no piensa cambiar nada. Y lo lamentamos, pero es muy posible que cuando la realidad actual de la escasez de clero en la mayoría de las diócesis del mundo llegue a hacerse insostenible —lo cual sucederá muy pronto—, cambie de parecer, y ojalá que no sea demasiado tarde. Pero una señal de que su mente no está demasiado cerrada al cambio la tenemos en que ha continuado —e incluso potenciado— la práctica que los últimos papas habían iniciado de admitir como sacerdotes católicos a pastores protestantes casados cuya ordenación cumplía con todos los requisitos que la Iglesia católica exige a sus sacerdotes.

Creemos que no sería nada extraordinario ni escandaloso y que, además, sería visto muy bien por los fieles, si en muchas diócesis, a hombres casados que ya han criado a sus hijos, que están ya retirados y no sometidos a ningún trabajo obligatorio y que con sus vidas ejemplares han demostrado durante años ser unos cristianos cabales, sus respectivos jerarcas les permitiesen acceder a la ordenación sacerdotal sin tener que renunciar a la convivencia con su esposa. He conocido a bastantes hombres que reunían estas características y muchas veces me he dicho a mí mismo que de estar ordenados serían unos excelentes sacerdotes, porque internamente yo reconocía que eran mejores cristianos que yo con mi ordenación.

En el capítulo 19 de San Mateo hay unas palabras rotundas de Cristo relacionadas con el tema del celibato: «Hay eunucos que lo son porque nacieron así del vientre de sus madres, hay eunucos que lo son porque los hicieron a la fuerza los hombres y hay eunucos que se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos. El que tenga oídos para oír, que oiga». La interpretación de «los que se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos» está clara, pero la interpretación de «porque los hicieron a la fuerza los hombres» habría que aplicársela a los que desde muy jovencitos fueron guiados hacia el sacerdocio sin saber bien lo que llevaba consigo el yugo del celibato. Para este tipo de sacerdotes, hay algo de forzamiento en la ordenación a que fueron llevados.

Y como es lógico que alguien me esté acusando de machista al excluir tan descaradamente a las mujeres de todo este problema del celibato, le pido un poco de paciencia, porque de eso trataremos específicamente más adelante.

---

[6] Prefiero usar el término «paidofilia» ateniéndome a la etimología griega: país = niño, porque el que se suele utilizar es doblemente apestoso.

XV

EL SEXO EN EL CRISTIANISMO

Es indudable que aunque el sexo no tenga en sí una connotación directamente religiosa, pues es un acto completamente natural, no se puede negar que, de una manera indirecta, todas las religiones tienen una gran injerencia en la actividad sexual, y de manera sencilla podríamos explicarlo así: los espíritus malignos nos incitan a abusar del sexo porque ello fácilmente nos animaliza y entorpece nuestra evolución espiritual, aparte de que —aunque la megaciencia y «la intelectualidad» lo ignoren por completo y se rían de ello— esos espíritus se alimentan en cierto modo de la sutil energía que se produce cuando se practica un sexo animalesco. Ciertas energías psíquicas humanas son «manjar de dioses». Y al hablar de espíritus malignos me refiero a todas aquellas entidades —invisibles pero reales— que están a las órdenes del «Príncipe de este mundo», del que hablaremos en un próximo capítulo, y que tiene mucha más importancia y poder de lo que las modernas sociedades creen. Por el contrario, los espíritus buenos, que en el cristianismo se llaman «ángeles» y que existen en todas las religiones, procuran refrenarnos en el uso del sexo por las mismas razones, pero vistas desde el punto de vista contrario.

Una prueba de estos dos puntos de vista religiosos opuestos la tenemos, por un lado, en las palabras ya citadas de san Pablo a los efesios refiriéndose a los vicios de la carne: «De eso ni se hable entre vosotros», y por otro, en las estatuas y relieves que vemos tanto en los templos griegos y romanos como en los hindúes, realizados por artistas que no tenían pudor en dejar grabadas y esculpidas en piedra las escenas más escabrosas y hasta denigrantes de la actividad sexual, como algunas de zoofilia.

Comenzaré estas reflexiones sobre el sexo en el cristianismo con una comparación que puede ayudarnos a comprender las sutilezas de este nada fácil tema, que precisamente por su complejidad encuentra entre los humanos enjuiciamientos tan diametralmente opuestos. Todo lo relacionado con el sexo tiene para mí muchos puntos de comparación con el tema de las drogas duras y en particular con la heroína. Ni el sexo es malo en sí ni la heroína lo es, pero ambos son perjudiciales cuando se usan desordenadamente. La gran característica que los asemeja es que ambos tienen un enorme poder de atracción sobre el ser humano porque ambos proporcionan un gran placer. La diferencia entre ellos es que para la heroína no tenemos una inclinación instintiva y podemos vivir sin ella toda nuestra vida y hasta sin saber que existe, mientras que hacia el sexo tenemos una fuerte tendencia instintiva que nos acompaña toda la vida y de la que no es nada fácil sustraerse. Otra característica que los diferencia es que el uso abusivo o simplemente desordenado de la heroína conduce casi irremisiblemente a la destrucción de la mente y del organismo entero y muy frecuentemente a la muerte, mientras que el uso desordenado del sexo no suele tener mayores consecuencias fisiológicas, aunque con frecuencia sí suele ser causa de problemas sociales, anímicos y, sobre todo, familiares.

El cristianismo tiene sobre el sexo un enfoque que nos parece errado, al igual que en buena parte le sucede al budismo. Esta idea proviene de otro profundo error de ambas religiones que consiste en el enfoque equivocado que las dos le dan a la vida y, a fin de cuentas, de la idea que ambas tienen de la

ultravida y de Dios. Aunque los teólogos modernos están tratando de suavizar estas ideas, en el cristianismo el sexo siempre ha sido visto circundado por una sombra de pecado, que ni siquiera desaparece del todo en el matrimonio.

Y una prueba de esto es que incluso dentro del matrimonio, doctores tan importantes como san Francisco de Sales aconsejaban a las parejas que en vísperas de solemnidades importantes o cuando iban a recibir algún sacramento se abstuviesen de la práctica sexual. Da la impresión de que el sexo tiene algo de malo y solo es tolerado por ser la única manera de perpetuar la especie o como ayuda a la convivencia. Y muchos siglos antes, cuando a los sacerdotes se les permitía casarse, en uno de los primeros concilios de la Iglesia (el de Elvira, cerca de Granada, en el año 309), leemos en el Decreto 43: «Todo sacerdote que duerma con su esposa la noche antes de celebrar misa perderá su trabajo».

Indudablemente, el sexo es una asignatura pendiente en el cristianismo, y de una manera especial en el catolicismo. De hecho, en el capítulo anterior acabamos de contemplar un ejemplo de esto, al ver cómo la Iglesia, después de dos mil años, todavía tiene muchos problemas con el voto de castidad que exige a sus sacerdotes.

Todo lo que se refiere al sexo es tabú y esta posición se sintetiza en la famosa frase antes citada de san Pablo a los efesios, refiriéndose a los pecados del sexo: «*Hoc, necnominetur in vobis*» («de eso ni se hable entre vosotros»). Mil quinientos años después, Ignacio de Loyola, que tanta influencia ha tenido a través de su Orden en la teología moral de los tiempos modernos, imponía entre sus hijos la doctrina de que en cuestión del sexto mandamiento no hay pecado venial, es decir, todos son mortales. Cosa con la que yo, internamente, en mis años como jesuita, no estaba de acuerdo, porque me parecía exagerada, y recuerdo que por haber expresado muy discretamente esta discrepancia mía recibí una seria amonestación de mi superior.

Aparte de esta doctrina común entre los jesuitas de aquellos tiempos (porque parece que los de hoy son bastante diferentes), entre las reglas que obligatoriamente teníamos que cumplir estaba la curiosa «regla del tacto», es decir, estaba prohibido tocarnos entre nosotros, ni siquiera con una palmadita amistosa o reconfortante en la espalda para animar a algún desanimado. Hacerlo era muy mal visto y uno se exponía a ser denunciado ante los superiores por transgresor de las reglas. Porque las reglas eran cosa importante entre los hijos del santo de Loyola. Es cierto que había una excepción en el abrazo público y casi ritual que nos dábamos cuando abandonábamos definitivamente alguna casa por haber sido destinados a otro lugar.

En este tema, de nuevo nos encontramos con textos del Evangelio que pueden sembrar la duda en cuanto a la gravedad de los actos relacionados con el sexo. Sin duda, las palabras de Cristo que leemos en San Mateo (Mt 5, 28): «Y yo os digo que cualquiera que mira a una mujer codiciándola ya ha pecado con ella» suenan del todo exageradas y no tenemos más remedio que decir de ellas lo mismo que expresamos acerca del fuego eterno del infierno sobre las muchas manos que han intervenido en las copias que han llegado hasta nosotros y los muchos fanáticos que han manejado los textos. No es creíble que un Jesús que a una adúltera le dice «yo tampoco te condeno» nos diga que por un pensamiento somos ya reos del fuego del infierno. Y de un infierno eterno. Admitir esto es cometer una ofensa grave contra la bondad de Dios.

Las preguntas que tenemos que hacernos son dos. Primero, en el ámbito religioso, ¿es pecado la práctica del sexo fuera del matrimonio? Segundo, en el ámbito extrarreligioso, ¿es mala en sí la práctica del sexo?

En cuanto a la contestación a la primera pregunta, a juzgar por lo que nos dicen los moralistas y lo que leemos en el Evangelio, no hay duda de que es afirmativa, es decir, en el cristianismo, y más concretamente en el catolicismo, la práctica del sexo fuera del matrimonio es considerada un pecado grave. Pero hay que matizar mucho esta gravedad, porque indudablemente no es lo mismo la práctica del sexo fuera del matrimonio en una persona casada que en una soltera, como tampoco es lo mismo un pecado de pensamiento que uno de obra.

Aparte de las causas expresadas que tienen las religiones para ser estrictas en su visión del sexo, existe otra razón que brota naturalmente de la idea equivocada que en el cristianismo se tiene de la vida: una etapa para «hacer méritos» de cara a la próxima vida. Y esta idea de «hacer méritos» conlleva la idea de sacrificios y renuncias, una de las cuales es la renuncia al sexo. Pero la realidad es que en esta vida no estamos específicamente para «hacer méritos» para otra (sacrificándonos y privándonos de las cosas buenas que hay en esta), sino para vivir racionalmente de modo que cuando salgamos de ella seamos seres más evolucionados en todos los sentidos que cuando llegamos. Es cierto que tanto el espiritismo como otras religiones creen que en esta vida estamos para pagar deudas o para enmendar errores de otras vidas pasadas, pero el cristianismo no admite lo de vidas anteriores.

El hecho de que yo no esté de acuerdo con la idea que en el cristianismo se tiene del sexo de ninguna manera quiere decir que admita que su práctica debe ser totalmente libre y desregulada. Todo tiene límites. Moverse o caminar por una ciudad o por el campo es libre y no es pecado, pero tiene muchos límites y puede llegar a ser ilegal, como sería el caso de entrar en un terreno prohibido o en una casa ajena contra la voluntad del dueño. El problema radica en cuáles tienen que ser esos límites. Sin salirme todavía del ámbito religioso de la pregunta, creo que los límites que hay en el catolicismo son demasiado estrictos y poco realistas con relación a la psicología del ser humano. Son fruto de mentes acomplejadas y atemorizadas por creencias igualmente poco realistas, como son la idea de un Dios metiche, como diría un mejicano, y peor todavía, iracundo y vengativo.

En nuestros días tenemos el muy triste y vergonzoso ejemplo de la cantidad de sacerdotes que han sido acusados de paidofilia; una consecuencia de un prematuro voto de castidad admitido inconscientemente, que hace gran daño a los ofendidos y también a los propios ofensores, que tienen que cargar durante toda su vida con esa lacra en su conciencia y que además menoscaba tremendamente el buen nombre de la Iglesia, eclipsando las buenas acciones que hacen miles de excelentes sacerdotes.

Otro ejemplo de esta mentalidad es la hiperestesia que en el catolicismo se ha desarrollado en torno a la virginidad, al convertirla prácticamente en una virtud superior a las otras. Santo Tomás, en su *Summa Theologiae*, dice que «los vírgenes obtienen el cien por cien del salario celestial, los viudos el sesenta por ciento y los casados solo el treinta». Y un tal Joviniano fue condenado por equiparar el matrimonio a la virginidad. En el cristianismo primitivo, esta mentalidad se manifiesta en la importancia que muy pronto se le dio a la virginidad de la madre de Jesús (circunstancia que muy curiosamente también se da en las madres de los fundadores de otras religiones), y en el catolicismo esta mentalidad pervive en el celibato que se les exige a curas y monjas.

En cuanto a la segunda pregunta, sobre si la práctica del sexo es mala per se, simplemente hay que decir que no, sin que esto signifique que decretamos barra libre para el sexo. Por el contrario, tenemos claro que al sexo habrá que imponerle muchos límites, porque a poco que las autoridades se hagan permisivas, se hace incontrolable y degrada el nivel moral de las sociedades.

Es indudable que el sexo, y concretamente los órganos sexuales, son una parte del cuerpo en donde se dan ciertas circunstancias que no se dan en otros órganos. Para saludarnos entrelazamos nuestras manos, nos damos besos, juntamos nuestras caras, nos damos palmadas en el hombro o en el rostro y a veces nos

fundimos en estrechos abrazos. En otras palabras, podemos tocar cualquier parte del cuerpo de una persona sin que ello tenga un significado o una trascendencia especial. Sin embargo, no sucede lo mismo con los órganos sexuales. Y esto no es algo «cultural», como podrían decir los defensores de la ideología de género. El pudor natural que todas las personas normales sienten a mostrar en público sus genitales es una prueba de que la función sexual aneja a ellos tiene algo que los hace diferentes al resto de los órganos del cuerpo. Y esto lo podemos ver hasta en las tribus más primitivas que, aunque anden casi desnudas, cubren sus genitales. ¿Por qué?

La razón de esto puede atribuirse a que el tacto o la mera contemplación de los órganos sexuales de otra persona y las partes del cuerpo relacionadas con ellos genera en el cerebro, tanto de hombres como de mujeres, un estado mental y sensual diferente y dominante que al mismo tiempo que influye en la voluntad del individuo lo impulsa ciegamente a la práctica del sexo. En los hombres este impulso es más incontrolable que en las mujeres, mientras que en estas tiene un freno por las consecuencias directas que puede tener el uso incontrolado del sexo. ¿Quiere esto decir que el uso del sexo en sí es malo? De ninguna manera.

Volviendo ahora al título de este capítulo, al cristianismo le costó siglos admitir abiertamente que el uso del sexo no era únicamente para la procreación sino también un medio más de manifestación de amor en una pareja. Todavía hoy, la aceptación del uso del sexo en una pareja de casados como un mero instrumento de placer no encuentra demasiado entusiasmo en los moralistas de la vieja escuela. En ellos todavía pervive larvada la vieja idea de que en el uso del sexo hay algún defecto encerrado.

Efectivamente, la práctica desordenada del sexo, lo mismo que el uso desordenado de la comida, del deporte y de cualquier actividad humana, encierra algún mal, pero la diferencia está en que en el cristianismo, excepto en el matrimonio, el uso del sexo y todo lo relacionado con él, aunque solo sea un pensamiento, se considera como un uso desordenado y un pecado grave. Ese era, como vimos, el pensamiento de un hombre tan importante como san Ignacio de Loyola.

¿Exagera el cristianismo en su posición sobre el sexo? Rotundamente, sí. Atribuir gravedad a un pensamiento o deseo que voluntariamente no llega a materializarse nos parece exagerado. Y relacionar inexorablemente ese pensamiento a un castigo eterno nos parece un disparate emanado de la mente de un fanático.

Dicho esto, de inmediato surgen preguntas concretas. ¿Puede llegar a ser pecado mortal una simple mirada? ¿Qué grado de gravedad habrá que atribuirle a las caricias normales en una pareja de novios? ¿Es equiparable un deseo que no llega a consumarse a un deseo consumado tal como se nos dice en el Evangelio? ¿Se podría permitir, como han sugerido algunos moralistas progresistas, un tiempo de convivencia prematrimonial a las parejas para que llegasen al matrimonio con la seguridad de que realmente se quieren, de que son compatibles, y para evitar el fracaso de los miles de matrimonios que se rompen al poco tiempo de haberse unido? Se podrían hacer otras mil preguntas por el estilo.

Todas estas preguntas y muchas más deberían ser sometidas a un debate sereno y neutral, en el que no hubiese condicionantes ni prejuicios de ningún tipo, por muy tradicionales que fuesen. Un debate estrictamente racional en el que se buscase únicamente lo más conveniente para el bien de la sociedad. Y como siempre, los tradicionalistas nos dirían que eso no es discutible porque es ir claramente contra la voluntad de Dios. Y de nuevo tendríamos que preguntarles por qué están tan seguros de que esa es la voluntad de Dios, porque tal como vimos anteriormente, no tienen pruebas de ello, pues lo que presentan como pruebas no nos convence.

Y si reflexionásemos fríamente sobre el sexo (libres de prejuicios y sin miedo a ser infieles o traidores a alguna creencia), creo que llegaríamos a la conclusión de que Dios no le da tanta importancia al sexo como nos han dicho nuestros líderes religiosos. En otras palabras, y sin dejar de ver que en el uso del sexo hay ciertos aspectos peculiares que no se dan en otras acciones humanas, nos parece que Dios no se entromete tanto en el sexo cuando este está libre de abuso o de injusticia contra alguna persona. Esa escondida e «intrínseca» maldad que se quiere ver en el sexo parece estar en lo que tiene de animalesco cuando se practica sin amor. Da la impresión de que las religiones restringen mucho la actividad sexual porque conocen el gran poder que tiene esta pasión para apartar al ser humano de la evolución de su espíritu y para convertirlo en un esclavo. Creo que la condenación total y rotunda de todo lo que pueda parecerse a masturbación y convertir cualquier acto solitario en un pecado mortal merecedor del infierno es excesivo y habría que hacer muchas distinciones.

Contrapuesta a esta aparente laxitud de pensamiento con relación al sexo está mi opinión de que en la actualidad el clima de sensualidad y sexualidad que reina en buena parte de los programas de televisión y en el cine es completamente negativo para los adultos, a los que animaliza. Pero sobre todo lo es para los niños y adolescentes, a quienes despierta demasiado temprano a unas vivencias para las que su psique no está preparada y que dejan profundas heridas en su sensibilidad. La inseguridad e incluso frialdad sexual y emocional de muchas personas en la adultez se debe a un forzado y prematuro despertar a vivencias sexuales. Y por el contrario el desenfreno, la animalidad y la falta de control con la que muchas personas practican el sexo es también fruto de las mismas causas. La televisión, en la actualidad en manos de irresponsables que solo ven en ella una manera de ganar dinero y de mentes diabólicas que han visto el gran medio de destruir los valores cristianos, es culpable de esta exaltación enfermiza del sexo.

Y por si la televisión no fuese suficiente, a ella se ha unido en fechas más recientes Internet, que a simple golpe de tecla rezuma sexo por todas partes. Y en este particular estamos ante una enorme irresponsabilidad de muchos padres en cuanto a lo que sus hijos ven en la red. Muchos de los inesperados y cada vez más abundantes problemas familiares con los adolescentes son debidos a esta irresponsabilidad de sus progenitores.

El gobierno del irresponsable Rodríguez Zapatero, en su masónico y progre afán por descristianizar a la sociedad, intentó por medio de la asignatura traidoramente llamada Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos (EpC) implementar esta sexualización temprana de la niñez, lo cual es un auténtico crimen perpetrado no solo a espaldas y contra el deseo de la inmensa mayoría de los padres, sino contra el sentido común, contra las normas de una elemental pedagogía y, sobre todo, contra los derechos de los niños. Inducir a un niño de seis o siete años a la práctica de la masturbación, tal como se lee en alguno de los manuales escolares nacidos a la sombra de la Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos, es una canallada y un auténtico acto diabólico derivado de mentes enfermas como las de Alfred Kinsey, Margaret Sanger o Simone de Beauvoir.

Esto no quiere decir que un espíritu liberal de derecha juzgue que el sexo es malo en sí, y que la adolescencia no tenga que ser instruida acerca de un tema tan importante como es la sexualidad en todas sus vertientes. Pero es indudable que el tema del sexo, no solo en su faceta pedagógica (en cómo se le tiene que explicar a niños y adolescentes) sino en su aspecto abstracto, tiene que ser tratado con gran cuidado dada la carga sentimental, emocional y sensual de que está rodeado.

Y aquí viene a cuento alguna reflexión sobre la pornografía pura y dura que en literatura ha adquirido ya casi un estatus de estilo literario, y en el cine y la televisión de espectáculo visual normal. Los vídeos pornográficos, bajo el eufemismo de «cine para adultos», corren de mano en mano, se venden por millones y le asaltan a uno en Internet aunque no los busque. Para mucha gente, ver pornografía se ha

convertido en algo consuetudinario. Los gobiernos, que han sido tan drásticos contra el tabaco, han sido por el contrario totalmente permisivos con los espectáculos pornográficos en horas en que pueden ser vistos por niños. No solo eso, sino que en la Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos, a los niños se les insinuaba que disfrutasen del sexo, porque eso es algo que pertenece a su libertad personal y de él podían sacar mucha satisfacción. Y sin embargo, la pornografía es una auténtica droga que crea una fuerte adicción que a veces puede llegar a tener muy graves consecuencias, como ya indicamos. Decir esto es exponerse a ser llamado anticuado y socialmente incorrecto, pero la vulgarización de la pornografía es parte importante de la estrategia para descristianizar al mundo, que a su vez es parte de la diabólica estrategia para hacer de la sociedad una inmensa manada de borregos dependientes de pequeñas minorías. Cada vez es mayor el número de adictos a la pornografía que son incapaces de disfrutar de un sexo normal; y de ellos es de donde sale la preocupante abundancia de pederastas y violadores que vemos todos los días en las noticias. (Menos mal que tenemos tribunales comprensivos, que ateniéndose a leyes amorosas, los absolverán enseguida. Eso sí, «con cargos»).

Ya hemos dicho que si prescindimos de circunstancias ajenas al sexo, como puede ser una promesa o un compromiso previo con otra persona o la ocultación de alguna enfermedad que se pueda transmitir, el sexo no tiene en sí esa connotación directamente religiosa ni esa maldad intrínseca que le han achacado muchos moralistas excesivamente rigurosos. Creo que no es nada extraño ni exagerado comparar la práctica del sexo con otras prácticas humanas como son comer, beber o dormir. Son impulsos fisiológicos, que en el caso de los alimentos y el sueño son imprescindibles, mientras que en el caso del instinto sexual, sin dejar de ser muy fuerte, es perfectamente prescindible. Una persona normal puede vivir sin practicar el sexo, pero en algún momento sentirá una urgencia de practicarlo, que será difícil de vencer si no se está especialmente preparado para ello. En líneas anteriores dijimos que la preparación especial que el sacerdote debe tener para vencer esta tentación es la oración y una ferviente unión con Cristo. Sin esto es muy fácil que sucumba.

Nadie piensa que comer o dormir sea algo feo, ilegal o pecaminoso, a pesar de ser algo en lo que nos identificamos completamente con los animales. Sin embargo, de acuerdo con el dicho romano «ne quid nimis» («nada con demasía»), estos instintos tan naturales se convierten en algo feo y desordenado cuando se practican con desorden y exageradamente. Aparte de que esta demasía pueda ser ofensiva para otras personas, lo es también para quien la practica. Quien come o duerme demasiado no se respeta a sí mismo y abdica en alguna manera de su cualidad de racional. Los progres, que muy cínicamente suelen dar lecciones de ética y cívica, nos dirán que uno con su cuerpo tiene derecho a hacer lo que le dé la gana. Pero eso es una falsedad. Hay muchas cosas que uno no puede hacer con su cuerpo porque al hacerlas se perjudica injustamente a otras personas.

¿Hay alguna diferencia entre comer y practicar sexo? ¿No son las dos funciones animalescas? A primera vista y fundamentalmente no hay diferencia, pero si las examinamos a fondo, veremos algunas. La primera gran diferencia que nos salta a vista es que comer es un acto individual que uno puede practicar perfectamente a solas sin que sea imprescindible la compañía de nadie, mientras que el sexo normalmente es un acto de dos. (Por supuesto, que el sexo no habitual puede practicarse también en solitario, pero ya dijimos que en esa acción habría que tener en cuenta muchas circunstancias antes de señalarlo indiscriminadamente como un pecado grave). La segunda diferencia es que sin comer no se puede vivir, mientras que es perfectamente posible vivir sin practicar sexo. Y la tercera es todo el componente anímico, emocional y social que acompaña a la práctica del sexo, muy diferente del que acompaña a comer.

Es cierto que en la práctica, tanto comer como el sexo, tienen una no pequeña relación con la religión, y es este un turbio aspecto de las religiones que merece alguna consideración. La relación de algunas religiones con el alimento no dice nada en favor de estas y más bien debilita la idea que nos podemos hacer de divinidades tan entrometidas. En el judaísmo, las meticulosas instrucciones que Yahvé le da a Moisés acerca de los animales y de los alimentos que los israelitas podían y no podían comer nos parecen emanadas de una mente demasiado escrupulosa, por no decir neurótica, y los desproporcionados castigos que les impondría si no le obedecían no parecen proceder de un Dios amoroso y protector. La caprichosa receta que vemos en el Deuteronomio: «No cocerás al cabrito en la leche de su madre», acarreó una engorrosa distinción en la vajilla en la que los hebreos tenían que comer los diversos manjares; distinción que increíblemente dura hasta hoy en muchísimas familias judías y hasta en el propio ejército. Por suerte —o por alguna sutil y divina intervención—, el cristianismo no heredó esta trófica paranoia. (Y todavía hemos sido más afortunados al no haber heredado el sádico abuso de la circuncisión). En el islam, heredadas en buena parte del judaísmo, vemos también estas intromisiones «divinas» en la comida y en la bebida de los mahometanos, llegando inclusive a la ridiculez de dar instrucciones sobre el afeitado ¡del vello púbico!

El hecho de comer y practicar sexo, prescindiendo de los excesos (que pueden convertir a ambas acciones en irracionales o antihumanas), es completamente equiparable. Los dos actos son funciones corporales a las cuales nos vemos impelidos por unos instintos que no provienen de nuestra voluntad, de nuestras costumbres o de nuestra bondad o maldad. Nacemos con ellos. Contra el instinto de comer sería mortal el oponerse totalmente, y en la práctica sería hasta ilegal desde un punto de vista jurídico, y pecaminoso desde un punto de vista religioso, por lo que implicaría en cuanto al suicidio. En cambio, contra el instinto sexual, sí es posible oponerse. Y aquí es donde la religión entra de lleno en escena.

En el cristianismo se ponen muchas trabas al uso del sexo y además se propone su abstención como un grado de perfección superior al de aquellos que no son capaces de abstenerse de su uso. Antes del Concilio Vaticano II, la idea dominante entre los teólogos y moralistas conservadores era que el sexo estaba exclusivamente reservado a la propagación de la especie dentro del matrimonio. Tras el concilio se ha abierto un poco más esta idea y hoy ya son mayoría los moralistas que admiten que el sexo —siempre dentro del matrimonio— es una manifestación normal del amor al consorte.

Uno de los temas más discutidos y que más enfrenta a los eclesiásticos con los cristianos de mentalidad liberal es el del uso del condón o cualquier clase de anticonceptivo, asunto que está directamente relacionado con lo que estamos tratando. Según la doctrina oficial, los casados no pueden usar preservativo porque va directamente contra el fi n primario y natural del sexo. (Al afirmar esto se está volviendo, de una manera indirecta, a la idea de que el sexo es únicamente para la propagación de la especie). A esto se puede objetar que hoy ya se admite que también es para demostrar amor, pero enseguida nos cierran el paso diciendo que este manifestar amor tiene que ser siempre a condición de que se use el sexo de una manera natural y por supuesto siempre dentro del matrimonio. Pero preguntamos: ¿qué es una «manera natural»? ¿Intervendrán también los moralistas en reglamentar las varias posturas del *kamasutra* o interferirán en los caprichos sadomasoquistas de las parejas casadas sacramentalmente? ¿No dijo Cristo de una manera muy gráfica que «los dos serán una sola carne»?

En este detalle de prohibir el uso del condón asoma subliminalmente la rigorista y negativa idea que en el cristianismo se tiene del sexo. Da la impresión de que no tiene más remedio que admitirlo, pero de mala gana. Se refugia en que el condón va contra el «uso natural», cuando en otros casos en que hay que acudir a usos no naturales y a medios artificiales no se acoge a semejante principio. Cuando se rompe una

pierna, usamos tranquilamente una pierna artificial porque lo importante es caminar y lo secundario es que el medio que se usa para ello sea artificial.

En tiempos pasados, muchos moralistas defendían que el cuerpo era sagrado, algo así como un templo de Dios, y por eso veían como pecaminoso traquetear de alguna manera los miembros o vísceras humanas. Como consecuencia de ello, los cadáveres tenían que ser tratados con determinados ritos y ser enterrados «en sagrado». En el islam y en el judaísmo este respeto cadavérico obtiene dimensiones fanáticas, rayanas en el ridículo. En cambio, dentro del hinduismo es práctica muy común poner los cadáveres en lo alto de ciertas torres para que los buitres se encarguen de ellos hasta dejar los huesos limpios. En el cristianismo actual, ya el cuerpo no está investido de tanta sacralidad y la incineración de los cadáveres es vista con naturalidad.

Aparte de esto, los moralistas no tienen nada contra los trasplantes de órganos, de cualquiera de ellos, lo cual, visto desde el punto de vista de «lo natural», no lo es mucho que digamos, y es claramente más antinatural que el uso del sexo con preservativo. Esto deja al descubierto esta recóndita sospecha que en el cristianismo hay acerca del sexo. Los cristianos liberales dicen, con toda razón, que con la prohibición del uso del condón se priva a la pareja de su derecho a tener la descendencia que quiera y se convierte la paternidad y la maternidad en un acto por una parte obligatorio y por otra aleatorio, cuando muy bien podría ser un hecho responsable y conscientemente regulado. Da la impresión de que nos permiten el uso del sexo solo a condición de que tengamos todos los hijos «que Dios nos mande», los que vengan, aunque no podamos mantenerlos.

Los moralistas niegan esto y se defienden diciendo que en la actualidad hay muchas maneras de saber cuándo la mujer está en su período fértil, y que en esos precisos días, si no quieren tener descendencia, tendrán que abstenerse, lo mismo que obligadamente se tienen que abstener cuando uno de los dos está enfermo o de alguna manera renuente para la cópula.

¿Quién tiene razón? Una vez más, el cristiano liberal se atendrá a lo que le dice su razón, mientras que el fiel creyente a machamartillo seguirá la enseñanza oficial o «lo que digan los superiores»; en este caso, una enseñanza que por supuesto no está en el Evangelio y que ha sido elaborada por hombres más o menos sabios y más o menos prudentes.

Y aquí, ya que estamos hablando de condones, permítame el lector que haga una larga digresión. En la actualidad, estos chuscos adminículos se usan como la gran coraza contra el sida en los países en que esta pandemia está más viva, pero sobre todo se usan en el mundo entero para prevenir los embarazos no deseados. En el mundo occidental esta curiosa gomita se ha convertido en el instrumento más eficaz para el suicidio colectivo e inconsciente de nuestra sociedad. El borreguismo, la irresponsabilidad, el placer a toda costa, el egoísmo, y en síntesis, la falta de valores que subyace en la filosofía marxista (que en la práctica es la seguida por la ideología de izquierda) se ha convertido en la praxis y en la meta principal de las masas. Es el «estado del bienestar» que tanto predica la izquierda. Y los niños se consideran un gran obstáculo para esas metas. Y es entonces cuando aparece el primo de zumosol en forma de gomita. Gracias a ella, las sociedades modernas están practicando una autocastración suicida.

En este particular la Iglesia, y en especial la católica, está siendo el gran antídoto contra este problema de nuestra sociedad. Mientras los estados laicos y progres luchan de mil maneras contra la familia por medio de anticonceptivos gratis, píldoras del día después, clínicas abortistas y con el reparto generoso de condones, la Iglesia no solo anima a sus fieles a tener hijos sino que en cierta manera los fuerza a ello con la prohibición del preservativo.

Varias grandes compañías de Estados Unidos y europeas han ganado mucho dinero vendiendo a instituciones dependientes de la ONU millones de condones y anticonceptivos, que más tarde son «regalados» a las poblaciones de muchos países pobres, sobre todo en África. (El multimillonario Bill Gates, que pasa por ser un gran filántropo, ha hecho grandes donaciones específicamente para comprar condones y regalarlos en África). El motivo aludido de esta generosidad es la lucha contra el sida, pero otro motivo es evitar el aumento de la población en esos países. La perversidad de estos donantes llega a tal grado que les retiran toda clase de ayuda económica a las naciones pobres —pero ricas en materias primas y minerales raros como el grafeno, el terbio o el neodimio— si no aceptan y usan estos «regalos ». Y en muchas ocasiones han propiciado el endeudamiento de las naciones para quedarse con las tierras que les interesan, al no poder pagar las enormes deudas que han contraído con los préstamos envenenados del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial.

En párrafos anteriores dijimos que el acto de comer y la práctica del sexo en sí mismos pueden ser equiparables, y esta afirmación habrá hecho fruncir el ceño a más de un lector. ¿Son totalmente equiparables la comida y el sexo?

Ya enunciamos alguna clara diferencia entre ambas acciones, pero indudablemente hay otras que las diferencian y que se refieren al componente anímico, emocional y social que ya comentábamos. Comer es un acto intrascendente en cuanto que no rebasa los límites fisiológicos del individuo y sirve exclusivamente para su mantenimiento físico, mientras que el sexo conlleva la presencia de otro ser humano que comparte el acto y de una manera muy intensa. Si por añadidura las dos personas que practican sexo tienen un acuerdo o un pacto amoroso, como puede ser el matrimonio civil o religioso, el acto sexual conlleva una carga especial en cuanto que puede considerarse como una ratificación del pacto y un fortalecimiento del amor entre los dos practicantes.

Y esta es otra característica del sexo que lo diferencia radicalmente del comer. En el sexo, cuando es practicado por las personas adecuadas, se da algo que no se da en la comida, que es un amor o por lo menos una empatía de índole emocional o espiritual hacia la otra persona. Cuando digo las personas adecuadas, me estoy refiriendo a un hombre y una mujer entre los que previamente hay algún lazo de afecto. El sexo entre personas que no se aman o que inclusive se desconocen tiene una connotación diferente y de él hablaremos enseguida. Y el practicado entre personas del mismo sexo tiene otra especial connotación que lo convierte en algo antinatural y en buena manera grotesco.

De nuevo surgen preguntas. ¿Es moralmente aceptable el sexo practicado entre extraños o el sexo de pago? ¿Es la prostitución una ocupación normal y tan digna como cualquiera otra, tal como constantemente estamos oyendo y viendo en los medios de comunicación?

¿Es el sexo practicado en solitario algo inmoral? Son preguntas muy delicadas ante las que las personas suelen adoptar posiciones radicales y apasionadas, dependiendo de la educación que hayan recibido.

El sexo de pago y el negocio de la prostitución tienen muchos aspectos, pero me voy a limitar a hacer algunas reflexiones y a contrastarlo con lo que tradicionalmente ha sido el pensamiento de la Iglesia. En los programas de televisión y de radio es corriente oír que el trabajo de prostituta es tan digno como otro cualquiera. Esta idea, dejada caer poco a poco en los medios de comunicación y repetida casi a modo de broma, ha ido calando en las mentes de la masa y hoy en día ya se ve la prostitución como algo normal, cuando, considerándola con mente imparcial, de alguna manera rebaja a quienes la practican, tanto a ellos como a ellas. Y una sociedad en la que reina descaradamente la promiscuidad es una sociedad degenerada.

Esta idea, además, es la consecuencia lógica de lo que enseñan a los niños y adolescentes algunos manuales de la citada Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos, es decir, que uno con su cuerpo puede hacer lo que le dé la gana, mientras no haga daño a otros. A primera vista esta afirmación parece correcta y muy progresista, aunque ya indicamos que muchos actos perfectamente legales tienen sus límites, que cuando son traspasados los convierten en ilegales. Esos límites en el uso del sexo son difíciles de señalar y en ellos interviene mucho el marco religioso en que se haya criado quien los señala. Pero nos interesa, prescindiendo de esas tradiciones y ambientes religiosos, ahondar en la bondad o maldad intrínseca que pueda haber en un acto sexual.

La realidad es que la prostitución ha sido ampliamente tolerada y practicada a lo largo de la historia. Prescindiendo de otras culturas en las que ha llegado a adquirir niveles de rito sagrado, en nuestro mundo occidental la vemos reflejada como cosa natural en toda la literatura griega y latina, al igual que en la literatura árabe de la Edad Media. La resistencia y la crítica a toda esta permisividad proviene del cristianismo, que siempre se ha mostrado claramente contrario a esta práctica libre del sexo. La Iglesia ha sido siempre clara y tajante en cuanto a la prostitución y al uso libre de la sexualidad, y si bien lo perdonaba sin problemas en el sacramento de la penitencia cuando era solo fruto de la fragilidad humana, era sin embargo más rigurosa para perdonarlo cuando se ejercía públicamente y con escándalo del pueblo. Un ejemplo de esto es el rigor que los tribunales civiles, acuciados por los eclesiásticos, tenían para juzgar a los bígamos o a las personas que vivían en uniones que la Iglesia consideraba ilícitas. El segundo duque de Veragua, nieto de Cristóbal Colón, fue enviado a la cárcel acusado de bigamia.

En la actualidad, y gracias a los zafios y degenerados programas de televisión que padecemos —y muy especialmente a varios con los que el canal 5 idiotiza y envilece al pueblo español—, la prostitución se admite como un acto social aceptable. Lo malo es que además de aceptarla como algo normal, suele moverse en ambientes muy corruptos. Íntimamente unido a ella está el criminal trato de esclavas sexuales por parte de las mafias, con jóvenes traídas de otras naciones, que constantemente estamos viendo en las noticias.

Si pensamos que la labor de una religión es la espiritualización del ser humano, podremos deducir que la parte positiva de esta prevención contra el uso libre del sexo está en que, siendo este instinto algo que nos retrotrae al nivel animalesco y siendo además tan fuerte y tan atractivo, es muy conveniente tenerlo controlado.

En el espiritismo serio de Kardec, al sexo también se le trata como algo con lo que hay que ser cauto, por el peligro que tiene de animalizarnos. Todo lo contrario que las progres ideologías derivadas del marxismo, difundidas ahora por agrupaciones como LGTB (Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales) y solapadamente propiciadas por el socialismo y la masonería, que califican de retrógradas y mojigatas las restricciones que el catolicismo le impone al uso libre y descontrolado del sexo. Para estas inconscientes víctimas de una mundial estrategia de control mental, una sociedad perfecta sería una sociedad de bonobos en la que el sexo fuese el medio normal de comunicación entre los humanos. Pero un sexo salvaje nos llevaría irremediablemente a una sociedad salvaje, incapaz de ninguna cultura.

En la prensa y en general en los medios de comunicación se confunden corrientemente y se equiparan sexo y amor, cuando son dos cosas distintas. Es cierto que en el matrimonio se dan juntos, pero sin embargo son dos cosas completamente diferentes. El amor pertenece al reino de las emociones y del espíritu, mientras que el sexo pertenece al mundo de la carne y material. La gran diferencia y contraste entre estas dos situaciones la podemos ver entre un matrimonio de ancianos que celebran felices sus bodas de oro y el encuentro del cliente de un prostíbulo con una prostituta a la que no conoce de nada. Los ancianos se aman, posiblemente más que cuando eran jóvenes, y muy probablemente ya no sienten

necesidad ninguna de practicar el sexo, mientras que la prostituta y su cliente, sin amarse, practican sexo sin sentir nada el uno por el otro, como dos animales en celo, y en cuanto terminan se va cada uno por su lado.

En líneas anteriores me preguntaba si los teólogos moralistas serían capaces de meterse en las posturas con las que los casados practican el acto sexual, pero la pregunta quedó sin respuesta y no quiero terminar este capítulo sin decir algo sobre ello. En mi larga carrera jesuítica (dieciséis años desde el noviciado hasta el último año, llamado «Tercera Probación»), hubo hacia el fin de ella cuatro años dedicados exclusivamente a la teología, y dentro de ellos estudié de una manera especial la teología moral, donde se tratan temas relacionados con el matrimonio. Tardé años en darme cuenta de por qué había ciertos libros de algunos teólogos, y especialmente de santo Tomás, a los que no teníamos fácil acceso. La razón era que aunque estén en latín, son unos textos casi pornográficos cuando estos moralistas entraban a describir vivamente las posturas para la cópula carnal. Por supuesto decían que todas están terminantemente prohibidas, pero allí estaban descritas, y eso indudablemente podría ser un motivo de malos pensamientos para el que leyese el texto tan detallado.

La única manera no pecaminosa de practicar el sexo para estos santos varones es la frontal, llamada también del misionero; es decir, la mujer súcuba y el varón íncubo. Todo lo demás es pecado grave porque va contra la voluntad de Dios. De qué manera han sabido estos sabios teólogos que esa es la voluntad de Dios es un misterio insondable. Como ya dijimos, Cristo fue mucho más sabio cuando se limitó a decir que los casados serían «una sola carne» sin meterse en interioridades. Mandamientos, doctrinas e injerencias rigoristas y equivocadas como esta, en las vidas de los seres humanos, son las que han hecho que al cristianismo se lo vea como algo antipático y demasiado exigente.

Juan Pablo II, tan criticado por muchos por ser excesivamente tradicionalista y anticuado, podría darles algunas ideas y quitarles algunos prejuicios a los moralistas rigurosos que siguen enfocando el sexo como algo intrínsecamente ofensivo a Dios, como si Dios no fuese el autor de ese instinto natural. En su *Teología del cuerpo* se pueden leer cosas como estas: «Los sexólogos constatan que la curva de excitación de la mujer es diferente a la del hombre. [...] Su organismo está dotado de muchas zonas erógenas, lo cual es una especie de compensación de que su excitación crezca más lentamente. El hombre tiene que tener en cuenta esta diferencia de reacciones. Existe un ritmo de la naturaleza que los cónyuges han de encontrar para llegar al mismo momento al punto de la excitación sexual. Cuando la mujer no encuentra la satisfacción natural ligada al punto culminante, es de temer que no sienta plenamente el acto conyugal, y que no embarque en él su personalidad entera, lo cual la deja expuesta a neurosis y eso trae consigo una frigidez sexual, que resulta a veces de una falta de entrega total, de la que ella es la responsable. Pero otras veces es consecuencia del egoísmo del hombre. La mujer empieza entonces a rehuir las relaciones sexuales. [...] Además puede contraer enfermedades orgánicas en los órganos sexuales. Tampoco basta la bondad de la mujer que finge el orgasmo para no humillar el orgullo masculino. Todo ello contribuye a la degradación del matrimonio».

XVI

EL CRISTIANISMO ANTE LA HOMOSEXUALIDAD

La homosexualidad, cuando una persona nace con esa tendencia fuertemente arraigada en su psique, es un error de la naturaleza, por mucho que los lobbies quieran convencer a la masa de que eso es algo natural y por mucho que la televisión lo presente con superabundancia en sus programas. Me estoy refiriendo a quienes por nacimiento o por graves problemas sufridos en la infancia temprana tienen un erotismo o una genitalidad anormal; merecen todo nuestro respeto y tienen derecho a vivir conforme a su inclinación, a condición de que no adopten actitudes exhibicionistas y hagan ostentación, lo mismo que los heterosexuales no lo hacen de su heterosexualidad. Por supuesto que no estamos de acuerdo con el hostigamiento a que durante siglos han sido sometidos y que aún perdura en muchas naciones y culturas, sobre todo en los países islámicos.

Este hostigamiento tan generalizado en todo el mundo debería convencer a quienes opinan que la homosexualidad es algo completamente normal (o que es solo otro tipo de sexualidad) de que la gente en todos los siglos y en todas las culturas la ha visto como algo anormal y diferente, y en muchos casos, tanto, que la castigaban incluso con la muerte.

La obesidad, y especialmente la obesidad infantil, se ha convertido en muy pocos años en un serio problema, porque los padres de los niños por un lado y las grandes autoridades sanitarias por otro, descuidaron la tarea de estar atentos a los alimentos que se daban de comer a los hijos y que se vendían en los supermercados; cuando quisieron darse cuenta, buena parte de los niños españoles tenía una obesidad enfermiza. Con la homosexualidad está pasando algo por el estilo. Es claramente, por mucho que quieran taparlo, una seria anomalía psíquica que debería preocupar más a las autoridades, no para perseguir o discriminar a los homosexuales sino para estudiar cuáles son sus causas.

Desde el punto de vista de la más fría sociología, una sociedad con un tanto por ciento elevado de homosexuales tiene un gran problema, porque está sentenciada a una muerte rápida. Y pese a que suene muy fuerte, esto es lo que está pasando a toda velocidad en Europa, aunque la llegada masiva de emigrantes de todo el mundo disimula la disminución de europeos autóctonos.

Por ser este un gran problema que la sociedad debe afrontar, será bueno que puntualicemos sobre cuál ha sido hasta ahora el pensamiento del cristianismo ante él y cuál es nuestra opinión sincera sobre este preocupante tema, sin miedos a las amenazas de la Liga de Gays, Transexuales y Bisexuales, LGTB, que tan bien representada está en la prensa progre y en la televisión, sobre todo en el canal 5, en cuyos programas superabundan individuos pertenecientes a este colectivo. En las siglas de la LGTB todavía no aparece la Z de zoófilos, como ya está pasando en alguna nación; pero todo se andará, con la ayuda de la televisión y de la prensa progre.

Aunque en páginas anteriores dijimos que la Iglesia cristiana había dulcificado un poco el trato que hasta su llegada se había dado a los homosexuales, hay que reconocer que no tiene más remedio que

entonar una humilde palinodia, porque la verdad es que ni en la Biblia ni en la práctica a lo largo de los siglos los cristianos han tratado a los homosexuales con la caridad que Cristo enseña. Sin embargo, también hay que reconocer que el lobby gay en nuestros días se ha hecho muy agresivo no solo contra la Iglesia sino contra la sociedad heterosexual, y ha logrado que la resistencia natural que hay para aceptar la homosexualidad se haga aún más fuerte en muchas personas.

La homosexualidad, aunque en teoría y per se no es un problema religioso, sí lo ha sido para la Iglesia católica debido a que bastantes de los sacerdotes que han sido acusados de paidofilia o pederastia eran también homosexuales. La homosexualidad puede que sea un problema para los/las homosexuales que no se sienten a gusto con su inclinación, pero ciertamente lo es, y no pequeño, para la sociedad en general. Y no porque los homosexuales sean malas personas ni nada por el estilo, sino porque oficialmente —y más a través de sus matrimonios lésbicos y gays— institucionalizan la esterilidad, es decir, sentencian a corto plazo la desaparición de la sociedad. Decir que en la actualidad ya la ciencia se enfrenta al problema de la procreación y de la perpetuación de la especie de maneras diferentes a la natural y tradicional es una estupidez muy propia de la ideología de género y de algunos periodistas progres muy obedientes a lo políticamente correcto, pero que no merece ser discutida.

Es cierto que en la antigüedad la homosexualidad fue bastante admitida entre ciertas sociedades y personas refinadas. En el mundo grecorromano y a lo largo de la historia conocemos los nombres de personajes importantes que fueron homosexuales. En Grecia, fue famoso el Batallón Sagrado de Tebas, en el que todos sus soldados eran homosexuales. A pesar de que en el Corán se condena expresamente la homosexualidad, en la literatura islámica abundan los ejemplos de personajes homosexuales (aunque muy piadosamente se abstienen durante el Ramadán), tal como podemos ver en *Las mil y una noches* y en autores como Omar Kayam en su *Rubaiyat*. Pero por otro lado, en países como Irán es muy severamente perseguida y castigada. Desde el año 2000 en este país fueron condenados a muerte por homosexualidad más de 4.000 personas. Por otro lado, vemos cómo en general, tanto en los pueblos antiguos como en el pensamiento de la gente común, la homosexualidad es mal vista, cuando no abiertamente perseguida.

En las Escrituras cristianas se enfoca la homosexualidad de una manera radicalmente equivocada, porque a priori se la ve como una depravación pecaminosa en sí y no como una mera deformación psicofisiológica. Y por otro lado se cree que el o la homosexual ha adquirido voluntariamente esa supuesta depravación. Al considerar a priori pecaminosa esa inclinación anormal, automáticamente se hace pecador al homosexual, y por eso erróneamente se le condena y se le castiga.

Pero la realidad no es así. Con el permiso de Cristo, parodiaré de nuevo unas tremendas palabras suyas: «Hay eunucos que lo son porque nacieron así del vientre de sus madres, hay eunucos que lo son porque los hicieron a la fuerza los hombres y hay eunucos que se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos. El que tenga oídos para oír, que oiga». Yo propongo una variante: hay homosexuales que nacieron así del vientre de sus madres, hay homosexuales que lo son porque de alguna manera los forzó el ambiente y hay homosexuales porque se corrompieron a sí mismos con los vicios de este mundo.

En el cristianismo de siglos pasados no se han hecho estas distinciones y en el catolicismo actual continúan sin hacerse. En el protestantismo, en cambio, sí se hacen, pero se han pasado cinco pueblos en sus interpretaciones bíblicas, cuando miles de cristianos, que digieren difícilmente el hecho de la homosexualidad y que repudian abiertamente el matrimonio homosexual, ven en la curia episcopal de su diócesis a un obispo o a una obispa viviendo maritalmente con su amante del mismo sexo. ¡*Too much!*, que diría Shakespeare.

Los homosexuales del primer tipo, es decir, los que nacen así del vientre de sus madres, lo mejor que hacen, si los médicos así se lo aconsejan y si tienen dinero para ello, es cambiarse de sexo pensando que

con ello no le hacen ofensa ninguna a Dios.

Es muy posible que muchos de mis lectores piensen que hoy ya no hay homosexuales del segundo tipo, es decir, aquellos «hechos a la fuerza por los hombres». Los que así piensen están muy equivocados. Hoy ya no diríamos «hechos a la fuerza» sino «hechos con astucia y a traición». Hoy no se usan cuchillos para cortar testículos, hoy se usan pantallas para castrar poco a poco las mentes. Hoy se usa la televisión, programa tras programa, cuando nos muestra una superabundancia de homosexuales y lesbianas con una enorme desproporción, donde los frikis, putillas asaltacamas, pseudoperiodistas de la entrepierna y artistas del porno nos presentan día tras día la homosexualidad como algo completamente normal, mientras se ríen de la fidelidad conyugal y admiten la promiscuidad y el mariconeo como algo totalmente corriente.

Y esto lo hace Internet en miles de páginas en las que a simple golpe de tecla muchos jóvenes y niños, a escondidas en los ordenadores de sus habitaciones, empachan sus mentes y sus almas de una pornografía que a sus edades es puro veneno. ¿Y sus padres? En la luna. El resultado de aquellas tóxicas sesiones de porno es posible que lo sientan ya tarde cuando un año o dos después el jovencito empiece a mostrarse rebelde y desinteresado en los estudios, o la muchachita a sus quince años diga que está embarazada. Muchos de los 120.000 abortos habidos en España en 2013 y de los cada vez más abundantes casos de menores rebeldes y problemáticos podrían achacarse a esta nueva suerte de «eunucos» a la inversa, fabricados a traición por los hombres.

Otro tipo de personas que podrían entrar en esta categoría de los «hechos a la fuerza» son los niños y adolescentes de los que ya hemos hablado a los que desde muy tierna edad se les comenzaba a encaminar con muy buena voluntad y sutilmente en los seminarios menores hacia una castidad total que posiblemente no estaba nada de acuerdo con su temperamento e idiosincrasia. De estos sacerdotes «fabricados artificialmente por los hombres» han salido siempre los frailes y curas de misa y olla, los clérigos libertinos y los sopistas que con mil nombres diferentes encontramos en la literatura goliárdica de todos los países. Y ellos son también los que mayoritariamente forman las tristes y vergonzosas listas de clérigos pederastas —muchas veces homosexuales— que últimamente vemos con tanta frecuencia.

A la jerarquía católica se la ha acusado últimamente de haber encubierto a estos individuos y en no pocos casos los tribunales les han impuesto fuertes multas para resarcir a las víctimas. Ya expresamos anteriormente que la intención de los jerarcas no era tanto encubrir a los pederastas como evitar el escándalo de los fieles. Pero con una pastoral muy equivocada, la realidad era que los encubrían, y no solo los encubrían sino que les permitían seguir ejerciendo como sacerdotes.

De mi experiencia personal tengo que decir que en los varios casos de este tipo en los que tuve que intervenir en una nación sudamericana por ser algo que entraba en mi cargo de vicario de pastoral, le dije al obispo lo que en este asunto estaba pasando con algún párroco. Me oyó muy atento pero no hizo nada. Viendo que la cosa se agravaba y que nos perjudicaba a todos los sacerdotes, acudí al nuncio, pero las cosas siguieron igual, hasta que al poco tiempo apareció en primera plana de un diario la cara de uno de estos sacerdotes ensangrentada e hinchada de los golpes que le había dado el padre de uno de los niños de los que había abusado. El pie de la foto, redactado por un periodista amigo del sacerdote, sembraba la duda de que podría deberse a intento de robo o a cuestiones de enemigos políticos, pero la gente sabía de sobra cuál era la causa.

Radicalmente contrarios a estos casos están los cientos de miles de hombres y mujeres que voluntariamente y sabiendo muy bien lo que hacían «se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos». Pero lo hicieron cuando ya sabían cómo eran las tentaciones de la carne y del mundo, y fueron

capaces de mantener el compromiso que habían contraído con Cristo. De esos habla muy poco la prensa progre.

A todo esto, los homosexuales dirán que ellos no tienen ningún problema y que se sienten muy orgullosos de serlo. Habrá que respetar su idea, aunque estamos seguros de que esto no es cierto porque conocemos de sobra los muchos inconvenientes que han tenido que sufrir y que todavía siguen pasando. Y sobre todo dirán que la homosexualidad no es ninguna anomalía y mucho menos una enfermedad, pues el sapientísimo DSM-IV, *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría así lo ha declarado. Pero psiquiatras y psicólogos más eminentes, que no se han rendido a la presión del poderoso lobby homosexual, han dicho lo contrario y millones de personas en todas las edades y culturas han visto siempre la homosexualidad como algo por lo menos rarito. Yo les recomendaría a mis lectores interesados en el problema de la homosexualidad que se asomasen a los escritos del norteamericano Dr. Joseph Nicolosi, fundador de la Asociación Nacional de Investigación y Terapia de la Homosexualidad (NARTH, por sus siglas en inglés). Él hace una diferencia entre los gays, es decir, aquellos que están felices y contentos con su condición de homosexuales (en cierta manera podríamos equipararlos a los que «nacieron así del vientre de sus madres»), y por otro lado las personas que sienten inclinación hacia individuos del mismo sexo pero que en el fondo no quisieran sentir esa inclinación porque se dan cuenta de que no es natural ni bien vista por la mayoría de los ciudadanos. Para estos, el Dr. Nicolosi ofrece varios tipos de terapia en sus libros. Dice que el gay es o adopta una condición social y política, mientras que el otro tipo de homosexual es una condición psicológica.

Un gran error que muchos cristianos han cometido y siguen cometiendo es confundir la homosexualidad con el homosexual. Un homosexual, considerado como persona, es tan normal y tan digno como cualquier heterosexual, y puede que sea más moral, más inteligente y mejor persona que muchos de los heteros que a lo mejor lo critican. El problema con los homosexuales surge cuando pretenden equiparar sus uniones con el matrimonio tradicional de varón y mujer, y sobre todo se agudiza cuando hace su aparición el uso del sexo.

Otro problema específico de los homosexuales de hoy son los lobbies de activistas que si por un lado están haciendo que la sociedad los tome más en cuenta y respete más sus derechos por mucho tiempo conculcados, por otro, debido al descaro de algunos de sus líderes y miembros más conocidos y a la agresividad y desvergüenza de los desfiles del Orgullo Gay, están haciendo que personas que admitieron de buena gana la supresión de toda discriminación contra ellos comiencen a verlos como una molestia y una causa de división en la sociedad.

Sin embargo, lo que suele ser causa de mayores problemas y en lo que la Iglesia sí ha tomado cartas en el asunto es en la actividad sexual entre personas del mismo sexo. Según los moralistas cristianos, si todo uso del sexo normal fuera del matrimonio es pecado, lo es con mucha mayor razón entre homosexuales. En realidad, en el uso del sexo entre gays, uno más que ver un pecado mayor contra la ética, lo que ve es un pecado grande contra la estética, y si acaso contra las buenas y refinadas costumbres. Pero si dos homosexuales deciden vivir juntos y no cometen la torpeza de empeñarse en que a eso se le llame matrimonio, equiparándolo con el matrimonio normal, la Iglesia no debería meterse en sus intimidades, porque como dijo mi viejo amigo Perry Como, «nadie sabe lo que pasa en una alcoba, detrás de una puerta cerrada».

XVII

LA MUJER EN LA IGLESIA

En este capítulo nos fijaremos en el papel que ocupa la mujer en la Iglesia católica actual, no solo en España sino en el resto del mundo. Y en lo primero que tenemos que fijarnos es en la colosal y callada obra que las religiosas han hecho a lo largo de dos mil años. Cientos de miles de mujeres han dedicado sus vidas a seguir al pie de la letra las enseñanzas de Jesucristo, renunciando no solo a tener familia sino a llevar una vida cómoda dentro de sus respectivas órdenes o congregaciones religiosas. Buena parte de ellas han puesto toda su vida al servicio de los pobres, los enfermos y los desvalidos.

En este particular de «ayudar a viudas y huérfanos», tal como el apóstol Santiago sintetizaba la labor de la Iglesia en el mundo, las mujeres han hecho a lo largo de los siglos una labor infinitamente superior a la de los hombres. Es cierto que también ha habido varones dedicados a esta labor de ayudar a los pobres y hasta de fundar órdenes con esa dedicación específica, pero no se puede comparar con el trabajo que calladamente han desarrollado en cientos de hospitales y asilos miles de humildes mujeres, cuya única meta era la perfecta imitación de su maestro Jesús.

Hasta hace muy pocos años, las religiosas habían vivido retiradas en sus conventos y dedicadas a la docencia o a la caridad, sin que su voz apenas se escuchara. Solo algunas monjas famosas lograron hacerse oír por sus escritos o por sus hechos extraordinarios, y algunas de ellas hasta llegaron a ser proclamadas doctoras de la Iglesia. A lo largo de tantos años solo cuatro mujeres han obtenido el título de doctoras de la Iglesia: santa Teresa de Ávila, santa Catalina de Siena, santa Teresita del Niño Jesús y santa Hildegarda von Ningen, recientemente proclamada doctora por su compatriota Benedicto XVI. Esta gran desproporción con relación al número de varones doctores es perfectamente explicable si se tiene en cuenta que hasta hace muy poco, y mucho más en siglos pasados, las mujeres apenas tenían acceso a los estudios superiores.

Pero los tiempos están revueltos y esta inquietud reinante en toda la sociedad ha llegado también a los conventos de muchas monjas, que han alzado la voz y quieren hacerse oír. Algunas lo hacen de una manera discreta y más al estilo eclesiástico e incluso al estilo femenino; en cambio, otras han alzado una voz algo desafinada y no muy de acuerdo con el espíritu del Evangelio. En la visita de Juan Pablo II a Estados Unidos, la sor cabecilla de un numeroso grupo de estas contestatarias se enfrentó al Papa y le dijo que la Iglesia tenía que oír a las monjas y que estas querían tener voz plena. Las relaciones entre estas religiosas y el Vaticano han seguido tensas durante todos estos años y poco a poco van apareciendo brotes de este despertar que se manifiesta de maneras más o menos discretas.

Esta especie de rebelión no es exclusiva de Estados Unidos sino que en Europa, mayormente en Holanda, Austria y Alemania, hay también grupos de monjas que están deseosas de que las cosas cambien. En España, la pionera de este movimiento es la hermana Teresa Forcades, monja benedictina, médica y teóloga que ha hecho campañas muy justas contra los tremendos abusos de las grandes compañías farmacéuticas, sobre todo en cómo gestionaron todo lo relacionado con la gripe A. Pero da la

impresión de que la hermana Forcades ha perdido un poco los papeles y se ha extralimitado en sus protestas cuando ha defendido abiertamente, en contra del pensamiento oficial de la Iglesia, el derecho de las mujeres a abortar, aparte de haberse casi convertido en una especie de adalid religioso de la causa independentista catalana.

Esta «voz plena» que las monjas reclaman no se refiere simplemente a que se las tenga en cuenta en las decisiones que a ellas se refieren, ni a que se les dé algún cargo en la organización en la parte administrativa de las parroquias y diócesis, porque eso en algunos lugares hace ya tiempo que lo han conseguido. El papa Francisco es muy consciente de esto, según le contestó a un grupo de periodistas: «Sobre la participación de las mujeres en la Iglesia, no nos podemos conformar con que se limiten a ser monaguillos, a presidir Cáritas o a la catequesis. Tiene que haber algo más en lo que dije sobre la teología de las mujeres».

En la famosa entrevista que dio posteriormente a la revista de los jesuitas se explayó aún más sobre el papel que las mujeres tenían que desempeñar en la Iglesia, lo que ha hecho concebir esperanzas a muchas. Pero el problema central es la recepción del sacramento del orden, que hasta ahora ha estado reservado exclusivamente a los varones y cerrado a cal y canto a las mujeres. Ese es el busilis y la madre del cordero, como diría un castizo. Las mujeres quieren también ser sacerdotisas. Pero en este particular, el Papa finalizaba así la respuesta a los periodistas: «En cuanto a la ordenación de mujeres, la Iglesia ha hablado y dice que no».

En otras denominaciones protestantes serias (porque no todas son serias), ya hace años que lograron esa meta, y eso en cierta manera ha avivado el deseo de estas religiosas que opinan que la Iglesia católica se ha quedado atrás. Pero tomar a algunas sectas protestantes como modelo es muy problemático, porque esas mismas denominaciones son las que, en su afán de modernizarse, han permitido la ordenación de sacerdotes —y hasta los ha elevado al rango de obispos— a homosexuales que viven maritalmente con su pareja, lo cual trajo como consecuencia que miles de fieles abandonasen su iglesia. Hace tiempo que algunas denominaciones protestantes han perdido el norte y no pueden ser tomadas en serio.

Las autoridades vaticanas dicen que no pueden ordenar a mujeres porque eso pertenece a la tradición inamovible de la Iglesia, aparte de que es una norma heredada directamente del mismo Cristo, puesto que todos sus apóstoles eran varones y Él no ordenó sacerdotisa a ninguna mujer, cuando si hubiera querido decirnos que esa era su voluntad lo habría hecho. Este razonamiento no es muy convincente, como enseguida veremos.

En efecto, hay una larga tradición de exclusión de las mujeres en la recepción de la ordenación al sacerdocio, aunque no tan larga en cuanto a su participación de alguna manera en el sacramento del orden, puesto que no solo en la primitiva Iglesia, sino durante varios siglos de la Edad Media, hubo mujeres que fueron ordenadas diaconisas. Junto a las frases tajantes de san Pablo (1 Co 14, 34 y Tim 12) en las que impone silencio en la Iglesia a la mujer, encontramos otras del mismo san Pablo (1 Co 11, 5) en las que ve con buenos ojos que la mujer «profetice» en la Iglesia. Es muy curioso ver cómo escrituristas y teólogos discuten entre ellos, con unos argumentos retorcidos y alambicados, para compaginar estas contradicciones. Causan una sonrisa especial los razonamientos del bilioso Calvino, al que poco le falta para enviar a la hoguera a la fémina que se atreva a alzar la voz en cualquier función religiosa.

Las razones que esgrimen algunos teólogos modernos para oponerse a la ordenación de mujeres suenan a jerga teológica. He aquí una mínima muestra de esos argumentos, tal como los expone el padre Miguel Ángel Fuentes, del Instituto del Verbo Encarnado:

El sacerdocio ministerial es signo sacramental de Cristo Sacerdote. El sacerdote ministerial, especialmente en su acto central que es el Sacrificio Eucarístico, es signo de Cristo Sacerdote y Víctima. Ahora bien, la mujer no es signo adecuado de Cristo Sacerdote y Víctima, por eso no puede ser sacerdote ministerial. En efecto, los signos sacramentales no son puramente convencionales. La economía sacramental está fundada sobre signos naturales que representan o significan por una natural semejanza: así el pan y el vino para la Eucaristía son signos adecuados por representar el alimento fundamental de los hombres, el agua para el bautismo por ser el medio natural de limpiar y lavar, etc. Esto vale no solo para las cosas sino también para las personas. Por tanto, si en la Eucaristía es necesario expresar sacramentalmente el rol de Cristo, solo puede darse una «semejanza natural» entre Cristo y su ministro si tal rol es desempeñado por un varón.

El simbolismo nupcial. Cristo es presentado en la Sagrada Escritura como el Esposo de la Iglesia. De hecho en Él se planifican todas las imágenes nupciales del Antiguo Testamento que se refieren a Dios como Esposo de su Pueblo Israel (cf. Os 1-3; Jer 2 y siguientes). Esta caracterización es constante en el Nuevo Testamento. Ahora bien, esto resalta la función masculina de Cristo respecto de la función femenina de la Iglesia en general. Por tanto, para que en el simbolismo sacramental el sujeto que hace de materia del sacramento del Orden (que representa a Cristo) y luego el sujeto que hace de ministro de la Eucaristía (que obra in persona Christi) sea un signo adecuado, tiene que ser un varón.

Esto sí es tener cintura teológica para encontrar razones con las que explicar lo irrazonable. ¿Qué diría el gran Lope ante estos parrafazos?: «¿Entiendes Fabio lo que voy diciendo?».

Aparte de esta sabia verborrea que los teólogos modernos presentan con un cierto color de teología seria y profesional, en los escritos de los padres de la Iglesia, sucesores inmediatos de los apóstoles, se pueden encontrar otras «razones» para explicar la veda de la ordenación femenina.

Y antes de seguir adelante, quiero hacer un irritado paréntesis contra las barrabasadas que la tríada de los sumos teólogos católicos dice sobre la mujer y sobre sus capacidades y culpas originales. Esta tríada está compuesta por san Agustín (siglos IV-V), obispo de Hipona en el norte de África, san Alberto Magno (siglos XII-XIII), obispo de Ratisbona, y santo Tomás de Aquino (siglo XIII), el *doctor angelicus* y príncipe de los teólogos. Y conste que soy muy consciente de haber usado la palabra «barrabasadas», de lo que no me arrepiento, porque es cierto que «*amicus Plato*» no lo es menos «*sed magis amica veritas*». Estos tres santos teólogos, siguiendo los disparates que siglos antes había establecido el gran Aristóteles sobre la inferioridad de la mujer con respecto al varón (entre ellos que «la mujer es un varón defectuoso»), muestran en sus escritos, por activa y por pasiva, un machismo del que los cristianos de hoy nos tenemos que avergonzar y del que debemos aprender que por muy encumbrada que esté la persona autora de ideas semejantes, uno no tiene que creerlas ciegamente y debe siempre reflexionar con su propia mente.

Estos santos y no tan sabios varones nos han dejado pensamientos tan peregrinos como que la mujer, por ser la culpable del pecado original en el que incurrió toda la humanidad, tiene sus partos con dolor. Y dicen además que ella es la transmisora de este pecado de generación en generación; que la mujer

únicamente fue creada para la continuación de la especie; que la inteligencia de la mujer es muy inferior a la del hombre y que por tanto tiene que estar sujeta a él y lógicamente, según ellos, la exclusión de las mujeres del sacramento del orden es como un castigo al pecado de Eva.

A pesar de toda esta tradición nefasta en desdoro de la mujer, en la actualidad, y no sé si gracias al Espíritu Santo o al santo sentido común, el pensamiento general de la Iglesia es totalmente opuesto a estos disparates de otro tiempo, y a la mujer, en cuanto a inteligencia y dignidad, se le confiere la misma categoría que al hombre, en consonancia con los avances que se han producido en las esferas civil y social.

Otra razón para la exclusión es que si Cristo hubiese querido que las mujeres pudiesen también ser ordenadas de sacerdotisas, hubiese ordenado a su madre, pues lo merecía más que los apóstoles. A veces, estas razones, a pesar de que rebuscadamente se apoyan en la Biblia, a la larga, a pesar de haber sido establecidas por teólogos muy serios y piadosos, resultan algo chuscas. Veamos este ejemplo: «Si la cabeza de la mujer es el hombre [«vir caput mulieris», según san Pablo], no sería justo que el resto del cuerpo estuviese encima de la cabeza». Sobran comentarios.

El argumento, basado en el hecho innegable de que todos los apóstoles eran varones, pierde todo su valor cuando lo equiparamos al hecho de que todos los varones eran casados y, sin embargo, la Iglesia no tiene eso en cuenta para abrir la mano al matrimonio de los sacerdotes.

Entre los cristianos de rito oriental, a las mujeres sí les es permitido vivir como esposas de un sacerdote; en cambio, la puerta de la ordenación sacerdotal les está tan cerrada a ellas como entre las católicas, probablemente incluso más. Tanto entre rusos como griegos o países balcánicos, apenas hay nadie que ose levantar la voz reclamando tal cosa. Únicamente entre los popes que viven en Estados Unidos al cuidado de la escasa grey ortodoxa ha habido alguna tímida voz que se haya atrevido a decir algo.

Prescindiendo de lo que puedan hacer otros grupos cristianos, y obviando también lo que hayan expresado padres de la Iglesia y teólogos a lo largo de los siglos, e incluso dejando a un lado, lamentablemente, el enfado que la medida puede causar en los puristas, creemos que ha llegado la hora de abrir la puerta del sacramento del orden a las mujeres. Y no lo decimos por «estar con los tiempos» ni por miedo a que si no lo hacemos nos llamen anticuados. Creemos que es algo de justicia y de sentido común, que además de estar de acuerdo con la fundamental idea de la Iglesia que siempre ha defendido que hay que estar abiertos a todos sin excepción, no va contra ninguno de los dogmas del cristianismo.

Soy muy consciente de que estas sugerencias serán muy criticadas tanto por los de un bando como por los de otro, pero la Iglesia no puede seguir prescindiendo de una manera tan radical de la mujer en algo tan importante como la administración de los sacramentos.

XVIII

EL «PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO»

Este es un capítulo fundamental del libro, donde es muy probable que muchos de mis lectores se divorcien de mi manera de pensar y digan que soy un paranoico. Están en su derecho y hasta es muy posible que yo me equivoque, pero mucho más se equivocan quienes no caen en la cuenta de la enormidad de los cambios que están sucediendo en la humanidad; cambios radicales de todo tipo que también afectan al enfoque simplista que el cristianismo tiene sobre el Más Allá y sobre cosas tan fundamentales como el significado de la redención y la salvación.

Hay en el capítulo 12 del Evangelio de San Juan una pequeña frase de Cristo («Príncipe de este mundo») de una enorme trascendencia, que sirve para explicar no solo todas las religiones sino la causa de la espantosa historia de la humanidad. ¿Quién es este príncipe al que de una manera tan extraña e inesperada se refiere Jesucristo, cuando además añade a continuación que el tal príncipe no tiene poder ninguno sobre Él?

Ese príncipe, jefe de una legión de seres semejantes a él, es un ser que aunque no tiene un cuerpo visible, existe realmente, es enormemente inteligente, muy malvado, no quiere que sepamos que está entre nosotros y todavía menos que caigamos en la cuenta de que él es el que manda y ha mandado siempre en este mundo. Para ello se vale de los máximos gobernantes del planeta, que desde el principio de los tiempos, siglo tras siglo, han sido puestos por él en sus cargos para que, sin que supiesen que estaban controlados, malgobernasen el mundo y mantuviesen a la humanidad en constantes disensiones y guerras.

Si se acepta que tal ser es muy malvado, muy inteligente y muy poderoso, se llega a la conclusión de que todos los males que suceden en nuestro planeta se deben a él. Pero para llegar a esta conclusión, primero hay que aceptar que tal ser existe, y esta es la primera gran dificultad que la mayoría de los humanos no logran salvar, y por eso nos pasamos la vida echándonos la culpa unos a otros de todas las innumerables calamidades que afligen a esta pobre humanidad.

Los jerarcas del cristianismo saben muy bien que tal ser existe (no tienen más remedio que saberlo porque repetidamente lo ven aparecer en la Biblia) y de ello han hablado en muchos documentos oficiales, pero tienen de él una idea muy parcial, porque creen que su acción se limita a tentar a la humanidad para que se olvide de Dios y no cumpla sus mandamientos. En realidad, esa es su principal intención; pero un medio para lograrla es sembrar el caos y el malestar entre los humanos con pobrezas, hambrunas, desgracias, malentendidos y discordias de todo tipo, porque con ello logran que estos se rebelen contra Dios y le culpen de todos sus males.

En los últimos tiempos, los cristianos descreídos han olvidado por completo estas palabras de Cristo, y lo que es peor, los predicadores y no pocos teólogos las interpretan de diversas maneras, dándoles un significado diferente de lo que Cristo quería decir.

La megaciencia y los intelectuales (¡que han descubierto nada menos que la Partícula de Dios!) no creen en tal príncipe y dicen que es solo una patraña religiosa más. Porque resulta que, según la Iglesia, el tal príncipe es nada menos que Satanás. Y para ellos, como para muchos teólogos y cristianos progres, Satanás, como ente individual y concreto, no existe. Para ellos Satanás es solamente una «virtual concreción del mal», un arquetipo, y prefieren no ahondar en el tema. Ya el año 1953 Giovanni Papini, en su libro *Il Diabolo*, escribía: «Los teólogos apenas murmuran de él, como si se avergonzaran de su existencia real o tuvieran miedo de mirarlo frente a frente».

Sin embargo, para un creyente fiel la creencia en el diablo o Satanás es algo que pertenece a las verdades profundas del dogma. Satanás para la Iglesia es un ser concreto, inteligente y muy poderoso que, aunque no lo veamos, tiene una influencia muy grande en la vida de cada ser humano individualmente considerado, y una influencia enorme en la sociedad considerada como un todo. Una prueba de ello es haber logrado que la humanidad crea que él no existe.

El día 15 de noviembre 1972, el pontífice Paulo VI asombró al mundo con sus inesperadas declaraciones sobre la existencia real de Satanás y sobre su acción dentro de la Iglesia. Lamentándose de los malos resultados del Concilio Vaticano II, escribía: «Una potencia hostil ha intervenido. Su nombre es el diablo. Ese ser misterioso del que san Pedro habla en su primera carta. ¿Cuántas veces en el Evangelio Cristo nos habla de este enemigo de los hombres? Nosotros creemos que un ser preternatural ha venido al mundo para turbar la paz [...] y para sembrar la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud y la insatisfacción».

Y como el pontífice sabía que lo que estaba diciendo era de gran importancia e iba a encontrar mucha resistencia, lo remachaba diciendo: «Una de las necesidades más grandes de la Iglesia es defenderse de ese mal que llamamos demonio. [...] Satanás es un ser viviente, espiritual, pervertido y pervertidor, realidad temible, misteriosa y terrible».

Efectivamente, no tardaron en aparecer las críticas de ciertos teólogos progresistas, pero el Papa no se calló: «Los que se niegan a reconocer la existencia del diablo, o los que lo consideran como un principio autónomo que no tiene su origen en Dios, y también los que lo explican como una pseudorealidad inventada por la mente para personificar las causas desconocidas de nuestros males, se separan de las enseñanzas de la Biblia y de la Iglesia».

Y para los católicos de izquierda que creen que el papa Francisco va a suprimir creencias viejas como la del «Príncipe de este mundo» y concretamente la de la existencia real de Satanás, transcribiré un párrafo de la homilía que pronunció el 11 de octubre de 2013 en la Casa Santa Marta, hablando de un pasaje evangélico en el que Jesús curaba a un endemoniado: «Hay algunos sacerdotes que cuando leen este pasaje del Evangelio, este y otros, dicen que Jesús curó a una persona con una enfermedad mental. Pero eso no es lo que leemos en el Evangelio. Es cierto que entonces se podía confundir una epilepsia con la posesión del demonio, pero también es cierto que existe el demonio. Y nosotros no tenemos derecho a simplificar las cosas diciendo que todos aquellos no estaban poseídos sino que eran enfermos mentales. ¡No! La presencia del demonio está en la primera página de la Biblia, y la Biblia termina también con la presencia del demonio y con la victoria de Dios sobre el demonio».

Hay que reconocer que algunos hechos como el que nos narra san Lucas (Lc 8, 30) de la transmigración de los demonios del poseso a la piara de puercos y otros similares son realmente extraños e inquietantes, pero no podemos dudar de ellos porque los vemos en todos los evangelistas y a Jesús actuando repetidamente contra ellos. Y quienes nos hemos dedicado a estudiar hechos paranormales tampoco podemos extrañarnos demasiado ante ellos, porque nos los hemos encontrado a lo largo de nuestras investigaciones[7].

Si hemos de tomar al pie de la letra las palabras de Cristo tendremos que hacernos unas cuantas preguntas sobre cuál es el origen de Satanás y sobre sus actuaciones e intereses. Y si en realidad es un príncipe, convendría saber quiénes son sus súbditos y hasta qué punto tiene dominio sobre ellos.

En líneas anteriores quedó expresado que este ser o conjunto de seres tienen una gran influencia sobre los humanos, que en ocasiones puede llegar a ser total. Y llegados a este punto no tenemos más remedio que poner sobre el tapete aspectos que a muchos lectores les resultarán chocantes, mientras que para otros solo serán producto de una mente fanática esclava de un credo religioso. Lo siento por el lector que así piense, porque él es quien está preso de un enorme engaño que ha perdurado por los siglos y del que en buena parte son culpables todas las religiones del mundo, en las que este mismo «príncipe» se ha entrometido y con las que nos ha engañado.

Hay otra frase de Cristo que para mucha gente no significa nada porque es tremendamente críptica y que yo creo que está directamente relacionada con la del «Príncipe de este mundo». La frase es: «La verdad os hará libres». ¿A qué verdad se está refiriendo Cristo? Se refiere a que los humanos desconocemos la terrible verdad de que estamos dominados por un ser malvado, que es el que en realidad manda y ha mandado siempre en el mundo, y de que en realidad somos sus súbditos, sometidos a sus malignas influencias. Conocer esta verdad será lo que nos liberará de continuar siendo sus esclavos.

Pero ¿qué pruebas existen de esta esclavitud y de la gran maldad de este príncipe? La primera y de un tipo general es la horrenda historia de la humanidad, que no es más que la directa influencia de este perverso príncipe que siglo tras siglo nos ha tenido peleando entre nosotros y sometidos a toda suerte de calamidades y desgracias. La humanidad no será libre hasta que no se entere y admita la terrible verdad de que es esclava de un ser o seres malvados a los que la Iglesia llama «demonios» y que todas las religiones sin excepción aceptan y denominan con mil nombres diferentes.

Pero los intelectuales, la megaciencia, los grandes medios de comunicación, la ONU, Hollywood, la masonería mundial, los Hawkings, Dawkins, Obamas o cualquiera de los grandes títeres que este «príncipe» y sus ayudantes han colocado en puestos prominentes, dicen que Satanás no existe, que la religión es cosa del pasado, que lo realmente importante en el mundo son los grandes descubrimientos científicos, el Ibex, Wall Street, el FMI, y que lo que mola son los festivales de rock, los Óscars, los campeonatos mundiales de cualquier deporte y Madonna o Lady Gaga. Y la humanidad, como un enorme rebaño de borregos, atontada con millones de pantallas, es conducida mansamente hacia el caos.

Las autoridades siguen sin enterarse porque, dominadas e inconscientemente esclavizadas como están, su principal tarea es defender sus privilegios y los de las familias de banqueros que dominan las finanzas y la política del mundo, para que continúen los problemas y el malestar general. Y el pobre ser humano que siga sin enterarse de la gran verdad, continuará preguntándose por qué tanto malentendido, tanto dolor, tanta injusticia, tanto odio, tantas catástrofes y tantas enfermedades, sin saber que estas son también obra de este maligno príncipe que quiere tener un total dominio sobre nosotros. Sé perfectamente que estas son verdades muy difíciles de admitir, pero esta resistencia a admitirlas, a pesar de la evidencia que supone la espantosa historia humana, es una gran prueba del enorme poder que tienen sobre nuestras mentes y sobre todas nuestras vidas estos «Príncipes de este mundo» que «no existen».

Hasta no hace mucho tiempo, cuando alguien decía que oía voces dentro de su cabeza, automáticamente caía en manos de dos tipos de especialistas: los psiquiatras y los teólogos. Los primeros, bastante prejuiciados por su concepción miope del ser humano obtenida de los estudios universitarios —en mantillas aún sobre el conocimiento de la mente—, lo verán seguramente como el errático funcionamiento de su cerebro desequilibrado en virtud de una esquizofrenia, paranoia, falsa memoria o personalidad

múltiple. Los segundos, si las voces decían provenir de algún ser celestial e incitaban a cumplir las viejas creencias o a comenzar unas nuevas, tratarían de ver si aquello provenía de Dios o del diablo.

Sin embargo, en la actualidad han cambiado mucho las cosas. Hoy, ante un hecho así, ya no son solo dos los grupos de expertos interesados. Hay nada menos que siete tipos de especialistas a quienes este fenómeno puede interesarles: psiquiatras, psicólogos, parapsicólogos, ovnílogos, espiritistas, teólogos y exorcistas. Los profesionales de la salud no creerán que intervengan en el suceso fuerzas o inteligencias extrahumanas. Sin embargo, los parapsicólogos, no estarán tan prejuiciados y tratarán de determinar si las voces proceden del psiquismo del individuo o de una inteligencia o fuerza exterior a él. El ovnílogo (mal llamado ufólogo) se interesará por la presencia de algún ser extraterrestre (y en este caso el individuo recibirá el nombre de «contacto» o «contactado»). Por su parte, el espiritista procurará ver si se trata del espíritu de algún muerto que quiere comunicarse. El teólogo intentará saber si las voces proceden de algún personaje celestial. Por último, el exorcista analizará si lo que se manifiesta a través del pobre hombre es Satanás o alguno de sus ministros, y, en caso de que así fuese, intentará mediante un exorcismo que el desagradable huésped abandone el cuerpo del ser humano. En este caso es donde de nuevo nos volvemos a encontrar claramente con el «Príncipe de este mundo», aunque es muy posible que no estuviese ausente en los otros casos, a pesar de las apariencias y de los diagnósticos de los especialistas.

En realidad, por mucho que la ciencia oficial desprecie estos temas, existen cuatro tipos de seres inteligentes no humanos que tienen relación con los seres humanos:

1. Los que la Iglesia ha llamado siempre «ángeles buenos».
2. Los ángeles rebeldes a Dios o demonios, de los que repetidamente habla la Biblia.
3. Los extraterrestres de muchas razas diferentes llegados de otros planetas u otras dimensiones (aunque algunos de ellos dicen estar aquí desde antes que la raza humana actual).
4. Los espíritus de los muertos.

Indudablemente, los demonios, servidores del «Príncipe de este mundo» (a los que Cristo expulsaba de los cuerpos), entrarían en la segunda categoría, y yo me inclino a creer que aquellos demonios que expulsaba Cristo y estos seres malignos con los que batallan los exorcistas son los mismos reptilianos negativos procedentes de ciertos planetas que nos encontramos en la ovnilogía8. Y me inclino a creerlo porque conozco casos en que un contactado que lo estaba pasando muy mal, poseído por un ser reptiliano, únicamente pudo liberarse de su esclavitud después de invocar a Jesucristo. Y me confirma esta creencia el hecho de ver cómo las grandes autoridades del mundo —dominadas por completo por estos seres reptilianos[8]— luchan abiertamente contra los valores predicados por el cristianismo y de una manera especial contra la persona de Cristo, al que quieren hacer desaparecer de la historia.

Pese a que a muchas personas, atontadas por el zafio materialismo que impera en el ambiente y por la propaganda de una ciencia enemiga de lo espiritual, pueda parecerles que de los siete especialistas de los que hablábamos antes sobran cinco, porque basta con los dos primeros, y que estos seres de los que hablamos son pura imaginación, la verdad es que el número de personas que acuden a estos especialistas va en aumento, debido a la injerencia de estas influencias extrañas sobre sus mentes. Solo en lo que se refiere a exorcismos, recientemente se ha visto cómo el arzobispo de Madrid, de un día para otro, elevó a ocho el número de exorcistas de su archidiócesis en vista del extraordinario aumento de casos de magia negra. (Por supuesto, los progres y los sabios, como no creen en el «Príncipe de este mundo», tampoco saben que este está estrechamente relacionado con la magia negra).

En cuanto a los espíritus de los muertos, la Iglesia, si bien admite la inmortalidad del alma, comete el gran error de confundir y casi identificar al espiritismo con el satanismo. Es cierto que al espiritismo le ha pasado lo que a todas las religiones: que la doctrina original y auténtica ha sufrido muchas distorsiones y falsificaciones provenientes de mentes humanas extraviadas y de las influencias extrahumanas de las que estamos tratando, muy interesadas en que las originales y verdaderas no se conociesen. Pero muy curiosamente, el espiritismo genuino, el de Allan Kardec, conserva de una manera muy pura las enseñanzas fundamentales de Jesucristo basadas en la tolerancia, en la justicia y en el amor. Y entre estas enseñanzas está la de que los espíritus de los muertos se pueden comunicar con nosotros. De ello hay millones de casos atestiguados por personas de las que no podemos dudar.

Cuando más arriba apunté que todas las religiones habían contribuido a que no descubriésemos la gran mentira que nos ocultaba la gran verdad, me estaba refiriendo a que todas, al hablarnos de la existencia de un Dios Universal y Omnipotente —para hacerse creíbles y no contradecir a nuestra inteligencia—, nos entregaban la gran verdad de una Primera Fuente o de un Creador Universal, pero nos la entregaban contaminada. En primer lugar no nos decían que había otros dioses pequeños que trataban con sus malas insinuaciones de alejarnos del verdadero Dios Grande mediante las acciones que ellos nos sugerían; y en segundo lugar nos presentaban a Dios como un individuo más, un ser más. Eso sí, muy grande, muy inteligente y con mucho poder; algo así como un gran rey con infinitos poderes, pero también con los defectos que tienen todos los grandes emperadores de nuestro mundo: celosos y vengativos. Pero la verdad es que la inteligencia creadora del Cosmos es algo completamente inimaginable por nuestro pequeño cerebro.

Lo que se les presentó a los israelitas, aunque se les mostró como el Dios Universal, era uno de esos pequeños dioses falsos y malvados que, igual que los otros, les exigía sacrificios de animales.

Como ya establecimos, el Yahvé del Paraíso era tan reptil como la serpiente con la que discutía. Cristo nos advirtió claramente de la existencia de estos falsos dioses entre nosotros cuando nos habló del «Príncipe de este mundo», pero no le hicimos caso, y la «humanidad culta», y por desgracia muchos cristianos, siguen sin hacérselo. Y así nos va, con unas sociedades «electrónicas» con avances sofisticadísimos pero con millones de personas muriéndose de hambre, con revueltas constantes y asesinatos por todas partes, con una ONU secuestrada, con una canalla gobernante corrupta hasta la médula, con un terrorismo incontrolado, con un número preocupante de naciones ingobernables y con un planeta que cada vez se acerca más al caos total.

Esos dioses, tal como nos dicen las tablillas sumerias y hasta el propio Génesis, no son espíritus puros; pueden tener un cuerpo físico cuando quieren porque tienen poder para hacerlo, lo mismo que tienen tecnología para viajar hasta nosotros, porque estos dioses proceden de otros planetas y de otros planos dimensionales. La ciencia no cree esto posible y en su enfatuamiento, y por puro amor propio, a pesar de los miles de pruebas que hay, no ha querido reconocer que esos dioses siguen existiendo en nuestros días; seres que, valiéndose de sus estrategias, continúan interfiriendo con la raza humana a través de las perversas autoridades que ellos influencian en los puestos de mando para que sigan manipulando al ser humano y engañándolo en cuanto a su existencia.

Y mientras tanto, nuestros miopes intelectuales siguen tragándose la bola de que el fenómeno ovni es un cuento y no saben que algunos de los que se manifiestan en los modernos ovnis son los mismos dioses de que nos hablan el Génesis y las tablillas sumerias, y que algunos de ellos son los mismos demonios que Jesucristo expulsaba de los cuerpos de los endemoniados.

Los líderes religiosos, con los científicos, filósofos y políticos, siguen inconscientemente obedeciendo sus órdenes, inventando ideologías antihumanas y haciendo leyes injustas para tener malhumoradas a las

masas. Siguen fabricando armas cada vez más sofisticadas para que nos sigamos matando; siguen sembrando el odio racial y religioso entre los pueblos y siguen sugiriéndole a un grupo de banqueros estrategias financieras para arruinar a todo el mundo y así sembrar el desaliento y el caos en el planeta. Siguen impulsando la globalización salvaje, para así facilitar el Nuevo Orden Mundial, el *Novus Ordo Seclorum* que lleva más de un siglo impreso en los billetes de Estados Unidos. El «Príncipe de este mundo» quiere ser el rey de este Nuevo Orden Mundial, y para ello, valiéndose de sus peones humanos, ha estado trabajando furiosamente durante el último medio siglo. En estos últimos tiempos, en otros planos inasequibles por nuestros sentidos, se está llevando a cabo una formidable guerra entre las fuerzas del mal y los ángeles buenos relacionada con el control de nuestro planeta. Las grandes autoridades civiles y religiosas no son conscientes de esta batalla, preocupadas como están en sus luchas por el poder sobre los asuntos terrenales o por la conservación de sus creencias tradicionales.

Algunos científicos famosos como Carl Sagan, muy conocido por su serie televisiva Cosmos, pusieron toda su fama y todos sus conocimientos al servicio del encubrimiento ovni. A su muerte se supo que él conocía perfectamente la realidad e importancia del fenómeno ovni y que estuvo de acuerdo con las autoridades civiles y con el Pentágono, no solo en la organización del congreso de Búsqueda de inteligencia extraterrestre (SETI, por sus siglas en inglés), en 1986 en Byurakan (Crimea), junto con científicos rusos, sino también en todos los programas del engañoso y absurdo programa SERENDIP de búsqueda de inteligencia en el universo, que pretende encontrar en espacios lejanos lo que ya tenemos desde siempre entre nosotros.

Como seguramente más de uno me habrá anatematizado por haber mezclado los ovnis con la religión, presentaré un hecho que para mí, al mismo tiempo que es el suceso culminante de toda la investigación y casuística de los ovnis, pertenece por otra parte, y de una manera eminente, a la historia del cristianismo por haber participado directamente en él nada menos que un Sumo Pontífice.

Se trata de la conversación que el papa Juan XXIII tuvo con un ser salido de un pequeño ovni que se posó en los jardines de Castelgandolfo el año 1961, cuando el Papa paseaba con su secretario, el sacerdote Loris Francesco Capovilla. He aquí cómo este lo dejó consignado en una conversación con un periodista inglés, con el que tuvo una larga charla sobre los muchos años que estuvo de secretario de Juan XXIII. Esta conversación apareció en el diario *The Sun* de Londres el 23 de julio de 1985 y luego ha sido reproducida en otros medios de comunicación. Así apareció en el diario:

> El Papa y yo estábamos caminando a través del jardín una noche del mes de julio de 1961, cuando observamos sobre nuestras cabezas una nave muy luminosa. Era de forma oval y tenía luces intermitentes de un color azul y ámbar. La nave pareció sobrevolar nuestras cabezas por unos minutos y luego aterrizó sobre el césped en el lado sur del jardín. Un extraño ser salió de la nave; tenía forma humana a excepción de que su cuerpo estaba rodeado de una luz dorada y tenías unas orejas más alargadas que las nuestras. Su Santidad y yo nos arrodillamos; no sabíamos lo que estábamos viendo pero supimos que fuese lo que fuese no era de este mundo y por tanto debía ser un acontecimiento celestial. Rezamos y cuando levantamos las cabezas el ser estaba todavía allí. Esto nos demostró que no era una visión lo que vimos.
>
> El Santo Padre se levantó y caminó hacia el ser; los dos estuvieron alrededor de veinte minutos el uno frente al otro. Se los veía gesticular como si hablaran, pero no se escuchaban sonidos de voces. No me llamaron, por lo que permanecí donde estaba y no pude oír nada de lo que hablaron. Luego el ser se dio la vuelta y caminó hacia su nave y

> enseguida se elevó. [...] Después de que el ser extraterrestre retornó a su nave y despegó, el Papa y yo continuamos nuestro paseo como si nada hubiera pasado. Varias veces después de aquel suceso, el Papa y yo caminamos a través del jardín, y sus ojos miraban hacia el cielo. Él nunca dijo nada de platillos volantes, pero estoy seguro de que ambos teníamos a los visitantes extraterrestres en nuestras mentes.

En medio del texto de *The Sun* he puesto puntos suspensivos, que corresponden al escueto comentario que el pontífice le hizo a su secretario de los veinte minutos de la conversación que tuvo con el ET, y que fue el siguiente:

> «Los hijos de Dios están por todas partes, aunque algunas veces tenemos dificultad en reconocer a nuestros propios hermanos».

Inexplicablemente para los teólogos, el Papa, además de admitir su existencia real, llama ¡«hijos de Dios»! a los extraterrestres. Y también inexplicablemente (o más bien muy explicablemente), este hecho trascendental, más importante que los miles de casos que los ovnílogos han estado investigando en los últimos sesenta años, apenas ha tenido eco ni entre los ovnílogos ni entre los teólogos. Y es que mezclar la religión con los ovnis no es ni teológica Ni ovnilógicamente correcto. Pero este hecho es una rotunda confirmación de la total relación existente entre las religiones y el fenómeno ovni, que es la tesis que defiendo en mi libro *Teovnilogía*.

Por supuesto que para los «intelectuales» y para los eternos negadores, este hecho es un bulo más de los muchos que corren relacionados con el fenómeno ovni y en torno a la personalidad de Juan XIII. Pero el autor de este «bulo» es nada menos que un cardenal que en la actualidad (año 2015), con 99 años, vive. Preguntado no hace mucho —a propósito de la reedición del libro en el que él narra los muchos años que convivió con Juan XXIII— sobre la veracidad de estos hechos, se reafirmó en todo lo que dice en el libro.

Es muy curioso que el Papa le dijo que guardase silencio sobre lo que ambos habían visto y que en veinte años no escribiese nada sobre ello, petición que Francesco Capovilla obedeció religiosamente. Seguramente Juan XXIII se dio cuenta, mejor que los teólogos, de que este hecho tiene más trascendencia que las enrevesadas argumentaciones con las que se nos quiere presentar a Dios. Y al mismo tiempo también vio el peligro que tal hecho suponía para ciertas creencias cristianas que se tienen por inmutables. En el capítulo dedicado a Jesucristo expondré la manera en que Él trató de abrirnos los ojos ante esta gran realidad, aunque la humanidad le haya hecho muy poco caso.

Tengo que confesar que durante bastantes años mi enfoque de la persona de Cristo estaba bastante distorsionado, y aunque trataba de seguir sus enseñanzas, al desconocer la gran verdad que había detrás de su venida no acababa de ver claramente cuál era el fin de mi trabajo.

Yo, gracias el fenómeno ovni, y porque había sido testigo de ello, hacía tiempo que sabía que este planeta era dominado por seres no humanos, pero para mí el gran día fue cuando relacioné aquellos seres con el «príncipe» de que nos habla Jesucristo, que es el «rey de la muerte y la mentira», como Él lo llama. Y fue cuando caí en la cuenta de que «los poderes que están en las alturas», como leemos en el texto de san Pablo, los dioses de las tablillas sumerias, el Yahvé del Génesis, los dioses de las religiones paganas, algunos ovnis, los poderes que dominan el mundo, el gobierno secreto de los conspiranoicos, los que luchan por imponer el Nuevo Orden Mundial, los espíritus negativos de todas las religiones y los

reptiles que tantos contactados han visto, y la Gran Serpiente del Apocalipsis, todo ello pertenece a un conjunto maligno que bajo diversas apariencias mantiene a la humanidad esclava y estancada en su evolución. Toda esta tropa de seres negativos, capitaneados por un Gran Jefe o Demiurgo, es el Satanás que el cristianismo desde el principio ha señalado como el gran enemigo de la humanidad. Pero él, con sus súbditos y su gran poder, se ha ocupado de que los pobres humanos, engañados, no le hayamos hecho caso a Cristo y sigamos creyendo que no existe o que si existe no tiene mucho poder.

Estos son los mismos dioses de la mitología —que no son tan mitológicos como creíamos— de los que nos hablan los griegos y romanos, que siguen estando aquí aunque ahora usen otros disfraces. ¡Nunca se han ido y están en nuestro planeta desde antes que nosotros! Investigando sus variadas y maquiavélicas acciones en nuestros días, descubrí que sus extrañas actuaciones son las mismas que las de los dioses de la antigüedad y, en concreto, que las del falso dios del judaísmo. Se mueven por el espacio en vehículos muy parecidos a los *vimanas* de las milenarias tradiciones hindúes, y tanto entonces como hoy se valen de las nubes para disimular su presencia o incluso para viajar en ellas, tal como hacía el Yahvé bíblico. Tienen el mismo gusto en instigar peleas de unos pueblos contra otros, y hasta son iguales en detalles tan particulares como en su gusto por la sangre, que en el pasado pedían en forma de sacrificios de animales. (Yahvé le exigía a Abraham que abriese en canal a los animales sacrificados y que los dejase así abiertos en el monte, y él se aparecía por la noche «en medio de densas tinieblas en forma de una hornillo ardiente» y pasaba por entre los animales sacrificados, como absorbiendo la energía que desprendían). Hoy en día la sangre se la procuran ellos directamente en las granjas, matando y dejando a los animales sin una gota de sangre. He investigado este tema en varias partes del mundo y tengo muchas fotografías de cantidad de animales muertos y desangrados por estos seres de los que nuestra megaciencia y nuestros intelectuales no quieren saber nada, porque «no existen».

La persona que no sepa que en nuestro planeta hay otros seres inteligentes que no son humanos es un despistado aunque tenga muchos títulos universitarios, porque desconoce la gran verdad de que los humanos estamos dominados por esos seres, mucho más inteligentes que nosotros, y que de una manera u otra se alimentan de nuestras energías. Y sobre todo se nutren de las ondas que nuestro cerebro produce con el sufrimiento.

¿Tiene un cuerpo físico este «príncipe» o «príncipes»? Cuando se presenta «disfrazado» de cosmonauta pilotando un ovni, entonces claramente tiene cuerpo físico, aunque como sus orígenes y procedencias son muy diferentes, sus cuerpos físicos son también muy distintos, y no solo sus cuerpos físicos sino sus mentes e intenciones. Aunque no lo digamos, somos muchos los que podemos dar testimonio de ello.

Como una anotación final diré que ni mucho menos todos los tripulantes de los ovnis y todos los seres extrahumanos que sin que lo sepamos conviven con nosotros merecen el calificativo maldito de «Príncipe de este mundo» al que se refería Jesucristo; solo una minoría de ellos son los que odian a la humanidad y desean nuestro mal, pero estos son los que mandan en el mundo y son mucho más activos que los que son neutrales o los que quieren ayudarnos.

---

[7] Algún lector podrá decir que yo me atengo a lo que dice el Evangelio cuando me conviene y no le hago caso cuando no me conviene. En esto, como en todo, trato de usar la inteligencia y el santo sentido común. Las noticias que tenemos del infierno son muy indirectas y contradictorias, y además pugnan contra la inteligencia, mientras que de este maligno príncipe tenemos infinitas pruebas. Pruebas físicas y concretas de hoy. El que ni la megaciencia ni los intelectuales las conozcan se debe solo a su soberbia y a su cerrilismo.
[8] Este tema lo desarrollo en el libro *Teovnilogía*.

XIX

JESUCRISTO

Con algo de maldad, se ha querido hacer fundador de la religión cristiana a san Pablo. Efectivamente él fue quien con sus escritos asentó, de una manera un poco enrevesada, los cimientos de lo que en el futuro sería la teología católica, pero la esencia del pensamiento de Cristo, sin perifollos doctrinales ni rituales añadidos, hay que buscarla en sus enseñanzas y en los ejemplos de su vida que vemos en los Evangelios.

No voy a dedicar espacio alguno a las muchas discusiones sobre el origen de los Evangelios, incluidos los apócrifos y pseudoepígrafes, que aunque no son admitidos por la Iglesia, nos ayudan a conocer aquellos tiempos y ciertas circunstancias que por una razón u otra no están en los Evangelios. Por ejemplo, en el año 1945, en Nag Hammadi (Egipto), se encontraron muchos documentos muy antiguos, de los que los más importantes eran los llamados *Evangelio de Tomás*, *Evangelio de Felipe* y *Evangelio de la Verdad*. En ellos aparecían frases y hechos de Cristo que no están en los Evangelios pero que son citados por los padres de la Iglesia como auténticos, y por supuesto enseguida se enzarzaron los eruditos en cuanto a la originalidad de aquellos documentos y en cuanto a la interpretación y al valor que había que darles a muchos de aquellos versículos de un sospechoso sabor gnóstico.

Tampoco ahondaré en fechas y orden de su composición, copias, traducciones, interpolaciones, etc. Eso queda para los especialistas, que corren el peligro de que por el hecho de examinar tan de cerca y tan científicamente los textos, pierdan de vista lo que trasciende del conjunto de la vida de aquel ser extraordinario que Dios nos envió para que abriésemos los ojos y cayésemos en la cuenta de que estamos bajo el dominio de unas entidades malignas y de que únicamente siguiendo las instrucciones y los ejemplos que Él nos dejó con su vida podremos liberarnos de ellas, dejando de hacernos la guerra y llevando unas vidas mucho más alegres y pacíficas, al mismo tiempo que nos preparamos dignamente para el Mas Allá. Un Más Allá ni tan atemorizador ni tan simple como nos dice la doctrina oficial.

Reconozco que en años anteriores fui bastante crítico con unos cuantos aspectos del cristianismo y hasta con el mismo Cristo, porque me dejé influenciar por ciertas malas corrientes falsamente emanadas del Concilio Vaticano II y por el veneno que este «príncipe» del que acabo de hablar predicaba de manera sutil a través de los medios de comunicación y creadores de opinión de corriente laicista. Este alejamiento del genuino pensamiento de Cristo y acercamiento a las ideas de la izquierda me brindó la oportunidad de conocer la vaciedad, la ignorancia, el fanatismo y el rencor ciego que reina en todas las ideologías que, consciente o inconscientemente, se derivan del marxismo.

Jesucristo es el personaje central, fundamental e insustituible en el cristianismo, y a la vista del caótico panorama que ofrecen todas las religiones y del fracaso de otras ideologías y filosofías que han querido suplantarlo podemos decir que es un personaje clave para el mundo entero. La ideología cristiana no está basada en sus escritos (porque no dejó ninguno), sino en su vida y en sus enseñanzas, recogidas por sus discípulos y apóstoles, que las dejaron plasmadas en los cuatro Evangelios canónicos, alrededor de

medio siglo después, y en otros muchos escritos de los sucesores inmediatos de los apóstoles, llamados «padres de la Iglesia». Indudablemente, en los dos mil años largos transcurridos desde que Cristo nos dejó, ha habido miles de escritos sobre su persona y sus doctrinas, pero uno tiene que ser cauto en sus lecturas porque en lo que hoy se nos presenta como doctrina de Jesucristo hay mucha invención y mucha imaginación de escritores que incluso con buena voluntad le atribuyen a Cristo doctrinas que ellos se imaginan y que son únicamente proyecciones inconscientes de sus deseos secretos y hasta de sus frustraciones. Incluso en los mismos escritos oficiales (el Nuevo Testamento) no tenemos más remedio que deducir la intromisión furtiva de manos foráneas —bienintencionadas o malvadas— cuando nos encontramos con ideas y mandamientos que son un atentado contra el sentido común, como es la creencia en el infierno eterno.

En cuanto a las noticias que circulan en los últimos años sobre que los Evangelios no fueron escritos por los cuatro evangelistas sino por varios romanos cultos y sobre la no existencia de Jesucristo, hay que decir rotundamente que son puros infundios que, sin base alguna, forman parte de la formidable campaña que el «Príncipe de este mundo» tiene montada desde hace siglos contra el cristianismo y en especial contra su fundador. No merecen que perdamos tiempo en refutarlos.

El cristiano que quiera conocer a fondo la ideología de Cristo tiene que convertir el Evangelio en su libro de lectura diaria y leerlo y releerlo durante toda su vida, porque es muy posible que le ocurra lo que a muchos nos ha ocurrido: que después de años de haber pasado la vista muchas veces por esta o aquella frase y no haber descubierto en ella nada de particular, un buen día, casi de repente, descubrimos su hondo significado que siempre se nos había escapado. Las amenazas de castigos eternos y el espíritu rigorista que también encontraremos en algunos pasajes de los Evangelios son otra muestra más de lo mucho que el «Príncipe de este mundo» ha trabajado a lo largo de la historia —al igual que lo hizo en otras religiones— para deformar las doctrinas del fundador y sembrar la confusión entre sus seguidores.

Contrario a lo que sucede con los fundadores de otras religiones, Jesús de Nazaret apenas exigió a sus seguidores ritos especiales o les puso normas específicas o extrañas para su vida diaria acerca de cómo se tenían de vestir, con quién no se podrían casar o sobre lo que podían o no podían comer, mandamientos absurdos que tan frecuentes son en otros credos religiosos. Los preceptos de Cristo, más que a asuntos materiales, se dirigen al cultivo de las virtudes del espíritu. Ciertas prohibiciones, suntuosas ceremonias y ritos que acabaron convirtiéndose en tradiciones venerables fueron apareciendo con el paso de los años, debido, en mayor o menor grado, a las copias adulteradas de los escritos originales, al fanatismo o a las alegadas «inspiraciones» de sus seguidores, en las que indudablemente tenía mucho que ver el «Príncipe de este mundo».

La idea fundamental de toda su doctrina es el amor al prójimo, que Él resumía en breves frases como «Amaos los unos a los otros», «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti», «Conocerán que sois de los míos si os amáis», «Yo no he venido a ser servido sino a servir» o «Yo he sido enviado para evangelizar a los pobres». Uno de los santos padres, coetáneo casi de los apóstoles, cuenta en una de sus homilías que cuando los discípulos de san Juan Evangelista, ya muy anciano, un día le pidieron que les contase alguna anécdota nueva de Jesús, porque siempre les contaba lo mismo del amor de unos a otros, la contestación de san Juan fue: «Pero es que eso era casi lo único que Él nos decía»

Y en cuanto a los lugares de adoración, una frase suya fundamental era: «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren». No impuso ofrendas materiales ni fechas especiales ni vestiduras sagradas, y tampoco exigió que le edificasen templos. Una cosa muy curiosa que leemos en los Evangelios es que, cuando habla de Dios, siempre dice «mi Padre» y no usa el nombre de «Yahvé», que tanto se repite en el Antiguo Testamento.

Esta manera de referirse a Dios nos entronca con otro hecho que también es fundamental en la ideología del cristianismo. Este considera a Jesucristo una de las personas de la Santísima Trinidad que constituyen, las tres juntas, la idea que de Dios tiene la teología cristiana. En el cristianismo, a Cristo se le llama «el Hijo de Dios». Un Hijo con mayúscula, porque Él mismo, haciéndose eco de las veces que se dice en el Antiguo Testamento, les dijo a sus discípulos, y en general a todos los seres humanos, que todos somos hijos de Dios. Pero de muy buena gana admitimos que Cristo es un Hijo de Dios muy especial, con mayúscula, aunque muy curiosamente, cuando Cristo hablaba de sí mismo, decía siempre «el hijo del hombre».

Respetamos la idea que en el cristianismo hay acerca de las íntimas relaciones que el Cristo-hombre tiene con la Divinidad, porque tal como indicamos en líneas anteriores, renunciamos a penetrar en las entrañas de Dios porque no sabemos cómo son y porque eso lo consideramos un acto ingenuo, audaz, infantiloide y hasta un poco pedante. Pero no podemos tener dudas en llamarle a Cristo «Dios» con mayúscula, cuando desde hace ya más de cuarenta años les vengo llamando dioses a esos turbios personajes del espacio que no buscan precisamente nuestro bien[9].

Ya antes he dicho que años atrás, viendo el proceder que ha tenido a lo largo de la historia la Iglesia, que se considera su representante oficial, me hice un crítico bastante acerbo de ella y hasta en cierto punto de Él, por permitir que los que se declaraban sus representantes y el pueblo que se llamaba cristiano actuasen de una manera tan poco de acuerdo con sus enseñanzas. Pero los años le van limando a uno las ideas y le permiten tener una perspectiva más amplia de las cosas y más comprensiva de la débil inteligencia humana, totalmente incapaz de abarcar la Suprema Inteligencia que rige el universo. Y sin dejar de criticar muchas acciones injustas y antievangélicas de la historia del cristianismo, que ya no se pueden borrar, hice mi vuelta a casa, igual que la del hijo pródigo de la parábola, aunque sin dejar de conservar ciertas críticas y ciertas dudas, porque por mucha fama y dignidad que pueda tener una autoridad, uno no puede renunciar a la propia inteligencia.

Aunque esté muy lejos de ser un especialista, soy bastante buen conocedor de las muchas religiones que en esta y otras épocas han regido las vidas y las creencias de los seres humanos. De hecho, hace bastantes años escribí un libro titulado Las religiones que nos separan. Si es cierto que las religiones han sido un gran medio de contención de las pasiones de los seres humanos y han ayudado a la gobernabilidad de los pueblos, también lo es que han sido una de las mayores causas de odios y de guerras entre todos los pueblos de la Tierra desde los inicios de la historia conocida, y que además han atado las mentes de los creyentes para que no osasen pensar que el universo y la Divinidad eran muy diferentes de como ellas lo concebían.

Uno se asombra de cómo la mente humana puede llegar a ser manipulada para llegar a creer auténticos disparates y monstruosidades e incluso estar dispuesta a dar la vida por defenderlas y propagarlas. Cuando se comparan las muchas aberraciones y crueldades que encontramos en otras religiones con las enseñanzas de amor, perdón y respeto al prójimo que nos enseñó Jesucristo, se da uno cuenta de la enorme diferencia que hay entre aquellas y la ideología y normas de vida que leemos en los Evangelios y que el cristianismo, aunque con muchas defecciones y cobardías, ha ido inculcando en la conciencia de los pueblos a través de los siglos. Es cierto que el cristianismo, considerado en su conjunto, ha tenido también etapas en las que fue tremendamente injusto y violento; pero en la actualidad ya se ha corregido de aquellos defectos. Hoy es mucho más respetuoso con otras religiones e ideologías de lo que ellas lo son con él.

Antes he indicado que a la muerte de los fundadores de las diversas religiones y aun en los momentos de la fundación de estas, el «Príncipe de este mundo» estuvo siempre muy atento para intervenir y

confundir las ideas originales del fundador. Esto lo vemos claramente en el islam, en donde un sospechoso «arcángel Gabriel», al mismo tiempo que le dictaba a Mahoma el Corán con muchas buenas ideas, lo engañaba para que cometiese malas acciones. El «Gabriel» de Mahoma es muy posible que haya sido el mismo maligno personaje que se les presentaba a Abraham y Moisés disfrazado de Dios. Diametralmente opuestas al «amaos los unos a los otros» de Jesucristo eran las aleyas y *suras* que «Gabriel» le dictaba a Mahoma, instándole a que no dejase con vida a ningún enemigo de la fe. Lo mismo que Yahvé hacía con Moisés. El «Gabriel» de La Meca, si no era el mismo, era de la misma calaña que el Yahvé del Paraíso y era el mismo «Príncipe de este mundo» que se le presentó a Jesús y lo tentó, ofreciéndole todos los reinos del mundo si lo reconocía como su superior. Engañó a Mahoma, pero no pudo engañar a Jesucristo. Y aunque esto disguste a muchos, nos lleva a la terrible conclusión de que el islam es una religión que tiene un aspecto satánico que se muestra en que el «odio al infiel» prevalece sobre el «amor al prójimo».

El gran favor que Cristo le hizo a la humanidad fue, como ya expresamos, condenar abiertamente tantas barbaridades, injusticias y fariseísmos y promulgar la dignidad sagrada de la vida humana y la fundamental hermandad de todos los seres humanos, lejos de castas, razas, aristocracias y esclavitudes. A la llegada de Cristo, aunque parte de la humanidad hubiese llegado ya a un cierto desarrollo social, todavía las vidas de la inmensa mayoría de los seres humanos estaban sometidas al capricho de los poderosos, que podían disponer de ellas a voluntad, y todavía las matanzas rituales de hombres y mujeres, y sobre todo de niños, eran cosa común en prácticamente todas las religiones y hasta en las civilizaciones más avanzadas de aquellos tiempos.

Cristo rompió abiertamente con esta falta de respeto a la vida humana, aunque es muy cierto y muy triste que sus representantes oficiales de siglos posteriores, influenciados por fanáticos y visionarios, traicionaron su voluntad, quitándoles la vida a quienes no admitían las doctrinas que ellos habían sentenciado como las únicas ortodoxas. Este es un pecado que quita brillo a los muchos logros de la civilización cristiana y ensombrece toda su historia. Las Cruzadas para reconquistar Tierra Santa, las hogueras a herejes, los tormentos de las diferentes inquisiciones europeas, las guerras religiosas entre cristianos, los abusos de autoridad de muchos jerarcas y el olvido por parte de estos de la tremenda frase «Bienaventurados los pobres» son los grandes pecados del cristianismo con los que traicionó la esencia del mensaje de su fundador.

En la actualidad, todas las ramas del cristianismo se han liberado oficialmente de estas lacras. Sin embargo, algunas salvajadas de aquellas viejas religiones, propias de aquellos bárbaros tiempos, las vemos todavía continuadas y practicadas por gobiernos de países en los que el cristianismo es la religión mayoritaria y se jactan de progresistas. Un ejemplo de esas prácticas es el aborto, que permite que se mate a los niños cuando están todavía en el vientre de sus madres. Los regímenes socialistas y comunistas presentan esto como un avance social, mientras que el catolicismo se ha opuesto siempre rotundamente a ello. Pero la gran paradoja es que muchos de los políticos que han legislado en favor de esta salvajada y muchos de sus votantes, al igual que muchas de las mujeres que la practican, dicen ser cristianos.

El respeto y la obediencia a las enseñanzas de Jesucristo ha sido la guía durante dos mil años para muchos millones de seres humanos y ha sido el gran código ético que amansó las ásperas y bárbaras costumbres de siglos pasados. Si bien es cierto que muchos de los llamados cristianos distaban mucho de seguir fielmente las enseñanzas de Cristo, también lo es que, gracias a ellas, los pueblos fueron poco a poco civilizándose y mejorando sus patrones de convivencia. Las objeciones y la resistencia que hace pocos años presentaron los eurodiputados de Bruselas para reconocer las raíces cristianas de la sociedad europea fueron una vergonzosa traición no solo a nuestros antepasados sino también a la historia. Y la

masonería, por mucho que sus defensores quieran presentarla como una asociación meramente cultural e inofensiva, fue la que estuvo detrás de esa vergonzosa traición, pues no acostumbra a fallar en movimientos desfavorables a la religión cristiana. Aunque los masones de grados bajos lo ignoren y no dejen de ser tontos útiles, la tarea principal de la masonería es hacerle la guerra al cristianismo, y hay que reconocer que en esta tarea destructiva han ganado muchas batallas.

La persona de Cristo tiene un aspecto muy especial que hace que se diferencie de muchos de los otros personajes que la humanidad considera como guías ejemplares y grandes hombres. Aparte de que los cristianos lo veneran como Dios, la persona de Cristo no solo es vista con respeto, tal como se puede ver a un gran legislador o a un superior jerárquico, sino que además, por encima de todo eso y de una manera más profunda, la persona de Cristo es vista con amor por muchos de sus seguidores. Un amor humano que es la causa de que muchos miles de cristianos hayan sacrificado enteramente sus vidas para imitar lo que fue la vida de su maestro. No negamos que el temor a las penas eternas que el cristianismo falsamente predica no haya tenido también que ver en esta entrega de la vida, pero pensamos que es mucho mayor la parte que este amor y el deseo de ser fiel a Cristo han tenido en el generoso acto de poner la vida a su servicio.

Confieso que en toda la explicación que la Iglesia da acerca de la redención y de la salvación, y en concreto en el acto supremo de la muerte de Cristo en la cruz, hay algo que se me escapa o que yo no soy capaz de comprender. Pero, por otra parte, admito que el acto de una muerte tan injusta, tan cruel y tan generosa por su parte es algo que nos predispone muy favorablemente a admitir sus enseñanzas y a sentir hacia Él una tremenda simpatía; simpatía que para el «Príncipe de este mundo» se convierte en tremenda antipatía, pues de hecho lo considera su principal enemigo; una antipatía que este malvado príncipe extiende a todos los que profesan una sincera devoción hacia su principal enemigo y contra los que se ponen abiertamente bajo su protección.

Algunos librepensadores más o menos cristianos, dejando de lado el nebuloso pecado original, comienzan a enfocar el tremendo misterio de la redención, y en definitiva del origen del mal en el mundo, de una manera diferente, que aunque audaz y herética según la ortodoxia, no deja de ser muy original.

El autor ecuatoriano David Cangá Corozo, en su reciente libro *La conspiración de Gabriel*, identifica al primitivo dios judío El con el Enlil de los sumerios, el Yahvé bíblico y el Alá del islam, y lanza la hipótesis de que el arcángel Gabriel —que era otro disfraz de ese mismo dios o bien un enviado especial de él— fue el que urdió la estratagema para que al cabo de los años la mayoría de la humanidad lo adorase a él, cosa que, según Cangá, es lo que en la actualidad está sucediendo. Fundamenta su tesis en que Gabriel está presente en los momentos cruciales de estas tres religiones mayoritarias, porque lo vemos interviniendo directamente con Henoc, Noé, Abraham, Moisés, la virgen María, y dictándole el Corán a Mahoma. El trabajo de David Cangá es exhaustivo y minucioso, y en algunos aspectos muy interesante, pero no tiene en cuenta las grandes manipulaciones y cambios que han sufrido las Escrituras hasta llegar a nosotros y radicalmente se equivoca en el juicio final que hace de Jesucristo.

Otros se preguntan si la muerte de Cristo en la cruz no habrá sido un acto sublime de generosidad por su parte, ante la amenaza del «Príncipe de este mundo» de que, si no se sacrificaba, causaría tremendos males a toda la humanidad. Y que el «Príncipe de este mundo» tiene poder para hacerlo lo ha venido demostrando desde el inicio de los tiempos. Ante un hecho como la redención, tal como la explica el cristianismo, tan abarcador, tan difícilmente explicable y tan por encima de las materialidades humanas, es natural que la mente del hombre pensante trate desesperadamente de encontrar alguna explicación para un hecho tan difícilmente comprensible.

Tal como en líneas anteriores señalamos, la gran realidad que ahora está sucediendo en el mundo —de la que la gran masa no se da cuenta, entretenida como está con deportes, pantallitas y espectáculos— es que se está llevando a cabo una colosal y callada batalla entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Estas fuerzas luchan entre ellas en un nivel fuera de nuestras tres dimensiones y por eso no las podemos ver. Las podemos solo entrever en los rapidísimos cambios de todo tipo que se están produciendo en todo el planeta; no solo cambios sociales, religiosos e ideológicos, con el derrumbe de viejas instituciones tradicionales, sino también cambios telúricos y siderales. Y es que cuando se pelean dos elefantes, mueren muchas hormigas sin enterarse de lo que sucede.

Estas fuerzas invisibles tienen entre nosotros sus representantes humanos, más o menos conocidos, que son los que defienden sus causas. Si tuviésemos que sintetizar y concretar quiénes son esos representantes humanos, podríamos decir que el catolicismo, a pesar de sus muchos defectos, es con los valores del Evangelio el representante de las fuerzas positivas, mientras que la masonería, agazapada tras la ideología de la izquierda y presentándose siempre cínicamente como una institución neutra y progresista, es su mayor enemiga.

Los masones de los grados bajos no se dan cuenta de esto y se creen a pies juntillas lo que les dicen sus superiores de que la masonería es una institución muy seria, preocupada por los problemas de la sociedad, que lucha contra la injusticia y colabora en la evolución de los pueblos. Desconocen la negra historia de los «hijos de la viuda», enfangados en toda suerte de traiciones y conspiraciones.

En la actualidad, la masonería se ha convertido en un estado dentro del Estado, porque en sus juramentos para ayudarse mutuamente (y hay que reconocer que en esto son unos campeones) son capaces de pasarle por encima a cualquier trato previo, promesa, ley o hasta a la propia Constitución, tal como nos narran los historiadores que conocen bien su historia y tal como hemos visto recientemente cuando, bajo la dirección del masón Pascual Sala, el Tribunal Constitucional aprobó el matrimonio homosexual, atropellando a la Constitución, que establece claramente que el matrimonio es entre un hombre y una mujer. Pero era una ocasión de oponerse a lo que dice la Iglesia (y hasta el propio sentido común), y la masonería no la desaprovechó.

Reconozco que mi idea sobre la persona de Jesús de Nazaret les pueda parecer heterodoxa a los teólogos, pero pienso que está más cerca de la realidad que la oficial. Tengo la firme idea de que el Más Allá es totalmente diferente de cómo nos han dicho y hasta que supera nuestra capacidad de imaginación; que nadie sabe nada con seguridad acerca de él. Yo creo en Dios y no creo que haya creado el mundo para abandonarlo o sentenciarlo a muerte, como hacen las madres que abortan. Dios es un padre para su creación, aunque muchas veces no entendamos su proceder, como los niños no entienden muchas veces por qué sus padres los pinchan para ponerles una inyección. Mi mente es demasiado limitada para entender por qué hay tanta maldad en el mundo y menos aún puedo explicarme la razón de la existencia de este «Príncipe del Mal». Pero ante esta realidad, por muy inexplicable que sea para nuestra mente humana, veo muy natural que nuestro Padre haya enviado a alguien poderoso y excepcional para que nos instruyese sobre los medios para liberarnos de tanto mal. Cristo es ese enviado del Padre, y Él, con su venida al mundo, hizo el mayor sacrificio que un ser humano puede hacer para convencernos, sin obligarnos por la fuerza y respetando nuestra libertad. Pero como la maldad está tan arraigada en nuestro planeta, los humanos no le hemos hecho caso. Y así nos va. El «Príncipe de este mundo» con sus huestes sigue trabajando para erradicar toda reminiscencia de Cristo y del cristianismo. Su odio a lo cristiano es tan fuerte y tan irracional que incluso le molestan símbolos tan inocentes y tradicionales como los crucifijos o los nombres de santos de algunas calles.

Es lógico que nos preguntemos por qué nuestro Padre Dios se limitó a enviarnos a los occidentales a alguien que nos abriese los ojos en cuanto a la esclavitud a que estamos sometidos. Pero es que la realidad no es así. El Creador del universo también les ha enviado a los otros pueblos seres muy especiales que los han instruido en el recto camino para que se liberasen de este enemigo del género humano. Para los occidentales, seres como Akenaton, Confucio, Buda, Rama, Quetzalcoatl, Mahavira o Zoroastro no significan nada, pero todos ellos fueron enviados también por el Creador para ayudar a aquellas gentes, y tuvieron una muy saludable influencia en las creencias y en la vida de sus pueblos, aunque las enseñanzas de todos ellos sufrieron los mismos ataques y deformaciones que el cristianismo, y de hecho muchos de ellos murieron de forma violenta debido a las intrigas y al odio del mismo «Príncipe de este mundo».

El que conozca en profundidad lo que Zoroastro predica en el Zend Avesta no dejará de admirarse de la sabiduría, la rectitud incluso la santidad de sus enseñanzas, en muchas cosas muy parecidas a las que Jesucristo nos repetiría cinco o seis siglos después. Pero, al igual que a Jesús, sus coetáneos no le hicieron caso. Sin embargo, tal como afirman los buenos historiadores, tanto en el judaísmo como en el islam, y en el mismo cristianismo, se puede ver la huella del zoroastrismo o mazdeísmo.

En algunas culturas aparecieron también hombres dotados de grandes poderes y que se presentaban como enviados de Dios, pero que en realidad eran emisarios del «Príncipe del Mal», llamado «Demiurgo» por los gnósticos, «Ahriman» por los zoroastrianos, «Eblis» por los mahometanos y de mil otras maneras en las diversas religiones y sectas. El fin de estos taumaturgos era distraer a la gente y apartarla de las rectas enseñanzas iniciales de los enviados de Dios.

Pocos saben que contemporáneos de Jesucristo hubo dos de estos seres dotados de unos poderes taumatúrgicos formidables capaces de hacer dudar a los recién conversos al cristianismo. Fueron Simón Mago, natural de Galilea, que aparece en los Hechos de los Apóstoles teniendo una disputa con san Pedro, y Apolonio de Tiana. Simón Mago, según muchos testimonios de autores cristianos, hacía milagros similares a los de Cristo, y padres de la Iglesia como Clemente de Alejandría advertían a los cristianos de que no se dejasen embaucar por sus actos de magia. Apolonio de Tiana fue en cambio un gran asceta, predicador del bien y de la rectitud, que igualmente tenía muchos seguidores porque realizaba hechos increíbles que atraían a las masas, según nos cuenta Filóstrato en la biografía que de él escribió.

Hace unos años, un masón tan prominente como Valery Giscard d'Estaign intrigó para que no se reconociese la raíz cristiana de Europa; el masón Obama, con su odio manifiesto al cristianismo, hace tapar todos los signos cristianos que aparezcan cerca del lugar en que él hable; el masón Zapatero —aupado por los votos de cientos de miles de cristianos ignorantes— hizo todo el daño que pudo, que fue mucho, a la Iglesia española. A los masones se les ve mucho el mandil con el que sirven a su príncipe.

Al fin de mi vida, he centrado toda mi religiosidad en mantener una sintonía con los consejos de Jesús de Nazaret y en dirigirme a Él en todas mis dudas y necesidades, prescindiendo de la mucha tramoya humana sacralizada que en torno a Él se ha ido creando con el paso de los siglos, en la certeza de que desde la diestra del Padre (como a Él le gustaba decir) oirá la voz de un pobre terrícola desterrado en este valle de lágrimas.

Esto no quiere decir que yo prescinda del todo de la Iglesia, y mucho menos que esté frente a ella. En el orden puramente intelectual, no la sigo en las cosas que he indicado a lo largo de estas páginas, pero en todas sus campañas en pro de una vida recta y en contra de la degeneración de las costumbres a donde nos han llevado las políticas laicistas, estaré en primera fila en cuanto me lo permitan mis fuerzas. Lo estoy haciendo con este libro, igual que lo hice hace cuatro años con *La Expaña de Z* y más recientemente con *Teovnilogía*. En ellos, sin importarme nada la opinión de la progresía, yo he expresado abiertamente

mi defensa de la persona y las buenas ideas de Jesucristo, cuando los intelectuales de la derecha son tan cobardes en hacerlo, y los jerarcas eclesiásticos tan exageradamente prudentes; una prudencia a la que no pocas veces habría que aplicarle lo del ángel de Laodicea: «Ojalá fueses frío o caliente, pero como eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca». Una prudencia que las personas de izquierda no practican demasiado con la Iglesia, a la que hacen culpable hasta de robar bebés.

Seguramente me va a doler mucho más lo que me puedan decir mis amigos creyentes ortodoxos y los propios eclesiásticos. Respetaré sus ideas lo mismo que espero que ellos respeten mi derecho a defender lo que mi mente me dice.

---

[9] NOTA DEL EDITOR. El autor se refiere a la teoría que expone en su libro Defendámonos de los dioses, publicado por Algar en 1984 y reeditado en 2015 por Diversa Ediciones tras ser revisado, actualizado y ampliado por el autor. En él presenta a estos seres como depredadores de los humanos, con una relación similar a la que el ser humano mantiene con los animales.

XX

DIOS

El cristianismo heredó del judaísmo una pobre idea de Dios. Como el subtítulo de este libro es *El dios cristiano frente al Dios cósmico*, trataré de contrastar de alguna manera la idea que el cristiano común tiene de Dios (un Dios demasiado rígido y exigente) con esta nueva idea de «lo divino» que está naciendo en la mente de numerosas personas.

En cuanto a la idea de Dios, la humanidad está dividida en dos grandes bandos: los que tienen una idea demasiado concreta de Él, le atribuyen cualidades y defectos irreales y además acomodan su vida a sus creencias, y los que están totalmente despreocupados de si existe o no y prescinden de él en su vida. En el mundo occidental abunda cada vez más este segundo tipo de personas; en cambio, en los países orientales y en los más atrasados, la idea de Dios o de unos seres que están por encima de los hombres está mucho más presente en sus vidas.

Sin embargo, un pensador anglosajón dijo esta tremenda frase: «*Faith is the enemy*» («la fe es el enemigo»). Es tremenda por lo profunda y también por lo peligrosa. Es muy cierto que una fe masiva y ciega es y ha sido siempre un gran peligro para la convivencia de los pueblos. Hemos de admitir que la fe que emana de los diferentes credos religiosos ha sido siempre un gran escollo para la paz, y en la actualidad es la principal causa que hace imposible la utópica Alianza de civilizaciones de la que nos hablaba el funesto Zapatero. Porque a la Alianza de Civilizaciones le sale enseguida al paso la discrepancia de las religiones.

Yo soy «forteano», es decir, seguidor de Charles Fort, un norteamericano muy original que a principios del siglo XX resumió sus creencias en una frase genial: «*We are property*»; tres palabras que en castellano se reducen a dos: «Somos propiedad». Él no especificó propiedad de quién, pero se dedicó durante toda su vida a descubrir indicios de que los habitantes de este planeta no eran tan libres como se creían y de que en realidad en nuestro mundo reinaba alguien que no eran precisamente las autoridades oficiales. Hace más de veinte años escribí un libro titulado *La granja humana*[10], en el que traté de desenmascarar a los dueños de la granja, y aunque dije muchas cosas de ellos, me quedé bastante lejos de saber quiénes eran exactamente y sobre todo de qué era lo que querían.

Cuando me preguntan si creo en Dios, yo, en vez de contestar, suelo a mi vez preguntar: ¿cree usted en Sutribil? El interlocutor, tras unos segundos de extrañeza, suele preguntar quién es Sutribil; una pregunta perfectamente lógica.

Si la pregunta sobre Dios se refiriese a si uno cree en «algo» que está por encima de todo lo creado, la respuesta podría ser inmediatamente afirmativa. Pero normalmente cuando alguien me pregunta si yo creo en Dios está refiriéndose a la idea concreta de Dios que él tiene en su cabeza y que es desconocida por mí. Y entonces lo lógico es que yo le pregunte cuál es la idea que él tiene de Dios, pues de ella dependerá mi contestación.

Los ateos dicen que no creen en Dios, pero no es verdad. Ellos también tienen su Dios, una especie de dios supletorio. Su Dios se llama bigbang. Los agnósticos no son tan audaces y no niegan la existencia de Dios, sino que, ante una pregunta de tanta hondura, humildemente dicen que no saben. O decimos. Porque yo me declaro agnóstico creyente, aunque, a decir verdad, soy solo un semiagnóstico. No sé quién es ni cómo es Eso que está por encima de la Creación, pero estoy seguro de que hay Algo por encima de toda esta cantidad de vida que me rodea. Porque hay que ser muy cerrado de mollera, muy amante de lo políticamente correcto o muy manipulado por los medios de comunicación al servicio de la causa laicista para ser ateo, o para creer que toda la infinita cantidad y variedad de vida que vemos a nuestro alrededor es resultado de una misteriosa casualidad o de ese fantástico eructo de la Nada que los astrónomos llaman bigbang.

Aunque despreciado por los intelectuales, tiene mucha fuerza el razonamiento que se nos hacía en el catecismo: cuando en un monte vemos humo a lo lejos, deducimos enseguida y con toda seguridad que hay por allí algún fuego, aunque no sepamos quién lo inició, para qué ni qué es lo que se está quemando. Y sin embargo, cuando vemos la ingente creación que nos rodea, que a todos los niveles bulle de vida, los ateos y los intelectuales que llenan las universidades y que atascan las columnas de los periódicos y las tertulias televisivas no son capaces de deducir nada. Si acaso, se atreverán a sacar a colación a Darwin, aunque el pobre naturalista está perdiendo muchos fanáticos y su teoría tiene muchas grietas. Los astrónomos nos han dicho que la causa de todo fue una explosión inicial y ¡ay del que lo niegue!, porque será declarado anticientífico.

Mis razones para creer en Dios, es decir, para creer que detrás, por encima y en las entrañas de toda la maravillosa creación que nos rodea hay una inteligencia gigante, son infinitas. Tan infinitas como lo son las distancias del espacio y los tamaños de los astros, y tan infinitas como el número de las células de mi cuerpo y las gotas de agua del mar, y la infinita pequeñez de los electrones, girando vertiginosos e incansables alrededor de sus núcleos. Son tantas y tan infinitas razones, que mi mente se rinde y se siente incapaz de enfrentarse a tantas cosas infinitas.

Cuando en una noche de verano levanto los ojos al cielo y veo esa inmensa bóveda tachonada de estrellas, me parece completamente absurdo que alguien esté exigiendo pruebas. ¿Pruebas de qué? ¿De que alguien ha creado tales infinitudes? Pero ¿no están presentes ante mí? ¿Se hicieron solas? ¿Las ha hecho la ciencia? ¿Hay todavía quien cree a Darwin o que toda la infinita variedad de vida que nos rodea se deba a un gigantesco estornudo de la nada? ¡Cuánta insensatez y cuánta soberbia hay en la mente de muchos científicos!

Yo no necesito pruebas y me sonrío cuando los científicos alborozados dicen que han encontrado el bosón de Higgs, nada menos que ¡la Partícula de Dios! A mí me basta con poner la mano encima del pecho y sentir que mi corazón sigue bombeando calladamente la sangre para todo mi cuerpo sin preguntarme quién lo hizo a él o quién me hizo a mí.

La palabra «Dios» es una palabra preñada, porque está cargada de significados que los humanos le hemos ido poniendo a lo largo de milenios. Actualmente el vocablo «Dios» está envenenado. Con esa idea de Dios en la mente y con el deseo de obedecerle y de servirle, se han cometido millones de asesinatos a lo largo de la historia. Es el dios que los yihadistas suicidas tienen en su mente cuando hacen estallar las bombas que llevan en la cintura. Es el dios que agoniza en las mentes de muchos cristianos o que ha ido creciendo como una excrecencia debida a la rutina o al desprecio de las negativas imágenes que de Él nos han presentado los doctrinarios de todas las religiones. Es un dios falso, mentiroso y, en muchos casos, cruel. Ese dios, o más bien esos falsos dioses, a lo largo de los milenios les han ido dictando mandamientos muy diversos y a veces muy extraños e incluso ridículos a los ingenuos habitantes

de este planeta. A unos les han dado normas sobre la manera de vestir (los parsis tienen que llevar un turbante y portar siempre un arma a la cintura «para defender la honra de dios»). A otros les han prohibido cortarse el cabello; a otros les han prohibido comer determinados manjares; a otros no les permiten casarse ni mezclarse con los no creyentes; a otros les piden que les ofrezcan sacrificios de animales; a otros, por el contrario, que no maten a ninguna criatura viviente; a las mujeres, que se cubran la cabeza o se tapen la cara. Y no digamos nada cuando el mandamiento es exterminar a todas las personas que no adoren a su dios de la manera que a ellos les ha sido indicado.

Por eso, lo más natural es que cuando a uno alguien le pregunta si cree en Dios, uno pregunte a qué Dios se está refiriendo. En nuestra sociedad occidental, la idea más común que el preguntador tiene en su mente es la idea del Dios que el cristianismo ha presentado siempre. Pero con esta idea tenemos que hacer una gran distinción entre el dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento. Al dios del Antiguo Testamento lo pongo siempre con minúscula porque no creo en él. Es el dios de Abraham y el dios de Moisés, el dios que exigía sacrificios sangrientos de animales y que hasta tuvo el atrevimiento de exigirle a Abraham el sacrificio de su hijo (aunque luego, parece que arrepentido del disparate que le había pedido, se echase atrás en el último momento), el dios que mandaba matar sin piedad a los enemigos, a veces hasta a los infantes, el dios que mortificó a su pueblo durante cuarenta años con una travesía a través del desierto que podía haberse hecho en dos meses, y el dios que, a pesar de haberle dicho que lo protegería de una manera especial porque era su pueblo escogido, lo ha venido defendiendo tan mal que es en realidad uno de los pueblos más apaleados de la historia. En este dios iracundo y mentiroso yo no puedo creer, por más que los exegetas y teólogos intenten cubrirle sus vergüenzas. La Suprema Inteligencia que rige el universo no puede ser tan malvada ni tan rencorosa.

Yo no me puedo explicar cómo personas inteligentes no reaccionan automáticamente cuando leen la Biblia y se encuentran con un dios tan iracundo. Una explicación es que casi nadie lee la Biblia. Otra, que el problema religioso les interesa muy poco y les trae sin cuidado lo que el libro sagrado pueda decir. Pero por muchos títulos universitarios que alguien tenga y por muy inteligente que se crea, quien no haya reflexionado nunca sobre el propósito de la vida, sobre el tremendo misterio de dónde venimos y adónde vamos después de la muerte y sobre la existencia o no de un creador del universo, es un pobre diablo que con toda su sapiencia no ha pasado de una infancia mental.

Mi idea de Dios no tiene nada que ver con libros sagrados ni con ortodoxias ni con teologías. En mi libro *Teovnilogía* expliqué de una manera concisa cuál es mi idea de Dios. Allí critico a los teólogos de todas las religiones que han tenido la audacia de ponerse a despiezar a Dios y a describir sus interioridades e incluso han tenido el atrevimiento de levantarle calumnias, convirtiéndolo en un maniático vengativo y sádico capaz de castigar a sus criaturas con infiernos eternos. Ese es el dios del Antiguo Testamento. Yo creo en el Dios del Nuevo Testamento, pero tengo que confesar que el Dios que el cristianismo heredó del judaísmo tiene algunos rasgos desagradables que lo hacen aparecer como demasiado riguroso y exigente y que no concuerdan con la psicología evangélica. Yo creo en el Dios al que Jesucristo llama «mi Padre».

Confieso que cuando leo que el telescopio Hubble nos dice que desde su privilegiada posición en la estratosfera puede calcular con toda seguridad que hay cientos de miles de galaxias (no de sistemas solares ni de constelaciones, sino de galaxias, con la infinitud de astros que esto supone), me entra una profunda duda sobre la realidad de todo el mundo que nos rodea. ¿Existen las cosas tal como las perciben nuestros sentidos, o es todo lo que nos rodea una especie de holograma que Alguien nos proyecta para hacernos creer que lo que vemos es real? Si es verdad lo que los telescopios nos dicen, entonces el universo es un gigantesco hervidero de vida que sobrepasa todo lo que nuestra imaginación

pueda concebir. La enormidad de la cifras me da vértigo y me hace sospechar que el poeta estaba en lo cierto cuando dijo que la vida es algo así como un sueño. Pero de los sueños se despierta. Y entonces la duda se acrecienta aún más, cuando nos ponemos a pensar en cómo será el despertar de este sueño. Los pobres ateos no esperan despertar y por eso se van a llevar un gran susto cuando abran los ojos en el otro lado.

Dejemos por tanto de traquetear el nombre de Dios, usándolo tan a la ligera como si fuese un personaje famoso más y haciéndolo cómplice y defensor de nuestros prejuicios y de nuestros fanatismos. Hace muchos años, el cómico francés Louis de Funes aseguraba en una de sus películas con toda ingenuidad y con toda convicción que él estaba seguro de que Dios era católico. Los creyentes de todas las religiones están poco menos que convencidos de que tienen a su dios agarrado por las barbas, y cuando lleguen a este misteriosísimo Más Allá y vean que los panoramas de ultratumba que les habían predicho son completamente diferentes de cómo se los habían predicado sus líderes religiosos, se van a llevar un chasco no menor que el de los ateos. Menos mal que la realidad del otro lado no tiene infiernos ni purgatorios y es mucho mejor que las vulgaridades y el místico puterío que Mahoma describió en el Corán y que los deliquios que nuestros santos contemplativos imaginaron.

Resumiendo: ¿creo en Dios? Sí, pero no en un Dios definible y comprensible por mi mente, inventado y manoseado por la imaginación de los hombres a través de miles de años. A muchos, mi manera de concebir a Dios los dejará sumidos en una especie de orfandad, porque ellos tienen la idea de un Dios más cercano, más asequible e incluso más amoroso. Tienen todo el derecho y probablemente el acierto de hacerlo así. Pero ante esta orfandad, la imaginación viene en nuestra ayuda, porque cada uno debe concebir a Dios como mejor le venga a su psique, y el que se lo imagine como un ser providente, como un amigo o como un padre-madre, seguramente lo sentirá así, porque la Inteligencia que rige el Cosmos ni tiene sexo ni está tan despreocupada de sus criaturas como a veces nos parece.

La manera de comunicarme con el Dios que yo tengo en mi mente es a través de mi conciencia. Y cuando digo comunicarme, de ninguna manera quiero decir que converse directamente con Él o que oiga lo que Él me dice, como modernamente pretenden los fanáticos del *channeling* o los místicos de la Nueva Era. Pienso que mi conciencia es el vehículo natural del que estamos provistos los humanos para tratar de cumplir rectamente la etapa que nos ha tocado vivir en esta existencia, y por lo tanto, si yo sigo lo que ella me indica que es lo correcto estaré de alguna manera cumpliendo lo que Él espera de mí. Y pienso que los teólogos no serán conmigo más estrictos de lo que lo son con los millones de chinos a los que les permiten la entrada en el cielo sin creer en ninguno de los dogmas cristianos, solo con la condición de que hayan obedecido a su conciencia.

Cuando alguien desobedece a su conciencia está traicionando a una tenue voz que procede de lo más profundo de su ser; está rompiendo lo que los esotéricos y los «iniciados» llaman «cordón de plata»; está atentando contra algo muy sutil que pertenece a la estrategia de un «*mátrix*» cósmico. La manera que los animales tienen de seguir las normas del Dios Cósmico es a través de su instinto, pero no distinguen entre el bien y el mal. Los seres humanos, colocados en un peldaño más elevado de evolución, sabemos a través de nuestra conciencia cuándo hacemos bien y cuándo obramos mal. Nuestra mente es el formidable instrumento que el Dios Cósmico nos ha dado para vivir y evolucionar. Es cierto que muchas veces nos equivocamos en nuestros juicios debido a muchas causas, y cuando dudamos deberíamos preguntar, pero en ese caso no somos responsables.

Esta es mi idea de Dios. Por supuesto que no espero encontrarlo a Él personalmente a la hora de mi muerte, tal como creen muchas buenas gentes. Sí creo, en cambio, que en la nueva etapa que me tocará vivir, radicalmente diferente de la que vivimos en esta dimensión, tendré de Él una idea más acertada,

aunque todavía muy alejada de la realidad final, y ello no significa que me sentiré defraudado. Es muy probable que nuestra mente, más despierta en el Más Allá, caiga en la cuenta de la infantil idea que ahora tenemos de Dios.

A continuación transcribo de Juan Luis Sánchez Martí sus reflexiones sobre la idea de Dios, en las que con otras palabras sostiene poco más o menos las ideas que sobre el Creador se sostienen en el espiritismo original y que son las que yo he tratado de exponer en páginas anteriores.

> La idea o concepto sobre Dios que muchas personas tienen está en base a su forma de imaginarlo o entenderlo. Las religiones nos muestran un Dios demasiado parecido a los seres humanos, muchas veces con las mismas faltas o defectos. O bien, hacen de Él un ser antropomorfo, y lo colocan en un sitio determinado del cielo. Es incuestionable que todo esto no es más que tratar de comprender de una forma que satisfaga nuestro psiquismo a La Inteligencia Suprema o Primera Causa del Cosmos. Si bien cada uno puede aceptar la idea que prefiera acerca de algo tan trascendente e imposible de comprender por nuestras mentes, hemos de admitir que son conceptos infantiles y erróneos acerca de la Divinidad. Cuando levantamos la mirada hacia la bóveda celestial en una noche clara de verano y contemplamos esa maravilla de la Creación, ese cosmos infinito e incomprensible para nosotros, no podemos llegar a comprender que algo sea infinito, sin fin, sin límites ni fronteras. Nuestro cerebro se calienta si uno persiste en tratar de entender algo que escapa a nuestra capacidad y limitaciones como seres humanos con escasa evolución espiritual. Pues bien, si somos incapaces de comprender el efecto (el universo infinito), ¿cómo vamos a entender la causa (La Inteligencia Cósmica o Dios) que lo ha creado?
>
> Solo penetrando en nuestro interior, en un acto de introspección, podremos sentir a Dios e intuitivamente tener una idea mucho más certera y aproximada de su Esencia y Naturaleza, pues creo por experiencia propia que a la Inteligencia Suprema se llega más por el corazón que por el intelecto; pues ¡Dios es Amor! Con el razonamiento o lo intelectual, podemos conseguir algunas migajas divinas, pero no sentirlo. Es también en la medida de nuestra mayor o menor evolución espiritual que nuestros espíritus comprenden de una manera más evolucionada o menos a nuestro Creador. Muchos se sorprenderían del concepto que tienen sobre Dios otras humanidades más evolucionadas que nosotros en otras partes del cosmos. No es el mismo concepto el que tenían los hombres en tiempos de Moisés, ni el de los tiempos de Jesús; aunque a nosotros ya nos enseñó Cristo que Dios es Amor, muy lejos de ese «dios» colérico, celoso y guerrero que era Jehová. Y aquí tengo que decir que respecto a la Biblia, aunque posee destellos divinos y en ella hallamos algunas revelaciones de lo Alto, hay que tener en cuenta su sentido alegórico y simbólico, y no olvidar que describe la vida y costumbres de muchos pueblos, más tarde conocidos como la raza judía. Pero no se puede ni se debe atribuir al texto de la Biblia el carácter vertical de la «palabra de Dios». No es cierto que la presencia de Dios esté presente en sus páginas de la A a la Z, como creen y predican muchos doctrinarios religiosos del cristianismo. Las Escrituras son un compendio de mensajes mediúmnicos comunicados por los emisarios de lo Alto, a través de individuos que en aquel tiempo eran conocidos como «profetas» y que hoy en día se conocen con términos más modernos como «médiums», «canales» o «contactados»,

siendo todos ellos sinónimos del mismo fenómeno: el contacto con entidades del Más Allá. Del Más Allá de la muerte y del Más Allá cósmico. Personajes tan conocidos como Jeremías, Moisés, Isaías y otros muchos. En la Biblia se encuentra la intervención de entidades muy elevadas y superiores en evolución e inteligencia a los hombres, como también podemos ver la huella de otras entidades no tan benévolas y hasta negativas para aquellos hombres. Hombres que, no lo olvidemos, eran muy primitivos y, por tanto, incapaces de comprender y discernir los extraordinarios hechos que presenciaban. De ahí a creer que todo provenía de Dios había un paso. También es verdad que Moisés, para doblegar a un pueblo ignorante en exceso y rebelde a sus mandatos, achacó a Jehová el origen de todas sus leyes y ordenanzas, pues todos temían la cólera de aquel dios, ¡que no era Dios! En verdad, lo más destacable y destacado como atribuido a los Planos Elevados en el Antiguo Testamento son los 10 Mandamientos. Todo lo demás es muy nebuloso y habría que separar mucha paja de poco trigo.

En nuestros días, con el avance de la ciencia, la biología, la informática y con el conocimiento profundo del mundo invisible de la materia y los adelantos y descubrimientos en la física cuántica, etcétera, el ser humano está más preparado para comprender los grandes misterios de Dios y de su obra. Con el microscopio, pudimos descubrir el mundo de los seres infinitamente pequeños; con el telescopio, hemos avanzado en las profundidades del cosmos misterioso e infinito. Con la mediumnidad, se nos permitió descubrir y acceder al mundo invisible de los espíritus desencarnados. Todo ello, revelado por la Inteligencia Cósmica para nuestro bien y nuestro progreso, tanto material como espiritual, con la intención de que, por medio de la ciencia, el hombre avance en el conocimiento de esa Biblia divina que es la naturaleza, y de esta manera, descubriendo la mente divina en ella, se haga más humilde y religioso. Y por la espiritualidad o el estudio del mundo invisible, la religión entre en un estado de comprensión superior de Dios, para penetrar en un período y estadio más avanzado y evolucionado, dejando de lado lo ritual, lo dogmático y todo aquello que no es más que mandamientos de hombres; hombres no mucho más evolucionados que los del tiempo de Moisés. Y así comprender un poco más y mejor al Eterno Invisible.

Como el lector ha podido ver, la mentalidad del auténtico espiritismo, tal como fue predicado por Allan Kardec, dista mucho de ser diabólica. Ya quisieran muchas denominaciones cristianas y parroquias, vivir el espíritu evangélico como se vive en algunos grupos espiritistas en diferentes puntos del planeta. En Brasil, como visitante –y tengo que confesar que más que como visitante, como curioso— asistí a reuniones en las que, para pasmo mío, antes de la intervención del médium, se rezaba devotamente el rosario. El libro de Kardec *El evangelio según el espiritismo* es una prueba del auténtico espíritu cristiano que reina en el genuino espiritismo. Lástima que la creencia en la reencarnación y la negación por parte del espiritismo de la existencia de un infierno eterno, tengan separadas a estas dos corrientes de pensamiento.

---

[10] NOTA DEL EDITOR. Se trata de una de las obras más clásicas de Freixedo, que ha sido reeditada por Diversa Ediciones tras haber sido revisada y ampliada por el autor.

XXI

CONCLUSIÓN

Y en estas estamos. Yo soy muy consciente de que varias cosas de las que aquí he dicho no van a gustar nada a muchas personas, y otras pensarán que estoy completamente delirante. Soy muy consciente de ello, y le pido a Dios toda suerte de bendiciones para quienes así piensen. Pero ya que este libro me va a traer unos cuantos enemigos, quiero citar los muy conocidos versos de don Francisco de Quevedo y Villegas cuando estaba en circunstancias parecidas, que creo que vienen aquí muy bien a cuento:

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Siento ya las pedradas que me van a llegar de los «progres» llamándome jesuitón, facha y hasta beatorro, por haberme atrevido a defender abiertamente a Jesucristo, por haber dicho que en el cristianismo es donde están los valores cívicos y humanos que nos pueden librar del caos hacia el que a gran velocidad nos dirigimos, y por haber tenido la osadía de arremeter, aunque solo de pasada, contra una institución tan benemérita como la masonería. Benemérita sin tricornio pero con mandil.

Por otro lado, vamos a ver cómo me defiendo de las saetas que me dispararán los tridentinos integristas, conocedores de la exacta voluntad del Altísimo. De nuevo, que Dios los bendiga a todos.

Y lo malo es que a estos acusadores de derecha y de izquierda se va a unir otra tropa, la académica falange de los intelectuales y científicos, después de haber leído mi tesis sobre la causa de todos los males que aquejan a la raza humana y cuando, además, los acuso a ellos de ser los grandes ignorantes, muy conocedores de menudencias y particularidades de la Creación, pero desconocedores de las verdades más importantes.

Si tuviese que hacer un resumen de lo que en este particular he intentado exponer en este libro, les diría por una parte a los laicistas, a los progres, a los «paritarios» defensores de la ideología de género, a los masones y a los fanáticos izquierdistas de clavo pasado, que sus ideas falsamente progresistas y su ciego e inconsciente repudio a los valores del cristianismo son equivocadas y que ellos son, sin que se den cuenta, fruto del control que el «Príncipe de este mundo» tiene sobre sus mentes.

La periodista Magdalena del Amo, especialista en la ideología de género, las resume así en un artículo titulado «El juego sucio de la ONU contra la Iglesia»: «... sexo desordenado, incluida la sexualización de la infancia, a ser posible desde la guardería y de acuerdo a las directrices del Estado, que es quien debe

educar a los ciudadanos; anticonceptivos; aborto libre; abolición de la polaridad sexual; legalización de matrimonios formados por dos hombres o dos mujeres; desaparición del modelo de familia; y la erradicación de la religión. A estos “poderes” no les interesan las religiones en general; su punto de mira es la Iglesia católica, porque es la gran transmisora de los valores que ellos tratan de abolir por ley, y el gran baluarte contra el laicismo».

Y por otra parte les diría a los cristianos ciegamente aferrados a sus tradicionales creencias con infiernos eternos y candentes, con purgatorios y limbos de los niños (menos mal que lo han eliminado), con su resurrección de los muertos, con sus palabras de Dios impresas, con autoridades infalibles y con jerarquías exclusivistas, que su idea de Iglesia se ha quedado vieja y necesita una urgente y radical remodelación.

Yo reconozco que en mis muchas dudas acerca del replanteamiento de mi fe les debo mucho a los chinos de los que ya hablamos páginas atrás. Siempre me los he imaginado haciendo unas enormes colas para entrar en el Reino de los Cielos, porque como llegan con un pasaporte especial (les falta el carné de identidad cristiano), en la oficina de san Pedro tienen que examinar con detención los papeles que trae cada uno. ¡Y están en chino! Mi sentido común me dice que Dios no puede mandar a una condenación eterna a tantos millones de personas que no han tenido culpa ninguna en no haber conocido a su Hijo. Y cuando miraba en otra dirección veía otra enorme cola de millones de hindúes que estaban en las mismas. Algo tenía que estar mal en lo que me habían contado que no había salvación fuera de la Iglesia. Y la manera que tenían de explicar los teólogos lo del bautismo de deseo para colar en el cielo a los no cristianos me parecía un parche barato, fabricado también en China y de última hora, para remendar el roto de la solemne definición del Concilio de Florencia.

Además, conociendo muy bien lo que había dentro de la olla cristiana en cuanto a la conducta de sus fi eles, que no difería mucho de lo que sucedía en el seno de otras religiones, donde hay también sinceros creyentes que por mucho que sigan creencias equivocadas tratan de cumplir los dictados de su conciencia, comencé a sospechar que tenía que levantar un poco la vista y contemplar sin miedo ni prejuicios todo el misterio de la vida y de la ultravida.

A todo esto se añadía, por experiencias propias y de personas de las que no podía dudar, mi certeza total de que había otros seres inteligentes no solo en otros planetas sino en nuestra propia Tierra, de los cuales ni la ciencia oficial, ni las autoridades, ni la Iglesia han querido hablar, y más bien han tratado sospechosísimamente de que no se hable de ello. Este silencio tan inexplicable nos hace deducir que tras la presencia y las manifestaciones de estos seres hay algún tremendo misterio. Indudablemente, para un «espíritu valiente» era una tentación hablar de ello. Una tentación y un peligro cuando la persona era muy conocida y podía hacer despertar a las masas. De hecho, muchos personajes importantes han pagado con su vida el haber hablado más de la cuenta.

En el terreno religioso, si no había el peligro de que atentasen contra la vida de uno, había el peligro de que atentasen contra su buen nombre o contra el estado de su salud mental. Pero había que arriesgarse. Arriesgarse ¿a qué? A esto mismo que estoy haciendo ahora: a escribir. A poner en blanco y negro por escrito todas mis dudas. Repasé muchos de mis escritos y rechacé muchas de mis viejas ideas. Me he equivocado muchas veces, pero no me remuerde la conciencia de haber tenido el cerebro sesteando.

Cuando casi repentinamente salí de mi ignorancia fue el día que mi mente hizo una conexión entre el misterioso «Príncipe de este mundo» del que nos hablaba Jesucristo —y que san Pablo identifica con «los espíritus del mal que están en las alturas»— y algunos de los extraños aparatos que tanto yo como cientos de miles de personas hemos visto en el cielo y posados en tierra.

¡El «Príncipe de este mundo» era real, y aunque con otros disfraces, estaba entre nosotros y seguía dominando el mundo y haciéndoles creer a los humanos que él y sus huestes no existen! Curiosamente, Satanás y los ovnis gozan de la misma incredulidad por parte del mundo de la ciencia y de los intelectuales. Entonces caí en la cuenta de por qué tan incomprensiblemente las autoridades mundiales han ocultado tan tenaz y a veces tan criminalmente la realidad del fenómeno ovni. Y comprendí la vertiginosa velocidad que estamos viendo en la envenenada tecnología de las pantallas, las grandes y las pequeñas, que aunque los sabios científicos lo ignoren, es en gran medida copiada de los ovnis caídos a partir de la década de los años 40 del siglo pasado. Cuando ciertos científicos vieron en ellos por primera vez la fibra óptica, descubrieron muchos detalles de la tecnología electrónica y mejoraron enormemente sus rudimentarios chips y circuitos integrados.

Dije envenenada tecnología porque si es cierto que es maravillosa y que ayuda enormemente a muchas tareas, también es cierto que está encanallando a mucha gente y teniendo distraídas y atontadas a las grandes masas.

Pero, sobre todo, comprendí de repente la causa de la espantosa historia del género humano. Sé muy bien que decir esto es algo así como suicidarse intelectualmente. Pero a mi edad ya no estoy para andarle bailando el agua a nadie y menos a la megaciencia narcisista a la que se le cae la baba de gusto porque ¡ha encontrado la Partícula de Dios! A pesar de todos estos increíbles avances, los grandes del mundo, los Obamas, los Putins, los banqueros milmillonarios y todos los Pentágonos del planeta, todos ellos esclavos inconscientes de estos «Príncipes de este mundo», no han tenido inconveniente en permitir, en sus rencillas secretas por el poder, que alguien envenenase con gas a unos pobres niños en una escuela en Siria para poderse echar la culpa unos a otros, ni han querido parar nunca la increíble matanza que se hace cada año en todo el mundo de diez millones de niños en el vientre de sus madres, ni les importa el sufrimiento de los millones de personas que tienen que dormir a la intemperie por haber sido expulsados de sus casas o de sus países debido a las hambrunas y a las ruinas que ciertos banqueros han causado con sus quiebras intencionadas... Jesucristo dijo que el «Príncipe de este mundo» es el señor de la mentira y de la muerte.

Al lector que piense que yo soy un paranoico, le ruego que vuelva a leer los versos de mi amigo don Francisco que están al principio de esta conclusión. Y si sigue pensando igual, le doy mis condolencias, porque seguirá siendo un ignorante en algo que está sucediendo estos mismos días delante de sus narices y que más temprano que tarde va a afectar a su vida. Y seguirá tragándose la gran mentira oficial de que los que mandan en este mundo son las grandes autoridades de todos los países (¡la canalla gobernante!), cuando la realidad es que son unos pobres esclavos inconscientes de estos misteriosos pero reales «Príncipes de este mundo». Admito que puedo estar equivocado en algunos de los puntos que expreso en el libro, pero por lo menos he usado mi cabeza y no he creído simplonamente lo que otros me han dicho.

Y no quiero despedirme sin hacer un paréntesis para demostrarle al lector hasta qué punto llega este control mental de los señores que rigen el mundo (los humanos y los sobrehumanos) sobre las inconscientes mentes de los mortales. En la colosal lucha que en estos días se está desarrollando entre las fuerzas del bien y las del mal, es decir, entre las que luchan por implantar en el mundo los principios de amor, tolerancia y justicia predicados por Jesucristo y las que luchan por implantar el libertinaje, el abuso, la guerra y el ateísmo, hay un hecho que puede probar hasta qué punto está viva esta lucha y hasta qué punto es eficaz este control mental practicado por las corruptas autoridades bajo la inspiración del «Príncipe de este mundo».

Hasta hace muy pocos años, los ciudadanos normales de Norteamérica se atenían bastante a las siglas WASP de las que hablé al comienzo del libro. Blanco, anglosajón y protestante era el típico

norteamericano. De acuerdo a esto, por toda la geografía de Norteamérica se podía ver cómo los domingos la gente acudía fielmente en familia a sus iglesias a oír la voz de su pastor, cualquiera que fuese la rama de su fe protestante, y escuchaba con devoción la lectura de la Biblia. Y de mi experiencia personal tengo que decir que yo he sido coadjutor en la parroquia de St. Agnes de la calle 43 de Manhattan, en Nueva York, en la década de los 50 del siglo pasado. Me he pasado horas en el confesonario escuchando confesiones y he visto cómo los domingos el templo se llenaba de fieles misa tras misa. Pues bien, esa fidelidad de cada uno a sus creencias tradicionales ha sufrido un tremendo vuelco en los últimos treinta años, gracias a este control mental llevado a cabo disimuladamente por los grandes medios de comunicación que, como ya hemos dicho, están prácticamente todos en manos de los enemigos del cristianismo.

Y un hecho que demuestra palmariamente la eficacia de este trabajo y de este control sobre las mentes lo tenemos en la increíble elección de Barack Obama, que va radicalmente contra ese WASP paradigmático. Porque Obama ni es blanco, ni es anglosajón ni es protestante. Y no solo no es protestante sino que es un declarado enemigo del cristianismo. En varias ocasiones, cuando ha ido a hablar en universidades o centros donde había signos cristianos, ha mandado retirarlos. Cuando se postulaba para la presidencia, dijo que Estados Unidos ya no era un país cristiano; suprimió «para no herir los sentimientos» la tradicional fiesta de la oración que se celebraba en la Casa Blanca y en cambio asistió recientemente a un «día de la oración islámica» en la que él hizo la oración. Para los altos cargos de su gobierno ha sido cuidadosísimo, seleccionando a personas claramente opuestas a los valores cristianos. ¿Cómo es posible que en tan breve espacio de tiempo el ingenuo y buen pueblo norteamericano haya cambiado de una manera tan radical y se haya dejado engañar tan inocentemente, escogiendo para presidente a un individuo que, aparte de tener una carrera política nula y más bien sucia, es tan diametralmente opuesto a un WASP y a la mentalidad de los tripulantes del Mayflower?

Y otra prueba de que este control mental está funcionando en el mundo entero son las recientes afirmaciones de un misionero católico, retirado después de cuarenta años de trabajar en Japón. Decía entristecido que en la actualidad la juventud nipona ya no quiere saber nada ni de Buda ni de los milenarios valores de la tradición japonesa que tan vivos estaban hace años, cuando él empezó a trabajar allí. Hoy, igual que entre los jóvenes occidentales, los grandes ídolos de la juventud japonesa son los rockeros famosos y los megafestivales con abundancia de drogas, los deportes y los espectáculos en los que el sexo es el elemento principal.